

BAJO EL REINADO

DE LA CASA DE BORBON,

Dsede 1700, en que subió al trono Felipe V, hasta la muerte de Cárlos III, acaecida en 1788.

ESCRITA EN INGLÉS

POR GUILLERMO COXE,

Y TRADUCIDA AL ESPAÑOL CON NOTAS, OBSERVACIONES Y UN APÈNDICE:

POR DON JACINTO DE SALAS Y QUIROGA.

TOMO I.

MADRID: 1846.

ESTABLECIMIENTO TIPOGRAFICO
DE D. F. DE P. MELLADO.—*Editor.*

ADVERTENCIA DEL TRADUCTOR.



Esta obra es de aquellas cuya importancia se halla consignada en su título. No puede ser indiferente para lectores españoles, el estudio de un periodo de nuestra historia, que encierra enseñanza, no solo por cuanto contiene hechos que fortalecen la esperiencia, sino porque es principio de una era en que nos hallamos todavía, y de la cual estamos tal vez en vísperas de ver el fin. La transicion de todo sistema, en el órden gubernativo, es un espectáculo curioso, á lo cual se agrega, en el caso presente, el interés que ofrece una variacion que renueva completamente la monarquía; interrumpiendo la série de desastres que anunciaba el cercano fin de la mal regida España.

Sin entrar ahora en estensas observaciones que dejamos pára otra parte mas curiosa de nuestros asuntos, la mera emision de nuestro pensamiento justifica bastante la eleccion que hemos hecho de esta obra. Pareciónos que la merecida fama de este escrito histórico, así como la escasez que hay, en idíoma español, de libros relativos á esta interesante época de nuestros ana-

les, eran razones mas que sobradas para acometer la empresa de traducir la presente obra. La circunstancia de ser esta, no una historia escrita con toda la severidad de las ideas filosóficas, sino mas bien unos apuntes, en que corren parejas la amenidad con la instruccion, nos ha alentado mas en nuestro propósito, creyendo, y tal vez, no sin fundamento, que, de este modo, se irían generalizando entre nosotros conocimientos que por áridos, desdeñan muchos.

El señor Coxe, autor de esta obra, vivió desde mediados del pasado siglo, hasta hace pocos años, en Lóndres, entregado al ejercicio de las funciones eclesiásticas y al estudio. Muchas obras habia publicado ya este laborioso escritor, cuando concibió el pensamiento de redactar dos relaciones históricas, que tratasen, una de los reyes de la dinastía austriaca, y de la dinastía de Borbon la otra. No se proponia otro objeto, al trazar la primera, que completar *la Historia de la casa de Austria*, de que era autor, destinando la segunda á formar parte de un trabajo que meditaba, relativo á las transaciones políticas en que habia tomado parte Inglaterra con motivo de la transmision de la corona de España á un príncipe francés; despues de muchas reflexiones, abandonó este pensamiento; pero, como andando el tiempo, lograse reunir una coleccion de interesantes manuscritos, relativos á los acontecimientos que tuvieron lugar en España, desde el principio del reinado de la casa de Borbon, trazó un bosquejo general de este asunto, como parte de una obra relativa á la política de Europa.

A principios de este siglo, á tal punto se fué alzando el poder de la Francia, que fuele preciso á Inglaterra, formar estrecha alianza con España; á fin de atajar el curso de una prosperidad que amenazaba turbar la tranquilidad de las naciones europeas, y en este hecho sencillo y en las circunstancias de aquella época, halló el señor Coxe una analogía notable con la guerra de sucesion, en cuanto á la posicion de su patria. Dos veces, en el espacio de poco mas de un siglo habíase visto Inglaterra comprometida á sostener guerras sangrientas, á fin de impedir que pasase la corona de España á ceñir las sienes de un francés. Esta circunstancia y el entusiasmo con que el señor Coxe miraba el noble ardimiento de los españoles, lo decidió á dar ensanche á su trabajo, de lo cual resultó la obra que sometemos al juicio del lector, y que recogió el público con visibles señales de interés.

Estas páginas están escritas con una naturalidad que calificarán tal vez de desaliño, aquellos que no conozcan la sencillez del autor y el deseo ardiente que manifiesta de dar á la verdad un colorido que no la desfigure; parece que el señor Coxe ha hecho un estudio especial de ocultarse tras de los hechos que narra y de los personages que pinta, á fin de que el lector se penetre del esquisito esmero con que ha investigado las verdades que revela. No menos escrupuloso el traductor, ha cuidado infinito de no desfigurar estilo tan lleno de candor y buena fé.

Uno de nuestros compatricios, don Andrés Muriel, que vive en París hace un tercio de siglo, prestó un

servicio efectivo á las letras, y especialmente á nuestra historia, vertiendo al francés esta obra. De tal modo generalizó mas y mas la lectura de ella, poniéndola al alcance de los lectores para quienes no es vulgar el idioma inglés. Pero no se contentó el señor Muriel con una version sencilla, sino que la adornó con notas y adiciones, las cuales concebimos nosotros, al principio, el pensamiento de traducir literalmente, hasta que nos disuadió de este intento, cierto sabor político en que se traslucen resabios de nuestras intestinas revueltas, que creimos descubrir en ellas. Empero, nos hemos aprovechado de los trabajos de este laborioso español, siempre que nos ha parecido exigirlo así el interés de la obra.

El señor Muriel, ademas, ha tenido el pensamiento feliz de completar estos apuntes, escribiendo, bajo las mismas bases que Coxe, la historia de Cárlos IV, que se halla ya completamente terminada y próxima á ver la luz pública. Inútil nos parece ofrecer que, tan luego como se verifique esto, nos apresuraremos á publicarla como continuacion de esta obra.

Por nuestra parte hemos juzgado que la fecha misma en que estas líneas trazamos, nos impone deberes que, desde luego, nos proponemos llenar. Es un hecho que, de dia en dia, las investigaciones históricas toman mayor desarrollo; y que, el presente siglo, ha visto resultados asombrosos, fruto de la perseverancia de los que se entregan á esta clase de estudios. La actividad intelectual de nuestra época, no podia por sí misma, dejar de dar algun paso en el conocimiento de

los hechos que sirven de materia á esta obra. Por lo tanto, sin que hayan envejecido los trabajos del señor Coxe, ni los apuntes del señor Muriel, necesitan unos y otros, no solo comentarios, sino detalladas esplicaciones. Por lo mismo hemos creido hacer un servicio á los aficionados á esta lectura, completando la obra de nuestros antecesores. De dos maneras lo hemos hecho: primero dando al fin de cada tomo algunas observaciones sueltas, demasiado estensas, para que no estorbasen al pié del testo, y harto mezquinas para formar un razonado discurso; y segundo, reuniendo en una estensa memoria, que llamaremos *Apéndice*, todas aquellas investigaciones posteriores á la publicacion de la obra original, con los razonamientos que nos ha sugerido el exámen, y que puedan dar luz á un relato que deseáramos hacer tan completo como es interesante. Sin embargo, no hemos perdido de vista, ni un solo momento, que las obras de esta naturaleza son, mas bien un arsenal en que se hallan las armas de la razon, que un monumento regular y acabado, y que en ellas se buscan, mas bien datos que observaciones, hechos que raciocinios.

MANUSCRITOS CONSULTADOS PARA LA REDACCION DE ESTA OBRA.

Año de 1700.—*Cartas de Torcy y Harcourt relativas al testamento de Cárlos II*, en los manuscritos de Hardwich.

1714 á 1716.—*Correspondencia de Bubb Dodington: mas tarde lord Melcolm, ministro de Inglaterra en España.*

1717 á 1718.—*Cartas de sir Luke Schaub, y del conde de*

Stanhope, enviados á Madrid por el gobierno inglés, á fin de evitar un rompimiento con España.

1722 á 1727.—*Correspondencia diplomática de Stanhope, mas tarde conde de Harrington, durante su mision en España*, en la cual se hallan detalles muy interesantes, relativos á la negociacion que tenía por objeto la cesion del Gibraltar, á la abdicacion de Felipe V, como así mismo tocante al efímero reinado de su hijo Luis, el regreso al trono de Felipe y la administracion de Riperdá.

Correspondencia del mismo diplomático, durante su mision en Sevilla, en 1728, para concluir el tratado de particion.

Diferentes papeles y documentos, relativos á la elevacion, gobierno y desgracia del duque de Riperdá, entre los que nos limitaremos á citar las cartas de Platania y Caraccioli, abates sicilianos, que gozaron de gran favor con Felipe V, y los papeles y memorias de St. Laphorin, ministro de Inglaterra en Viena, durante la célebre mision de Riperdá.

1728.—*Oficios y cartas de los embajadores franceses residentes en Madrid*, durante la union íntima que existió entre los gobiernos inglés y francés, principalmente la *Correspondencia del conde de Rossembourj.*

Cartas de Luis XV.

Instrucciones oficiales del gobierno francés.

Correspondencia entre el cardenal Fleury y la reina de España.

Diferentes noticias relativas á la real familia y al gobierno de Madrid, comunicadas por el cardenal á Horacio, mas tarde lord Walpole, que era entonces ministro de Inglaterra en París.

1729 á 1742, y 1749 á 1757.—*Correspondencia de sir Benjamin Keene*; que fué primero cónsul general, y despues ministro plenipotenciario de Inglaterra en Madrid; el cual, despues de una larga permanencia en esta capital, logró adquirir un conocimiento perfecto del idioma y de las costumbres del pais. Con presencia de los interesantes manuscritos de este diplomático, han sido trazados los cuadros de las administraciones del marqués de la Paz y Patiño, y han servido de igual modo para esponer las causas de la guerra de 1742, así como la vida y gobierno de Fernando VI, poco conocidos hasta de los mismos españoles. Tambien se halla en ellos la correspondencia con Pitt, relativa al proyecto de

comprometer á España en la guerra contra Francia, mediante la cesion de Gibraltar.

Cartas del conde de Bristol, sucesor de Keene.

1763 á 1767.—*Correspondencia diplomática del conde de Rochefort, embajador del rey de Inglaterra en Madrid.* Contiene infinidad de detalles, relativos á la administracion de Squilace y Grimaldi, al motin de Madrid, á las insurrecciones de América, á la espulsion de los jesuitas, á las negociaciones seguidas con el ministro Grimaldi, tocante á las colonias de América, al rescate de Manila y á un número considerable de materias de aquel tiempo.

1770 á 1771.—*Manuscritos comunicados al autor por el conde de Malmesbury, encargado de negocios de Inglaterra en Madrid.* Da mucha luz para estudiar el orígen y arreglo de la disputa entre estas dos naciones, en lo relativo á las islas de Falkland; dan muchos detalles tocante al carácter de Cárlos III, al de su primer ministro Grimaldi, á la córte de Madrid y á la nacion española. Tambien en ella hay varias comunicaciones, relativas á las negociaciones de España con Rusia, en especial por lo que respecta la á neutralidad armada y el ofrecimiento de comprar la cooperacion de Catalina II, mediante la cesion de Menorca.

1771 á 1779.—*Correspondencia de lord Granthan, embajador de Inglaterra en Madrid.* Contiene la historia secreta de este periodo que es poco conocida; espone las causas de la dimision de Grimaldi, y del nombramiento de Floridablanca, así como los motivos que decidieron á Cárlos III á unirse con Francia en la guerra de América. Hállase en la misma coleccion la correspondencia entre lord Rochefort y su antecesor, lord Weymouth, mientras desempeñó este el destino de secretario de estado, con lord Stormont, embajador en París, la cual suministra medios de conocer las relaciones y la política de las dos córtes, en que reinaban por entonces príncipes de la casa de Borbon.

Diferentes documentos, tomados de los papeles de sir Stayner Porten, cónsul en Madríd, por los tiempos en que lord Bristol era embajador en España, y que mas tarde fué secretario de lord Rochfort y subsecretario de estado; hay en ellos notas curiosas tocantes al comercio y hacienda de España, y una relacion no menos interesante de Cumberland, relativa á su mision á Madrid.

1782.— *Comunicaciones del conde de Shelburne y otros agentes de Inglaterra, con Verquines, Grape y Rayneval*, relativas á las negociaciones que precedieron la paz de 1782.

1782 á 1788.—*Coleccion de los manuscritos de lord Auckland*, embajador en Madrid, en la que hay documentos relativos al periodo que empieza con la paz de Paris y termina con la muerte de Cárlos III, así como tocante á la administracion de Floridablanca, cuyo sistema completo de administracion se da á conocer por lo que dice relacion con la hacienda, el comercio, la guerra y la marina.

Muchos mas documentos recogidos por lord Holland, en su viage por España; comunicados por él al autor.

Sucinta relacion y última desgracia acaecida al marqués de la Ensenada.

Representacion del conde de Floridablanca á S. M. don Cárlos III. Este informe, escrito por el mismo Floridablanca, que comprende los once años de su administracion, siendo de alta importancia histórica, nos ha parecido conveniente imprimirlo íntegro al fin de la obra.

NOTA. El autor ignoraba que este documento hubiese sido impreso en España. Nuestros lectores lo recibirán tal cual salió de la pluma del ilustre conde.

Seria enojoso citar los demas manuscritos, bastante numerosos, que ha consultado el autor, los hallará el lector nombrados en el curso de la obra.



INTRODUCCION HISTORICA.

SECCION PRIMERA.

España desde los tiempos mas remotos, hasta la muerte de Felipe IV.

Orígen y formacion de las monarquías cristianas en España.—Uniones de Leon y Castilla, y de Castilla y Aragon.—Rivalidad de Francia.—Nuevo sistema político en Europa.—Casamientos y engrandecimientos de los soberanos de Francia, Austria y España.—La casa real de Austria, llamada á la corona de España.—Accesion de Cárlos V, y reunion de la Borgoña y del Milanesado á la corona de España.—Continuacion de la lucha entre Francia y España.—Separacion de las Siete provincias unidas.—Guerra de treinta años.—Pérdida de Portugal.—Tratados de Westfalia y los Pirineos.—Casamiento de la infanta, hija primogénita del rey de España con Luis XIV.—Muerte de Felipe IV.

Dividida España en pequeños estados, vióse constantemente, desde los tiempos mas remotos, avasallada por el dominio de estrangeros. Cartagineses, romanos, godos, sarracenos y moros, ocupáronla todos, unos tras de otros; mezcláronse sus habitantes sucesivamente á estos diferentes dominadores. Los moros arrojaron á los monarcas godos de las mas hermosas provincias de la península, y estableciéronse en los reinos de Córdoba, Sevilla, Toledo y Granada. Hallábanse muy versados en las ciencias, en la guerra, en la industria y en las artes de recreo, cultivaban con esmero todos los conocimientos que podian contribuir á dar realce á la gracia

y elegancia de modales, á mejorar la condicion de los individuos, ó á fortalecer el poder y energía de la nacion. Pero, formando pequeños estados independientes, envidiosos unos de otros, pronto se hallaron presa de todos los males que aquejan á los imperios divididos. Guerras interiores, felonías y asesinatos, cubrieron el pais de luto y desastres.

Los cristianos, que habian buscado refugio en las montañas de Galicia, Asturias y Vizcaya, se aprovecharon de la discordia de sus enemigos, y abandonando sus guaridas, invadieron Castilla y Aragon, conquistaron Toledo, Córdoba, Sevilla, Valencia y Murcia, hasta que lograron encerrar á los moros en los estrechos límites del reino de Granada.

Durante mucho tiempo se opusieron tambien al acrecentamiento del poderío español, rivalidades y celos entre los cristianos de las diversas monarquías, cada dia mas divididas. Los fundamentos primeros de la grandeza que debia alcanzar, plantólos la union entre Aragon y Cataluña, con motivo del casamiento de Petronila, hija y heredera de Ramiro II con Raimundo Berenger, conde de Barcelona, y la union de Leon y Castilla en la persona de Fernando III. (*).

(*) Sancho, llamado el *Grande*, á causa de sus victorias contra los moros, séptimo rey de Navarra, era soberano de Aragon por derecho de sucesion, y de Castilla por el enlace que contrajo. Dividió sus estados entre sus tres hijos; Ramiro fué rey de Aragon, García de Navarra, y Fernando de Castilla.

En el siglo XV, hallábase España dividida en cuatro reinos: tres cristianos y el otro moro. Hé aquí sus límites y estension.

1.° Castilla, que comprendia las provincias de ambas Castillas, Leon, Galicia, Asturias, Murcia y Andalucia, con el señorío de Vizcaya y sus dependencias.

2.° Aragon, compuesto de Aragon, así llamado, de Cataluña con el Rosellon y la Cerdaña; Valencia y Murcia, con las islas Baleares y Sicilia.

3.° Navarra, dividida en alta y baja Navarra.

4.° El reino moro de Granada.

Fernando, á quien tambien llamaron el *Grande*, adquirió el reino de Leon, por su enlace con Sancha, hermana y heredera de Bermudo III, y en 1037, arrojó los moros de Castilla. Sus estados, divididos al principio entre sus hijos Sancho, Alfonso y Garcia, se reunieron luego en la persona de Alfonso. A su muerte, sus dos hijos, Sancho III y Fernando II heredaron, Castilla el primero, y el segundo el reino de Leon; pero reuniéronse de nuevo en la persona de Alfonso IX, hijo de Fernando II de Leon, á causa de su enlace con Berenguela, hija de Alfonso VIII, rey de Castilla. Su hijo Fernando III, poseyó Castilla por abdicacion de su madre en 1217, y tomó posesion del reino de Leon en 1230, á la muerte de su padre. Desde este tiempo, ambas coronas pertenecieron al mismo soberano, hasta que á causa de la estincion de la línea masculina con Enrique IV de Castilla, fué de ellas heredera su hermana Isabel, que las poseia al casarse con Fernando de Aragon. Hácia el final del siglo XV, la union de Castilla y Aragon, se verificó por el enlace de Fernando é Isabel, formando la época mas notable de la historia de España. Granada fué conquistada, durante su reinado, y los moros arrojados totalmente de la península que habian habitado durante siete siglos. A consecuencia de la conquista de la Alta Navarra, de que despojaron á la familia de Albret, reunieron igualmente á sus estados el pais situado entre Aragon y Vizcaya, estendiendo de este modo su imperio hasta las faldas del Pirineo (*).

(*) Navarra, compuesta de alta y baja, llamadas así á causa de su respectiva situacion en los territorios francés y español en los Pirineos, perteneció á los hijos y descendientes varones de Garcia, hijo primogénito de Sancho el *Grande*, hasta la muerte de Enrique I que no dejó descendencia masculina. Recayó entonces en Juana, por el casamiento de esta con Felipe el Hermoso; quedó reunido á Francia en tiempos de su hijo Luis. Su hija Juana se vió obligada á cederla á sus tios Felipe el Largo, y Cárlos el Hermoso, en cambio de una pension ó sueldo anual. A la muerte de Cárlos, volvió Juana á recobrar sus derechos; y

Fernando que poseia la Sicilia por derecho de nacimiento, tuvo la dicha de poder reunir á este estado el reino de Nápoles (*). Por último, el descubrimiento de Amé-

habiéndose casado esta princesa con Felipe, conde de Devereux, de la familia real de Francia, fué nuevamente Navarra estado independiente en tiempos de su hijo y su nieto Cárlos II y Cárlos III. Entonces hizo ya parte de los estados de Aragon por el casamiento de Blanca, hija de Cárlos III con Jaime, rey de Aragon. Su hija Leonor fué causa de que pasase á la casa de Foix por su enlace con Gaston, conde de Foix; á su muerte recayó en Francisco (Phœbus) su sucesor y nieto á la muerte de este, en 1488, fué herencia este estado de su hermana Catalina, casada con Juan de Albret, hijo del señor de Albret.

Este reino, por su situacion, no podia dejar de ser objeto de codicia de los soberanos de Francia y Aragon. Resultó de esta lucha, que, habiéndose pronunciado Juana de Albret en favor de Francia, en la disputa entre Luis XII y el papa Julio II, fué puesto entredicho á su reino por el pontífice, lo cual sirvió de pretesto á Fernando de Aragon para apoderarse de la Alta Navarra.

Sin embargo continuó la familia de Albret poseyendo la Baja Navarra, hasta que fué cedida á Francia en virtud de un enlace, y unida definitivamente á esta monarquía por Enrique IV.

(*) Nápoles y Sicilia fueron conquistados á los sarracenos por los condes normandos, fundadores de la dinastia normanda. Cuando se estinguió la línea masculina, Constanza, hija de Rogerio II, traspasó la corona á su marido, el emperador Enrique II; y su hijo, el emperador Federico II reunió Nápoles á los estados hereditarios de la casa real de Suabia. Su hijo Conrado, emperador y rey de Napoles, murió en 1250, y Manfredo, hijo natural de Federico, se aprovechó de esta circunstancia y de la niñez de Coradino, hijo de este mismo Conrado, para arrebatarle todo el territorio siciliano.

Al mismo tiempo, el papa Clemente IV, como señor de estos dominios, los dió á Cárlos, conde de Anjou, de la familia real de Francia. De resultas de esto invadió Cárlos el reino de Nápoles, derrotó y dió muerte á Manfredo en la batalla de Benavente, y fué reconocido por rey de Nápoles. Coradino, que intentó recobrar su patrimonio, fué vencido por Cárlos, quien mandó cortarle la cabeza, Pero los naturales de Sicilia que aborrecian el dominio de los franceses, libertaron de ellos su isla por medio del famoso deguello llamado las *Vísperas Sicilianas*, en 1282, y eligieron por soberano á Pedro III, rey de Aragon, casado con Constanza, hija de Manfredo. Los descendientes de Pedro conserva-

rica abrió estensa y nueva carrera á la ambicion, y ánimo emprendedor de los españoles.

Por esta misma época, cuando empezó á tomar consistencia el sistema político que rige ahora, los principales soberanos eran el de España, que reunia las coronas de Castilla y Aragon, el de Austria, la casa real de Borgoña y la de Inglaterra. Portugal, no menos por su estenso comercio que por su lineacion geográfica y la capacidad de sus soberanos, iba adquiriendo mas alto grado de importancia del que prometian su pequeño territorio y posicion aislada. Gracias á ventajas parecidas que les daban su posicion local, su espíritu guerrero, y la riqueza de su comercio, Suiza, los ducados de Saboya y Milan, las repúblicas de Génova, Florencia y Venecia, llamaban la atencion de Europa y gozaban de cierta consideracion política, mientras que la reunion del poder temporal y espiritual hacia con frecuencia de los papas, los árbitros de la cristiandad.

El sistema político seguido por Luis XI, al mismo tiempo que la fuerza, la posicion y los recursos de Francia, le daban grandes ventajas con respecto á cada uno de los soberanos contemporáneos, cuyos estados lindaban con los suyos. Resultó de aquí, que aunque halagado por todos, el temor general de su poderío formó contra él una liga tácita ó espresa de dos ó mas estados. Esta necesidad política prodigó alianzas y casamientos entre las principales familias, con ánimo de reunir cuantas fuerzas les fuese posible. Los enlaces mas notables, fueron en primer lugar, el de Maximi-

ron la posesion de Sicilia, á pesar de los esfuerzos de los reyes de Nápoles para conquistarla, y Fernando la obtuvo como noveno sucesor de Pedro. Unióse con Luis XII á fin de arrebatar la corona de Nápoles á Federico IV; como el éxito mas completo coronase su invasion, Fernando se apoderó de la parte de su aliado, menos astuto que él, reuniendo así ambos reinos.

liano archiduque de Austria, con María, heredera de Borgoña; y mas tarde, el de su hijo el archiduque Felipe con Juana, heredera de los reinos de Castilla y de Aragon, la cual hizo recaer la corona de los estados españoles en la casa de Austria. Los monarcas de Francia, hallaron un medio de disminuir la importancia de estos enlaces por medio de agregaciones análogas de territorio y poder; en especial, apoderándose de la Borgoña y Picardía á la muerte de Cárlos el Atrevido; adquiriendo la Borgoña en virtud de los casamientos de Cárlos VIII y Luis XII con la heredera Ana, y por último, agregando á la corona diferentes feudos reales ó pequeñas soberanías.

Como consecuencia de estos enlaces y alianzas, las principales monarquías de Europa, Francia, Austria y España, se hallaban mas próximas unas á otras, mientras que por otra parte, sus discordias se avivaron mas y mas á causa de sus aspiraciones recíprocas al territorio de Navarra y Rosellon, y á otros distritos del Pirineo tanto como á causa de sus disputas, con respecto á la posesion de Nápoles y del Milanesado y las reclamaciones de una y otra parte relativas á las diferentes fracciones de la herencia de la casa de Borgoña.

La muerte de Isabel en 1504, y la lucha que le siguió á causa de la regencia de Castilla, entre su marido Fernando y su suegro Felipe, motivaron una armonía pasagera entre Aragon y Francia. Con la muerte de Felipe tuvieron fin estas discordias; Fernando llamado á la regencia del reino por su nieto Cárlos, siguió los mismos principios políticos que habian inspirado en otro tiempo, alianzas matrimoniales con Austria.

Tal era la respectiva situacion de las partes contendientes, cuando la muerte de Fernando, acaecida en 1516, abrió la sucesion al archiduque Cárlos que poseia ya los estados de la casa de Borgoña. Como heredero presunto de los de Austria, aspiraba igualmente al tro-

no del imperio, que no tardó en quedar vacante por muerte de su abuelo Maximiliano.

Cárlos, á fin de evitar las disputas, que son consecuencia forzosa de todo el reparto de reinos, tanto como para desprenderse de la carga que lleva consigo el gobierno de provincias distantes, cedió á su hermano Fernando, los derechos incontestables que tenia á la herencia de los dominios austriacos. De resultas de esto se dividió la casa real de Austria en dos ramas, la de España, y la de Alemania; no tardó mucho el poder de esta en aumentarse considerablemente por medios de la adquisicion de las coronas de Hungría y de Bohemia. Los dos hermanos á fin de evitar en lo sucesivo el enagenamiento de estas posesiones inmensas, celebraron diferentes tratados para regularizar la herencia mútua de sus respectivos territorios, en caso que la descendencia masculina de ambos llegase á estinguirse, egemplo que á menudo siguieron mas tarde sus sucesores.

La herencia de la casa de Borgoña reunida así á España se consolidó y aumentó ya por compras, ya por conquistas, hasta el punto de formar ese territorio rico y estenso conocido por el nombre de *Siete Provincias unidas*, con mas el Artois y el Franco Condado. Con la adquisicion del Milanesado, que logró mas tarde Cárlos, en favor de su hijo Felipe, quedaron unidas, entre sí, las diferentes provincias de esta inmesa monarquía. La conquista de Méjico y del Perú añadió á su poder, el inmenso territorio de las colonias españolas, descubiertas en tiempo de Fernando é Isabel, sirviendo de nuevo manantial de riqueza á la metrópoli.

La corona del imperio volvió á la rama alemana cuando en 1556, Cárlos dejó por sucesor á su hijo Felipe II; pero, la adquisicion de Portugal, hecha por este monarca, reunió bajo su cetro toda la Península añadiendo de este modo á los tesoros del Nuevo Mundo, las riquezas inmensas del comercio del Oriente. El descu-

brimiento de las islas Filipinas, que data de aquella época, completó la cadena de comunicacion, estendida por toda la circunferencia del globo. Entonces fué cuando los españoles pudieron decir con orgullo que el sol no se ponia jamás en los estados del rey de España.

El engrandecimiento rápido de la casa real de Austria escitó celos y una oposicion viva por parte de otras potencias rivales, y especialmente de Francia. Europa vió durante mucho tiempo á estas poderosas monarquías, como desarrollaban toda la fuerza de sus ánimos, y todos los artificios de la intriga, agregando á su causa respectiva, otras disputas políticas y religiosas, enemistades públicas y privadas, y no solamente así arrastraban en la lucha, á causa de su superioridad, á los estados confinantes con Francia y España, Alemania é Italia, sino que agitaban violentamente regiones apartadas, como Polonia, Hungría, y hasta el imperio Otomano.

Durante los reinados de Cárlos y Felipe, los varios tratados y transacciones que ocupan los intérvalos de la lucha, permiten cerciorarse, de que sus fuerzas y recursos estaban casi equilibradas; porque, si bien el aumento de nuevas conquistas en América, y la agregacion de Portugal parecen manantial inagotable de riquezas y poder, la inmensa estension y la dislocacion de las provincias de esta monarquía, eran para ellos un principio de debilidad. El repentino influjo de la riqueza, influyó malamente en los usos y moralidad del pueblo, mientras que la adquisicion de Portugal, llegó á ser á causa de la aversion de los habitantes al yugo estrangero, mas bien un estorbo, que una ventaja positiva para el gobierno de Madrid.

Aquella estrella luminosa, que habia derramado por el mundo luz tan brillante, y que habia elevado con tanta rapidez la monarquía española á tan alto grado de esplendor y poderío, se eclipsó de repente, en cuan-

to llegó á la cúspide de su grandeza. Las gigantescas empresas que acometió con tanta frecuencia como desgracia, agotaron sus fuerzas en el esterior; mientras que en su propio territorio, quedaron socabados los fundamentos de la sociedad, con los abusos de la autoridad no menos que con la adopcion de nuevos principios religiosos y políticos. Los acontecimientos que muy luego hicieron que se inclinase la balanza en favor de Francia, no son otra cosa mas que las turbulencias interiores ocasionadas en los estados españoles por el despotismo y supersticion de Felipe II, la rebelion á que puso término, la independencia de las Siete Provincias unidas, la destruccion de la invencible armada, y la lucha desastrosa con Inglaterra.

Francia, durante la existencia de esta rivalidad se opuso constantemente á los esfuerzos que con frecuencia hacian los príncipes austriacos, á fin de consolidar la union de su familia, y asegurar la sucesion mútua de sus respetivos estados, ni descuidó intento ninguno, á fin de que quedasen desvanecidos sus proyectos de conquista y engrandecimiento. A menudo, proponiéndose este fin, la habilidad y felice estrella de los franceses, alcanzaron templar la antigua enemistad de su rival, y aprovechándose diestramente de los tiempos y circunstancias, lograron formar enlaces entre ambas familias de Francia y España. Felipe II se casó con Isabel, princesa francesa; Ana, hija de Felipe III, con Luis XIII; é Isabel, hermana del rey de Francia, con el príncipe de las Asturias, mas tarde Felipe IV. Sin embargo, á fin de precaverse contra los inconvenientes que podian sobrevenir de esta conducta, contraria á sus principios políticos, cuidaron mucho los soberanos austriacos, de conservar y fortificar sus pretensiones respectivas, á la herencia de su familia, por medio de renuncias, pactos y tratados.

Estos enlaces, y alianzas no lograron sin embargo suspender en Italia la guerra, si no de un modo mo-

mentáneo, y transitorio. En 1619, empezó la lucha no menos larga que fértil en acontecimientos, conocida por el nombre *de guerra de treinta años*. Débil ya España por causa de los desastres que habia sufrido, se vió entonces conmovida en sus propios cimientos. Las exacciones que los escasos recursos de un gobierno empobrecido hacia indispensables, acompañadas de los escesos que son compañeros inseparables del poder delegado, produjeron turbulencias civiles; la decadencia se manifestó por medio de una rebelion en Cataluña; por el levantamiento que logró un mero pescador de Nápoles, y lo hizo en un momento dueño de la capital, y últimamente, por una revolucion que elevó la casa de Braganza al trono de Portugal. El resultado de este sacudimiento terrible, fué la estenuacion de las dos ramas de la casa de Austria, y la realizacion en parte de los vastos proyectos, que Francia habia meditado, contra los restos de la herencia de Borgoña, y aun contra la misma España. La paz de Westfalia, que tuvo lugar en 1649, le abrió paso para penetrar en Alemania é Italia, introdujo en el imperio la aristocracia, y debilitó la union del Cuerpo germánico, creando un cisma político y religioso.

Pero, aun cuando el emperador Fernando III se vió obligado á retirarse de la lucha, consintiéndo asi en la reduccion de su poder, y de su influjo, Felipe IV se dejaba todavía arrastrar á la guerra, por el recuerdo de su grandeza, por la esperanza de aprovecharse de las discordias civiles que afligian á Francia, durante la minoridad de Luis XIV, y especialmente por la repugnancia que tenia en dar su hija primogénita como esposa al monarca francés, condicion que le habia sido propuesta, como precio á que debia comprar la paz. Con ánimo de satisfacer los fines de su política, se dicidió á casar á su hija con el archiduque Leopoldo, y hallándose, él mismo, viudo, fortificó sus lazos con la línea Alemana, casándose con Mariana, hija de Fernando III.

Despues de cierto espacio de tiempo, sus escaseces que crecian de dia en dia, como la pérdida de Jamaica y de Dunquerque, que Cromwell logró arrebatarle, el nacimiento de un hijo, Felipe Próspero, y un nuevo embarazo de la reina, lo decidieron por último á aceptar las proposiciones de Francia. En virtud de esta resolucion, se firmaron los preliminares en París, el 7 de noviembre de 1654, y negociaron un tratado de paz, los dos primeros ministros de Francia y España, el cardenal Mazarini, y don Luis de Haro, en la reducida isla de los Faisanes que se halla en el Vidasoa, formando los límites de ambos reinos. Este tratado célebre llamado *tratado de los Pirineos*, fué el gérmen de las guerras que ocurrieron luego, y no dió á Francia menos ventajas en la Península y en Flandes, que la paz de Westfalia habia dado al Austria, en el imperio germánico. Cedió España á Francia el Rosellon con una parte de Conflans, y la Cerdania, de Flandes y de Henao, así como todo el Artois, esceptuando á Saint Omer, y Aire. Quedaron, reservados á Francia sus derechos á Navarra; fueron cedidas á Inglaterra, Dunquerque y Jamaica, y el duque de Lorena, único aliado que á España quedaba, se vió reducido á una humillante dependencia, obligado á desmantelar las fortificaciones de Nancy, y á ceder Mayenrio y Bar. Por último, consintió el rey de España en dar la mano de su hija primogénita, María Teresa, á Luis XIV, bajo la espresa condicion que renunciaría para sí, y su descendencia á su patrimonio. El rey de Francia por su parte, restituía todas sus conquistas, en los Paises Bajos, Italia y Cataluña, y se comprometía á no prestar socorros á los portugueses.

Segun este tratado, siguió á la firma la celebracion del casamiento, el 2 de junio de 1660, tan luego como la infanta renunció en los términos mas formales para sí y sus descendientes, á todos los derechos y títulos que pudiera tener á cada uno de los estados españoles. En seguida ratificó Luis XIV, con la mayor solemni-

dad en nombre suyo, y por sus herederos, esta renuncia que confirmaron las córtes reunidas en Madrid. Sin embargo, el gobierno francés no se creia ligado, á pesar de compromisos tan solemnes; conocida es la observacion hecha por Mazarini á los plenipotenciarios empleados para negociar el tratado, la cual descubria el fin verdadero de esta alianza.—Celébrese el casamiento, decia el cardenal, y despues no habrá renuncia ninguna en el mundo que impida al rey pretender cuando llegue el caso, la sucesion de España.

En efecto, ningun caso hizo el monarca francés de la palabra que habia empeñado de no mezclarse en los negocios de Portugal, uno de los objetos principales que movieron á Felipe á aceptar un tratado tan desventajoso; se empeñó por lo contrario, en justificar públicamente el socorro que prestaba á los portugueses; alentó al mismo tiempo la resistencia de estos, que le sirvió eficazmente para agotar las últimas fuerzas de la monarquía española, así como para prepararse á ese sistema de conquista, que debia pronto ser ensayado ante la Europa asombrada.

El resto del reinado de Felipe se pasó en tentativas vanas para recobrar el Portugal. Tambien sin cesar, le ocupaba otro cuidado: atormentábale un deseo inquieto de asegurar á su familia la sucesion de sus estados. La muerte de sus hijos varones en menor edad, especialmente la de Felipe Próspero; la tierna edad de Cárlos, la complexion delicada de este solo hijo que le quedaba, dándole apenas esperanza de sucesion masculina, lo movieron á desposar á su hija primogénita Margarita, nacida de su segunda muger, con el emperador Leopoldo, esperando así destruir parte de los resultados que temia de su union violenta con Francia.

Sorprendió la muerte á Felipe en medio de estos proyectos; terminó su carrera tempestuosa el 17 de setiembre de 1665, á la edad de sesenta años, dejando la regencia confiada á su viuda, y nombrando, segun

el tenor de la constitucion tradicional española, un consejo compuesto de los principales funcionarios del estado, con voz deliberativa (*).

(*) Han sido consultados con respecto á los hechos sentados en este capítulo, varias obras de historia nacional y particular, tales como las de MARIANA, ORTIZ, FERRERAS; *diferentes tratados*, *documentos públicos*; *diplomacia francesa*; *obras de Luis XIV*, HUMONT, KEROK, *historia de los tratados de paz*, tomo 1.º

SECCION SEGUNDA.

1665—1697.

Bosquejo del reinado de Cárlos II —Regencia de la reina viuda.—Administracion y caida del padre Nitard.—Invade Francia los Paises Bajos. —Reconocimiento de la independencia de Portugal. —Elevacion y caida de Valenzuela.—Administracion y muerte de don Juan de Austria.—Continuacion de las guerras y tratados con Francia.—Casamiento de Cárlos con una princesa francesa.—Influjo de Esguya.—Administracion de Medinaceli, Oropesa y Melgar.—Se casa Cárlos en segundas nupcias con una princesa austriaca.—Nuevas agresiones por parte de Francia.—Grande alianza y garantía de la sucesion española á la familia de Austria.—Estado lastimoso de España.—Paz de Ryswick.

Fué la muerte de Felipe IV una calamidad para su pais. Un solo hijo dejó este soberano, que fué Cárlos II, niño de cuatro años, de complexion débil, y entregado el reino á la regencia de la reina madre, princesa devorada de ambicion, que carecia de la superioridad necesaria, tanto para luchar con los inconvenientes de esta minoría, como para alejar los peligros que amenazaban esteriormente á la monarquía ya desfalleciente.

La reina depositó toda su confianza en el padre Nitard, jesuita aleman, de nacimiento oscuro, cuya mas notable prenda era la flexibilidad y una destreza singular para la intriga. Nombrado inquisidor general, puesto de suma importancia, formó parte del consejo de Regencia, del consejo de Estado, y lo hizo árbitro de la direccion de los negocios públicos. Alucinado con su elevacion, ofendió á la grandeza, parodiando la al-

tanería y orgullo de Jimenez, y eso cuando no supo mostrarse digno de gobernar á una gran nacion agitada y estenuada por sus pasados reveses, y cuando se hallaba comprometido en la lucha con Portugal, que poco hacia, era todavía una de las provincias que poseia España, por derecho de conquista. El descontento universal, causado no menos por la estupidez de su administracion, que por su vanidad personal, creció con las intrigas de don Juan, hijo natural del último monarca, quien habiendo sido notable durante el reinado de su padre, como guerrero y como hombre de gobierno, se veia respetado de la grandeza, adorado del pueblo, y proclamado por la opinion general, como la única persona capaz de sostener la monarquía desfalleciente y de defender los derechos del rey menor.

Aumentaron las invasiones estrangeras, las dificultades de un gobierno débil é impopular, acometido por intrigas interiores casi al mismo momento en que acababa de celebrarse el casamiento de Leopoldo y la infanta, con el fin de consolidar la union con la casa de Austria, y establecer una barrera mas contra la ambicion de Francia. Luis XIV, aprovechándose de los apuros de España, se apoderó de una parte de la sucesion, á que con tanta solemnidad habia renunciado, bajo pretesto de una costumbre local en una provincia de Francia, llamado *derecho de devolucion* (*). Fundado en ella reclamó una parte considerable de los Paises Bajos en nombre de la muger; y tomó las armas, á fin de dar mas fuerza á sus exigencias. De este modo, añadia el insulto á la injusticia, comunicando á la reina regente que era su ánimo tomar posesion de lo que habia sido usurpado á su muger; pero que no tenia propósito de

(*) Este derecho de devolucion, que era una costumbre oscura, incierta y local en algunos puntos de Francia, autorizaba á las hijas de la primera muger á heredar el patrimonio, antes que los hijos de la segunda.

romper la paz concluida entre ambas naciones. Segun esta declaracion, acometió impensadamente el pais aquel sin defensa; en menos de tres meses se hizo dueño de la línea de fortificaciones que existia entre el Canal y el Escalda, y antes del invierno, habia enriquecido sus conquistas con el Franco-Condado. Al propio tiempo contribuyó á que se aumentasen las turbulencias interiores y los riesgos del gobierno español, no ocultando con misterio sus relaciones con Portugal, sino por el contrario, declarando que formaba alianza ofensiva con este reino.

Dió á conocer la invasion de los Paises Bajos á las potencias marítimas, el peligro en que se hallaban á causa del engrandecimiento de Francia. Con el fin de formar un dique contra tales agresiones, formóse en 1667, una triple alianza entre Inglaterra, Holanda y Suecia. Sin embargo, eran demasiado débiles estas potencias, y hallábanse demasiado divididas de intereses para oponerse con fruto á las injustas exigencias de Luis, y no pudiendo triunfar por medio de una resistencia vigorosa, sacrificaron parte de sus importantes territorios, á fin de salvar lo demás. Con el carácter de mediadoras que tomaron, ofrecieron términos de conciliacion á que se mostraron por su parte, dispuestas á conformarse, declarando que se hallaban dispuestos á sostenerlos con la fuerza, si España ó Francia se negaban á admitirlos; en cuyo caso, lucharian con aquella de las dos potencias que se resistiese á dar su consentimiento. Por mucho que mortificase esta proposicion á Luis XIV, se vió obligado á plegarse á las circunstancias, esperando que podria mas tarde dividir ó engañar á la coalicion que le imponia leyes. Por su parte, España tuvo que tolerar nuevas desmembraciones.

Verdad es, que á consecuencia de la paz de Aquisgran, recobró España el Franco-Condado; pero perdió las fortalezas de Charleroy, Bitche, Ath, Douai, Tournay, Oudenarde, Lille, Armentieres, Courtray, Bergue

y Furnes (*), cuyas cesiones hicieron al monarca francés dueño del Lys y del Escalda, le abrieron fácil paso al corazon de los Paises Bajos españoles, preparando la sumision de estos que consiguió en guerras posteriores. La invasion de los Paises Bajos, así como la posicion crítica de los negocios interiores de la península, obligaron al gobierno español á reconocer la independencia de Portugal, y á reconciliarse con un enemigo que lo habia obligado á desplegar todas sus fuerzas, tanto en sus naturales fronteras como en sus posesiones distantes (*).

Aun cuando no fuesen estos tratados, en sí mismos tan poco ventajosos para España, mas que la consecuencia indispensable de su flaqueza interior y de su falta de apoyo esterior, produjeron indignacion tan viva, que no halló mucha dificultad don Juan de Austria en derribar el impopular ministerio de Madrid.

Durante la agresion de Francia, habia sido nombrado gobernador de los Paises Bajos, y hallábase á punto de embarcarse en la Coruña, cuando recibió noticias de que uno de sus confidentes, don José Malladas, habia sido encarcelado y sentenciado á muerte. Se aprovechó de la impresion que produjo este acto de violencia y crueldad, y en vez de continuar su viage, se volvió atrás, dirigiéndose á Madrid. Pero, antes de llegar á la capital, recibió una real órden en que se le mandaba que se retirase á su palacio de Consuegra, y que no se acercase á veinte leguas de la capital. No hizo resistencia ninguna á esta órden, contentándose con dirigir á la reina una representacion enérgica contra su ministro favorito (*).

(*) Tratado entre Francia y España, firmado en Aquisgran el 2 de mayo de 1668. *Prontuario de tratados.*

(*) Tratado entre España y Portugal, de 13 de febrero de 1668. *Prontuario de tratados*, pág. 91.

(*) Esta carta escrita en Consuegra, el 21 de octubre de 1668, fué comunicada por el padre Nitard á los inquisidores de Madrid, pa-

Cuanto mayor era el descontento de la nacion, tanto crecia la impudencia del ministro; no solo mandó arrestar á don Bernardo Patiño, padre del primer secretario de don Juan, sino que envió una partida de soldados con órden de apoderarse de la persona del príncipe, violencia inconsiderada que precipitó la crisis. Instruido don Juan del arresto de Patiño, salió de Consuegra y se presentó en Aragon, donde fué acogido como salvador del reino. Conociendo que le proporcionaria la popularidad apoyo en Castilla, se dirigió á la capital al frente de setecientos hombres, y al llegar á Torrejon, casi á las puertas de Madrid, pidió la destitucion del confesor. No se equivocó en sus pronósticos; halló su causa defensores hasta entre los consejeros de la reina, y queriendo el ministro poner en estado de

ra que sirviese de fundamento á la formacion de causa contra el príncipe. Contenia las tres siguientes proposiciones: 1.° Hubiera yo debido dar muerte al padre Nitard por la tranquilidad del estado. 2.° Muchos teólogos respetables me han aconsejado que lo hiciera. 3.° No he querido ejecutar este proyecto, por no contribuir á su condenacion eterna, porque es probable que el jesuita se hubiera hallado en pecado mortal.

Los censores á quienes sometió la inquisicion este escrito, calificaron la primera proposicion de *errónea y herética*; y las otras dos de erróneas y escandalosas, etc. etc.

En el púlpito resonaron tambien violentos ataques contra un *príncipe tan enemigo de la religion que la perseguia en sus ministros*; pero los acontecimientos que derrivaron al padre Nitard, pusieron término á estas declamaciones, como así mismo á la causa que formaba la inquisicion, cuyo fallo hubiera sido fatal al príncipe, si hubiera conservado el confesor el favor de la reina, porque el imperioso jesuita habia establecido al principio que todos los grandes debian inclinar la cabeza ante él, como ministro de Dios Todopoderoso.—A vos os toca, decia al duque de Lerma, que se quejaba del poco miramiento que con él guardaba el confesor, á vos os toca, mostrar respeto hácia mi que veo á vuestro Dios en mis manos, y á vuestra reina á mis pies. Esta palabreria no alucinó empero al duque de Lerma.

(Nota del señor Muriel.)

defensa la capital, se reunió el pueblo en tumulto á las puertas del palacio gritando: «Caiga el jesuita, váyase el jesuita ó la poblacion será entregada al saqueo.» La reina en un momento de indignacion y desesperacion se arrojó al suelo lastimándose de su suerte y diciendo: Dios mio, ¿cómo podré ser reina y regente si me privan de este varon santo que es mi solo consuelo? La mas oscura persona puede escoger confesor á su albedrío; yo sola me veo privada de mi director espiritual; soy la única persona del reino aquejada de este tormento. Pero fueron inútiles la desesperacion y la queja. Como resultado de una negociacion dirigida por el nuncio del papa, se vió obligada la reina á separarse de su favorito, quien debió tenerse por dichoso saliendo de Madrid pacíficamente, y no habiendo sido inmolado al espíritu de partido, ó al furor popular. En febrero de 1669 se retiró á Roma, en donde le proporcionó el favor de su régia protectora el título de embajador y la dignidad de cardenal. La imparcialidad nos obliga empero á confesar que este ministro caido dió un egemplo notable de desinterés, negándose á aceptar el dinero que le ofrecian varias personas, entre otras el cardenal de Aragon, el conde de Peñaranda, y prefiriendo para servirnos de sus propias espresiones, salir de España pobre clérigo como á ella habia llegado. No sin trabajo logró su protectora que aceptase 2,000 doblones para los gastos que ocasionase su viage á Roma, en vez de una pension de 2,000 duros; pero no hubo fuerzas para hacerle admitir la embajada que se le propuso.

Dió lugar á nuevas turbulencias la repugnancia que la reina mostraba en admitir los consejos de don Juan, y la agitacion que iba notándose en diferentes puntos á la vez, parecia que anunciaba inmediata la guerra civil. Por último, gracias á la intervencion del nuncio, pudo lograrse un acuerdo: devolvióse á don Juan el gobierno de los Paises Bajos sin ponerle la obligacion de

salir de España; pero con ánimo de alejarlo de Madrid lo nombraron virey de Aragon y Cataluña.

Sin embargo el destierro de Nitard dió pronto lugar á la elevacion de otro favorito.

Don Fernando de Valenzuela, hidalgo granadino, habia acompañado como page al duque del Infantado á su embajada de Roma, y á su regreso habia recibido por recompensa el hábito de Santiago. Con la muerte del duque del Infantado se desvanecieron sus esperanzas de medrar. Esta desgracia lo redujo á la mayor estrechez obligándolo para ganar los medios de subsistencia pobremente á componer comedias, que segun parece no carecian de todo mérito. Logró penetrar en casa del confesor, cuando gozaba éste de mayor poder, y el jesuita no tardó mucho en notar que se hallaba Valenzuela dotado de un carácter emprendedor, que era diestro y á propósito para la intriga. Le confió por lo tanto sus secretos y los de la reina con respecto á don Juan y á sus allegados, cuya conducta le encargó que espiase. Se aprovechó de esta ocasion favorable el nuevo confidente para edificar el palacio de su fortuna sobre sólidos cimientos. En la servidumbre de la regente se hallaba una camarista llamada Eugenia, alemana por su origen, que gozaba de gran crédito con su señora. Valenzuela, á quien no faltaban medios de agradar, logró su mano, y con ella se abrió las puertas de la fortuna. La amistad que le mostró Nitard, y el favor de que gozaba Eugenia con su ama, dispusieron fácilmente la reina á colmarlo de favores. Le nombró su caballerizo con encargo de darle cuenta de las intrigas que se fraguasen contra Nitard. A la caida del confesor fué Valenzuela el íntimo confidente de la reina, la cual, apenas pasados los primeros momentos de efervescencia lo llamó á su real cámara. Allí tuvo las conferencias con él á presencia de su muger, á fin de evitar pretestos de escándalo, y la viveza como los modales agradables y su buen tono, fortalecieron la reina en las favorables

disposiciones que le habian inspirado desde el principio su celo y fidelidad. De este modo se impuso la reina de todas las intrigas secretas que se urdian en Madrid; y como su modo de vivir, aunque retirado, la hacia estraña á los ojos de todos á lo que pasaba en la capital, no fué dificil notar que recibia noticias de algun travieso duende.

Se supo pronto que este duende era Valenzuela, á cuyo alrededor se agolparon todos, en cuanto se supo que era el repartidor de los favores y empleos, y que llevaba las riendas de la administracion. Con rapidez se encaramó á los primeros destinos y llegó pronto á ser tan poderoso como Nitard y no menos aborrecido. Nombrólo la reina caballerizo mayor, elevándolo luego á la dignidad de grande de España de primera clase, con el título de marqués, y por último al empleo de primer ministro.

Aunque dotado de mucho talento y de una capacidad incontestable, no tenia Valenzuela ni el carácter ni las cualidades que eran indispensables en su delicada posicion. En vano trataba de alcanzar popularidad por medio de obras magníficas, de diversiones públicas ó de actos de generosidad; la pobreza de su familia, su juventud y su rápido encumbramiento lo hacian blanco de los tiros de la envidia y celos. El mismo aumentó su impopularidad, con su vanidad juvenil, dando asidero á las imputaciones mas escandalosas contra su augusta protectora. Tomaba mas bien el aire de un amante afortunado que de un ministro público. Pronto se echó de ver que en los torneos llevaba por divisa una águila mirando al sol con esta leyenda: *Tengo solo licencia.*

Mientras esto ocurrió cumplió quince años Cárlos II, edad que fijaban las leyes para la mayoría. Al punto mostró el nuevo soberano sus intentos de confiar las riendas del gobierno á don Juan. Por de pronto pareció que tenian fuerza en su ánimo las lágrimás y súplicas de la reina; pero en medio de la

confianza que inspiraba este triunfo pasagero, siguieron en su empeño los enemigos del ministro y lograron una victoria definitiva. En la noche del 11 de enero de 1677, huyó el jóven monarca de la cámara que ocupaba en el palacio viejo, en que se hallaba vigilado como en cautiverio honroso, y se refugió al palacio del *Buen Retiro*. Don Juan fué nombrado al punto primer ministro, y á la reina se la mandó salir para Toledo en donde un convento debia servirle de cárcel.

En los primeros momentos logró Valenzuela burlar la vigilancia de sus enemigos. Despues de despedirse breve pero tiernamente de su augusta protectora, se retiró al Escorial en donde se ocultó tras de un enmaderamiento de ensambladura que habia en la celda de un monge muy afecto á su persona. En vano los emisarios del gobierno hicieron varias visitas y pesquisas en el monasterio; no lo hallaron. Mas como padeciese mucho la salud de Valenzuela de tan estrecho encierro, hubo necesidad de llamar al cirujano del convento para que lo sangrase, y aun cuando diese éste solemne palabra de guardar secreto, no la cumplió. Los emisarios arrancaron el enmaderamiento y el mísero ministro fué arrebatado de los brazos del sueño en que yacia, teniendo á su lado sus pistolas y espada. Despues de sufrir un encierro de muchos meses sin que se le permitiese comunicacion ninguna con su muger ni con sus hijos, que se hallaban encerrados en Talavera, fué desterrado á las islas Filipinas (*).

(*) Hé aquí cuanto hemos podido averiguar de la suerte futura de este ministro, de entre una infinidad de relatos oscuros é inseguros. En Manila fué encerrado en la fortaleza de San Felipe, en una casa de madera compuesta espresamente para él. Al principio fué tratado con mucha severidad, pero no así mas tarde, pues logrando el favor del gobernador, alcanzó licencia para representar sus propias comedias. A la muerte de don Juan consiguió la reina órden para que se le levantára el destierro; pero créese que quedó sin efecto esta órden, gracias á las intrigas de Eguya.

Tomó don Juan las riendas delgobierno en medio de la algazara de un pueblo que lo miraba como á su libertador, y que tenia ciega confianza en su habilidad fortificada por la esperiencia, y en sus virtudes purificadas por el infortunio. Pero no se tardó mucho en conocer que esr mas fácil despertar que contentar la esperanza pública, y que solo hay un paso del favor al ódio popular. Con recursos casi agotados, se vió obligado á luchar desde el primer momento de su elevacion contra ese mismo terrible enemigo que varias veces habia minado el trono de Castilla.

Apenas Luis XIV, atormentado sin cesar por el afan de apoderarse de los restos considerables de la herencia de la casa de Borgoña, habia firmado la paz de Aquisgran, se preparó á invadir las Provincias Unidas, que habian tomado parte tan activa contra él en la última guerra, y cuyo territorio era el sitio de reunion de las potencias confederadas contra Francia. Logró ganar la alianza de Inglaterra, renovó su antigua amistad con Suecia, adquirió el apoyo de los príncipes alemanes de las riberas del Rhin, y empezó las hostilidades arrojando de sus estados al duque de Lorena que organizaba un cuerpo auxiliar para la defensa general. El gobierno español dió en esta ocasion una prueba, única en verdad, de su vigor antiguo y magnanimidad, rechazando las falaces proposiciones de Francia, y firmando en 1672 una alianza defensiva con la república. Siguió á este convenio un envio de refuerzos á los Paises Bajos; pero la presteza, vigor y ventajosa posicion del monarca

En 1689 se le dió licencia para ir á Méjico, en donde fué bien recibido por el conde de Galvez, hermano de su primer protector, el duque del Infantado. Se le señaló una pension de 1,200 duros, y si hemos de creer á Gemelli, cuyos viages tienen con frecuencia mezcla de fábula, su principal recreo consistia en domar potros, y en este entretenimiento recibió una coz de que murió.

Viaggi di Gemelli nelle isole Philippine, vol. IV, pág. 45. *Memoires de la cour d' Espagne.*

francés destruyeron los planes tardios de las potencias tan distantes una de otra, y tan poco á propósito para formar una coalicion. Francia é Inglaterra declararon en el mes de abril, á un mismo tiempo, la guerra á Holanda; y antes del fin de la campaña, habian casi penetrado hasta las puertas de Amsterdam; los holandeses á fin de poner á cubierto su independencia, se vieron en la triste necesidad desesperada de tomar el último partido que les quedaba, esto es, de romper los diques é inundar el pais.

Una invasion, hecha sin provocacion, y por otra parte tan feliz, despertó el temor y escitó la indignacion general, dando lugar á una revolucion en las Provincias Unidas. La faccion poderosa que se habia ligado voluntariamente con Francia fué derribada, y Guillermo, príncipe de Orange, de edad de diez y ocho años, fué elegido por el voto general, para asegurar la independencia del pais que sus antepasados habian conquistado. El gobierno austriaco acudió á las armas, y en setiembre de 1672, se celebró una nueva alianza entre el emperador, España y las Provincias Unidas, de resultas de lo cual se vió Luis XIV obligado á abandonar sus conquistas con la misma celeridad que las habia hecho. En 1674, lo abandonó Inglaterra, así como tambien otros varios príncipes alemanes, sus aliados, hallándose, al propio tiempo, amenazado por todas las fuerzas del imperio, pero con su presteza y vigor comunes, sacó partido de este mismo abandono. Durante las campañas de 1674 y 1675, asoló el Franco-Condado, decidió á los suizos á que cerrasen á los españoles los pasos que conducen de Italia á Alemania, é impidió que los austriacos pusiesen el pié del otro lado del Rhin. Interin los suecos, sus aliados, entretenian las fuerzas del elector de Brandeburgo, dirigió sus esfuerzos contra los Paises Bajos, y despues de haber batido á los holandeses y españoles, estendió sus conquistas, apoderándose de las principales fortalezas que cubrian aque-

llas provincias. Distrajo la atencion de los españoles por medio de varias incursiones en Cataluña, y de frecuentes insurrecciones que fomentaba en este pueblo turbulento, siempre dispuesto á levantamientos.

Luis XIV, aprovechándose diestramente de las desuniones que acompañan por lo general á las derrotas y luchas prolongadas, logró atraer á Holanda á una paz separada, que se firmó en Nimega. Devolvió á las Provincias Unidas cuanto les habia tomado, á condicion de que conservaria el Franco-Condado, y como compensacion de la entrega de algunas plazas de menor importancia, que habia conservado por el tratado de Aquisgran, alcanzó nuevas concesiones que fortificaron su línea desde el canal hasta el Sambra. Viéndose España abandonada de este modo, no halló mas recurso que el de aprovecharse de un artículo en el que se estipulaba que, para adherirse al tratado, se le concedia el término de seis semanas (*). De igual modo el emperador se vió, poco despues, obligado á comprar la paz mediante el cambio de Filisburgo por Friburgo en el Brisgau, lo que contribuyó mas á consolidar el poder de Francia en el Rhin.

El influjo que empezó muy luego á egercer en la córte de España la de Francia tuvo por consecuencia el enlace del rey, tan jóven todavía, con María Luisa, hija del duque de Orleans, hermano de Luis XIV. Ya estaba concertado el casamiento de este príncipe, y hasta el contrato estaba firmado con una princesa austriaca; pero temiendo don Juan que esta alianza volviese á dar mas poder á la reina madre, se aprovechó de la buena armonía con Francia, para formar este vínculo con la familia del rey Luis. Dióse prisa á negociar este casamiento, por medio del embajador español, á su vuel-

(*) Hock, tom. 1, pág. 211.—*Tratado entre Francia y las Provincias Unidas y entre Francia y España*, 17 setiembre de 1678. *Prontuario de tratados*, páginas 179 y 197.

ta del congreso de Nimega, y fué celebrado en octubre de 1679, en Quintanapalla, insignificante aldea de Castilla la Vieja. La reina entró solemnemente en Madrid, en uno de los primeros dias del año siguiente.

No vivió lo bastante don Juan para asistir á la celebracion de esta boda. Del mismo modo que su antecesor, se atrajo el resentimiento de un pueblo altivo, por causa de las condiciones humillantes á que se habia visto obligado á suscribir, al firmar la paz. Apurado por los desórdenes de la administracion, y aborrecido á causa del trato rigoroso con que oprimia á la reina madre, pronto fué el blanco de todos los partidos, como consecuencia del destierro de muchos nobles que habian mostrado afecto á aquella princesa. Temiendo tambien las intrigas de los numerosos enemigos, perdió el afecto del jóven soberano, que vivia en un estado perenne de opresion. Por último, puso el sello á sus demás faltas el tratado de casamiento con una princesa de Francia, y el pueblo, en su exaltacion contra los franceses, miró estas faltas como si fueran crímenes.

Formóse contra él una coalicion poderosa; pronto notó que se le iba escapando el favor del rey, y que la reina viuda era el foco que reunia á sus enemigos. Aunque acostumbrado á arrostrar peligros y sobrellevar caidas, no tenia empero la suficiente magnanimidad para renunciar al poder y para abandonar un puesto que ya no podia conservar. Devorado así por los disgustos y decepciones, no pensaba mas que en sus peligros y apuros. Poco á poco se fué resintiendo su salud, y bajó á la tumba el 17 de setiembre de 1679, de edad de cincuenta años, despues de dos de una administracion tempestuosa.

Murió con don Juan en España el genio de la dinastia austriaca. Verificóse en el gobierno una especie de revolucion que apresuró la decadencia de la monarquía. Volvió á la córte la reina viuda; pero recelosa al principio á causa de su pasado infortunio, no se atrevió á

tomar activa parte en la direccion de los negocios. El rey, harto débil y sin esperiencia para poder gobernar solo, tuvo que someterse á un conciliábulo compuesto de su confesor, y de la duquesa de Torrenueva, camarera mayor de la reina jóven, vieja de un carácter orgulloso, y enemiga declarada de los franceses; Eguya, que era secretario de estado completaba este consejo. Habíase este elevado, en alas de sus modales flexibles é insinuantes, de mero escribiente á los primeros destinos de la monarquía. Aprovechándose de su entrada en la cámara real, persuadió al monarca que lo nombrase primer ministro, y de este modo llegó á dirigir los negocios públicos. Pero falto de capacidad, y acostumbrado tan solo á la rutina oficinesca aumentó el desórden su administracion, y causó un estancamiento casi total en los negocios. Cada ministerio se convirtió en un teatro de confusion; los oficios y memoriales sometidos al Consejo apenas eran leidos rara vez contestados; lo mismo sucedia con los documentos presentados al rey, y este universal letargo en todos los ramos de la administracion, colmó la medida de las calamidades nacionales.

Por último, el temor de la indignacion pública dominó la ambicion de este favorito que se decidió á desprenderse de la responsabilidad de su puesto. Creyendo de este modo, conservar todavía algun poder, aconsejó al rey que eligiese por sucesor al duque de Medinaceli, cuyo único mérito consistia en su alto nacimiento y espíritu conciliador, pero cuya apatía y falta de esperiencia le quitaban el poder de gobernar, haciéndolo mas á propósito para ser gobernado. Sin embargo, notando Medinaceli que le faltaba esperiencia, pero envidioso de Eguya llamó á su lado á otros compañeros, y en seguida, procuró librarse de los cuidados de la administracion, pasando en consulta los negocios del estado á juntas creadas para el caso, y compuestas de personas distinguidas en la carrera administrativa ó que gozaban

de favor con el monarca. En el número de estas juntas se nota una de hacienda, compuesta del presidente de la cámara de Castilla y del consejo de Hacienda, del confesor del rey, de un fraile francisco, y de un jesuita que gozaba de la confianza del rey en materias espirituales (*). Infinidad de planes se fraguaron en este estraño ministerio, tan estravagantes é impracticables unos como otros, y pues crecia la miseria pública de dia en dia, los trabajos de los hombres de estado tan inhábiles ponian en ridículo al gobierno que el pueblo despreciaba ya. Nada hay que pueda compararse á los apuros del pais en este triste estado, alteróse el valor intrínseco de la plata, y de aquí vino disminucion en la circulacion, y ruina para el crédito público; por otra parte esta alteracion de la moneda fué seguida de alteracion en los víveres, y de crueles hambres (**). El pue-

(*) La mania de crear juntas para el despacho de los negocios que atribuye el autor de esta obra al duque de Medinaceli, era tambien muy del gusto de Cárlos II. Además de que, por carácter era tímido y desconfiado; desde su infancia le habian inspirado horror á los favoritos; y temiendo á cada momento tropezar con Lerma ú Olivares, cayó en el estremo opuesto, desconfiando de todo el mundo. Todo lo queria ver por sí mismo, y no pudiendo dedicarse con asiduidad á los negocios del estado, todo yacia en el abandono.

Para distinguirla de una infinidad de otras, la junta de que se trata se llamó *Junta magna*; componíase de los presidentes de los consejos de Castilla y Hacienda, del almirante, del duque de Montalvo, consejero de estado; de dos individuos de la cámara de Castilla, del confesor del rey y del P. Cornejo, franciscano. A veces en ella se discutian proyectos de suma importancia; pero en el momento de ponerlos en ejecucion, se tropezaba con obstáculos que emanaban de la autoridad suprema.

Nota del Sr. Muriel.

(**) Mucho tiempo hacia que se administraba la moneda sin lealtad; la alteracion de las monedas acuñadas por el estado habia alentado los fraudes particulares á tal punto, que el comercio iba arruinándose. Habíase preparado con prudencia don Juan, muy de antemano para hacer una

blo, para servirnos de la espresion proverbial de la nacion, tenia que vivír contentándose con *tomar el sol* (*). Terremotos, huracanes é inundaciones aumentaron el número ya crecido de tan horrorosos azotes. Interin la miseria despoblaba las provincias, los partidos y las pandillas dividian al gobierno. El rey incapaz de ocuparse con asiduidad, presa de una enfermedad hipocondriaca que rayaba en locura, se hallaba empujado de una á otra parte por las envidias y deseos de la reina madre y de su muger. Al mismo tiempo, que se hallaba indeciso continuamente entre el amor de esta y los repetidos insultos del monarca francés. En esta lucha de encontrados intereses hacia Eguya siempre un papel muy importante, contribuyendo á que le aumentasen las dificultades del gobierno. Disgustado con la conducta de Medinaceli que le habia quitado toda intervencion ostensible en los negocios públicos, conspiró contra él con el confesor y la duquesa de Torrenueva. Escitó los celos de un partido contra otro, y los del rey contra todos, y con ánimo de impedir la formacion de un ministerio menos ignorante, se reunió por último al mismo

refundicion general, y agrupaba todos sus recursos con este fin, precisamente cuando murió.

Medinaceli creyó hacer una gran cosa declarando precipitada é imprevistamente que no se recibiria la moneda de oro y de plata, sino por su valor real, escogiendo el momento menos favorable para el tesoro; por manera que los particulares en cuyo poder se hallaba el dinero, se hallaron arruinados, principalmente en las provincias mas ricas, como Andalusía y Castilla en que la circulacion monetaria tenia la mayor actividad. Bien se deja entender que en un pais en que prevalecian en pleno consejo tales ideas, la economía de los ingresos y gastos que es el punto á que se reduce la verdadera ciencia de hacienda, era vicioso á su esencia. *Memorias secretas del marqués de Louville*. Tomo 1, páginas 73 y 74.

Nota del Sr. Muriel.

(*) *Memorias de la marquesa de Willars.*

Medinaceli por derribar al confesor y desterrar la duquesa, cuyo carácter altanero desagradaba á la reina.

Como término de una lucha muy larga, funesta á la prosperidad del estado, la voz de la nacion que hallaba apoyo en los grandes, á los que se reunia la reina viuda, logró que Medinaceli fuese separado de la direccion de los negocios públicos. Organizóse una nueva administracion, á cuya cabeza se puso el conde de Oropesa, jóven magnate cuya capacidad y carácter conciliador hacian concebir grandes esperanzas. Este nuevo ministro reformó los abusos de la administracion, y trazó nuevas reglas para el manejo de la hacienda, mucho mas justas y faciles de ejecutar que las dictadas por su antecesor. Pero, por desdicha, el curso rápido de guerras estrangeras y nuevos apuros domésticos, absorvian el tesoro público, apenas lograba rehacerse algo; los tesoros de América, que segun la espresion de un escritor nacional (*), habian sido en otros dias, el mayor recurso de la monarquía, no eran ya, por decirlo así, mas que una gota de agua, que, en vez de apagar la sed, no hacia sino estimularla mas y mas.

La muerte de la reina, acaecida en 1690 (**), y el

(*) Ortiz.

(**) Se ha dicho que esta princesa habia muerto envenenada. El marqués de Louville dice en sus *Memorias Secretas*, que pagó con la vida el inútil imperio que habia logrado tomar sobre su marido, durante los diez años de su union esteril. Al lado de un rey virtuoso, desconfiado é irresuelto, todo el mundo, y especialmente una princesa de sangre real francesa, causaba temor á los agentes del Austria, cuyo influjo era sordo todavía; causábaselo tambien á una suegra absoluta, que, aunque austriaca, no tenia entrañas mas que para la casa de Baviera, y, por último, tambien á los ministros, principalmente al conde de Oropesa, sucesor de Medinaceli, en el favor real, como este último lo habia sido en don Juan, y gefe por consiguiente, del partido bávaro.

La célebre marquesa de Lafayette va mas lejos, en sus *Memorias* relativas al año de 1688. No solo afirma que la hija del hermano del rey

casamiento que le siguió con una princesa austriaca, efectuada por las intrigas de la reina viuda, fué otro nuevo semillero de discordias. Oropesa, aun que muy considerado por el rey, cayó del poder y fué reemplazado por el jóven conde de Melgar, conocido bajo el nombre de Almirante de Castilla, buen mozo y elegante en su tocado, mas á propósito para dirigir una intriga de galanteo que para gobernar un reino. Juzgó, como los ministros sus antecesores, que era urgente ponerse en guardia contra los franceses que lo amenazaban con la guerra, y por lo mismo, se ocupó todavía mas que Oropesa de suprimir pensiones, reformar empleos, imponer contribuciones y pedir ausilios voluntarios.

En 1696, acaeció la muerte de la reina madre, que vivió mas que su crédito, y este acontecimiento no tuvo otro resultado que el de consolidar el influjo de la jóven reina. Las escaseces públicas y la dificultad de hallar recursos con que atender á las necesidades del gobierno, produjeron una reconciliacion entre Oropesa y Melgar, y estos dos rivales, dando treguas á su resentimiento mútuo, se entregaron á los cuidados de buscar remedio á los males interiores y de apartar de la monarquía los peligros que del esterior amenazaban una ruina completa.

La mísera situacion de España y la apatía ó timidez de las demas potencias, alentaron al monarca francés á continuar su sistema de engrandecimiento. Sacando partido de las cláusulas contradictorias insertas en los

habia sido envenenada, sino que lo habia sido por órden *del consejo de España.*

Nadie ofrece pruebas de estas afirmaciones en los escritos que acabamos de citar; séanos, pues, lícito no dar fé á relaciones vagas, cuando se trata de un hecho tan importante y atroz. Podemos añadir que la fria perversidad de un consejo, deliberando acerca del envenenamiento de una reina y mandándolo ejecutar, necesita ser probada con algo de mas positivo y auténtico, que sospechas y rumores.

tratados anteriores, propuso nuevo sistema de conducta, y bajo apariencias pacíficas, trató de acometer nuevas invasiones con mejor éxito aun que en los mismos de la guerra. Estableció tribunales ó cámaras llamadas de *Reunion* en Brisach, para la Alsacia; en Metz, para los tres obispados, y en Besanzon para el Franco Condado. El objeto de estos tribunales era reunir á los territorios que habia adquirido ya Francia, no solo algunas plazas ó distritos poco considerables, sino principados enteros y provincias que, segun la tradicion ó los documentos, habian sido en otros tiempos, consideradas como parte de los paises cedidos. Sin contar otros muchos territorios, quitó al imperio la ciudad y término de Strasburgo, la ciudad y una parte del obispado de Spira, Spanheim y Montbeliard, Deux Ponts, Saazburgo, Waldenz y otros muchos distritos de menor importancia. A España le arrebató Courtrai, Dirmude, Alost y Luxemburgo. Reclamó el condado de Chinay bajo pretestos harto frívolos para que merezcan ser referidos, é intentó nada menos que apoderarse de Navarra por la fuerza de las armas.

Atemorizaron á los demas estados de Europa su poderío, sus recursos y sus triunfos anteriores. Despues de intentar en vano formar entre ellos una coalicion contra este nuevo método de agresion, las partes agraviadas juzgaron conveniente remitir el fallo á la decision de árbitros. El monarca francés, en virtud de treguas estipuladas por veinte años, en 1684, con el emperador y España, fué autorizado á guardar una parte de sus muchas usurpaciones.

Conservó Luxemburgo, Beuamont, Bovinas y Chinay con sus dependencias, y estendiendo su frontera desde el Sambra hasta el Mosela, unia las diferentes partes que habian sido separadas de la herencia española con las que habia arrebatado al Austria y al imperio. De este logró la cesion de Strasburgo y Kehl, así como la de todas las *reuniones* ó *agregaciones* decretadas an-

tes del 1.º de agosto de 1681, por las cámaras de Metz, Brisach y Besanzon, con pleno derecho de soberania.

Estas invasiones incesantes que, con el nombre pérfido de pacificacion, no eran mas que una tendencia al imperio universal, consternaron y escitaron la indignacion de todas las córtes de Europa. Los estados pequeños que habian caido bajo las garras de Francia volvian sus inquietos ojos hácia las grandes potencias europeas de quienes esperaban su libertad. Pero estas grandes potencias tenian la conviccion que solo una resistencia franca, vigorosa y general podria salvarlas. Durante algun tiempo la humillacion desgraciada en que se vió Inglaterra durante los reinados de dos Estuardos, impidió que se formase esta coalicion, aunque reconocida como el único medio de poder resistir á una fuerza tan colosal. La liga de Augsburgo, formada en 1686, preparó la gloriosa revolucion que consolidó las libertades y la religion de Inglaterra y sirvió de base á la grande alianza. El objeto de esta vasta combinacion no era otro que poner coto á las agresiones y á la tiranía del monarca francés, é impedir sobre todo que llevase á cabó su proyecto de apoderarse de la sucesion española.

Con la formacion de esta coalicion volvieron á renovarse las hostilidades. Desde que Francia habia logrado predominio, era esta la primera vez que se veia reducida á sus propias fuerzas. Pero en esta circunstancia, como en otras infinitas, se convenció el mundo que una grande y poderosa monarquia, situada ventajosamente, con un gobierno enérgico, capaz de emplear todos los recursos de un pueblo industrioso, con el ejército mas número y mas disciplinado de Europa, mandado por los mas diestros generales, podia luchar con una reunion numerosa de naciones que tenian intereses diferentes, debilitadas por turbulencias intestinas, las cuales formaban, es verdad, una masa enorme, pero, heterogénea,

incapaz de obrar en virtud de un plan general y bien ordenado. El monarca francés, que conocia estas ventajas, logró resistir á los primeros golpes, que eran para él los mas peligrosos. Teniendo entretenidas á las potencias coligadas del lado de los Paises Bajos y Alemania, penetró en Navarra y Cataluña, sometió Barcelona, y llevó con rápidez su ejército al Ebro.

Por último, los diferentes estados de Europa se cansaron de las desgracias de una guerra larga y desastrosa; y habiéndose calmado el primer ardor del resentimiento, consultó cada uno su interés, y puso en cotejo sus esperanzas y temores. El duque de Saboya, privado de sus estados, pero fascinado con la probabilidad, de una alianza con la familia real de Francia fué el primero, en 1696, que dió el egemplo de una separacion que sirvió de señal para la disolucion de la grande alianza Luis, viendo que se habian apoderado de los confederados la desconfianza y el recelo, propuso condiciones, en apariencia moderadas, sobre todo si se comparaban á sus primeras exigencias; las potencias marítimas y España se apresuraron á suscribir á ellas; una division formal se verificó por lo tanto, entre los aliados, y firmóse la paz de Ryswick. Reconciliióse Luis con Guillermo III, reconociendo la sucesion protestante y comprometiéndose á no prestar socorros á sus enemigos. Lo mismo hizo con los holandeses; devolviólos sus conquistas y confirmó sus privilegios comerciales, y hasta consintió en que se estableciese una barrera que los pusiese en seguridad por parte de los Paises Bajos. Con gran sorpresa y contento de la nacion española, abandonó, no tan solo sus conquistas recientes, sino una parte de los distritos que habia conservado á consecuencia del tratado de Ratisbona (*). En medio de

(*) *Tratado entre Francia y España*, firmado en Ryswcik el 20 de setiembre de 1697. *Prontuario de tratados*, pág. 517.

la alegria universal que causó la conclusion de las desgracias de la guerra, quedó olvidado el gran principio de la alianza que consistia en asegurar la sucesion de España á la casa de Austria, y el emperador Leopoldo, despues de una corta é inútil resistencia, se vió obligado á consentir en la paz, sin que se tratase, de modo alguno, de reclamaciones por parte de su familia.

Durante el periodo de esta guerra estrangera, diferentes cambios y revoluciones habian agitado al gobierno de Madrid. La momentánea ventaja que habia Francia conseguido de la elevacion de una princesa de Borbon al trono, se habia perdido á causa de su muerte; y el partido austriaco habia recobrado su ascendiente por el enlace de Cárlos con Leonor, princesa de Newburgo, hermana de la emperatriz. Habíanse verificado igualmente otros cambios en la administracion. No fué posible á Oropesa, que habia vuelto al poder despues de una corta retirada, sostenerse ante el influjo superior del conde de Nelgand. Este mismo tenia que luchar con otros personages que aspiraban al poder, como los duques de Sepa y del Infantado, y el conde de Monterey. Pero, el rival mas temible de todos era el cardenal Portocarrero, quien despues de haber desempeñado el puesto de embajador en Roma, habia sido elevado á la silla arzobispal de Toledo, y el cual, agregaba á las ventajas que le daban su alto nacimiento y la inmensa consideracion debida á su dignidad, una fuerza singular en el carácter y habilidad para la intriga que habia cultivado y perfeccionado en escuela tan célebre como la de Roma. Por último, en momentos tan importantes fué cuando se resintió de un modo funesto la salud del rey. Como fuese de complexion naturalmente débil, lo atacaron con fuerza unas tercianas, que ofrecieron durante algun tiempo, carácter bastante grave, y los últimos cuatro años de su vida, desde esta época, no fueron mas que una cadena

no ínterrumpida de sufrimientos, á tal punto que su triste existencia fué una enfermedad contínua (*).

(*) *Cartas de la marquesa de Villars.—Memorias de la córte de España.*—Ortiz.—Desormeau.—*Resumen cronológico de la historia de España.—Obras de Luis XIV.—Diplomacia francesa* y varios actos públicos, comercios y tratados, tales como las historias de *Inglaterra, Holanda, y casa de Austria.*

SECCION TERCERA.

1692.—1700.

Debates relativos á la sucesion del trono de España.—Derechos de los principales pretendientes.—Política de la córte de Francia.—Estado del partido austriaco en España.—Embajadas de Harrach y Harcourt. —Triunfos de las intrigas de Harcourt.—Decídese el cardenal Portocarrero por los intereses de Francia.—Primer tratado de particion.— Nombra Cárlos sucesor suyo al príncipe elector de Baviera.—Muerte del príncipe.—Efecto que produjo en España este tratado.—Manejos de Portocarrero y del partido francés, para influir en la opinion de Cárlos.—Su decaimento rápido.—Caida de Oropesa, partidario declarado de Austria, y del almirante de Castilla.—Segundo tratado de particion, y rompimiento entre España y las potencias marítimas.—Esfuerzos singulares de los partidos austriaco y francés.—Vacilaciones del rey que consulta á varios consejos de España y somete al papa la decision de sus negocios.—Resultado de estas consultas.—Recobran ascendiente los franceses.—Ultima enfermedad del rey.—Testamento á favor de un príncipe francés.—Muerte de Cárlos.

Toda la vida de Cárlos desde su infancia, hasta su edad madura no habia sido otra cosa que una cadena de contratiempos y desgracias. Arrastrado á sostener frecuentes y funestas guerras con una potencia mas fuerte que la suya, teniendo por aliados á príncipes que habian sacrificado los intereses de España á su conveniencia propia, habia visto su territorio devastado ó cercenado, su ejército y su marina destruidas, y su reino en una situacion lastimosa de pobreza y estenuacion. Aunque fuertes estas desventuras, no eran sin embargo mas que el preludio de angustias mucho mayores. Cárlos afligido al ver cual se estin-

guia su raza, víctima de una enfermedad larga é incurable, avasallado por una muger altanera que no amaba, y tratado como un niño por el embajador austriaco, fué el juguete de los partidos opuestos que agitaban su córte, viéndose reducido á la triste necesidad de ser testigo de los esfuerzos interesados que hacian las potencias estrangeras para dividirse ó usurpar sus estados. Por último, la raquítica existencia que le quedaba acosada de disgustos y cuidados, se vió colmada de amargura al preveer las calamidades que amenazaban á su pueblo fiel, temiendo que su herencia fuese arrebatada à su propia familia que tiernamente amaba, y sirviese solamente para aumentar el esplendor de la casa de Borbon, su rival.

Habiendo llamado la atencion de Europa la sucesion á la corona de España, y alarmado á las potencias, siguiéronse al tratado de Ryswick intrigas á que daba lugar la probabilidad de un acontecimiento tan próximo.

Los principales pretendientes eran el Delfin de Francia, el príncipe elector de Baviera, y el emperador Leopoldo.

Fundábase la pretension del Delfin en los derechos de su madre la infanta María Teresa, hija primogénita de Felipe IV, á pesar de la renuncia solemne que hizo de la sucesion, ratificada por las córtes, y confirmada por el testamento de su padre con las formalidades requeridas por las leyes de España, á fin de que tuviera validez.

Fundaba su derecho el emperador Leopoldo: 1.° en que descendia de Felipe y Juana; 2.° en los derechos de su madre, Mariana, hija de Felipe III. A fin de evitar los celos que podia despertar entre las potencias europeas la reunion de todos los estados y dignidades austriacas en una misma persona, él y su hijo mayor, José, abdicaron sus derechos en favor del archiduque Cárlos.

Fundábase, por último, el derecho del príncipe de Baviera en los que heredaba de su madre, hija única de la infanta Margarita, y del emperador Leopoldo, y aun cuando le habia sido arrancada una renuncia al casarse, no habia sido ni confirmada por el rey de España, ni ratificada por las córtes, por consiguiente, habia fundamentos para considerar este príncipe como el legítimo heredero.

Habia ademas otros dos pretendientes, á saber, Felipe, duque de Orleans, que representaba todos los derechos de su madre la infanta Ana, muger de Luis XIII, y Victor Amadeo duque de Saboya como descendiente de Catalina, hija segunda de Felipe II; pero, las pretensiones de estos príncipes se desvanecieron ante los derechos de los pretendientes principales.

La córte de Francia, desde la celebracion misma del casamiento de Luis XIV con la infanta, es evidente que no habia considerado su renuncia, sino como una mera formalidad, á fin de satisfacer los deseos de los españoles, y disipar los temores que abrigaron las potencias europeas, desde el punto primero que adivinaron el proyecto que existia de unir las dos coronas. En los momentos mismos en que se celebraba este acto solemne, declaró Mazarini que á pesar de esta renuncia podia el rey pretender la sucesion de las posesiones españolas, por el derecho que le conferia su muger. En tiempos posteriores la correspondencia diplomática, y hasta los documentos oficiales que espedia el gabinete francés, descansaban constantemente en el mismo principio, á saber, que no habia renuncia de una princesa, fuese española ó francesa, que pudiese destruir los derechos de sus hijos, ó cambiar las leyes de sucesion establecidas entre ambos paises.

Por medio de esta sutil distincion se conservaban cuidadosamente los derechos hasta tanto que, segun la observacion de Barillot, se fuese acostumbrando el pú-

blico á oir hablar á menudo de los derechos del Delfin á la corona de España, y á considerarlos como mas razonables que los que dimanaban de una renuncia llena de nulidades (*). Los celos, los temores y los mezquinos intereses de otras potencias favorecieron estos proyectos. Logró el monarca francés disolver la grande alianza sin que se tratase del principio que habia motivado su formacion; y la sucesion á la corona de España, aunque estaba llamada á servir con el tiempo de ocasion de una nueva guerra, quedó en el mismo estado de incertidumbre, que antes del principio de las hostilidades.

Mientras que el monarca francés se ocupaba profundamente en dar madurez á sus planes, el enlace de Margarita, única hija de Leopoldo y de la infanta María Teresa con el elector de Baviera, y el nacimiento de un hijo de este matrimonio José Fernando, en 1692, dividió los intereses de la casa real de Austria. Considerando el derecho del príncipe recien nacido como mejor que el de Leopoldo, halló naturalmente apoyo en la reina madre, en algunos individuos del gabinete, á cuya cabeza se hallaba el conde de Oropesa, presidente entonces de la cámara de Castilla. Tenia que luchar este partido con el poder de la reina, muger de Cárlos, que se habia declarado en favor de un príncipe austriaco.

Continuó la córte de Madrid en esta division hasta que, con motivo de la muerte de la reina madre, y la retirada de Oropesa, la reina adquirió mayor influjo. El emperador Leopoldo á fin de sacar partido de este cambio, envió á Madrid á Fernando Buenaventura, conde de Arach, como embajador, diplomático lleno de esperiencia y envejecido en los negocios. Halagaba el emperador la esperanza de que, si se podia

(*) *Barillot á Luis XIV*, 13 de abril de 1685, Fox, *historia de Jacobo II, apéndice*, página 65.

asegurar durante la guerra el nombramiento de un archiduque, lograria por lo menos la garantía de las potencias marítimas en favor de sus pretensiones para la época en que se restableciese la paz.

El diplomático austriaco al llegar á Madrid, halló que la córte estaba dividida en dos partidos. La causa del archiduque tenia por defensores á la reina, al cardenal Portocarrero, y al conde de Melgar, almirante de Castilla, como asímismo á la mayoría del gabinete, y á los principales magnates de la córte.

La del príncipe de Baviera contaba con Oropesa á quien consultaban, á pesar de su separacion de los negocios, el rey, el marqués de Mancera, y otros varios ministros. La única persona de importancia que se mostraba algun tanto inclinada á la casa real de Borbon era el conde de Monterey, presidente del consejo de Flandes, y esto mas por aversion á los alemanes, que por afecto á Francia.

Era el rey por su parte, favorable á los derechos del príncipe de Baviera, pero de poca importancia eran las inclinaciones de un príncipe tan débil é indeciso, que nc hallaba descanso y procuraba de intento evitar toda conversacion relativa á un asunto que aumentaba su hipocondria, llevando á su mente la idea de su fin cercano.

Sin embargo, no poseia la reina las cualidades que hubiera necesitado para sacar partido de su ventajosa posicion, era vana, altanera, inconstante, y carecia de habilidad para dirigir los negocios públicos. Dominábanle enteramente sus cortesanos alemanes, especialmente la condesa de Berlips, su camarera mayor, muger de humilde nacimiento y su confesor el padre Chiusa, jesuita aleman, los cuales, como considerasen su permanencia en España como muy pasagera se entregaban á la mas indecente rapiña. La parcialidad de la reina hácia los alemanes, unida á la venalidad de sus favoritos, desagradó á un pueblo que nunca, por ca-

rácter, está dispuesto en favor de los estrangeros. A esto hay que añadir que el partido austriaco perdia fuerza á causa de las disputas que ocurrian entre Portocarrero y el almirante, con motivo de la presidencia.

El embajador de Austria logró por último poner algun tanto de acuerdo entre sí elementos tan heterogéneos. Hasta llegó á alcanzar del rey la promesa de que nombraría al archiduque, con la condicion de que lo enviaria el emperador á España con una fuerza de diez mil hombres que lo ayudasen á rechazar la agresion que se temia por parte de Francia. Pero por un lado, el tesoro de Leopoldo, que se hallaba exhausto y por otra el temor de esponer á su hijo favorito, á las fatigas de un viage tan arriesgado, le impidieron aceptar la proposicion. Ademas, los mismos partidarios del emperador se apartaron de él, cuando vieron que pedia el gobierno del Milanesado, porque consideraron este paso como un anuncio de que se iba á dividir la monarquía, mas bien que como un medio de asegurar el objeto del anhelo de los españoles, esto es, la indivisibilidad del reino. Impidiendo este desacuerdo el que se tomase una decision definitiva antes de que se terminase la guerra, perdió Leopoldo la cooperacion de las potencias marítimas, y quedó abierto estenso campo á las combinaciones políticas de Francia.

Habia Luis XIV seguido con atencion las disposiciones del pueblo español y de la córte, habia preparado todo para que fuese nombrado un príncipe francés, ó á lo menos para escluir á los príncipes austriacos. Con este propósito, se habia mostrado tan magnánimo en su negociacion para la paz de Ryswick, restituyendo sin compensacion, todas las plazas que habia tomado á los españoles. A la conclusion de la paz, trató por todos los medios, pero con iguales intenciones, de ganar el afecto del rey de España y de su pueblo. Pero al propio tiempo, se guardó bien de

licenciar el ejército, sino por el contrario, aumentó sus fuerzas en las fronteras, formó almacenes y llenó de buques de guerra sus puertos y los de España.

A fin de poner contrapeso al influjo austriaco y asegurarse un partido entre los naturales del pais, envió con el título de embajador, el márqués, despues duque de Harcourt, hidalgo cuya habilidad y garbo, eran muy á propósito para halagar el orgullo de la nacion española y arrancar de raiz sus antiguos recelos contra Francia. El primero y principal punto de sus instrucciones era el nombramiento de un príncipe francés; si no era posible lograrlo, tenia encargo de burlar á cualquier precio que fuese las pretensiones de Austria, favoreciendo las de la casa de Baviera, ó si preciso fuese, las de un grande de España, con tal que hubiere alguna familia ilustre que pudiese aspirar á tanto. (*)

A su llegada á Madrid, en cuya capital hizo una entrada brillante y magnífica, halló al partido austriaco dominante. El mismo soberano ponia empeño en trasmitir al archiduque, su sobrino, la corona de sus antepasados, y lo hubiera ya hecho sin los temores que le inspiraba Francia, y si hubiese estado autorizado á ello

(*) Aludiase á la casa de Medinaceli, descendiente de Fernando de la Cerda, hijo primogénito de Alonso X, llamado el *Sabio*; cuenta la historia las turbulencias que agitaron á Castilla en tiempo de este monarca, cuando las cortes y la fortuna sostuvieron, contra las pretensiones de los infantes de la Cerda, á Sancho el Bravo, á quien su padre el rey Alfonso habia desheredado á causa de su rebelion.

Luis XIV, que indicaba la posibilidad de las pretensiones de esta familia, conocia muy bien que este caso no era probable; que el duque de Medinaceli de entonces carecia de los dotes y capacidad necesarias para este paso audaz, que el pueblo español se hallaba muy distante de pensar en apoyar las pretensiones de esta casa en el estado de humillacion y flaqueza á que se veia rendido. Todo esto lo sabia Luis XIV; pero, convenia á su política el intentar dar la mano á todos los intereses, y agotar todas las combinaciones para libertarse de un enlace con la casa real de Austria.

(Nota del Sr. Muriel.)

por el consentimiento y apoyo de Leopoldo. Sin embargo, nada habia descuidado la prevision de la reina relativamente á los medios que podian hacer que se alcanzase este fin. Los alemanes eran todo poderosos en la córte; los dos gobiernos principales, el de Cataluña y Milan, cuyos habitantes creíase que estaban dispuestos á abrazar la causa de un príncipe austriaco, fueron confiados al príncipe de Darmstad y al de Vaudemont, alemanes, ambos al servicio de Austria, mientras que desempeñaba el vireinato de Nápoles el duque de Popoli, afecto al mismo partido. A pesar de estas ventajas, la mezquindad, la arrogancia y la frialdad del embajador austriaco, lo ponian en posicion desfavorable ante la destreza, afabilidad y desprendimiento del duque de Harcourt, á quien ayudaba de un modo poderoso su muger que reunia á modales encantadores toda clase de prendas y agrado.

Como hombre hábil se aprovechó Harcourt de la division del partido austriaco. Logró ganar á la condesa de Berlips á quien Arach habia ofendido, tratando de poner freno á su avaricia, y de alcanzar su destitucion; sedujo á Chiusa con la esperanza de un capelo de cardenal; de este modo estableció con la misma reina correspondencia secreta. Avivó su resentimiento contra Arach, y enfrió su celo por los intereses de su familia, haciéndole entrever la esperanza de un enlace con el Delfin cuando quedase viuda. Procuraba ser agradable en las sociedades contando á los grandes las intrigas ó las necedades de la pandilla austriaca, y de este modo los disponia en contra del carácter altanero de Arach y del emperador mismo. Sin olvidarse de halagar al clero, fué preparando poco á poco los ánimos de nobles y villanos en favor de la casa de Borbon. La obra capital de su política fué especialmente el haber ganado á Portocarrero, quien, por su nacimiento, la dignidad de su posicion y el influjo personal de que gozaba con el rey, hacia inclinar la balanza en favor del partido que abra-

zaba. El cardenal celoso del almirante, se decidió á poner en juego todos sus recursos, á fin de consumar la ruina de ese mismo partido, que antes habia sostenido, y que abandonó tan luego, como no pudo dirigirlo á su albedrio.

El primer resultado de estas intrigas fué la retirada de Arach, quien conociendo que se hallaba imposibilitado de luchar con un enemigo tan diestro, hizo renuncia de su puesto, y salio mohino de Madrid, perjudicando de este modo y no poco, á la causa de su soberano. Su hijo Luis que lo reemplazó, no menos altanero y mas retraido todavía, no tenia siquiera la habilidad, la esperiencia y la sagacidad de su padre. El cambio de este diplomático en la situacion crítica á que habia llegado el gobierno, contribuyó mucho á aumentar el influjo de la casa real de Borbon.

Al mismo tiempo que se ponian en juego estos ocultos resortes en Madrid, la conducta pública de Luis era muy hábil y tendia á lograr prontamente sus deseos. Sus preparativos de guerra tenian amedrentado al emperador que no se atrevia á tomar un partido decisivo. Resuelto á no rebajar en nada las pretensiones de su familia, sacó partido de los debates particulares de las potencias marítimas, para escoger los medios de evitar nuevas hostilidades. Con este objeto fingió abandonar la causa del Pretendiente, á fin de reconciliarse con Guillermo III, ardid que le salió como apetecia. Evitó con destreza el tomar parte en la lucha contra los individuos de la alianza, se mostró muy deseoso de la paz, y supo atraerse al monarca inglés para que adoptase un convenio que no podia dejar de irritar al emperador y armar á los españoles tratandose de la desmembracion de su monarquía; á saber el primer tratado de particion. Forsy fué quien hizo la primera proposicion relativa á este asunto al conde de Portland durante las conferencias para la conclusion de la paz; celebróse por último entre Francia y las potencias marítimas. Es-

paña, las Indias y los Paises Bajos se declaraba que pertenecerian al príncipe elector de Baviera, garantizándolo así; Milan al archiduque Cárlos; Nápoles y Sicilia con el marquesado de Finale, y la provincia de Guipuzcoa al Delfin, y en caso de que el príncipe de Baviera muriese sin hijos despues de su advenimiento, debia la corona de España pasar á su padre. En el caso de que las familias de Baviera y Austria negasen su adhesion á este tratado, debian los aliados reunir sus fuerzas para atacarlas, quedando á salvo el derecho que les asistiria á partir sus posesiones, y heredar sus derechos respectivos. Debia este tratado de permanecer secreto, y Guillermo quedaba en el encargo de pedir al emperador su consentimiento.

Por medio de este convenio, logró Luis XIV separar del Austria á las potencias marítimas. Los obligaba á desdeñar su propia renuncia, así como la del elector de Baviera, preparando, al propio tiempo, un medio de poner en pugna las pretensiones de esta última casa con las de la casa real de Austria. No podia menos el elector, hasta entonces tan favorable á los intereses austriacos, de abandonar esta causa. Ofreciéndole este convenio un porvenir mas brillante, debia hallarse casi cierto de que la elevacion de su hijo al trono de España tarde ó temprano seria recompensada con la cesion de los Paises Bajos á Francia.

Altamente indignado se mostró el emperador de que se desconociesen así los derechos de su familia, dando por toda compensacion, el Milanesado, que á la muerte de Cárlos debia incorporarse al imperio, como tambien de la injusta transmision de la corona de España al elector de Baviera. Por consiguiente se negó á consentir en un tratado tan poco honroso y tan contrario á sus derechos.

Las cláusulas de este tratado produjeron la mas honda sensacion en la córte de España y en la nacion, quienes tuvieron motivo de ofenderse al ver cual dis-

ponian á su antojo las potencias estrangeras de la monarquía española. Se aprovechó Luis de este resentimiento para quejarse de las potencias marítimas á las que secretamente acusaba de ser causadoras de él. Tuvo para el monarca francés buen éxito esta conducta; en vista de los preparativos militares de Luis, no se atrevió el rey Cárlos á nombrar un sucesor austriaco, no quedando mas alternativa que la de elegir á un príncipe bávaro ó á un Borbon. Si hubiera el soberano de Francia erigido una decision prematura en favor de su familia, hubiese venido á tierra su plan; así pues, se contentó con alejar al rival mas peligroso, sin mostrarse empeñado en influir directamente en el ánimo de Cárlos, que se veia, como consecuencia del tratado, obligado á nombrar sucesor. Dirigióse una consulta á los jurisconsultos y casuistas mas célebres de España é Italia, quienes le fallaron en favor del príncipe de Baviera. En virtud de todas estas circunstancias, se redactó un testamento á favor suyo, estando en ello de acuerdo los partidarios de Francia; pero á fin de tener en todos tiempos pretesto para anular esta disposicion, protestó formalmente Luis XIV contra todo arreglo que pudiera perjudicar á los intereses de su familia, protesta que aprobada por Portocarrero, presentó Harcourt al rey bajo la forma de una memoria, y que se esparció por toda España con celeridad increible.

Apenas habia sido tomada esta resolucion, la muerte prematura del príncipe bávaro, acaecida en 8 de febrero de 1699, burló las esperanzas del monarca español, y convirtió de nuevo la cuestion de la sucesion en asunto mas espinoso, pues debia el fiel de la balanza inclinarse entonces del lado de Austria ó del de Francia. Desplegó Luis en esta importante crisis, una destreza rara, pero fuerza es confesar que lo ayudó bien su agente Portocarrero. Puestos nuevamente cara á cara ambos partidos, francés y austriaco, se mostró la reina mas que nunca, decidida defensora del archiduque;

siguió su egemplo Oropesa; recobró el almirante su actividad, y á esta nueva coalicion se agregó el inquisidor general Mendoza. Solo el padre Froilan Diaz, aun cuando debia á Portocarrero su empleo de confesor del rey, se negó á imitar el cambio de su protector. A fin de que estuviese preparado para obrar contra los partidarios de Francia, un ejército estrangero, mandado por el príncipe de Darmstad, recibió órden de situarse á corta distancia de la capital.

No era posible esperar que fuese vencido fácilmente partido tan poderoso; pero la burlada ambicion de Portocarrero lo impulsó á tentar nuevos esfuerzos: su posicion, su destreza y su dignidad le daban medios de triunfar. Logróse persuadir al monarca melancólico que no era su enfermedad otra cosa sino el resultado de un hechizo, y se esparcieron mañosamente rumores que acusaban á la reina, al almirante y á Oropesa. La autoridad de Portocarrero y la del inquisidor general, obligaron al confesor á recurrir á valerse de exorcismos y las espresiones terribles, usadas en esta terrible ceremonia, aumentaron la flaqueza del rey enfermo, que no tardó en caer en estado tan abatido que inspiró sérios temores. Como persistiese en sus temores de hechizo, persuadiéronle que consultase á una muger de Cangas, en Asturias, á quienes, por aquel tiempo conjuraban, creyéndola poseida de espíritus malos; el crédulo confesor consintió en encargarse de la arriesgada comision de dirigir él mismo, como lo verificó, la pregunta relativa á este grave caso. Los que habian aconsejado un paso tan sério, eran demasiado diestros para que no correspondiese el resultado al intento que se habian propuesto; respondió, pues el demonio que el rey estaba hechizado, y nombró á varias personas culpables de tan horrendo crímen.

No perdonó la reina esta nueva imprudencia al confesor, reunido á sus adversarios, obtuvo el que fuese reemplazado por el padre Nicolás Torres. Tan poco fijos

eran los principios de este último que, segun se cree se entendió con los dos opuestos partidos. (*)

(*) Nada hace creer que hubiese mala fé y manejos políticos en los conjuros á que se sometió Cárlos II, ni en las consultas dirigidas al demonio con motivo de su enfermedad. Tal vez creyeron sencillamente el cardenal Portocarrero y el inquisidor general que tenia el rey espíritus maléficos en el cuerpo, y trataron de espelerlos; no honraria esta opinion sus luces, pero, todo bien mirado, nada indica que tuviesen estos prelados vasta instruccion; por otra parte, bastaba que fuese general esta creencia para que se conformasen á ella.

Prueba de que el afecto del cardenal Portocarrero á los intereses de Francia no ejerció ningun influjo en las lastimosas escenas que acaban de leerse, es muy clara y fuerte, que cuando fue conjurado Cárlos por vez primera, vivia aun el príncipe de Baviera, designado como sucesor á la corona; todavía con el testamento de Cárlos II, no habia empezado la pugna entre Francia y Austria.

Tambien está probado que en las preguntas dirigidas á la endemoniada de Cangas, no se trató en modo alguno de la sucesion á la corona. No habiendo tenido hijos el rey, ni posibilidad de tenerlos á la edad de treinta años, le preguntó al demonio si estaba hechizado; en caso afirmativo, cuál era la naturaleza del encanto, si era permanente, si se hallaba mezclado á las cosas que el rey comia ó bebia, á ciertas imágenes ó cualquier otro objeto, si habia algun medio natural de destruir el efecto del hechizo, y en donde pudiera hallarse este medio. No se sabe á punto fijo la respuesta dada á estas preguntas. Se ha supuesto que la conjurada declaró que el rey estaba hechizado por una persona que nombró; añádese que iban reunidos á esta revelacion pormenores en estremo delicados, y los enemigos de la casa real de Austria que eran numerosos, esparcian de intento rumores injuriosos á la reina.

No se consultó solamente á la endemoniada de Cangas. He aquí lo que se lee en un manuscrito español conservado en la Biblioteca Real de París, con este título: *Estracto de papeles y documentos relativos á la causa del padre Froilan Diaz, confesor del rey Cárlos II.*

«Habian trascurrido muchos dias desde el interrogatorio de la endemoniada de Cangas, cuando una muger desgreñada, y dando grandes voces, entró en el palacio del rey, pidiendo hablar á S. M., quien dió órden de que la dejasen entrar. Ignórase lo que pasó en esta conferencia; pero apenas salió, envió el rey á uno que la siguiese, y notase en qué casa entraba. Se supo pronto que en aquella casa habia dos endemoniadas, y el rey mandó al confesor Diaz que las conjurase delante

Mientras esto aconteció, el rey movido por las secretas solicitaciones de Harcourt, volvió á llamar á Portocarrero que se habia retirado á su diócesis, y al mismo tiempo formábase una intriga nueva en favor de los Borbones. De repente cesó el envio ordinario de las provisiones de que se hallaban encargados algunos monopolizadores. El populacho se levantó con este motivo, y lleno de indignacion, prorumpió en maldiciones contra el almirante y Oropesa, á quienes se tenia por causadores de la escasez. Se presentaron grupos á las puertas mismas del palacio del rey, pidiendo á gritos socorros, y amenazando, en caso de que se le negasen, que sabria tomar venganza por su mano. No quiso el rey arrostrarse personalmente ante una muchedumbre en-

de un capuchino recien llegado de Alemania, que, segun la voz pública era muy versado en puntos de hechicerías, y que tratase de indagar de qué naturaleza era su enfermedad. El demonio no salió de su primer tema, repitiendo las mismas respuestas que habia dado la de Cangas.»

No para su bien tuvo el confesor el encargo de este interrogatorio, que fué el único que dirigió; pues segun el manuscrito que contiene estos detalles, el inquisidor general Roccaberti, fué quien formuló las preguntas hechas á la de Cangas. Se cansó pronto la reina de estas consultas que la esponian á ser el blanco de la maledicencia. Habiendo fallecido el inquisidor general Roccaberti, le reemplazó el obispo de Segovia, Mendoza, unido por lazos de amistad á los frailes dominicos que eran enemigos personales de Diaz, á causa de discordias ocurridas con motivo de la administracion de los negocios de su órden, los cuales se aprovecharon de esta ocasion para delatarlo al Santo Oficio, como sospechoso en la fé.

Así, pues, las consultas hechas á las conjuradas de Cangas y Madrid fueron efecto del ánimo apocado y supersticioso de Cárlos, y de la ignorancia y el servilismo de los personages que dirigian su conciencia. La coincidencia de estas escenas lastimosas con las intrigas de los partidos con el fin de asegurar la sucesion á la corona de España, dió sin duda lugar á sospechas que, como acontece comunmente en esta clase de negocios políticos, pronto se convirtieron en realidades.

(Nota del Sr. Muriel.)

furecida; pero la reina salió al balcon, y trató de calmar la agitacion del pueblo, diciendo que dormia el rey. Una voz ronca y siniestra salió del seno de las turbas y dijo estas palabras: «*Mucho tiempo hace que duerme; ya es tiempo de que le despierten le calamidades de su pueblo.*» Aumentó con esto el tumulto, y fueron de igual modo inútiles, las razones y las súplicas. El infeliz monarca, pálido y desfigurado se presentó temblando ante el pueblo, y en su nombre se ofreció á su vista que serian destituidos el almirante y Oropesa. Retiróse la muchedumbre de las puertas del palacio, y se encaminó furiosa á las casas de los ministros culpados, quienes con gran trabajo pudieron huir disfrazados. Siguieron á esto el saqueo y la destruccion, y como el furor popular fuese en aumento, oyéronse injurias y amenazas terribles contra la reina y el confesor. En vano el corregidor, don Francisco Ronquillo se mostró en medio de las turbas, intentando calmar el tumulto y llevando un crucifijo en las manos; en vano espusieron el Santo Sacramento los frailes de Santo Domingo, inútiles fueron todos los medios para lograr el sosiego. Solo la fuerza armada obligó á los alborotadores á mostrar el respeto que habian negado á los símbolos sagrados de la religion; con esto llegó la noche, deshiciéronse los grupos poco á poco, y recobró la poblacion la tranquilidad.

Tras un peligro tan eminente trató la cámara de Castilla de dar pasos en favor de su presidente y del almirante, pero sus esfuerzos hallaron obstáculo en las representaciones de Portocarrero, y en el temor de nuevos levantamientos: por lo que fueron desterrados de la capital el almirante y Oropesa. Fué nombrado presidente de Castilla don Manuel Arias, hechura del cardenal; dióse órden á las tropas alemanas para que se alejáran, y se mandó al príncipe de Darmstadt que se retirase á su gobierno de Cataluña. De este modo no quedaba ya en la córte partidario ninguno de la casa

real de Austria, y se concentró todo el poder en manos de Portocarrero y sus agregados.

El monarca, cuya salud continuaba en decadencia, salió para el Escorial en abril de 1701, huyendo de los que le acosaban para que nombrase su sucesor, y á fin de calmar su ánimo, turbado todavía por las escenas de que acababa de ser testigo, muy á pesar suyo. Al principio pareció que hallaba en este retiro la fuerza y salud que habia perdido, y hasta hubo esperanzas de su restablecimiento completo. Pero la curiosidad inquieta, tan natural á los enfermos, le obligó á probar una costumbre supersticiosa á que se habia sometido su padre en otros tiempos. Consistió en bajar á las bóvedas del panteon, á fin de visitar los cuerpos de sus antepasados que se hallaban depositados allí, esperando alcanzar por la intercesion de sus almas el que tuviese término su enfermedad. El féretro de su madre, que fué el primero abierto no le causó mucha impresion; pero no sucedió lo mismo al ver el cuerpo de su primera muger que apenas mostraba síntomas de disolucion, y cuyas facciones apenas habian cambiado. La vista de este rostro amado con tanta ternura en otro tiempo, que parecia inalterable, lo llenó de terror; á su presencia, retrocedió diciendo: «Pronto iré á unirme con ella en el cielo,» y salió precipitadamente del subterráneo. Debió de ser profundo el efecto de tan terrible emocion en persona de tan débil constitucion. No hubo remedio posible, y su flaco cerebro se hallaba sin cesar atormentado del temor de su fin cercano; su imaginacion llegó á persuadirle que el no descomponerse las facciones de su muger, anunciaba que pronto iba á unirse con ella en la tumba.

Despues de un ensayo tan funesto, no pudo su alma sensible gozar un instante de calma en el Escorial. Se trasladó a Aranjuez, y despues de buscar en vano medios de disipar con el egercicio y las distracciones la triste impresion que habia recibido, tomó de nuevo

en el mes de junio el camino de la capital en estado de salud mas lastimoso que antes de su salida de ella. La presencia del rey en Madrid y el poder confiado al cardenal dieron nuevos medios para debilitar el influjo austriaco, y concertar con Francia el plan que debia asegurar el trono de España á un príncipe de la familia de Borbon. Por el mismo tiempo recibió un insulto indirecto la reina con el destierro de sus favoritos la condesa de Berlips y su confesor.

Sin embargo, las intrigas é intervencion de las potencias estrangeras para arreglar la sucesion española, contribuian á empeorar la enfermedad del rey, y á favorecer los proyectos de los agentes de los Borbones. Apenas habia fallecido el príncipe de Baviera abriéronse negociaciones para otro nuevo tratado, y Luis XIV fué dichoso tambien nuevamente en sus combinaciones teniendo la habilidad de alcanzar el consentimiento de Guillermo y los holandeses por medio de otro tratado de particion.

Se declaraba en él que pertenecerian España, los Paises Bajos y las Indias al archiduque Cárlos, como heredero universal, con escepcion de las cesiones reservadas á otras potencias. El Delfin de Francia, en compensacion de los derechos á que renunciaba, debia heredar Nápoles y Sicilia, los distritos de Presidii y la provincia de Guipúzcoa. A estos territorios habia que añadir en cambio del Milanesado, el ducado de Lorena y Bar; el emperador y su hijo primogénito renunciarian á su pretension á la corona de España en favor del archiduque Cárlos; mas tarde se buscarian los medios de que en lo sucesivo no se reuniesen en las mismas sienes las coronas de España y la del imperio. Si se negase el duque de Lorena á consentir en este arreglo, seria destinado Milan al elector de Baviera, el ducado de Luxemburgo con el ducado de Chinay á Francia, ó bien se daria Milan al duque de Saboya y la Francia adquiriria Niza, Barceloneta y el ducado de Saboya con

el reino de la Alta Navarra. Fijóse el término de tres meses para que pudiese el emperador dar á conocer su adhesion. Si llegase esto á ser necesario, se emplearia la fuerza para impedir la entrada del archiduque en España ó Italia hasta la muerte de Cárlos. Los tres estados contratantes debian emplear su influjo á fin de alcanzar la aquiesciencia de las demás potencias.

Fácil es de ver por los mismos términos de este tratado, á qué estado de humillacion habian llegado Guillermo y las Provincias Unidas. En cuanto al archiduque, impedirle que se presentase en España hasta que quedase el trono realmente vacante, era casi escluirlo, tanto á él como á otro cualquier príncipe austriaco, interin el mismo tratado daba al rey de Francia pretesto para aumentar sus fuerzas de mar y tierra en las fronteras de España y los Paises Bajos, bajo el motivo plausible de encargarse del peso que llevaba consigo la ejecucion entera del tratado.

Pero en España fué sobretodo donde produjo el tratado los resultados mas decisivos. La primer noticia de esta negociacion, que se susurró al punto, llenó de indignacion á Cárlos, que dirigió fuertísimas reclamaciones á todas las córtes de Europa contra intervencion tan escandalosa. No escaseó las quejas que de la córte de Francia tenia; en Inglaterra y Holanda especialmente tomaron sus agentes un tono desconocido hasta entonces en las comunicaciones diplomáticas. Llegó hasta el estremo de hacer un llamamiento enérgico á la nacion y al parlamento inglés contra su soberano, á quien acusaba de haber obrado de mala fé en este asunto.

Por justas que fuesen las representaciones y por urgentes que pudiesen ser los motivos en que se fundaban, ningun soberano podia soportar semejante lenguage, ni tales quejas contra su persona ó gobierno. Aunque con pesar dió órden Guillermo al ministro español para que saliese de Inglaterra dentro de diez y ocho dias. Los estados generales se negaron igualmente

á recibir la memoria del ministro español en Holanda, y de considerar á éste como revestido de carácter público. Fué consecuencia de esto el que se enviasen sus pasaportes al ministro de Inglaterra en España, Stanhope, y la interrupcion de todas las relaciones amistosas con las potencias marítimas. Luis y sus partidarios quedaron así libres para continuar sus intrigas en Madrid con mucha mayor seguridad.

Las otras córtes de Europa parecia que estaban decididas á contemporizar, ínterin acaecia la muerte de Cárlos; pero el emperador alentado por las seguridades secretas de este príncipe, y con la esperanza que tenia de que se nombrase á su hijo heredero único, retrasó con diferentes pretestos su adhesion al tratado, declarando que creia á su familia con derecho á reclamar toda la sucesion.

Mientras sucedia esto, se convirtió Madrid en teatro de discusiones violentas entre ambos partidos. Portocarrero y sus amigos, de acuerdo con el embajador de Francia, se aprovecharon del sentimiento de indignacion que habia escitado el último tratado de particion. Tanto como se hallaba desalentado y sin fuerzas el partido austriaco, á causa de la timidez de la reina y del destierro de Oropesa y el almirante, tanto el de Francia, crecia todos los dias por el refuerzo de los principales grandes, entre los que eran notables el marqués de Villafranca, el conde de San Esteban y el duque de Medinasidonia. Escitaban estos el resentimiento del rey y de la nacion contra las potencias marítimas, como principales autores de este vergonzoso reparto. Presentaron al rey de Francia como si hubiese con pesar tomado parte en el tratado, y tan solo á causa de la certeza que tenia de que no serian escuchadas las pretensiones del Delfin; al mismo tiempo hicieron conocer que seria muy débil Austria si la abandonaban Inglaterra y Holanda; hablaron con exageracion del poder de Francia, y por último lograron introducir en

la discusion la validez de las pretensiones del Delfin.

Así que produjeron en el ánimo de Cárlos la impresion que se habian propuesto, y que los derechos de un príncipe de la familia de Borbon fuéron objeto de una discusion general, adoptaron medios mas decisivos con el fin de vencer un resto de repugnancia que conservaba el rey todavía. Los principales partidarios de los Borbones, Portocarrero, Villena, San Esteban, Medinasidonia y Villagarcía, se reunieron en casa de Portocarrero á fin de disponer su plan de operaciones. En esta reunion fué en la que empleó Villena por vez primera un argumento de que se hizo mas tarde uso para eludir la renuncia de la infanta de España, á saber, que habiendo sido el intento el impedir la union de ambas coronas en una misma persona, debian ser los primeros sus herederos, si desaparecia este inconveniente. El mismo se encargó de emitir esta idea en consejo de Estado, mientras que debia emplear su influjo con el rey á fin de obtener su aprobacion.

En este momento crítico, Harcourt, ya sea que quisiese burlar la atencion pública, ya con el fin de poder dirigir mejor los movimientos del ejército en la frontera, despues de ponerse de acuerdo con sus amigos en Madrid, dejó nominalmente la embajada de Francia á Blecourt, y despues de confiar las negociaciones verdaderas á Portocarrero, se presentó al punto en el Mediodia de Francia con el fin de tomar el mando del ejército (*).

(*) Hé aquí la causa de la salida de Harcourt, segun las memorias del marqués de San Felipe: «Con ánimo de ganar la voluntad de la reina á favor de Francia, le dejó entrever la posibilidad de su enlace con el Delfin á la muerte de Cárlos; la duquesa, su muger, se encargó de hacer conocer á la reina cuán ventajosa y halagueña debia ser para ella esta union. Don Nicolás Pigatelli, duque de Monteleon, grande de España y caballerizo mayor de la reina, adoptó las miras del embajador francés y defendia á menudo delante de su señora la causa de los Borbones. Hay motivos para creer que al prin-

Los manejos de los partidarios de Francia hicieron que volviese en sí la reina, y los consejos de Oropesa y el almirante le inspiraron energía y actividad. Al mismo tiempo empezó á dar señales de accion la córte de Viena, ofreciendo Leopoldo sesenta mil hombres para defender los estados de Italia, y su embajador volvió contra los franceses su propio argumento, diciendo que el rey de Francia se habia comprometido de un modo solemne á desmembrar la sucesion; que habia declarado su resolucion de no aceptar ningun testamento á favor de su familia, y que por consiguiente la indivisibilidad é independencia de la monarquía no podian conservarse sino en la casa real de Austria. El rey Cárlos, naturalmente muy afecto á su familia, escuchaba estas consideraciones benévolamente, y concedió en prueba de ellos permiso tácito para que se recibiesen tropas imperiales en los estados de Italia, trasmitiendo ofrecimientos á Viena de que seria nombrado el archiduque heredero universal.

Por su parte, Portocarrero hacia uso de todo el poder de su sagrado ministerio, oprimiendo la conciencia del rey. Despues de algunas contemplaciones, se atrevió á esponer los derechos de la familia de Borbon y amedrentó así al apocado monarca con amenazas de las penas eternas en el caso que descuidase nombrar un

cipio no desagradaron á la reina las proposiciones para este enlace; pero en uno de esos momentos en que dominaba el afecto á la causa de Austria á cualquier otra consideracion, y queriendo tal vez alejar á Harcourt que era temible agente para los austriacos, reveló al rey la proposicion que le habian hecho, lo cual ofendió, como era consiguiente, al monarca. Se afligió al ver que los franceses se ocupaban con tal actividad de su muerte, y dió órden á su embajador en París, marqués de Casteldorrius, de que hiciese conocer á Luis XIV el motivo de queja que tenia contra la conducta de su ministro. El monarca francés se apresuró á separar al duque de Madrid, pues entraba en las miras de su política el quitar á Cárlos II todo motivo de disgusto.

(Nota del Sr. Muriel.)

sucesor, ó perjudicase, en este nombramiento, al legítimo heredero, y á fin de poder decidir con conocimiento de causa en este punto tan delicado como importante, le persuadió que debia consultar á los jurisconsultos mas profundos, á los principales grandes del reino y á los consejeros de estado. Consiguiente á esto las razones de ambas casas rivales se sometieron á los mas célebres abogados y legistas de España é Italia, quienes por unanimidad, se pronunciaron en favor de la casa real de Borbon, con tal no obstante que se adoptasen medios eficaces de evitar la union de ambas coronas en las mismas sienes.

Columpiado Cárlos sin cesar entre el temor supersticioso que le habian inspirado, y el afecto que profesaba á su familia siguió el partido que le habia sugerido Portocarrero, de dirigirse al papa como á padre comun de los fieles, y como al mas seguro consejero en materia tan dificil. El resultado de esta consulta no ofrecia dudas á causa de la enemistad antigua que abrigaba el papa Inocencio XII, contra la casa de Austria.

Así que se tomó definitivamente esta resolucion, eligio Cárlos para encargarlo de mision tan delicada al duque de Uceda que formaba parte de su servidumbre y en quien tenia la mas ciega confianza. Lo llamó un dia, y le habló de este modo:—Duque de Uceda, tengo intencion de enviaros á Roma como embajador.—El duque buscó razones para evitar el afectar una embajada que debia privarlo de servir al lado de la persona del rey, pero este le interrumpió: Sabeis que no tengo hijos y que puedo morir de un dia á otro. ¿No me habeis ya tenido por tres veces en vuestros brazos como si hubiese estado muerto. No habeis notado últimamente que á fin de asegurar la tranquilidad de mis vasallos, me ocupaba de nombrar sucesor? Pues bien, en este gran negocio de que soy responsable ante Dios y los hombres, quiero absolutamente consultar al papa; y como es preciso que permanezca secreto este propósito, he

puesto en vos los ojos para confiaros este encargo, para mi del mayor interés.—Concluyó con una observacion que descubria la impresion que los partidarios de los franceses habian hecho en su ánimo.—Aunque afecto á mi casa añadio, mi salvacion eterna es á mis ojos mas preciosa que todos los lazos de familia: así, pues, apresuraos á cumplir mis deseos.—En virtud de esto salió el duque para Roma, portador de las opiniones de los jurisconsultos y de la siguiente carta que dirigia el rey á su santidad (*).

«No teniendo hijos, y hallándonos en el caso de elegir un sucesor á la corona de las Españas, que pertenezca á una familia real estrangera, tal oscuridad notamos en la ley relativa á la sucesion como así mismo en todas las circunstancias de este negocio, que nos es imposible tomar por nos mismo una determinacion satisfaciente. Es nuestro ánimo observar la mas rigurosa justicia, y á fin de poder alcanzar este objeto hemos pedido con fervor la asistencia del Ser Supremo, rogándole que guie nuestra eleccion en la ocasion presente. Afanosos de obrar bien nos dirigimos á vuestra santidad como á guia infalible; le rogamos pues, que conferencie por lo tocante á este importante asunto, con los cardenales y teólogos que juzgue como mas sinceros é instruidos, y tenga á bien despues de examinar con atencion los testamentos de nuestros antecesores desde Fernando el Católico, hasta Felipe IV, los decretos de las córtes. las renuncias de las infantas Mariana y Maria Teresa, Los contratos de casamiento cesiones y demas actos de los príncipes austriacos desde Felipe el Hermoso hasta nuestros dias, y fallar segun las reglas de la verdad y

(*) Asegura Torcy que el duque de Uceda se hallaba en Roma, en donde recibio la carta de Cárlos, con órden de presentarla al papa; pero, la anécdota que acabamos de contar, ha sido tomada del relato que hizo el mismo Uceda al mariscal de Tessey, hallándose este en España. *Memorias de Felipe*, tomo II, pág. 181, relativas al testamento de Cárlos II, rey de España.

justicia. En lo que á nos toca, no nos mueve ni amor ni ódio, y esperamos en este asunto la opinion de vuestra santidad á fin de acomodar únicamente á ella nuestra conducta definitiva.»

El papa al recibir esta carta afectó tomar con repugnancia sobre sí la responsabilidad de negocio tan delicado; pero, por último, entregó los documentos á los cardenales Albano, Spinola, y Spada, los tres afectos a Francia. Al cabo de una discusion que duró cuarenta dias, el resultado fué tal como debia suponerse de antemano, esto es, que el rey de España se hallaba obligado en conciencia á transmitir su sucesion al duque de Anjou, ó al duque de Berry que eran los hijos mas jóvenes del Delfin, con tal, sin embargo, de que se tomasen precauciones á fin de impedir la reunion de ambas coronas. Inocencio remitió su decision acompañándola con la carta que sigue, muy propia á conmover el ánimo y escitar la devocion de Cárlos.

«Hallándome yo mismo, le escribia, en una situacion parecida á la de V. M., puesto que estoy tan próximo á comparecer ante el tribunal del Salvador á dar cuenta á mi Pastor Soberano del rebaño que se dignó confiar á mi vigilancia, es tambien deber mio dar á V. M. consejo tal que no pueda jamás mi conciencia rechazarlo especialmente en el dia del juicio final. Facilmente echará de ver V. M. que no debe poner los intereses de la casa de Austria al nivel de los de la eternidad, no perdiendo jamás de vista la cuenta que debe dar de sus acciones al rey de los reyes, cuya severa justicia no hace diferencia de personas. No puede V. M. ignorar que son los hijos del Delfin los herederos legítimos de la corona, y ni el archiduque, ni otro ningun individuo de la casa de Austria debe poner a ellos el menor reparo. Cuanto mas importante tiene la sucesion tanto mas dolorosa seria la injusticia de escluir á los legítimos herederos atrayendo sobre vuestra frente la venganza celeste. Es, pues, deber de V. M. el no

descuidar ninguna de las precauciones que pueda su sabiduria aconsejarle á fin de hacer justicia á quien pertenece, asegurando al hijo del Delfin en cuanto dependa de V. M., la herencia completa de la monarquía española.»

Sin embargo, no fué bastante poderosa la autoridad sagrada del pontífice para acallar en el corazon de Cárlos, la voz que le hablaba á favor de su familia. Consultó por lo tanto, á varios personages del reino y sometió en seguida, el negocio á la cámara de Castilla. Arias, presidente de esta, hechura de Portocarrero, presentó un informe en el mismo sentido que la decision de Roma, y todas las autoridades públicas espresaban los mismos sentimientos. Entonces desplegó la reina nueva energía, procurando secretamente una reconciliacion con las potencias marítimas que consideraba como el apoyo mas seguro del príncipe austriaco. Anudáronse las comunicaciones con las diferentes córtes, y por instigacion suya, se empezaron á hacer preparativos en España á fin de apoyar el testamento de su marido.

No se dormia entretanto el partido francés; Luis publicó en el mes de setiembre, una memoria en que sentaba el principio de que el único medio de conservar la tranquilidad pública era el tratado de particion, y amenazaba oponerse por medio de la fuerza, al paso de las tropas imperiales á punto ninguno de los estados españoles. Esta amenaza, hecha muy á tiempo, volvió á sumir en la indecision al monarca español. Su inclinacion á su familia, desapareció ante la consideracion imperiosa de la felicidad de su pueblo, y parece que temió que el rey de Francia, en vez de aceptar el testamento á favor de un príncipe de la familia de Borbon, pudiese insistir en su propósito de desmembrar la monarquía, segun el último tratado de particion, duda que propuso á Luis, por medio de su embajador en París. Una pregunta de igual naturaleza le presentó á Blecourt, en Madrid, por el duque de Medinasidonia, en nombre

de los grandes afectos á la causa de Francia. Solamente una seguridad positiva en este asunto, se decia, podia decidirlo á favorecer el nombramiento de un príncipe de la familia de Borbon.

En la situacion en que se hallaba Luis, interesado, como se hallaba, en contemporizar con las potencias marítimas, no podia dar una respuesta pública y positiva; sin embargo, hay motivos para creer que mostró en secreto su intencion de aceptar el testamento, aunque Torcy trate de este asunto, callando con estudio, la respuesta (*).

Por último, presentóse el negocio al consejo de Estado, que era el cuerpo deliberativo mas encumbrado en la monarquía. Los individuos presentes eran Portocarrero, Mancera, Fresno, Villafranca, Medinasidonia, Fuensalida, Montijo y Frigiliana. Los tres primeros presentaron un informe basado en este argumento: El reino casi del todo destruido por los rigores de la fortuna, necesita volverse á levantar de sus ruinas; seria arriesgado el diferir la eleccion de un sucesor, porque si en las circuustancias preseutes, llegase á morir el rey, se apoderaria cada príncipe de una parte de la monarquía, cuya fuerza general ha sido agotada por las guerras civiles. Cada uno se aprovecharia de la aversion natural que los aragoneses, castellanos y valencianos tienen á los catalanes; y entonces, el esplendor y la magestad de un trono así desunido serian ultrajados por la tirania y ambicion.

No seria siquiera bastante elegir un sucesor, si aquel en quien recayese el nombramiento no se hallase en estado de sostener el peso de un grande imperio. Es indispensable que le asista buen derecho, siendo este el

(*) Hé aquí lo que se lee en la pág. 143 de las *Memorias de Torcy*, hablando de los que pensaban que Luiz XIV no aceptaria el testamento, segun era su intencion: *semejante creencia aunque errónea* etc. etc; lo cual hace pensar que prestaba su consentimiento.

solo medio de impedir desgracias que se siguen siempre á las usurpaciones, y de evitar que la autoridad, aunque legítima, pueda confundirse con la tiranía. En medio de tan grande número de males, no nos deja la Providencia mas que un solo remedio, que existe para nosotros solamente en la casa de Borbon, tan fuerte y generosa, la cual posee los derechos mas incontestables á la sucesion. Recurrir á cualquier otra seria destruir la monarquía que se convertiria entonces en una provincia de Francia. Somos, pues, de opinion que se nombre inmediatamente al duque de Anjou, sucesor á la corona, bajo la espresa condicion, que en época ninguna no empuñará la misma mano ambos cetros. Bajo este nuevo rey brillará nuestra gloria opaca con nuevo brillo. No tan solo de este modo nos libertaremos de enemigo tan terrible; sino que será para nosotros el mas poderoso de los protectores (*).

Dos voces solamente se opusieron á la opinion de la mayoría que fueron los condes de Fuensalida y Frigiliana, conocido mas tarde con el nombre de conde de Aguilar. Estos caballeros fueron de opinion que debian convocarse las córtes de Castilla, como el único cuerpo legal y legítimo, á quien pertenecia el derecho de decidir acerca de punto tan importante; pero no se hizo caso ninguno de su opinion, y Portocarrero presentó al rey el informe. Todavía, despues de esta discusion y acuerdo, formaban dos partidos, tanto la nobleza como el pueblo, cuyas disputas llegaban á veces hasta la antecámara del rey enfermo (**).

(*) *Memorias de San Felipe*, tom. I.

(**) Publicóse en el mes de setiembre un decreto real, mediante el que se comprometia Cárlos á no elegir sucesor, dejando á Dios este encargo. Se apoderó la consternacion de los individuos del consejo, los cuales se creian ligados por el sello real, y sin el cardenal que con el apoyo de la lógica poderosa de San Esteban, dió señales en esta ocasion de grande energía, hubieran triunfado Aguilar y su partido. Resolvióse elevar observaciones que el cardenal se encargó de presentar, y una

Acosado, de un lado por los franceses, asediado de otro por la reina y los partidarios del Austria, hallábase el ánimo de Cárlos combatido por encontradas pasiones, cuando una crisis que sobrevino durante su enfermedad, anunció su fin cercano. Su imaginaçion débil por naturaleza, se llenó de terror, todavía mas cuando le espuso Portocarrero que se hallaba en presencia de la eternidad, y que era llegado el momento de que recibiese los consejos y socorros espirituales de los ministros de la religion, los mas fervorosos, á fin de que le acompañasen en su oracion, preparándose así él mismo á morir con resignacion. En medio de las ceremonias fúnebres con que atemorizan á los moribundos, esponíanle los ministros de los altares el peligro en que estaba su alma, sino disponia de la corona por testamento, y si de este modo, dejaba el pais sumido en los horrores de la guerra civil. Amenazáronlo con la venganza celestial si se dejaba guiar en sus disposiciones por motivos de amor ó enemistad, y si daba oidos á los afectos terrenales de un corazon que pronto iba á ser reducido á polvo. Los austriacos le decian, no eran ya sus parientes, ni los Borbones los enemigos de su alma; su deber era el conformarse á la mayoría de su consejo, formado de los verdaderos defensores de la

casualidad impensada les dió mas poder del que era prudente esperar. En la lucha perpétua que sostenia el rey, ya sea con sus ministros, ya con la reina y consigo mismo, huyendo siempre de las resoluciones y pidiendo consejos, llamó un dia á San Esteban aparte, y le mandó que le hablase sin doblez ni recelo de los inconvenientes del tratado de particion.—Señor, dijo el conde, tomando el tono profético y misterioso que producia siempre tanto efecto en el ánimo de este príncipe religioso si, pero crédulo; *Cuando Jesus nuestro Salvador, fué conducido al Huerto de los Olivos, su consuelo fué en pensar que de todos aquellos cuyo cuidado le habia confiado Dios, no habia perdido ni uno solo*. Estas pocas palabras conmovieron al rey profundamente, y pusieron término á su indecision mas bien que otra cosa cualquiera. (COUVILLE, *Memorias secretas*.)

justicia y verdaderos órganos de los deseos nacionales.

Esta escena fué la última de una pugna que duraba tanto tiempo hacia. Cárlos mandó que saliesen de su cámara las personas que cercaban su lecho, y en presencia de Portocarrero y Arias, dictó su última voluntad á Sevilla, secretario de Estado, á quien nombró notario de los reinos para este acto. El testamento quedó redactado en el acto, y el 2 de octubre le fué presentado para que pusiese en él su firma. Se lo leyeron; cuando se halló revestido de todas las formalidades requeridas, se cerró bajo un sobre firmado y sellado, segun costumbre, por los principales funcionarios del estado. Entonces, Cárlos, afligido profundamente con la idea de haber desheredado á su familia, manifestó por medio de gemidos su dolor y su sentimiento, y deshecho en lágrimas, esclamó en el acto de firmar: —Dios solo es el que dá los reinos, porque á él solo pertenecen.—Cuando quedó terminada la ceremonia, añadió: *Ya no soy nada.*—Dos dias despues, confirmó el testamento en un codicilo que contenia algunas disposiciones relativas á la imposibilidad absoluta en que se veia de dirigir los negocios públicos, entregando las riendas del gobierno á Portocarrero.

Las disposiciones del testamento permanecieron secretas, sin que tuviesen de ellas el menor conocimiento la reina y el partido austriaco; pero aquella misma noche, se comunicaron á Blecourt, que se apresuró á trasmitirlas á la córte de Francia.

«El señor de Blecourt, escribia Harcourt á Torcy, ha despachado un correo con el fin de informar á S. M. que el rey católico ha dictado y firmado un codicilo en el que ratifica el testamento de 2 de este mes en favor de un príncipe francés. Le han dado este aviso al duque de Medinasidonia, el conde de San Esteban y el duque de Sessa.»

Despues de darle esta noticia, entraba en varios detalles, y hacia muchas reflexiones relativas á la acep-

tacion del testamento, decidiéndose por la afirmativa, y dando consejos tocante á los pasos que creia convenientes segun su esperiencia, y el conocimiento que tenia del pais, á fin de lograr un éxito completo.

«Si se acepta el testamento, decia, y no se dividen entre sí los españoles, quedará el duque de Anjou instalado en su trono, sin mas dilacion que el tiempo preciso para su viage. Podremos ver, durante lo que falta de invierno, las intenciones de los príncipes aliados. Sin embargo, me cuesta trabajo el creer que si ven al príncipe instalado en Madrid, se atrevan á comprometer su comercio y tranquilidad, estando seguros de que no podrán espulsarlo de España. Puede, es verdad, ser violento el primer impulso; pero pronto la reflexion calmará la indignacion que podrán esperimentar algunas testas coronadas, pero no sus pueblos que tan diferentes son entre sí por otra parte (*).

Harcourt salió al punto para Bayona, a fin de estar listo tan luego como recibiese aviso para ponerse en movimiento. Se hallaba autorizado á abrir los pliegos que llegasen de Madrid, y á obrar segun lo exigieran las circunstancias.

Durante la lucha de los partidos en la córte de Madrid, se decian todos confidencialmente que la sucesion estaba reservada á un príncipe frances; alarmó esto á las potencias marítimas que hicieron las mas vivas reclamaciones, á fin de conocer las verdaderas intenciones de Luis, quien logró no obstante calmar sus temores, ó al menos evitar sus importunas quejas (**), lo cual no le impidió el que continuase sus preparativos militares en tierra y mar. Guillermo y el gobierno holandés, viéndose en la imposibilidad de tomar las pre-

(*) Burdeos, octubre 30 de 1700. Harcourt á Torcy. Este oficio importante y otros varios, se conservan en la coleccion de los papeles de estado de Hardwir.

(**) TINDAL.

cauciones necesarias contra tan inminente peligro como no veian sin grande angustia la proximidad de la crisis que los amenazaba', pues todavía la lucha no estaba del todo terminada en Madrid. La salud del rey mejoró por un momento, y Cárlos sintió nuevos impulsos de afecto á su familia; la reina y sus partidarios redoblaron sus esfuerzos, y arrancaron la palabra de hacer testamento á favor del archiduque Cárlos. Despacháronse correos á Viena para anunciar esta feliz nneva; pero era demasiado tarde para que pudiera realizarse esta promesa. La mejoría de la salud del rey que habia despertado las esperanzas, no era mas que el fulgor pasagero que suele preceder á la destruccion total. La vida del rey fué estinguiéndose poco á poco, y despues de una corta agonía se acabó el 3 de noviembre, siendo Cárlos II de edad de treinta y nueve años, y despues de haber reinado oscura é infelizmente treinta y siete (*).

No podemos abandonar esta materia sin hablar de las memorias del marqués de Torcy, cuya intervencion en este grave negocio como secretario de Estado, y su afectacion de candor y buena fé, le han adquirido mas crédito y autoridad de la que en sí merece. No ca-

(*) Tindal, *Cartas de* Schomberg, Madrid 21 de octubre. Ortiz, tomo VI. Desormeaux, *historia de España*, tomo V.—Tindal, Ortieri, *Storia della guerra por la succesione alla monarchia di Spagnia.*—Targe, *historia del advenimiento de la casa de Borbon al trono de España*, lib. 1.º San Felipe, tomo 1.º—*Memorias del conde de Harrach y de la Torre. Memoria histórica relativa al testamento de Cárlos II, rey de España*, en las *memorias de Tessé. Memorias de San Simon*, vol. VI.—Lamberty, tom. 1.º—Mirbilles, *continuacion de* Schmidt, vol. IX. cap. XIX, XXII; vol. X, cap. 1.º—Henrick, vol. VII; Mably *y* Kock, artículo de la *sucesion de España.—Diplomacia francesa*, tom. VI. *Obras de Luis XIV. Cartas oficiales del conde de Hamberg de Lisboa, y del conde de Manchester de París*, 1700. —*Memorias de Molé, relativas á los negocios de estado. —Historia de la casa de Austria*, cap. LXVII.

be duda que el objeto de esta obra célebre ha sido el de justificar la conducta de Luis XIV, haciendo alarde de la sinceridad de este monarca, y defendiendo sobre todo contra las acusaciones que cada cual le dirigía hacian ó en secreto, al ver el nombramiento de su nieto para sucesor del trono de España.

El autor distribuye con prodigiosa liberalidad los epitetos de injustos, parciales é ignorantes á cuantos muestran dudar de la buena fé de Luis, y declara con un tono de solemnidad que solo la verdad puede dar derecho á tomar, que todo este negocio fué conducido y terminado sin intrigas y sin ninguna negociacion que comprometiese al rey á nombrar sucesor.

Cuanto hemos dicho en esta introduccion prueba sobrado, segun nuestro entender, que carecen de fundamento estas afirmaciones. Lasobservaciones siguientes, por otra parte, bastarian para demostrar que el ministro francés se contradice á sí mismo, y que se halla en el terrible aprieto de quien amando la verdad se vé obligado por motivos poderosos á ocultarla.

1.° Muestra á Portocarrero como principal instrumento que sirvió para decidir la voluntad de Cárlos.

2.° Confiesa que este ministro era afecto con sinceridad á Francia, áun antes de la muerte del príncipe de Baviera, (tomo 1.° pág. 58), y recuerda sus protestas reiteradas de inclinacion á esta causa, llamada por él causa de la verdad y de la justicia.

3.° Confiesa que d'Harcourt instruía constantemente al rey del estado de la córte de España, como así mismo del de la nacion.

4.° Que este embajador sostenia correspondencia particular con Portocarrero, y entre otros documentos, para los cuales solicitó la opinion y aprobacion del cardenal, cita su célebre memoria á favor del derecho de los Borbones (tomo 1.° página 85).

5.° Que despues que se retiró d'Harcourt, ofreció Portocarrero comunicar á Blecourt cuanto pudiera con-

tribuir á facilitar la eleccion de un príncipe francés. (tomo 1.° página 145.)

6.° Que supo Luis las intenciones de Cárlos en favor de su familia por el cardenal Janson, encargado de negocios de Francia en Roma (tomo 1.° página 145).

7.° Que Blecourt escribió á su gobierno que segun los rumores que circulaban por Madrid, seria llamado al trono un hijo del Delfin, y que Portocarrero habia trabajado incesantemente con este objeto, y siempre con buen éxito.

No citaremos otros hechos de igual naturaleza que nos fuera muy fácil especificar; estas confesiones bastarán para que pueda juzgar el lector si tuvo ó no Luis XIV conocimiento de las intrigas que se ponian en juego en Madrid á favor de su nieto; si ignoraba la existencia y contenido del testamento; y por último si se puede decir con verdad que la trasmision de la corona á un príncipe francés tuvo lugar, sin ocultos manejos y sin intervencion humana de ninguna clase.

En verdad preciso es confesar que desde que esta grande intriga ha dejado de ser asunto nacional y personal al mismo tiempo (*) el testimonio de Torcy no ha sido invocado si no por aquellos escritores ingleses que han mirado esta discusion como un negocio de partido; porque los autores estrangeros inclusos los franceses, están todos de acuerdo en punto á los manejos que empleó Luis XIV, y á los resortes que puso en juego; todos pintan su conducta como resultado de un plan concertado á fin de llevar al trono de España á un príncipe de su familia.

Inútil es que citemos mas testimonios del hecho á que aludimos; pero no podemos dejar de recomendar á la curiosidad del lector la obra interesante de la *diplo-*

(*) Escribíase esto en 1813, un año antes del restablecimiento de los Borbones en el trono de Francia.

(Nota del Sr. Muriel.)

macia francesa cuyo autor es uno de los mas modernos escritores que han tratado á fondo de esta materia, el cual tiene el mérito de haber dado noticias interesantes y nuevas relativas á la política de la córte de Francia. (FLASSAN, *diplomacia francesa*, tomo 4.º páginas 206 y 208 (*).

La interesante relacion trazada por el autor de esta obra, relativa á los últimos años del reinado de Cárlos II, hace pues, en el ánimo reflexiones penosas. Causa dolor el considerar la triste suerte de la nacion española reducida á semejante estenuacion, y amenazada de mayores infortunios por la incuria de su gobierno. Reflexionando acerca de lo que pasó en Madrid con motivo del acto memorable que trasmitió la corona de España á un príncipe de la casa de Borbon, nace involuntariamente en el ánimo una consideracion de gran tamaño. La nacion española se hallaba en posesion desde tiempo de los godos de intervenir con sus soberanos en todos los negocios de la administracion. La

(*) Corren dos opiniones igualmente erróneas tocante al testamento de Cárlos; una atribuia esta transaccion memorable á las intrigas de Francia esclusivamente, y otra supone que fueron las inspiraciones bajadas del cielo las que decidieron la eleccion de un príncipe de la familia de Borbon. Bastará para demostrar lo absurdo de la primera, hacer conocer que la opinion general de los españoles era favorable á los derechos de la casa de Borbon, no solo por los que los creian fundados en la razon, sino porque conocian las ventajas que habian de resultarles de la alianza con monarca tan poderoso como era entonces Luis XIV. El valor del entusiasmo de que dieron muestra los españoles durante la guerra de sucesion en defensa de Felipe, prueban sobrado cuales eran sus verdaderos sentimientos en este punto. En cuanto á la segunda opinion no se concibe porque tomó tanto trabajo el ministro Torcy, en hacer creer que no se habia mezclado su soberano en este negocio. Si temia empañar la gloria de este monarca, confesando sinceramente su conducta política, padecia grave error, pues lejos de esto nos parece que es gran motivo de gloria el haberse manejado con tanta habilidad á favor de los intereses de su reino y familia en esta ocasion importante.

Muy natural era que Luis XIV, cuya prevision se estendió muy le-

eleccion de los reyes en los primeros tiempos de la monarquía, y mas tarde la sucesion hereditaria, los enlaces de los príncipes, las declaraciones de guerra, los tratados de paz ó alianza, la imposicion de tributos, y en una palabra, cuanto decia relacion con el bien público, se habia discutido siempre en las córtes. Y es este mismo pueblo, cuyo celo ardiente por la conservacion de sus libertades é instituciones que encomia con tanta razon la historia, el que vemos en tiempos de Cárlos II, tan decaido de su antigua dignidad que ni siquiera se le consulta en el grave negocio de la sucesion de la corona.

Verdad es que los jurisconsultos y teólogos habian producido una situacion tan lastimosa, pervirtiendo las conciencias y desnaturalizando totalmente las nociones en materia de gobierno; los primeros, con sus doctrinas tocante á las sociedades civiles, presentadas por ellos como propiedades patrimoniales, y los segundos, con sus doctrinas y máximas relativas á la autoridad de los reyes, esto es, con su teoría del *derecho divino*. Pero aun

jos mostrase vigilancia por cuanto pasaba en Madrid con motivo de la sucesion; hay tambien fundamentos para pensar que se entendió con el partido francés de esta capital el cual deseaba ver ocupado el trono de España por un príncipe de la familia de Borbon, pero no es fácil fijar la época en que se decidió relativamente á este grave negocio. Semejante resolucion tenía que hallarse enlazada con numerosas circunstancias que debian tener presentes sus consejeros. Por una parte era preciso correr el riesgo de una guerra encarnizada con las potencias de Europa, por otra podian ofrecerse al monarca francés compensaciones favorables á Francia sino aceptaba la corona de España para su nieto, asi que Cárlos II lo designase por sucesor. Luis XIV obró, pues, como monarca prudente y diestro, preparando combinaciones de que pudiese sacar partido. La gloria de este soberano no podia, pues, hallarse comprometida de modo alguno aun cuando su ministro Torcy declarase solemnemente que la diplomacia francesa habia trabajado en Madrid á fin de que fuese elegido soberano el duque de Anjou.

(Nota del Sr. Muriel.)

cuando pudiese considerarse la corona como un gran feudo transmisible segun la misma ley civil que rige en materia de mayorazgos, la convocacion de córtes, aun en este caso, era de necesidad absoluta, porque esta ley ha dejado cuerdamente á los tribunales el cuidado y facultad de decidir el punto en litigio cuando nace de dudas tocante á la sucesion. Y ¿qué otro tribunal podia ser competente en este caso sino las córtes? Por otro lado, nótese que entre los documentos que remitió Cárlos al papa Inocencio XI, al consultarlo sobre este punto como siendo por su naturaleza indispensables para disipar dudas, se hallaban los decretos de las *córtes generales relativas á la sucesion á la corona*, ¿Por qué desdeñaria este monarca el convocar una asamblea en la que reconocia poder y derecho de fallar en este grave asunto? En vez de pedir consejos á un soberano estrangero: por qué no dirigirse á la familia española representada por las córtes, cuando se trataba de un punto que le interesaba directamente?

Todo mueve á creer que, si hubieran sido llamadas las córtes á decidir el negocio de la sucesion, ó convocadas tan solo para dar su dictámen, para ilustrar la conciencia del monarca en una ocasion tan crítica, de igual modo hubiese subido al trono de Cárlos V el nieto de Luis XIV. Las mismas consideraciones que decidieron á Portocarrero, a Mancera y á la mayoría del consejo hubieran decidido á esta asamblea; pero presentando el punto en litigio ante el único tribunal competente en la materia, no solo se hubiese prestado homenage al derecho sagrado e inviolable que tienen los pueblos de intervenir en estas transacciones tan importantes que le tocan de cerca, sino que así se hubiesen evitado quejas y dudas acerca de la legitimidad de esta. El conde Juan de Amor y Soria, citado por Marina en su *Teoría de las córtes*, dice, con este motivo, en su obra titulada *Enfermedad crónica y peligrosa de España é Indias*, conservada en la Academia de la Historia de Madrid, que

relativamente al punto mas esencial y dificil del reino, como era la sucesion, no habian sido convocadas las córtes generales, y que un testamento no podia ser la regla que se siguiera para la sucesion á la corona. En efecto, no es consecuencia precisa, para desconocer los derechos de la nacion y de sus córtes generales, disponiendo de un trono, el que tengan derecho los soberanos de elegir en su testamento los tutores ó gobernadores del reino.

Por otra parte no habia que temer resistencia ninguna en esta asamblea; el modo de formar las córtes, las precauciones y medidas con que la corona habia logrado someterlas, daban seguridad de que serian dóciles á la voluntad real. Desde Cárlos V, habia ido, paso á paso, perdiendo la representacion nacional su noble libertad é independencia, hasta el punto de no conservar mas que un vano simulacro de grandeza pasada. Agrégase á esto que la casa de Austria tenia, sin disputa, menos partidarios que la de los Borbones entre los españoles, como lo probó la defensa tenaz y nacional que hicieron de la causa de Felipe, atacado por una liga formidable. Convocando, pues, las córtes se hubiera dado mayor legitimidad á la nueva dinastía, sin correr riesgo ninguno ni esponerse á los debates tempestuosos de las asambleas públicas.

Sin embargo, hablábase á menudo de esta convocacion durante la época de las intrigas que se fraguaban en Madríd, pero, por desdicha, solo cuando se veian derrotados los partidos, invocaban la autoridad de las córtes. Interin cada bandería esperaba decidir á favor suyo la voluntad indecisa y fluctuante de Cárlos, no se pensaba en el apoyo de esta autoridad; pero tan luego como perdía terreno, trataba de amedrentar á su contrario, reclamando esta convocacion. Esto hizo el partido austriaco cuando vió que la mayoría del consejo se declaraba á favor de un príncipe de la familia de los Borbones; pero ya era tarde. Cuando antes le habian

propuesto esta convocacion la habia rechazado; el consejo de Estado emitió este deseo, cuando aun era tiempo; pero no se hizo caso ninguno de él.

Decia el marqués de Mancera en el discurso que pronunció ante el consejo de Estado, con motivo de la sucesion.—Señor, recuerda V. M. que hace muchos años, este mismo consejo en que hablo, movido á ello por los sufrimientos de vuestros pueblos, se atrevió á presentarle sentidas quejas. Propuso convocar los tres brazos de las córtes, que se armase por mar y tierra, que fortificase las plazas, que las abasteciese de artilleria y provisiones de toda clase; tales medidas, tomadas entonces, hubieran podido ser saludables remedios y no nos viéramos hoy en el dolor de contentarnos con discurrir acerca de nuestros intereses, ínterin nuestros enemigos disponen de ellos. Pero ahora, señor, que vuestros vasallos se ven acosados por la miseria, que están agotados vuestros tesoros, que no tenemos ni tropas, ni bageles, y que por ninguno de los horizontes se descubre claridad, es preciso renunciar á la libertad de elegir, y de ello me consuelo, pensando que tal vez no nos ha colocado en esta situacion violenta la Providencia mas que para mostrarnos que por donde flaquea la prudencia humana, triunfa la suya, y para sacar ella misma nuestra salvacion del seno mismo de nuestros infortunios.

CAPITULO PRIMERO.

1700.—1701.

Muerte y testamento de Cárlos II.—Felipe, duque de Anjou, nombrado sucesor suyo.—Encárgase la junta de la gobernacion del reino.—Acepta Luis XIV el testamento.—Sale Felipe de Paris y llega á Madrid.—Carácter de este príncipe.—Instrucciones que le dió Luis XIV.

Falleció el 3 de noviembre de 1700 Cárlos II, último soberano de España, de la dinastía austriaca, la cual reinó en esta monarquía desde la muerte de Fernando é Isabel hasta la época en que empiezan estos apuntes.

Apenas exhaló el rey su postrimer suspiro, reuniéronse segun el uso antiguo, los ministros y primeros funcionarios del estado, á fin de publicar las cláusulas del testamento real. Por ser principio de una nueva era para España, era natural que hubiese gran deseo de saber qué soberano estaba destinado á la nacion; así es que, en tropel, acudió el pueblo á las puertas de palacio. Llenáronse las habitaciones contiguas á la régia cámara de ministros estrangeros y magnates del reino; los cuales deseaban impacientes conocer el nombre del venturoso elegido. Abriéronse, por último, las mamparas, y al pasado murmullo siguió profundo silencio. Los dos ministros de Francia y Austria, Blecourt y Harrach, cuyas córtes eran las mas interesadas

en esta eleccion, hallábanse en pié muy cerca de la puerta. Confiado Blecourt en el triunfo de sus pretensiones se adelantó á recibir al duque de Abrantes; portador de la nueva: mas el duque, sin reparar en él, se acercó al austriaco y lo saludó con demostraciones de ternura, presagio de las mas satisfactorias noticias. Despues de un rato de mútuas cortesías:—Mi buen amigo, le dijo, tengo el placer mayor y la satisfaccion mas verdadera en despedirme por toda la vida de la ilustre casa de Austria (1).—Sobrecogió, como era de presumir, semejante insulto al embajador que, creyéndose triunfante y vencedor, habia echado, durante los preludios de la conversacion, miradas de desden al representante de Francia. Necesidad tuvo de toda la serenidad para permanecer allí, y escuchar la lectura del célebre testamento que destruia todas las esperanzas y los proyectos de su augusto soberano (2).

Por el contrario, Blecourt salió de la ántecámara radiante de júbilo, y el mismo dia despachó un correo portador de una copia del testamento que le habia proporcionado el diestro Portocarrero (3).

Contenia este notable documento cincuenta y nueve artículos; tratábase en los once primeros de asuntos relativos á religion y gobierno interior, y el duodécimo encerraba los nombres de las personas que pudiera Cárlos nombrar por herederos. Servian estos como de introduccion á los dos artículos siguientes en que se hallaban las disposiciones que decian relacion con la transmision de la corona.

Declaraba el testamento á Felipe, duque de Anjou, hijo del Delfin, heredero de toda la monarquía española, y en caso de que falleciese éste sin dejar hijos, ó que heredase el trono de Francia, habria de pertenecer el trono á su hermano, el duque de Berry, con las mismas condiciones. Designábase, en seguida, al archiduque Cárlos, hijo segundo del emperador, con la misma cláusula de que no pudieran reunirse ambos co-

tros de España y Austria; el último llamado era el duque de Savoya y sus herederos. Recomendaba el testador á su inmediato sucesor que contrajese matrimonio con una archiduquesa, y disponia que siempre que el monarca fuese menor ó se hallase ausente, quedase confiada la administracion pública provisionalmente á una junta ó consejo de regencia, compuesta, segun costumbre, de la reina, como presidenta; y de varios personages eclsiásticos y seglares, á saber: el cardenal Portocarrero, primado y arzobispo de Toledo; don Baltasar de Mendoza, inquisidor general: don Manuel de Arias y el duque de Montalto, presidentes de las cámaras de Castilla y Aragon, y los condes de Benavente y Frigiliana; representantes de la grandeza de España y el consejo de Estado.

Conocíase que en el testamento se habian previsto tres puntos, la desmembracion de la monarquía española que se impedia; la reunion de las coronas de Francia y España que se evitaba, y la sucesion en la cual se trataba de conservar el órden natural. Fundábase la eleccion del príncipe francés en el principio de que las renuncias de las dos infantas, tia una y la otra sobrina del testador, no habian tenido mas objeto que el de impedir la union de los dos tronos, y que poniendo remedio á este inconveniente las disposiciones testamentarias, debia el derecho de sucesion recobrar su curso natural y ordinario.

En un artículo del testamento, así como en el codicilo formado en 5 de octubre, se habia fijado la suerte de la reina que quedaba viuda. Debia conferirle el sucesor de la monarquía el gobierno de los Paises Bajos, ó una parte de las provincias de Italia, segun ella mejor quisiera; mas si la princesa preferia permanecer retirada en alguna ciudad de España, le perteneceria el gobierno y jurisdiccion del punto en que deseara fijar su residencia (4).

No tardó la junta de gobierno en entrar á egercer

sus funciones, su cuidado primero fue anunciar al rey de Frncia, la muerte del soberano español, y el nombramiento de Felipe, duque de Anjou. Salió al punto un correo para Francia, portador de esta comunicion y del testamento, el cual habia recibido órden, en caso de que no aceptase la herencia la córte de Francia, de seguir su viage hasta Viena y ofrecer la corona al archiduque Cárlos, con arreglo á las disposiciones del rey difunto. Mientras tanto reinaba en España, á pesar de este cambio de gobierno, la serenidad característica de la nacion, esperando el pueblo con interés, pero sin mortal afan, la decision que debia dar las riendas del estado á un nuevo monarca.

Acompañaban á la copia del testamento, remitido al gabinete francés, cartas de la junta, en las cuales suplicaba esta á Luis XIV, que reconociese al jóven soberano y le permitiese ir á tomar posesion de su trono. No habia carecido el rey de Francia de tiempo mas que necesario para tomar una resolucion en negocia tan importante, porque habia recibido con puntualidad nuevas del éxito de la negociacion, así como de las intrigas de sus parciales, por medio de los correos que sin cesar le enviaban Blecourt, desde Madrid, y Harcourt desde la frontera de España. Así es que conocia las cláusulas del testamento, y tenia conocimiento de que lo habia firmado el rey.

Hallábase la córte en Fontainebleau cuando llegó el mensagero español con los pliegos de la junta. Las protestas solemnes de Luis XIV, durante el curso de este negocio, así como los compromisos de este monarca con las potencias marítimas, hizo indispensables el usar de algun miramiento al aceptar la corona de España, á fin de que se pudiese justificar su conducta á los ojos de Europa. Así, pues, se negó á recibir al embajador español, cuando se presentó este á entregarle el testamento, hasta tanto que hubiese oido el parecer del consejo de Estado, convocado al efecto.

Componíase este consejo del Delfin, del canciller Pontehartrain, del duque de Beauviliers, gefe del consejo de hacienda y ayo del duque de Anjou, y por último, del marqués de Torcy, secretario de estado, encargado de las relaciones esteriores. Discutieron estos personages la aceptacion del testamento con gran seriedad, como si en efecto se tratase de tomar un partido en este gran negocio de estado. Contra lo que era de esperar, hubo un voto, que fué el del duque de Beau-Viliers, á favor del tratado de particion. Encerrándose en el círculo de formalidades legales, limitóse el canciller á una mera esposicion del negocio; mas, Torcy, manifestó con dignidad su parecer, segun el cual era necesario aceptar el testamento, opinion que apoyó enérgicamente el Delfin, el cual, despues de hablar de sus derechos, declaró que se hallaba satisfecha su ambicion, por cuanto, mediante la aceptacion del testamento, seria hijo y padre de rey (5).

El soberano francés, habiendo escuchado con atencion y júbilo el parecer de los individuos del consejo, hizo como que se dejaba ganar por las razones de su hijo, y anunció la resolucion que tomaba de aceptar el testamento. Dióse al punto parte de esta resolucion al embajador español, á quien ya no tuvo Luis XIV dificultad en recibir, y en seguida se despachó un correo portador de la respuesta que enviaba el rey á la junta (6).

Hé aquí el contenido de este documento:

Carta escrita por Luis XIV, en 12 de noviembre de 1700; á la reina viuda de España, regente, y á los individuos de la junta soberana, aceptando la corona de España, á nombre de S. A. el duque de Anjou, su nieto.

«Muy alta, muy poderosa y muy escelente princesa, nuestra muy cara y amada prima, y grande; muy caros y amados grandes y demas del consejo estableci-

do para la gobernacion universal de los reinos y estados que dependen de la corona de España.

«Hemos recibido la carta firmada por V. M. y vosotros, fecha 1.º de este mes, la cual nos entregó el marqués de Casteldosrius, embajador del muy alto, muy poderoso y muy escelente príncipe, nuestro amado y caro primo y grande, Cárlos II, rey de España, de gloriosa memoria. Al propio tiempo puso en nuestras manos las cláusulas del testamento del difunto rey, su señor, que comprenden el órden y rango de los herederos que designó aquel gran príncipe para la sucesion de todos sus reinos y estados, y las prudentes disposiciones que tomó para la gobernacion de ellos, hasta la llegada y mayoría de su inmediato sucesor. El dolor sincero que nos causa la pérdida de un príncipe cuya amistad habia hecho preciosa á nuestros ojos el mérito y los vínculos de la sangre que á S. M. nos unian, lo ha aumentado la prueba afectuosa que en los momentos de su muerte, ha dado de su justicia, de su amor á sus fieles súbditos, de su cuidado en prolongar mas allá del término de su vida el reposo general de Europa y la felicidad de sus pueblos. Por nuestra parte procuraremos contribuir con todo nuestro poder á entrambas cosas, y á corresponder á la confianza que nos ha mostrado, conformándonos del todo á sus intenciones, espresadas en el testamento que V. M. y vos nos habeis remitido. Emplearemos sin cesar nuestros pensamientos en elevar por medio de una paz inviolable, la monarquía española al mas alto grado de gloria que jamás se haya visto.

«Aceptamos, pues, á favor de nuestro nieto, el duque de Anjou, el testamento del difunto rey católico, y nuestro hijo el Delfin, lo acepta de igual modo, abandonando sin dificultad, los justos é incontestables derechos de la difunta reina, su madre y nuestra amada esposa, como tambien los de la difunta reina, nuestra augusta madre, conforme al parecer de varios minis-

tros de estado y de justicia, consultados por el difunto rey de España, y lejos de reservar para sí parte ninguna de la monarquía, sacrifica su propio interés al deseo de restablecer el antiguo esplendor de una corona, que la voluntad del difunto rey católico, y el voto de los pueblos confian á nuestro nieto, el duque de Anjou. Quiere, al mismo tiempo, dar á esa fiel nacion, el consuelo de que posea un rey que conoce que lo llama Dios al trono, á fin de que impere la religion y la justicia, asegurando la felicidad de los pueblos, realzando el esplendor de una monarquía tan poderosa, y asegurando la recompensa debida al mérito que tanto abunda en una nacion igualmente animosa que ilustrada, y distinguida en el consejo y en la guerra, y finalmente en todas las carreras de la iglesia y el estado.

«Diremos á nuestro nieto cuánto debe á un pueblo tan amante de sus reyes y de su propia gloria; lo exhortaremos tambien á que no se olvide de la sangre que corre por sus venas, conservando amor á su patria; pero tan solo á fin de conservar la perfecta armonía tan necesaria á la mútua felicidad de nuestros súbditos y los suyos. Este ha sido siempre el principal objeto de nuestros propósitos, y si la desgracia de épocas pasadas, no en todos tiempos nos ha permitido manifestar estos deseos, esperamos que este grande acontecimiento cambiará la faz de los negocios, de tal modo que cada dia se nos ofrezcan nuevas ocasiones de dar pruebas de nuestra estimacion y particular benevolencia á la nacion española.—Por lo tanto, etc., etc.

LUIS.

Acompañaba á esta respuesta una carta confidencial escrita del puño de Luis, en la que se mostraba agradecido á Portocarrero, cuyos servicios encarecia con

espresiones halagüeñas de gratitud y consideracion; confesando que á tan buen ministro debia en gran parte su nieto la corona. Ofrecíale su proteccion, y terminaba á asegurándole de que se guiaría el jóven soberano por sus consejos (7).

Aun cuando quedó aceptado el testamento en Fontainebleau, verificáronse en Versalles las escenas mas imponentes de aquella ceremonia.

Réunió el rey en su gabinete al Delfin con sus hijos los duques de Borgoña, Anjou y Berry, y al embajador de España, y reuniéndose en seguida al duque de Anjou, le dijo:—El rey de España ha dado una corona á V. M.; los nobles le aclaman, el pueblo anhela verle, y yo consiento en ello. Vais á reinar, señor, en la monarquía mas vasta del mundo y á dictar leyes á un pueblo esforzado y generoso, célebre en todos tiempos por su honor y lealtad. Os encargo que lo ameis y merezcais su amor y confianza por la dulzura de vuestro gobierno.

Dirigiéndose entonces al embajador de España, añadió:—Saludad, marqués, á vuestro rey.—El embajador se inclinó profundamente ante el nuevo monarca, dirigiéndole una corta arenga, concebida en términos respetuosos y lisongeros. De repente. abriéronse las mamparas, por órden de Luís, que dando algunos pasos con el aire magestuoso que tan bien le cuadraba, y que tomaba en las ocasiones solemnes, dijo á los cortesanos que llenaban la antecámara:—Aquí teneis, señores, al rey de España, su nacimiento y el testamento del último rey, lo elevan al trono. Espéralo impaciente la nacion española, y pues que semejante nombramiento es efecto de la voluntad divina, obedezco con placer.

Dirigiéndose de nuevo al jóven príncipe, le dijo: —Sed buen español, que ese es vuestro deber; mas, recordad que habeis nacido francés, á fin de que conserveis la union de ambas coronas. De este modo, ha-

reis felices á las dos naciones, y conservareis la paz de Europa (8).

En seguida recibió el jóven príncipe los homenages debidos á la magestad y las felicitaciones de su familia y de los cortesanos. El poco tiempo que faltaba hasta el dia señalado para emprender el viage, lo empleó Luis en prepararlo al egercicio de los deberes de su nueva dignidad.

Diferentes veces manifestó, entre tanto, la regencia española que la nacion deseaba con ardor poseer cuanto antes al nuevo soberano; que habia riesgo en dejar tiempo á los parciales de Austria para que se recobrasen de su sorpresa y angustia, y que seria Felipe proclamado en Madrid, en cuanto fuese notificada la aceptacion del testamento, cuyas representaciones movieron á Luis XIV á preparar con celeridad la salida de su nieto.

El 4 de enero salió el nuevo soberano de la córte de Francia que no debia volver á ver, despues de haber tenido una larga conferencia con su augusto abuelo, y de oir misa con toda la familia real, en presencia de un concurso numeroso y brillante de espectadores. Toda la familia real salió para Versalles en un solo carruage, y una muchedumbre de cortesanos acompañaron á caballo á los augustos viageros, quienes llegaron á Sceaux, sitio señalado para la separacion, en medio de los aplausos de un gentío inmenso que se agolpaba para verlos. Fueron tiernos, como era natural, los últimos adioses; robó la naturaleza sus fueros á la etiqueta, y el afecto veló los frios cálculos de la política; fué larga y penosa la separacion, apartándose unos de otros con lágrimas en los ojos y con recíprocas pruebas del mayor pesar.

En el momento de separarse, indicando Luis á Felipe los príncipes de la familia real, le dirigió estas palabras memorables:—Estos son los príncipes de mi sangre y de la vuestra. De hoy mas deben ser consi-

deradas ambas naciones como si fueran una sola; deben tener idénticos intereses, y espero que estos príncipes os permanezcan afectos como á mí mismo. Desde este instante, no hay Pirineos.—Palabras que anunciaron á Europa los resultados terribles que podian esperarse de la reunion de estas dos monarquías en la misma familia.

Retiróse un momento Luis XIV, á fin de calmar la emocion que le habian causado estas escenas, y en seguida regresó á Versalles; el Delfin se quedó en Meudon. Siguió Felipe su viage á España, acompañado de sus dos hermanos, que no se apartaron de él hasta la frontera. Fué su viage una continuada ovacion, no escuchando los príncipes, en todas partes á su paso, mas que las espresiones de adhesion, con que un pueblo leal y fiel manifestaba su amor al nieto de su soberano, de este príncipe que agregaba el esplendor de una nueva corona á la gloria de la ilustre familia de los Borbones. Los augustos viageros surcaron las aguas del Garone en magníficos bageles, y al llegar á Burdeos se hallaron al condestable de Castilla enviado á la córte de Francia como embajador estraordinario del nuevo gobierno, quien tributó á su soberano los debidos respetos de homenage. Desde allí dirigiéronse los viageros á Bayona y San Juan de Luz, separándose solamente en la isla de los Faisanes que ciñen las aguas del Vidasoa, sitio memorable en que se habia firmado, en otros tiempos, con estraordinaria solemnidad, aquel célebre tratado mediante el cual quedaba escluida para siempre la casa de Borbon del trono de España, y que, en esta ocasion presenciaba el ningun valor de tan solemne compromiso. (9)

Allí se separaron del monarca español todos los franceses, esceptuando el duque de Harcourt, el marqués de Louville, y el conde de Ayen. Al llegar al territorio de su nuevo reino se halló el jóven soberano rodeado de un acompañamiento magnífico compues-

to de personas de la servidumbre del palacio, quienes lo recibieron en un barquichuelo soberbio, que tenian preparado en el Vidasoa.

Háse notado como un efecto asaz estraño de la naturaleza del gobierno español, así como de la situacion precaria en que se hallaba, no menos que del carácter popular de esta nacion, que no solo el séquito del rey careció de magnificencia, sino hasta del decoro que exigia el bien parecer: dióse por seguro que no envió el gobierno para los gastos de este viage mas que mil doblones, mientras que acababan de concederse doce mil al condestable enviado como embajador estraordinario. (10)

Por lo demas, la curiosidad, el respeto y afecto suplieron sobrado á esta apariencia de mezquindad; porque en todos los lugares de su tránsito, fué recibido Felipe con aclamaciones entusiastas de los habitantes, gozosos de ver á un príncipe tan jóven, tan vivo y tan amable que ofrecia un contraste estraño con la prematura vejez y aire taciturno del difunto soberano.

Durante su viage empezó ya Felipe á poner por obra los consejos de su abuelo, aprovechando la primera ocasion que se le ofreció para deshacerse de la reina viuda. Sirvió de pretesto á esta medida una disputa que habia tenido la princesa con los individuos mas influyentes de la junta. Con este motivo elevó ella quejas á Felipe, el cual, le dió esta respuesta aunque sucinta, categórica:

«Algunas personas, señora, intentan por diferentes medios turbar la buena armonía que espero conservar con V. M.; parece conveniente á fin de asegurar nuestra mútua felicidad que os alejeis de la córte hasta que pueda yo examinar por mí mismo las causas de vuestro resentimiento. He dado las órdenes necesarias á fin de que seais tratada con todos los miramientos que os son debidos, recibireis puntualmente la viude-

dad que os señaló el difunto rey, y os autorizo á escoger para recibir la ciudad de España que pueda seros mas agradable.

Suspendió la reina su salida durante algunos dias, pero las mortificaciones continuas que le hacia sufrir Portocarrero la decidieron por último á salir para Toledo, pocos dias antes de que entrase Felipe en la capital, lo cual se verificó en 18 de febrero. Como los preparativos para la solemne instalacion del nuevo soberano no se hallasen terminados todavía, habitó Felipe provisionalmente el palacio del Buen Retiro, y hasta el 21 de abril no entró triunfalmente en la capital. Esta ceremonia se verificó con una magnificencia propia para halagar la aficion de un pueblo orgulloso y caballeresco, y para manifestar la grandeza de una monarquía tenida por sus habitantes, como la mas poderosa de toda la cristiandad. (14)

Fijas estaban las miradas de España y Europa en el jóven monarca que inauguraba una nueva dinastía, y cuyo advenimiento era al propio tiempo principio de una nueva era en la historia política de los tiempos modernos. Acababa de cumplir Felipe, precisamente entonces, diez y seis años, y á pesar de hallarse en edad tan tierna cuando el ardor é ímpetu de la juventud está en toda su fuerza, mostraba un carácter sosegado y dulce, y justificaba cumplidamente el dicho de su ayo el duque de Beauvilliers quien solia decir que su augusto discípulo no le habia jamás dejado conocer un momento de impaciencia ó de desagrado. Dotado de una docilidad tal de carácter, educado en la córte devota y monótona en que todo tenia el sello de la sumision, acostumbrado á vivir al lado de Luis XIV, tenia Felipe, desde la infancia hácia la persona y voluntad de su abuelo una deferencia y respeto que rayaba en adoracion. Por otra parte, la educacion profundamente religiosa que recibió, le habia inspirado una onducta moral y dignidad tan perfecta, de la cual se

ven raros egemplos en las córtes. La deformidad imperceptible de su persona desaparecia á causa de la gravedad de su porte; sin embargo, parecia siempre indeciso, y sus escelentes cualidades se hallaban cubiertas con una timidez estraordinaria que le daban apariencias de no tener trato de gentes. Verdad es que los peligros de su posicion, y las dificultades de que se hallaba rodeado, eran muy superiores á su inesperiencia, y hubieran sido ya bastantes para un príncipe de capacidad superior á la suya, y de edad mucho mas madura. Se deja comprender que teniendo tales disposiciones, era preciso estremado cuidado para observar y dirigir su conducta.

He aquí las primeras instrucciones dadas por el monarca francés á su nieto, las cuales encierran los mas prudentes consejos.

«No falteis jamás á vuestros deberes, en especial con respecto á Dios; conservad la pureza de las costumbres en que habeis sido educado; honrad al Señor siempre que podais, dando vos mismo egemplo; haced cuanto sea posible para ensalzar su gloria, lo cual es uno de los principales bienes que pueden hacer los reyes.

Declaraos en todas las ocasiones defensor de la virtud y enemigo del vicio.

No tengais jamás afecto decidido á nadie.

Amad á vuestra muger, y vivid bien con ella, pidiendo á Dios una que pueda acomodaros.

Amad á los españoles y á todos los súbditos que amen vuestro trono y vuestra persona; no deis la preferencia á los que mas os adulen; estimad á aquellos que no teman desagradaros, á fin de inclinaros al bien, pues que estos son vuestros amigos verdaderos.

Haced la felicidad de vuestros súbditos, y con este intento, no emprendais guerra ninguna sino cuando os veais obligado á ello, y que hayais considerado bien, y pesado los motivos en vuestro consejo.

Procurad poner concierto en la hacienda; cuidad de las Indias y de vuestras flotas, y pensad en el comercio.

Vivid en estrecha union con Francia, no siendo nada tan útil para entrambas potencias como esta union, á la que nada podrá resistir.

Si os veis obligado á emprender una guerra cualquiera, poneos al frente de vuestros ejércitos, con cuyo fin, procurad regularizar vuestras tropas, empezando por las de Flandes.

Jamás abandoneis los negocios para entregaros al placer; pero estableced un método tal, que os dé tiempo para el recreo y la diversion.

Nada hay mas inocente que la caza y la aficion á las cosas del campo, con tal que no os ocasione esto gastos escesivos.

Prestad grande atencion á los negocios de que os hablen, y al principio escuchad mucho, sin decidir nada.

Así que hayais adquirido mas conocimiento, recordad que á vos toca la decision; pero, por mucha esperiencia que alcanceis, escuchad siempre todos los pareceres y razonamientos de los de vuestro consejo, antes de tomar acuerdo.

Haced cuanto os sea posible á fin de conocer á las personas mas importantes, á fin de serviros de ellas con oportunidad.

Procurad que vuestros vireyes y gobernadores sean siempre españoles.

Tratad bien á todo el mundo, y no digais nunca cosas desagradables á nadie; pero sí, mostraos atento con las personas de mérito é importancia.

Mostraos agradecido al difunto rey y á todos los que han sido de parecer que os debió elegir por sucesor.

Tened gran confianza en el cardenal Portocarrero, y mostradle la buena voluntad que le teneis por la conducta que ha observado.

Creo que debeis hacer algo considerable por el embajador que ha tenido la dicha de pediros, y saludaros el primero como súbdito.

No olvidad á Bedmar, gobernador de los Paises Bajos, que es persona de mérito, y capaz de serviros bien.

Dad entero crédito al duque de Harcourt, que es hombre hábil, que os dará consejos desinteresados, no teniendo en cuenta mas que vuestro interés.

Procurad que los franceses no salgan jamás de los límites del respeto, y que no falten á lo que os deben.

Tratad bien á vuestros servidores, pero no useis con ellos de familiaridad estremada; que no sean confidentes vuestros; pero servios de ellos mientras sean prudentes, y despedidlos á la menor falta, no apoyándolos jamás contra los españoles.

No tengais mas trato con la reina viuda, que aquel de que no podais dispensaros; haced de modo que salga de Madrid, pero, procurad, que no salga de España. Observad su conducta y no consintais que se mezcle en negocio ninguno; mirad con recelo á los que tengan con ella trato demasiado frecuente.

Amad siempre á vuestros deudos, recordando el dolor que han tenido al separarse de vos. Conservad con ellos contínuas relaciones, sobre todo en los negocios importantes; en cuanto á los pequeños pedidnos todo aquello que necesiteis y no se halle en vuestros reinos, que lo mismo haremos nosotros.

No olvideis jamás que sois francés por lo que pueda acontecer. Cuando tengais asegurada la sucesion de España en hijos que os conceda el cielo, id á Nápoles, á Sicilia, á Milan, y á Flandes, lo cual será una ocasion para que volvamos á vernos; mientras tanto, visitad la Cataluña, Aragon, y otras provincias, no descuidando lo que convenga hacer en Ceuta.

Arrojad algun dinero al pueblo cuando os halleis

en España, y especialmente al entrar en Madrid.

No os mostreis maravillado al ver las figuras estrañas que encontreis, y no os burleis de ellas; pues cada país tiene su modo particular de obrar, y os acostumbrareis pronto á aquello mismo que os parezca mas sorprendente.

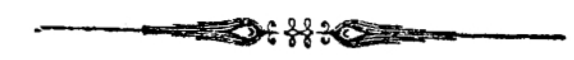
Evitad cuanto podais el conceder gracias á los que dan dinero para alcanzarlas.

Dad oportuna y liberalmente y no acepteis regalos á menos que no sean bagatelas, y si algunas veces no podeis evitarlos, haced otros de mas valor á los que os hayan regalado, pero dejando pasar algunos dias de intérvalo.

Tened una caja en que conserveis aquello que merezca estar mas reservado, y cuya llave guardareis vos mismo.

Concluyo dándoos un consejo de los mas importantes: no os dejeis gobernar; sed siempre amo, ni tengais favorito ni primer ministro. Escuchad y consultad á los de vuestro consejo, pero decidid. Dios que os hace rey, os dará todas las luces necesarias, mientras que abrigueis buenas intenciones (13).»

Felipe siguió literalmente estas instrucciones; depositó toda su confianza en Portocarrero, permitiéndole formar el nuevo ministerio á su gusto, y distribuir á su antojo los cargos públicos.



CAPITULO II.

1700—1701.

Medidas tomadas por Luis á fin de conservar á su nieto las posesiones españolas.—Alianzas con Portugal y Saboya.—Trata de justificarse el rey de Francia con Guillermo y los holandeses.—Opiniones de las potencias marítimas.—Ocupacion de los Paises Bajos por tropas francesas.—Inglaterra y Holanda reconocen á Felipe.—Conducta magnánima del emperador Leopoldo.—Preparativos para la guerra de Italia.—Situacion interior de España.—Carácter imperioso de Portocarrero.—Descontento escitado por el nuevo gobierno.—Sus causas.—Mal estado del pais.—Rápido exámen de la política esterior, la hacienda, el ejército y la marina.—Reforma de Portocarrero en la hacienda.—Mala conducta de los franceses.—Nombramiento de Orry para dirigir la hacienda.—Pide la convocacion de las córtes.

No habia escaseado Luis XIV paso ninguno á fin de evitar la oposicion de las demas potencias de Europa, y asegurar el reconocimiento de Felipe en los Paises Bajos é Italia. Habia hallado medio de ganar al príncipe de Vaudemont, gobernador del Milanesado, aunque súbdito austriaco, á quien el rey de Inglaterra habia recomendado como á general en quien se podia contar para que pasase este ducado á los dominios de la casa de Austria. No alcanzó menor triunfo con el duque de Pópoli, virey de Nápoles, cuyo nombramiento tenia un motivo parecido, alcanzando igualmente la fidelidad del elector de Baviera, gobernador de los Paises Bajos. Así, pues, fué proclamado Felipe en las provincias fuera de España con la misma facilidad que en Madrid

Apesar de esto, harto convencido estaba Luis de que jamás lograria acallar al emperador y á las potencias marítimas, que se habian alarmado al ver que la monarquía española iba á aumentar el poder harto colosal ya de Francia. Como hubiese previsto que se opondria la Europa entera á la posesion del trono de España por su familia, y que tarde ó temprano seria preciso decidir esta contienda con las armas, nada habia descuidado á fin de presentarse en la lucha con superioridad efectiva. Aun en vida de Cárlos se preparaba ya para la guerra, y dar un golpe vigoroso y pronto, le parecia el mejor medio y mas seguro de alcanzar un resultado satisfactorio; así es que, á la muerte del rey de España, todo se hallaba listo para este golpe decisivo. Poco á poco y sin ruido, habia reunido un ejército poderoso en las fronteras de España, y el duque de Harcourt que conocia esta nacion y habia dejado en ella muchas relaciones, fué nombrado general en gefe de aquellas fuerzas. Diéronsele órdenes para que se apoderase de las plazas de Pamplona, Fuenterrabía y San Sebastian, y que entrase á viva fuerza en España en caso que hubiese la duda menor acerca de una sumision pacífica á las disposiciones de Felipe. Al propio tiempo, á fin de conservar la tranquilidad en el interior del reino y quitar á los descontentos el punto de reunion que podian tener, logró Luis XIV, empleando sucesivamente caricias y amenazas, que el rey de Portugal reconociese al nuevo soberano, decidiéndolo al mismo tiempo á firmar un tratado de alianza con la casa de Borbon.

Necesitaba asímismo adquirir facilidad de entrar en Italia, la cual alcanzó por medio del enlace de Felipe con una princesa de la casa real de Saboya, y por medio de la oferta que hizo al duque de darle el mando del ejército destinado á ocupar militarmente el pais. Pudo tambien establecer una guarnicion francesa en Mantua, considerada como baluarte de Lombardía, por que dominaba esta plaza los principales cami-

nos que conducen á Italia yendo desde Alemania.

Pero Luis, sobre todo contra el emperador y las potencias marítimas desplegó singular prevision, tomando precauciones prudentes. Sirviendo Holanda y los Paises Bajos como de lazos entre Inglaterra y Austria, juzgó con razon que le seria fácil por este lado vulnerable introducir sus ejércitos en Alemania. Con este propósito desplegó todos los recursos de su política á fin de apoderarse de los Paises Bajos y poder penetrar en Holanda, campando á orillas del canal. Siguió por lo tanto una correspondencia secreta con el elector de Baviera, y viviendo todavía Cárlos II obtuvo para él el gobierno de los Paises Bajos. Además se hallaba reunido un ejército francés en la frontera pronto á invadir aquel territorio á la primera señal.

No hay necesidad de decir que contaba Luis con la superioridad que debia proporcionarle el apoyo de los electores y príncipes del Rhin, en los que procuraba escitar la antigua animosidad de los estados de Alemania contra el emperador. Tampoco es dificil adivinar que se hallaba en secreto apoyado por varios de estos príncipes que esperaban sacar partido de sus servicios, á causa de las ventajas que las turbulencias podian darles.

Puede decirse empero, que no llevó tan allá el desprecio de la opinion pública que violase abiertamente la fe de sus compromisos, porque conoció que de hacerlo, se privaria de todo medio de justificarse. Así es que comunicó oficialmente á todas las potencias de Europa el advenimiento de Felipe al trono de España. La comunicacion oficial hecha al rey Guillermo halagado todavía con el ofrecimiento de conservar el tratado de particion iba acompañada de una carta confidencial escrita de puño de Luis; hállase en esta carta la sustancia de los razonamientos que empleaba en esta ocasion.

Daba en ella por razon de haber aceptado el testamento, que el tratado de particiones nollenaba el objeto

que lo habia dictado, esto es: la conservacion de la paz general. En vano se habia insistido á fin de alcanzar con este objeto la aprobacion del emperador, que se habia negado á aceptarlo. Aquellos mismos que al principio se habian mostrado solícitos á fin de que fuese ratificado, mas tarde no lo habian firmado sino con frialdad manifiesta. Tanto los ingleses como los holandeses se quejaban fuertemente de las disposiciones generales que contenia, especialmente en lo que decia relacion con la incorporacion de Nápoles y Sicilia á la Francia, en lo que veian inconvenientes para su comercio. Si no hubiese aceptado el testamento, añadia, la nacion entera pertenecia al archiduque Cárlos, muy dispuesto á aceptarla; por lo que respecta á los españoles, de tal modo se habian mostrado enemigos de la desmembracion de la monarquía, que hubiera sido preciso arrancarles el consentimiento por la violencia. Seria entonces forzoso entrar en guerra, no solo para despojar de la corona al archiduque, apoyado por la nacion española, sino tambien para asegurar la parte que pertenecia al Delfin, y llenar las demás disposiciones del tratado. No bastaria para alcanzar el fin propuesto el contingente de navíos que cada nacion marítima debia suministrar, y todas estas potencias se verian obligadas á nuevos dispendios y á nuevos contingentes mas considerables. El tratado de particion, decia al terminar su carta, seria mas ventajoso para Francia que la aceptacion del testamento; por lo tanto, esperaba que la buena armonía con las potencias marítimas no seria turbada, y que no parecia mal que atendiese mas al espíritu que á las palabras testuales del tratado; porque la aceptacion del testamento tendria una tendencia mas marcada hácia la conservacion de la paz, y precavia mejor el peligro de romper el equilibrio entre las potencias, lo cual parecia inevitable en caso de particion.»

Esta justificacion fué dirigida igualmente á los ho-

landeses, acompañada de una carta al embajador francés, conde de Brioud, en la que se repetian los mismos argumentos, dejando percibir de intento insinuaciones que debian forzosamente escitar la discordia entre las potencias marítimas y el Austria. Hé aquí el resúmen de esta carta:

«Usareis, decia, el rey, de igual lenguage con el pensionario (14) que con el embajador inglés, haciéndoles entender que no habiéndose comprometido el emperador, no podia existir garantía ninguna para la ejecucion del tratado. En verdad, este obstáculo no tendria lugar si el rey de Inglaterra y los estados generales hubiesen instado al emperador para que firmase, en lugar de halagarlo con la secreta esperanza de que no se veria obligado á consentir; si hubiesen tomado medidas mas enérgicas con respecto al duque de Saboya, si hubieran obrado con mas sinceridad á fin de alcanzar que los príncipes del Norte hubiesen salido garantes del tratado; por último, si de antemano hubiesen aprontado los socorros que reclamaba la ejecucion del tratado.

«No seria, empero, bien el mostrarse quejoso; bastará decir al pensionario lo que indica mi carta, siguiendo el espíritu de esta nota. Os autorizo á enseñarla, pero sin dejarle copia de ella.

«Avisareis al embajador de España, en el Haya, que os doy órden de comunicarle los pliegos que habeis recibido para él. El celo que en todos tiempos ha mostrado para servir á su soberano, no permite dudar que se una á vos, y os dé los informes necesarios al bien de la monarquía española. Aseguradle que no me propongo otra cosa mas que la conservacion de la integridad perfecta de esta en todas sus partes; comunicadle asímismo la copia de mi respuesta al consejo de regencia» (15).

No podian bastar estas disculpas para calmar el resentimiento de Guillermo y para disipar los temores de

las dos potencias marítimas, porque era imposible desconocer la ocasion favorable que ofrecia á la Francia el advenimiento de Felipe, para apoderarse de los Paises Bajos españoles. La correspondencia de Guillermo con su amigo el pensionario, dá á conocer la impresion que hizo en su ánimo este acontecimiento. Y al mismo tiempo contiene los motivos que tuvo para firmar los tratados de particion, por los cuales, durante mucho tiempo se le acusó (16).

Las inesperadas disposiciones que encerraba el testamento español, así como la prevision y actividad de Luis XIV, llenaron de espanto á todas las córtes de Europa. Sin embargo, hallóse en Inglaterra un partido dispuesto á favorecer las miras del monarca francés, repitiendo sus mismos argumentos y decidido totalmente á favorecer la paz, el cual trataba de paralizar los esfuerzos de Guillermo, á fin de hacer sentir al pueblo su dignidad y el peligro que lo amenazaba.

En Holanda, los temores de un desastre levantaron al pueblo contra Francia; hiciéronse preparativos de guerra, y á fin de obtener poderosos socorros, formáronse alianzas con Dinamarca, con el elector palatino y otros varios estados de Alemania; pero, Luis habia meditado harto bien sus planes para dejar que estas pasiones se desarrollasen y adquiriesen fuerza. Puesto ya de acuerdo con el elector de Baviera, penetró al frente de su ejército en los Paises Bajos, y sorprendió todas las plazas en esta frontera, haciendo prisioneros á quince mil soldados holandeses que las guardaban, en virtud del tratado con España. Despues de este triunfo, no le fué difícil tratar con una nacion rica y llena de terror. El temor de una invasion y el deseo de rescatar las tropas prisioneras, decidieron al gobierno holandés á reconocer á Felipe como soberano de la monarquía española. El parlamento y la nacion inglesa obligaron á Guillermo á seguir este egemplo.

En medio de esta sumision universal, fué solo el em-

perador el que mostró un carácter digno de un monarca poderoso y hábil á la vez. Asombrado quedó Leopoldo al tener conocimiento del testamento de Cárlos, tan poderosos eran los motivos que tenia para esperar que seria favorable al archiduque su hijo, espresando su indignacion con mas vehemencia de la que se podia suponer en su carácter; resentimiento en que lo acompañaron sus súbditos.

El emperador reclamó con energía contra la usurpacion que de la monarquía española hacia un príncipe francés, y llegó á tanto que negó la autenticidad del testamento, sosteniendo que el difunto rey no tenia facultad para dictar una disposicion contraria á los derechos reconocidos de su familia y á los compromisos solemnes de los tratados. Tan luego como el embajador austriaco Harrach presentó esta protesta, pidió sus pasaportes.

No tardó la córte de Viena en prepararse á decidir esta disputa por medio de las armas, reclutando tropas en todos los estados hereditarios. Despacháronse en seguida ministros á las potenncias marítimas y príncipes del imperio á fin de escitarlos á la guerra. Siendo Italia el solo terreno en que podria Austria luchar sin desventaja con Francia, reuniéronse tropas en el pais de Trento y en los distritos circunvecinos. Al principio no acompañaron á tantos esfuerzos resultados satisfactorios, y sin embargo, no desmayó el emperador, esperando el triunfo que permitieran las circunstanci as.

Empezaban ya á manifestarse en España síntomas de descontento; por lo que Guillermo y los holandeses trataron secretamente de atizar el fuego de la discordia. Con este estímulo, halagó al emperador la esperanza de poder por medio de un golpe atrevido y feliz, disipar el temor general, y alcanzar de las otras potencias de Europa que atendieran á su honor é interes (17).

La situacion interior de España fijaba, empero, las

miradas de las potencias de Europa que se veian ya comprometidas en una lucha inmediata. Habiase aprovechado Portocarrero con empeño del advenimiento de Felipe á fin de consolidar su influjo, y deshacerse de los que temia ó no amaba, bajo pretesto de parcialidad á favor de la casa de Austria. Sin contar el retiro impuesto á la reina viuda, habia aconsejado á Felipe que confirmase el destierro de Oropesa, pidiendo ademas el del inquisidor general, privando al almirante de Castilla de su destino de mayordomo mayor que dió al duque de Medinasidonia, é hizo de modo que no fuese posible el reconciliarse con el nuevo gobierno. Confirió el gobierno de varias provincias á hechuras suyas, y el de Cataluña lo confió á su sobrino el conde de Palma, para lo cual fué preciso destituir al príncipe de Darmstadt. Instó á Felipe para que desterrase á varios grandes de España opuestos á su autoridad, y no tuvo reparo en incluir, en esta lista de proscripcion, á los confesores del último rey y de la reina viuda. Por fin, estendió su sistema de esclusivismo á todos los ramos de la administracion, y colocó á los mismos clérigos de su servidumbre en empleos muy superiores á sus luces y carácter. Louville con este motivo escribia á Torcy, en tono algun tanto jocoso:

«No olvideis que habrán aquí de proponerdos clérigos para la presidencia de la cámara de Castilla. Ya tenemos uno como gobernador de Méjico, y otro, de edad de setenta años, dirige nuestro comercio en Sevilla, con el éxito que no ignorais. A medida que vaquen las presidencias de los consejos, propondrán estos señores, clérigos para llenar estos vacios, y no desconfio que veremos nombramientos del mismo jaez para el mando de los ejércitos y escuadras.... cuando tengamos una cosa y otra.»

Aun cuando se verificó todo al advenimiento de Felipe, con una tranquilidad superior á toda esperanza, no tardó en manifestarse un espíritu de oposicion con-

tra el nuevo gobierno. Interin soltaba riendas Portocarrero á la ambicion y satisfacia su venganza, el monarca francés, por su parte, trataba con no menos actividad de consolidar y estender su influjo por medio de un cambio general en el sistema administrativo. Bajo la dominacion de la dinastía austriaca, habian dirigido las operaciones del gobierno, las cámaras ó consejos respectivos de Cástilla, de Guerra, de Hacienda, de Indias, de Marina, de Gracia y Justicia, los gefes de estos departamentos componian una especie de gabinete, llamado *Despacho universal*. Sin embargo, no se reunia esta corporacion en presencia del rey; el verdadero órgano de la voluntad soberana y primer ministro de España, era el primer secretario del despacho, cuyas atribuciones consistian en conservar las actas de la deliberacion del consejo, á fin de someterlas á la aprobacion del rey y trasmitir las órdenes del soberano. La persona que desempeñaba en aquel momento este importante destino era Ubilla, que habia hecho un papel importante en la redaccion del memorable testamento.

Un español que gozaba de todas las preeminencias que llevaba consigo este empleo, siendo monarca un príncipe jóven y sin esperiencia, no podia dejar de ser el principal instrumento del gobierno. A fin de poner coto á semejante inconveniente, hallábanse presentes, en la cámara del rey Portocarrero y el presidente de Castilla, siempre que despachaba Ubilla con Felipe, y no tardó en tratarse de conceder igual privilegio al duque de Harcourt, embajador de Francia. Pretestando Luis la confianza que le inspiraba el cardenal ó queriendo hacer ostentacion y gala de desinterés, hizo como que eludia esta proposicion; pero las reiteradas instancias de Portocarrero y la conviccion en que se hallaba de que seria imposible una armonia completa entre ambos gobiernos, sin adoptar esta medida, movieron por último al rey de Francia á consentir en ella (19).

Desde la aurora del nuevo reinado, los cortesanos todos y una parte respetable de la nacion, se esmeraron en adular al soberano francés, dando de ello egemplo Portocarrero y Arias que lo apellidaban regenerador de España. Ni faltó quien le instase para que fuese á Madrid y tomase las riendas del gobierno, diciéndole, para atraerlo que el aire del pais convendria á su salud. Ademas, ledecian, en el pacífico estado en que se hallaba Europa, era facil gobernarla por medio de correos. En todas partes se escuchaba el mismo lenguage de afecto; los habitantes de Burgos, espresando los sentimientos generales, suplicaron á Luis XIV muy humildemente que les concediese el honor de visitarlos en la inmediata primavera, estacion en la que los toros son mas bravos y en que podia S. M. asistir al espectáculo nacional en todo su brillo (20).

Solia decir Luis XIV, al ver tales pruebas de afecto, que los españoles lo tomaban por primer ministro de su hijo; pero á pesar del conocimiento que tenia de la naturaleza humana, á pesar de su costumbre de oir lisonjas de córte, no dejó de equivocarse, lo mismo que sus ministros, hasta el punto de creer que podia gobernar á España tan facilmente y con tanta autoridad como su propio reino. Por otro lado, las ilusiones que abrigaba la nacion acerca de la sabiduria, de la perfeccion y energía del gobierno, eran sobrado fuertes para que pudiesen realizarse. El astuto Louville solia decir, con razon, que aun cuando bajase un ángel á empuñar las riendas del gobierno, no podia satisfacer las esperanzas generales, en atencion al estado presente de España, carcomida de estremo á estremo por la gangrena (21).

Sumidas estaban en el mas pasmoso desórden, la policía y la gobernacion, y en el mismo Madrid, el descuido ó impericia de los gobiernos anteriores habian engendrado toda clase de escesos y desórdenes. Los palacios de los grandes y las iglesias eran un asilo

abierto para los criminales; el menor aumento de precio en los géneros de consumo, daba orígen á quejas violentas; y por último, las calles y plazas hallábanse infestadas de vagabundos armados, de criados despedidos y gentes ociosas, sin medio ninguno de subsistencia. El respeto á la autoridad real desaparecia de hora en hora, y toda la dignidad de la corona no pudo preservar al último rey de los insultos y mortificaciones que sufrió.

Reinaba igual confusion en la hacienda: las rentas del estado, absorvíanlas los empleados ó los arrendatarios, de quienes, ademas, en tiempos de escasez era forzoso mendigar adelantos y ausilios. El pueblo era presa de toda clase de vejaciones y monopolios, y las rentas del Nuevo Mundo, peor administradas todavía, no aliviaban la miseria pública. Los vireyes y gobernadores, cuando querian defraudar el erario ó bien oprimir á sus gobernados, regresaban á España, en donde vivian tranquila y sosegadamente con el fruto de su venalidad y dilapidaciones.

No tan solo se veia por entonces la corona privada de su esplendor antiguo, sino que se hallaba reducida á un estado de penuria, apenas concebible, sin que se pudiesen pagar ni los sueldos de la servidumbre real. Las tropas recibian su socorro con suma irregularidad, y lo mismo acontecia á los empleados, viéndose muchos padres de familia en la dura necesidad de asociarse con los mendigos para disfrutar de las limosnas de los conventos y hospitales.

No se hallaba en mas próspero estado la marina.

Los dos tratados celebrados con Portugal y Saboya, que se habian creido útiles á la conservacion de la tranquilidad y al afianzamiento del trono, eran las principales causas de su ruina, á causa de la seguridad imprudente á que habian dado ocasion. Las fronteras y las provincias apartadas estaban en completo abandono, sin que se hubiese siquiera pensado en fortificar las fron-

teras de Andalucia, Valencia y Cataluña, consideradas las tres acertadamente como las llaves de la península, y estas provincias estaban desprovistas de guarniciones y almacenes, como si no pudiese jamás llegar el caso de una guerra. Desmoronábanse poco á poco las fortalezas, y las brechas que habia abierto el duque de Vendome en la de Barcelona, durante el último asedio, todavía no estaban cubiertas; apenas existia desde Rosas hasta Cádiz una sola fortificacion, una sola plaza con guarnicion y provista de artilleria. En el mismo abandono se hallaban los puertos de Galicia y Vizcaya, cuyos almacenes estaban vacios y en soledad los arsenales; habiase olvidado el arte de construir buques, y la marina real componiase solo de algunos bageles armados destinados al comercio de la América del Sur. Seis galeras carcomidas estaban ancladas en Cartagena y otras siete en los puetros del estado de Genova. En Sicilia habia quinientos hombres, en Cerdeña é Islas Baleares apenas trescientos, y tan solo ocho mil en los Paises Bajos y seis mil en el Milanesado, que eran las dos provincias mas espuestas á verse atacadas (22).

Es pues evidente que en esta situacion de decaimiento total en el reino, y en tal carencia de medios de luchar fuera de él, dependia totalmente la conservacion de la corona de los esfuerzos de Luis XIV. Las medidas que hubo necesidad de tomar para alcanzar este fin, pronto desvanecieron las falaces esperanzas que habia hecho nacer el advenimiento de la nueva dinastia.

Queriendo Portocarrero hacer méritos con el réy y disminuir las escaseces del erario, suprimió varios empleos, y entre otras varias numerosas reformas, redujo desde cuarenta y dos, hasta seis, el numero de los gentiles hombres de la cámara del rey. Suprimió tambien varios destinos en el tesoro así como en diferentes tribunales y consejos; pero habia en todas estas reformas mas de aparente que de positivo, porque las economias conseguidas de este modo no escedian la cantidad

de 200,000 pesos fuertes, y arruinaron á muchas familias, disminuyendo el bienestar de otras. La economia, por lo tanto, era harto mezquina para que produjese utilidad real, y solo se logró con ella alejar del gobierno á servidores muy leales, sirviendo solo para aflojar los lazos que unian á la nobleza inferior con el trono. El marqués de Felipe, biógrafo de Felipe V, dice que «precisamente desde esta época empezaron los nobles á manifestar mas independencia y menos sumision á los deseos de la corte.»

Una vez en este camino de reformas, la mano asoladora de Portocarrero no perdonó siquiera á las míseras viudas y los establecimientos de beneficencia, cuyo principal elemento de subsistencia consistia en algunas pensiones que debian á la generosidad de los monarcas difuntos; pero entre todas estas mezquinas y crueles economías, ninguna produjo mas descontentos y por consiguiente, adversarios al gobierno, como la disminucion del sueldo de los militares. Cuando se esperaban estos ver que llovian las gracias, cual suele acontecer al advenimiento de todo soberano, lejos de gozar de estos beneficios, supieron con una sorpresa mezclada de indignacion, que se iba á disminuir y suspender el pago de su pequeño haber. Esta mezquidad ruin é impolítica desalentó completamente al pueblo que esperaba ver inaugurado el advenimiento del nuevo monarca con favores y larguezas, meciéndose en la idea de que recobraria el pais su esplendor pasado, corrigiendo abusos y haciendo desaparecer obstáculos acumulados durante siglos.

A todo esto, hay que agregar la mortificacion que sufrió el orgullo nacional, con la publicacion de un decreto, que concedia á los pares de Francia el mismo rango y honores que hasta entonces habian pertenecido esclusivamente á los grandes de España. Preciso fué que emplease Felipe todo su influjo y hasta que recurriese á la amenaza, á fin de que se calmasen los

grandes, cuyo orgullo se oponia á esta medida.

Ademas, el descontento de los españoles creció á medida que se conoció la petulancia y ligereza de algunos franceses que querian dictar leyes en todo lo que decia relacion con los trages, usos y modales, sin perdonar la cocina real que deseaban reformar, introduciendo hasta las salsas francesas. Trataban tambien de que se adoptase el uniforme francés, y de que quedasen abolidos los puntos principales de la etiqueta antigua.

Fácil es de adivinar la impresion que causaron estas innovaciones, por insignificantes que parezcan á los ojos de la razon, en el ánimo de un pueblo apegado con tenacidad á sus usos, y de ello es una muestra lo que pasó durante los preparativos del casamiento del rey.

Dió Felipe órden al marqués de Villafranca, su mayordomo mayor, de que mandase entregar á un tapicero francés las alfombras, tapices y demas adornos precisos para la ceremonia. El afecto que profesaba á Francia este rancio español, no logró dominar sus preocupaciones nacionales, se negó á dar cumplimiento á las órdenes del rey y á las observaciones y quejas del tapicero, se atrevió á contestar el impertérrito marqués: —En España estamos y es necesario hacer las cosas como en España se hacen (23).—Necesitó el rey reiterar las órdenes de un modo terminante, para que se decidiese el marqués á obedecer (24).

El cambio de soberano produjo otros inconvenientes, ó mas bien desórdenes, que no pudieron evitar toda la actividad y vigilancia de la córte de Francia.

Con motivo de este acontecimiento singular, hallóse Madrid invadido de un enjambre de famélicos franceses de baja ralea, que acudieron presurosos á gozar de aquella tierra prometida, cuyos despojos contaban repartirse: mugeres de mala nota, jugadores, rateros y proyectistas, recien llegados de Francia, se cruzaban por las calles, desacreditando á su tierra natal con su vil tráfico, y dando mayor consistencia á la añeja anti-

patía ó desvio nacional que habia sido en todos tiempos una muralla de division entre ambas naciones. Todas estas causas avivaron el descontento de un pueblo que no habia olvidado todavía su pasada grandeza; el nombramiento de un francés encargado de los negocios de hacienda dió nueva fuerza al odio general. Siendo Portocarrero harto escaso de luces para que pudiese establecer un nuevo plan de hacienda, Luis XIV, con acuerdo del consejo, envió á Orri, hombre de nacimiento oscuro, el cual, aunque solo habia desempeñado un empleo subalterno en la administracion francesa, tenia grandes conocimientos en economía política. Habia empezado en un destino de la recaudacion de puertos; mas tarde logró ser administrador de la casa de la duquesa de Portsmouth, y como pronto perdiese la proteccion de esta, no tuvo mas remedio que volver á su empleo de puertos. Dotado de gran perspicacia, activo y en estremo complaciente, halló medios de prestar algunos servicios á ciertos asentistas generales, siendo luego empleado en varias comisiones delicadas que desempeñó á gusto de sus gefes, hasta que lo conoció Chamillard que se declaró protector suyo. Al propio tiempo que se tenia una alta idea de su talento y conocimientos, se presumia que la humildad de su nacimiento lo pondria á cubierto de la envidia de Portocarrero y de la princesa de los Ursinos. Fué, pues, elegido como el mas á proposito para examinar detenidamente, y con acierto el estado de la hacienda de España, y para trazar un plan razonable de un nuevo sistema administrativo. Pero aun cuando hubiera sido posible á un estrangero adquirir popularidad en un empleo de tantos enemigos, es indudable que Orri no tenia las cualidades necesarias para salir triunfante de su empeño. Tan complaciente y servicial era con las personas de que dependia, como altanero é imperioso con sus inferiores. Su carácter, ademas, era despótico naturalmente, y no tenia conocimiento ninguno de las costum-

bres, preocupaciones y creencias del pueblo español.

Propuso el nuevo ministro, en efecto, grandes reformas en la cobranza de las rentas del estado; pero, queriendo asimilarlo todo al sistema rentístico seguido en Francia, dió sus órdenes con tal precipitacion y torpeza, que no podia menos de lastimar la gravedad y firmeza del carácter español. Todas las clases se mostraron ofendidas al tener conocimiento de los medios imprudentes y poco meditados que se emplearon para desarraigar los abusos, así es que, el descontento creció estraordinariamente cuando se trató de recuperar los señoríos que los grandes habian usurpado á la corona, en tiempos de turbulencia y confusion. Pedian los nobles por lo tanto con empeño la convocacion de las córtes de Castilla, único poder que como representacion nacional podia dar á estas innovaciones la legalidad que habian menester. Recordaban con este motivo la necesidad que habia de renovar el pacto establecido entre el monarca y el pueblo, por medio de la confirmacion de los privilegios nacionales de parte del rey, y por medio de juramentos de fidelidad por parte del pueblo.

Apoyaron esta peticion los individuos mas independientes del gabinete, y la sostuvo con energía el pueblo, que conservaba profundo respeto y particular afecto hácia unas asambleas que no habia querido el gobierno convocar tanto tiempo hacia. Esta proposicion puso al rey y á sus amigos personales en un gran compromiso, pues ni parecia prudente convocar una asamblea que podia menoscabar la autoridad real. Se acudió, pues, á la decision de Luis XIV, quien obró con prudencia, negándose á mezclarse de este asunto. Despues de varias disensiones, determinó Felipe eludir la peticion, declarando que el viage que se hallaba á punto de emprender, para recibir en Cataluña á su desposada, no le permitia convocar las córtes hasta su regreso; promesa que bastó apenas para calmar la impaciencia nacional á pesar de la solemnidad con que se hizo en un real decreto (25).

CAPITULO III.

1701.

Genios opuestos de Portocarrero y Arias.—Nuevos individuos de los consejos del gabinete.—Dificultades siempre en aumento, é indolencia de Felipe.—El conde Marsin nombrado embajador en lugar del duque de Harcourt que habia caido enfermo.—Sus instrucciones.—Sale Felipe de Madrid.—Confiase á Portocarrero la administracion durante la ausencia del rey.—Recibe Felipe á su desposada en Figueras.—Carácter de la jóven princesa.—Despídese á los piamonteses que la acompañaban.—Precauciones y celos de la córte de Francia.—Aconseja Luis XIV á Felipe que no se deje gobernar por su muger.

El genio y conducta de los ministros príncipales, Portocarrero y Arias, aumentaron estraordinariamente las dificultades que cercaban á Felipe. Portocarrero, engreido con los importantes servicios que habia prestado á la casa de Borbon, usurpó todo el poder creyendo que cualquiera otra recompensa era inferior á sus merecimientos; pero aunque diestro, y á pesar de su gran costumbre de manejar la intriga, era tardo en despachar los negocios, y faltábale esperiencia para estar al frente del gobierno, á lo cual es fuerza añadir, que era vano, testarudo, y tan callado y poco espansivo cuando no se trataba de intereses propios, como flexible y agasajador cuando tenia algo que temer ó esperar. Cuidadoso de su influjo, procuraba que el rey permaneciese encerrado en su palacio, inspirándole desconfianza hácia los grandes ,enemigos naturales segun era de la autoridad real, y recordándole la esclavitud honrosa que

habia encadenado á Cárlos II. Al propio tiempo, usaba con no menos fruto sus artificios con los grandes, alejándoles cada dia mas de la córte, por la desconfianza que sabia inspirarles hácia la persona y el poder del soberano. Su acatamiento á Luis XIV rayaba en estravagancia, pues bastaba que deseara cualquiera medida la córte de Versalles, para que la propusiera al punto sin examinar siquiera si era ó no contraria á la opinion é interés de su pais. Sin embargo, impulsado á ello por el egoismo particular que en todas ocasiones era el movil de su conducta, apenas notaba que despertaba la antipatía nacional contra los estrangeros, se quejaba públicamente de que el gabinete de Versalles queria avasallarlos, y escitaba contra este, y contra Francia el odio que solo él merecia por rigor y bajezas.

Don Manuel Arias, presidente de la cámara de Castilla, tenia mas talento y aptitud para los negocios públicos que Portocarrero, pero era no menos receloso é intratable que él. Habia sido desde su juventud caballero de Malta; pero á la edad de cincuenta años, ya fuese ambicion, ya avaricia, se decidió á tomar la sotana, y logró la mitra de Sevilla. No perdian de vista ni un momento los prelados españoles la nombradia del cardenal Jimenez de Cisneros, y Arias esperaba con ansia la época en que pudiese reunir en su persona la dignidad de primado de España, y el eminente empleo de inquisidor general, cubriendo su frente, como era natural, con el capelo romano. Al mismo tiempo que era duro y odioso con sus inferiores, escedia al mismo Portocarrero en bajeza y servilismo con aquellos de quienes esperaba algo. Su lenguage, cuando se trataba de las prerogativas del trono, tenia toda la pompa é hinchazon de la lisonja oriental.

Dios, decia, colocó á Felipe al frente de un gobierno no solo monárquico, sino el mas absoluto de toda la cristiandad, y los vasallos de este, no tienen sin su permiso, ni el derecho de quejarse. El cardenal de Toledo

añadia, tiene un solo angel de la guarda que lo guiase, pero cada rey tiene dos, uno que dirige su conducta privada, y otro mucho mas poderoso todavía, encargado de la gobernacion de sus estados.

Se deduce de este apoyo constante del angel de la guarda, que un soberano con medianas luces, es mas capáz de gobernar con acierto, que el ministro mas hábil (26).

Dos hombres de carácter tal, é impulsados por opuestos intereses, no podian vivir mucho tiempo unidos; así es que, pronto estuvieron devorados por la envidia, y en continua disputa, sin que fuera posible el ponerlos de acuerdo, sino es en los puntos que decian relacion con sus intereses mútuos, ó cuando se trataba de derribar á los enemigos de ambos. Las necesidades del despacho, y especialmente, la necesidad de tener otras personas en quienes recayese la reconvencion pública, los decidieron á proponer, que en la junta de gobierno se admitiesen dos individuos mas; pero disimularon mal sus intentos eligiendo al anciano marqués de Mancera y al duque de Montalto, de los cuales, el último, especialmente, era un hombre á todas luces nulo (27).

En medio de estas dificultades, padeció la constitucion física de Felipe que se hallaba rodeado de dificultades harto graves para su tierna edad. Cuando llegó á España, admiró su actividad, su talento y despejo (28); pero no tardó en apoderarse de él una estremada indolencia. No era ya su modo de vivir tan metódico como antes; gozábase en las cenas que empezaban á media noche, y de aqui resultaba que pasaban los ministros casi todo el dia esperando en la antecámara la ocasion de conferenciar con él, resintiéndose de este desórden los negocios mas urgentes. Deciase de él con razon que «iba al consejo porque era indispensable ir, pero que no se acordaba al salir, de lo que allí habia pasado, que tenia un dia entero las cartas que trataban de ne-

gocios, sin abrirlas y sin hablar jamás de ellas.» Este egemplo del monarca, no fué perdido para sus consejeros, y uno de los grandes que habia presentado una representacion al rey, á los principales ministros y al embajador de Francia, decia con tanta verdad como talento:—Nuestro gobierno es un gobierno estraño, un rey mudo, un cardenal sordo, un presidente de Castilla que no tiene poder ninguno, y un embajador francés que carece de voluntad.

Habiendose valido en vano el consejo de todos los medios para que saliese Felipe de su apatia, elevó una representacion á Luis XIV, rogándole que encargase á su nieto la misma exactitud y distribucion de tiempo de que el rey de Francia daba egemplo en la direccion del gobierno de su reino. En virtud de esto, dirigió Luis á su nieto sérias y frecuentes reconvenciones, pero, ninguna produjo mas efecto que en el momento; asi que, despues de un esfuerzo pasagero que duraba tanto como el recuerdo de la reconvencion, Felipe se abandonaba de nuevo á su natural indolencia.

La grave indisposicion del duque de Harcourt, motivada por la inmensidad de los negocios que le habian sido confiados, y exigian un trabajo continuo, aumentó el desórden del gobierno; porque Blecourt, ministro subalterno, muy lejos estaba de poder reemplazar á su gefe. No tenia ni la superioridad de un nacimiento ilustre, ni la de una categoría elevada, á fin de poder dominar la indolencia del monarca, y salvar al gobierno de una apatia funesta. No tuvieron mas resultado sus amonestaciones que el de atraerle la animadversion y los insultos de los ministros. Y como todo decaia por instantes, diéronse innumerables pasos á fin de conseguir que se nombrase otro embajador, cuyo rango, capacidad y pericia militar pudiesen dar movimiento á máquina tan pesada. El rey y sus ministros indicaron para este importante encargo, al duque de Beauvilliers, primer ayo de Felipe; pero era este harto discreto pa-

ra aceptar un empleo tan poco agradable como comprometido. Por último, dióse por sucesor al duque de Harcourt, el conde de Marsin, hidalgo dotado de gran capacidad política y militar, aunque carecia de la circunspeccion, de la atencion y de la destreza de su antecesor.

Las instrucciones que recibió de Versalles para que á ellas sometiese su conducta, prueban como vá á verse, el minucioso cuidado con que atendia Luis XIV á los asuntos de la córte de España, y poner en claro sus proyectos secretos, ofreciendo al mismo tiempo, el cuadro animado y harto parecido de la decadencia que oprimia al pueblo y al gobierno español, así como de la tutela en que vivia el jóven é indolente monarca.

«Para que sean de provecho los socorros desinteresados que dá el rey á la nacion española, es necesario poner remedio á los males que la aquejan. Ha conocido S. M. cuan necesario era el enviar una persona de confianza que sustituyese al duque de Harcourt, durante su enfermedad, y obrase de acuerdo con él, si le permite su salud ocuparse algun tanto de negocios públicos. Como en todas ocasiones, ha dado á conocer el conde de Marsin su celo, su prudencia, su desinterés y capacidad en la guerra, cualidades mucho mas necesarias hoy en España que la esperiencia en las negociaciones, el rey lo ha elegido para tan importante encargo. Bastará darle una idea general de los negocios, instruirle de las particularidades relativas al jóven monarca, á la córte y ministros; indicarle la conducta que ha de observar con los que tenga por mal intencionados; apuntarle los abusos principales del gobierno, pues serian sobrado estensos los pormenores de los demas, y discurrir con él acerca del remedio necesario; porque fuera vano empeño el corregirlos todos al principio de un nuevo reinado.

«Estremada é igual confusion reina en todos los negocios; no parece sino que los soberanos de España, su-

cesores de Cárlos I, se han ocupado de destruir, con su mala conducta, la monarquía que heredaron, mas bien que de conservarla en todo su esplendor. Este desórden se aumentó durante el último reinado, y dicen los españoles que tras un siglo de mal gobierno, han llegado al caso de no tener gobierno ninguno. Vendíanse los empleos principales, y semejante abuso alentó á tal punto la holgazanería, que abandonó todo el mundo el servicio militar. Los derechos de la corona, en las Indias Occidentales, se han sacrificado á la avaricia de los vireyes, gobernadores y demás empleados subalternos, los cuales han arruinado el comercio, que monopolizan estrangeros y enemigos de España.

«La incapacidad y egoismo de los ministros han sido causa de que no desaparezca el desórden en la hacienda, porque basta en España que un abuso sea costumbre, para conservarlo escrupulosamente, sin tomarse el cuidado de examinar si lo que tal vez pudo ser bueno en otro tiempo, es malo en el actual.

«A medida que han escaseado los medios de hacer que se respete la autoridad real, ha decaido el poder de esta hasta el grado de que el populacho de Madrid se subleve con frecuencia. Tampoco es estraño que se haya introducido el desórden en la administracion de de justicia; pues la impunidad es tal, que sin cesar se cometen homicidios, sin que nadie se crea obligado á perseguir á los culpables. El clero, y en especial los frailes, no tienen mas moralidad que los demás.

«Siempre, en esta monarquía, ha sido absoluto el poder del rey; pero el pueblo, aunque impaciente por hallar alivio, es muy sumiso; los grandes, divididos entre sí y solos, temerosos de verse obligados á salir de Madrid, son sobrado perezosos para ser temibles. Si se pudiese poner concierto en la hacienda y mantener un ejército respetable, principalmente cerca de la persona del rey, nada seria dificil á este. La índole de S. M. es escelente; inclinado al bien, no puede errar, sino por te-

mor de equivocarse; pero esta timidez lo hace vacilar en las cosas menores (29); así pues, es preciso alentarlo y hacerle comprender que él es el amo. No es raro que le fastidien los negocios, hallándose en tan mal estado, y que á su edad, busque ocupaciones menos incómodas; es preciso, empero, cuidar que este fastidio no lo aparte de los cuidados que debe tomarse. Es preciso instarle para que gobierne por sí mismo, para que se informe de todo y para que se instruya de todo lo que debe saber un rey, á fin de contribuir á la felicidad de sus vasallos. En todos tiempos, y los españoles convienen en ello, la etiqueta ha puesto una barrera entre el príncipe y sus súbditos, y desea S. M. que su nieto desate estas ligaduras, ya que hasta el dia el interés de sus principales servidores y el de los grandes se lo haya impedido. No es una razon el egemplo del rey difunto para conservar esta etiqueta, porque á este aislamiento se achacan las desgracias de España, y alabará el pueblo una conducta opuesta. Mas querrá este que el rey, su señor, siga el egemplo del rey de Francia que el de sus antecesores austriacos; y si de estos fuera indispensable escoger alguno por modelo, seria mejor que siguiese el egemplo de Carlos I en una parte de su conducta, que el de los sucesores de este.

«Importa organizar una guardia cual al rey conviene, la cual debe constar de dos regimientos, uno de caballeria y otro de infanteria, de los cuales uno habrá de ser flamenco, y español el otro. Convendrá disolver la guardia alemana, á fin de que no quede ni rastro del nombre aleman que se procurará hacer odioso á los españoles. En caso de que se puedan tener de oficiales personas distinguidas, ganará mucho la guardia, y tal vez estimularia á la nobleza para que sirviese en el ejército.»

En seguida se traza la conducta quc deberia el nuevo embajador observar con las personas de la servidumbre de palacio, así como con los franceses empleados en

esta, y se esponen menudamente los motivos que habian decidido la eleccion de la princesa de los Ursinos para camarera mayor; despues de lo cual siguen así las instrucciones:

«Serian todos estos detalles supérfluos del todo á los deberes de un embajador que residiese en otra córte que la de Madrid; pero en la actualidad, el embajador de Francia ha de ser ministro de S. M. Católica, y es preciso que, sin tener el título, ejerza sin embargo las funciones, ayudando al rey de España á conocer el estado de sus negocios y á gobernar por sí mismo. Hay fundamentos para creer que el jóven príncipe, por la educacion que ha recibido, gustará mas seguir el egemplo del rey de Francia, que entregar, como sus antecesores, todo el poder en manos de un ministro á cuyos consejos se abandone completamente. Verá él mismo por los efectos, la diferencia de ambos sistemas.

«Personas hay que presumen que tiene Francia interés en que no se restablezca el órden en España, opinion á tal punto errónea, que debe ser mirada como un artificio empleado por los enemigos de ambas coronas. Los franceses y españoles deben, en lo sucesivo, dividir entre sí los beneficios de que ingleses y holandeses gozan hace tiempo á espensas de España.

«Si no puede ya el duque de Harcourt, á causa de su salud, asistir al consejo, es oportuno que tome parte de él el conde Marsin, y que se establezca esta costumbre con respecto á quien tenga el carácter de embajador de Francia. No conviene escudriñar si verán esto de mal talante las demas potencias de Europa, porque ningun miramiento calmará sus celos. Los ejércitos de Flandes é Italia, las escuadras de Francia que entran en los puertos del antiguo y nuevo mundo para su defensa, la autoridad de mando conferida á S. M. en todos los estados de su nieto; esto es lo que causa celos, é inspira temor á las demas potencias europeas. Así es que la admision del embajador francés en el ga-

binete, no les inspirará mas recelos de los que tienen ya dimanados de cuanto ven. A fin de conservar la mas perfecta armonía, comunicará el embajador al rey de España todas las órdenes que se le transmitan, de modo que se traten todos los negocios, con el mejor concierto.

«Hállase España en el dia, fuera de la posibilidad de indemnizar á S. M. los gastos que por ella hace; sin embargo, no perderá de vista el embajador esta indemnizacion, pensando en los medios de obtenerla algun dia. En su consecuencia sin contar los gastos de la guerra, contiene la instruccion adjunta un estado de los subsidios prestados para las alianzas.

«El rey de España no se halla menos indeciso tratándose de las horas de levantarse y trabajar, que de las destinadas á la mesa ó á los negocios de mas gravedad; por lo cual, es preciso que se acostumbre á tener ocupacion para todas las horas del dia del modo mejor que le sea posible, tratando de desechar el fastidio que empieza ya á atormentarle.

«Nadie ha tenido un influjo mas efectivo en el testamento de Cárlos II, á favor del duque de Anjou, que el cardenal Portocarrero; por lo cual, desde el principio estuvo al frente de los negocios. Créese generalmente que tiene buenas intenciones, pero su incapacidad es notoria, y la nacion está harta de él; así, pues, si desea efectivamente retirarse so pretesto que su edad avanzada, ó su mala salud, segun ha escrito al rey le obligan á ello, no debe considerarse su retiro como un acontecimiento desventajoso al servicio del rey. Creen algunos que por ambicion se unió al presidente de Castilla, y por ambicion se han dividido ambos personages; tambien el presidente dice que quiere retirarse, pero nadie cree en la sinceridad de su deseo.

«Los demás consejeros de estado (30) que importa conocer, son: el marqués de Mancera, el marqués de Villafranca, el duque de Montalto, el conde de Santiste-

ban, el marqués del Fresno, el almirante y el conde de Aguilar. Mancera, presidente del consejo de Italia no tiene mas norma que su deber; pero como haya llegado ya á la edad de ochenta y seis años no es posible contar con sus buenos servicios. Villafranca tiene el empleo de escudero mayor, y merece recompensa, porque fué el primero que en el consejo se pronunció á favor de un príncipe francés. Sin embargo, la rigidez de su carácter y su estremada aficion á la etiqueta, ofrecen algunos inconvenientes para que se comunique mucho con el jóven príncipe. Montalto, presidente del consejo de Aragon, es un hombre honrado, dotado de buenas intenciones; pero, turbulento é indolente á la vez y harto escaso de entendimiento, podria fácilmente dejarse arrastrar y comprometerse en contra de su deber, llevado tan solo del ódio que profesa al cardenal. Santisteban ha mostrado mas inclinacion á Francia que los demás, y el marqués del Fresno, asi como su hijo, parece lleno de celo y probidad.

«El almirante de Castilla tiene mucho talento, habla y escribe bien, hace alarde de gustar mucho de los literatos y gente instruida, y sienta todos los dias á su mesa, á cuatro jesuitas; pero carece sin embargo de instruccion. Tiene fama de avaro, y no obstante por mera vanidad, gasta mucho sin gusto ni discernimiento. Como jamás ha pensado mas que en sus propios intereses, no tiene amigo ninguno. Amante de la tranquilidad y el reposo, mas buscara probablemente, los medios de destruir la impresion que ha dejado su mala conducta pasada, que los de alimentar facciones en el estado; por lo cual, no hay riesgo en que ocupe los primeros destinos, pero, á pesar de lo que dice el cardenal, no seria malo aprovecharse del deseo estremado que manifiesta de justificarse con su soberano.

«Pasa Aguilar por tener mucho mas talento que el almirante (31), mas instruccion, capacidad y esperiencia; pero, su probidad y su honor no inspiran confianza

y como dicen que es emprendedor y osado, la ambicion será la pauta de su conducta. Tenia 30,000 duros de renta que ha perdido. No es prudente que permanezcan en el consejo, ni él ni el almirante, pues el pueblo á entrambos aborrece, y aunque no tienen partido ninguno, no estará malo el vigilarlos.

«Los varios consejos de Madrid están llenos de abusos, y el de las Indias mas que los otros. Lejos de hallar castigos por causas de dilapidacion y concusiones, los culpables hallan apoyo segun los obsequios que hacen; así es que, las demasías (31) y demas funcionarios quedan sin castigo. Esta impunidad de los vireyes, y las inmensas riquezas que atesoran convidan á sus sucesores áseguir el mismo egemplo, y si por el contrario, se halla un hombre delicado en materias de probidad, su desinterés queda castigado con una humillante pobreza. Si se trata de un empleado subalterno, la reconvencion tácita que es la buena conducta de este para sus superiores, ó el cuidado que pone en demostrarles el buen camino, le atrae el ódio de los mismos que debian servirle de modelo. No tarda mucho en perder su destino, porque desgraciadamente no llega jamás la verdad á oidos del rey, pues la gran distancia facilita el disimulo; y los regalos dados con oportunidad cubren con su velo manchas tan feas.

«Harto conocida es la dilapidacion en la hacienda pública, y consiste uno de los principales abusos en el principio funesto de que los egemplos antiguos son máximas inviolables, no atreviéndose nadie á proponer la mas ligera novedad. Cada provincia cuida tan solo de lo que á ella toca pagar, y de qué modo ha de gastarse su dinero; así es que Aragon, por egemplo, no daría un solo maravedí para atender á las necesidades mas urgentes de Castilla.

«Las iglesias de España tienen riquezas inmensas en oro y plata labrada, las cuales se aumentan de dia en dia, gracias á la reputacion de los religiosos; por lo

tanto, la moneda en circulacion escasea. Háse propueste en el Consejo que se obligue al clero á vender estos metales labrados; pero, antes de tomar esta resolucion, es preciso examinar detenidamente no solo la utilidad que resultará de el, sino tambien los inconvenientes de semejante proyecto. Las rentas de cruzada serian considerables, si estuviesen bien administradas, pero el que se halla al frente de este ramo, como cuenta con el apoyo del cardenal, difícilmente se decidirá a dar cuentas claras.

«Aun cuando deberia el rey tener tantas gracias que conceder, apenas le queda una sola que dispensar porque todos los gobiernos, empleos y encomiendas se han concedido vitalicios, y hay dados varios que durarán mas de una generacion; los vireyes y gobernadores desempeñan por sí los encargos mas importantes y escogen para los demas á personas que el rey se limita á confirmar. Los honores y destinos parecen patrimonio esclusivo de los castellanos, siendo causa de este abuso la dilatada permanencia de los reyes en Madrid. Los demás españoles son tratados como si fueran estrangeros, error en que está, segun parece, muy aferrado el cardenal Portocarrero.

«Uno de los remedios principales á tantos males seria la creacion de un cuerpo de ejército, empezando por la guardia del rey. Seria prudente aprovecharse de la ocasion favorable que ofrece el viage del rey á Zaragoza con el fin de confirmar los privilegios y recibir el juramento de fidelidad de Aragon; porque exige la dignidad real que S. M. no emprenda este viage sin las suficientes tropas. Con este motivo podrá visitar otras varias provincias, detenerse en las ciudades principales y mostrarse á sus pueblos. El rey de España podrá mejor fuera de Madrid que en la capital, poner concierto en la hacienda pública, corregir los abusos de los consejos, suprimir el número escesivo de supervivencias de toda especie, abolir la etiqueta y hacer que

se obre con justicia, que son las necesidades principales de la nacion española (32).»

Tales eran las instrucciones cuyo contenido nos ha parecido bien trasladar á nuestros lectores.

En el entretanto, habíanse verificado negociaciones á fin de llevar á cabo el enlace del jóven monarca con la princesa María Luisa de Saboya; pero el carácter poco franco é interesado de Victor Amadeo, promovia tantas discusiones que la paciencia de Felipe iba acabándose. Por último, termináronse todas las disposiciones, y tuvo el rey la satisfaccion de saber que habia tenido lugar la ceremonia el 11 de setiembre, en virtud de los poderes dados al marqués de Castel Rodrigo, y que la recien casada estaba en vísperas de salir de Turin. Deseoso en estremo de terminar su enlace y no menos de alejarse de las intrigas y disensiones de su córte, alcanzó, no sin trabajo, que Luis XIV le permitiese emprender su viage, y venció la sola dificultad que se ofrecia, la cual era la organizacion del gobierno, durante la ausencia. Despues de innumerables consultas y pareceres discordes, quedó confiada la administracion á Portocarrero, con el título de gobernador del reino, y con la misma absoluta autoridad que habia tenido durante la enfermedad de Cárlos II. Se ausentó, pues, Felipe, llevando consigo un consejo de gabinete compuesto del duque de Medinasidonia, del conde de Santisteban, ambos muy adictos á Francia, y del secretarío Ubilla que acababa de ser nombrado marqués de Rivas. A fin de poder dirigir su conducta segun las miras de Luis XIV, acompañábalo Marsin como enviado de Francia; pero, sin título de embajador, á fin de evitar las disputas relativas á puntos de etiqueta que serian un obstáculo á su trato frecuente y confidencial con el rey.

Con visible placer salió el jóven soberano de Madrid, que llama con razon el marqués de San Felipe antro de discordia; y como si no hubiese ya bastantes

pruebas de la flaqueza y estenuacion del gobierno, un enjambre de mendigos y desarrapados se atrevió á insultarlo impunemente, haciendo alarde de sus harapos á vista del cardenal.

Acogiólo el pueblo en todo Aragon, con las mas vivas y sinceras demostraciones de amor y respetuosa adhesion, y su entrada en Zaragoza fué un verdadero triunfo. El pueblo, á quien con dañada intencion, habian dado falsas noticias con respecto á sus defectos de cuerpo y entendimiento, se sorprendió agradablemente al ver sus modales agasajadores y su fisonomía espresiva, y no ocultó el cambio que en él produjo la presencia del rey, agolpándose á su paso y dándole pruebas de amor y adulacion estravagantes, como de tocar su caballo y ropage, besando en seguida los dedos que tales objetos habian tocado, como si fueran reliquias. Pero, no sucedió lo mismo en Cataluña, en donde siempre fué el pueblo turbulento y apegado á sus fueros, y el monarca conoció la antipatía que abrigaban aquellos habitantes contra sus fieles súbditos de Castilla.

Despues de detenerse algunos dias en Barcelona, se dirigió á Figueras á esperar á su esposa, que aguardaba hacia ya tanto tiempo. Ratificó la union de ambos consortes el 3 de octubre, el patriarca de las Indias (33); pero, turbó el gozo de esta primera entrevista un incidente que promovieron los celos del gobierno francés.

María Luisa habia cumplido apenas catorce años, y parecía mas jóven todavía, á causa de la pequeñez de su estatura, pero, sus facultades eran tan precoces cual suelen serlo en su clima natal, y ademas de una singular hermosura y de un porte en estremo agraciado, tenia modales sumamente agradables. Habíanse estudiado con cuidado su carácter y la disposicion de su ánimo, y como la ambicion y doblez de su padre eran proverbiales, temia Luis XIV que la córte mas astuta y

emprendedora de Italia, tratase de desplegar sus recursos y de dominará su nieto. Con objeto, pues, de impedir los resultados de una correspondencia muy íntima con Turin, comunicó órdenes severas, aunque secretas, á fin de que se despidiese á todos los piamonteses de la comitiva de la reina, en cuanto llegasen á la frontera de España, y de que se le diese por directora á la princesa de los Ursinos, camarera mayor, que se habia reunido á ella á bordo del buque en que se apartó del puerto de Génova. La ejecucion de esta órden funesta causó mucha impresion en el ánimo de la jóven princesa, á quien conmovieron los desaires hechos á las personas que la habian acompañado. No ocultó su pesar, exhalando amargas quejas, y el grado de resentimiento que mostraba, justificaba hasta cierto punto, la prevision de la córte de Francia. La princesa do los Ursinos y Marsin, segun las instrucciones que habian recibido para este caso, lograron calmar la impresion que causó esta escena al jóven recien casado, y hasta alcanzaron la promesa de que permaneciera solo, ínterin la reina seguia conmovida y agitada. Tuvo feliz éxito esta determinacion, y Louville se puso en camino para anunciar al rey de Francia la boda y la victoria que, segun parecia, habia desbaratado las intrigas de la córte de Turin.

La respuesta de Luis encierra innumerables consejos cuyo objeto era resguardar á Felipe del ascendiente de la jóven princesa.

«Esperaba con impaciencia, le decia, nuevas de vuestra boda, que he sabido por vuestra carta y por Louville que me la ha entregado. Me ha hablado de todas las buenas prendas de la reina, las que serán vuestra felicidad, si hace buen uso de ellas, como espero, á pesar de que ha empezado mal. Achaco su conducta á los malos consejos que le habrán dado, lo cual debe daros á conocer la importancia de despedir á todas las personas que la acompañaban. Puesto que tiene talento.

verá que no le toca hacer otra cosa mas que agradaros, y estoy seguro de que así lo hará cuando no tenga mas consejero que su corazon. Si desea ser feliz y que vos lo seais, fuerza es que vaya desechando todas las ideas y planes de gobernaros que le habrán sugerido, lo cual V. M. no podria tolerar, conociendo cuan vergonzosa seria semejante flaqueza, apenas disculpable en un vasallo é indigna de un rey, espuesto á las miradas de su pueblo. No olvideis el egemplo de vuestro antecesor, y pensad que la reina es vuestra primera súbdita, en cuya calidad y en la de esposa vuestra, ha de obedeceros. Debeis amarla; mas seria obrar en contra de una obligacion sagrada si sus lágrimas lograsen con vos tanto que os hiciesen tomar resoluciones contrarias á vuestra gloria. Mostrad firmeza al principio, y si cuestan mucho, como es natural, á la dulzura de vuestro carácter, las primeras negativas, no olvideis que causais ligeros disgustos á la reina á fin de evitárselos mayores en el resto de su vida. Solo de este modo y con semejante conducta evitareis escenas que os serian insoportables. ¿Os estaria bien que vuestros súbditos y toda Europa se entretuviesen con el espectáculo de vuestras desavenencias domésticas? Haced feliz á la reina, si es preciso, á pesar de ella misma; reprimidla al principio, que mas tarde os lo agradecerá, y esta violencia que en vos mismo hareis, le dará la prueba evidente del afecto que le profesais. Volved á leer, yo os lo ruego, mis primeras instrucciones relativas á este asunto, y vivid persuadido de que me dicta estos consejos el amor que os tengo, consejos que me parecerian de un padre, si en vuestro lugar me hallara, y que recibiria como pruebas inequívocas de su amistad.»

Con objeto de evitar el efecto de este influjo, diéronse órdenes para que no pudiese la reina hablar al ministro piamontés mas que en público; y, para mayor seguridad, estaria presente la princesa de los Ursinos, siempre que conferenciase con los embajadores estrangeros.

Su juventud é inesperiencia justificaban, segun la creencia del gobierno francés, esta humillante novedad (34).

Poco tardaron, empero, Luis y sus agentes en notar que carecian de fundamento sus sospechas, y que el pesar de la reina, lejos de ser artificios de la política, no era mas sino el dolor que esperimentaba una muger jóven al separarse de personas que tenia á su lado desde la infancia. Pero persuadidos igualmente de que nada podia impedir que teniendo prendas tan estimables, egerciese influjo en el ánimo de su tierno y docil esposo, pensaron que era preciso que interviniese en su conducta y procurase guiarla la princesa de los Ursinos, cuyo celo estaba harto probado (35).

CAPITULO IVI.

1701.

Nacimiento, juventud y carácter de la princesa de los Ursinos.—Sus relaciones con la Maintenon, y la familia de Noailles.—Es nombrada camarera mayor de la reina de España.—Estractos de su correspondencia.

Tan luego como quedó concertado el enlace de Felipe, Luis XIV, que no desconocia el influjo que tendria la futura reina con su marido, dotado de carácter tan dulce y de genio tan complaciente, se ocupó en poner al lado de ella personas de fidelidad á toda prueba y enteramente ganadas á sus intereses. El conde de Santisteban del Puerto fué nombrado mayordomo mayor, á fin de recompensarlo de la inclinacion que habia mostrado á Francia, y del celo con que habia trabajado para que reinase en España un príncipe de la familia real de Borbon; era además estimado á causa de su moderacion, de su prudencia y desinteres, prendas, al mismo tiempo, poco á propósito para que disputase la autoridad al primer ministro.

La dificultad de mas bulto consistia en la eleccion de camarera mayor; pues este destino daba á la persona que lo desempeñaba libre é íntimo trato con la princesa, de la cual tenia que ser una especie de aya, á causa de la edad de la reina, y no podia desconocerse el influjo que habia de dar este puesto, por cuanto en todos

tiempos las camareras mayores habian gobernado, no solo en palacio, sino en la nacion.

Para llenar debidamente este empleo dificil, era forzoso reunir cualidades privilegiadas y hasta cierto grado opuestas. Por de pronto requeriase alto nacimiento, á causa de la dignidad de sus funciones; por otro lado, no era menos preciso, ya que debia la camarera gobernar á la reina, que se dejase guiar por el embajador de Francia. No podia pensarse en elegir á una española; porque Portocarrero y Arias temian que elevase demasiado á sus deudos y amigos. No era esta la sola dificultad, pues el monarca francés no confiaba en que una española se hallase siempre dispuesta á dejarse guiar por un estrangero. Tampoco se podia echar mano de una persona criada en la córte de Francio; porque además de que se necesitaba que hablase el idioma y conociese los usos y etiqueta de España, era de temer que, siendo de clase elevada, escitase la rivalidad y celos de la nacion. Otros reparos mas graves todavía, aunque de naturaleza distinta, se oponian á la idea de hacer recaer esta eleccion en una persona de la córte de Turin.

Por una caprichosa singularidad, todas las condiciones apetecidas se hallaban reunidas en la princesa de los Ursinos que, desde aquel momento, como va á verse, fuë uno de los personages mas notables de la historia de España, y uno de los mas influyentes durante la guerra de sucesion.

Ana María, de la familia ilustre de la Trémouille, era hija de Luis, duque de Noirmoutiers, creado duque y par de Francia á causa de los servicios militares que prestó durante la minoria de Luis XIV. Se casó, siendo muy jóven todavía (36) con Adrian Blas de Talleyrand, príncipe de Chalais. Como se hallase comprometido este en el duelo famoso con la familia de la Fret, en que sucumbió uno de los adversarios, se vió obligado á refugiarse en España, con su jóven esposa, la cual tuvo

motivo para aprender el idioma español y conocer á fondo los usos y costumbres del pais. Al cabo de cierto tiempo, trasladáronse á Italia, y habiendo hallado asilo el marido en los estados de Venecia, se presentó ella en Roma á fin de ganar la proteccion de los cardenales franceses Bouillon y Estrées. Asegúrase que causaron sus encantos viva impresion en el corazon de ambos prelados, y tambien en el del cardenal Portocarrero, ministro, por aquella época, de España en Roma, y que como falleciese su marido poco despues (en 1670) y quedase ella sin bienes de fortuna, recurrió á la generosidad de estos magnates. Gracias al favor de los cardenales franceses, y con aprobacion de la córte de Francia, se casó con *Flabio di Orsini* (37), descendiente de la ilustre familia de Orsini; duque de Bracciano y grande de España, que pronto fué agraciado con la cruz del Espíritu Santo, honor concedido rara vez á estrangeros, por distinguidos que sean.

Este enlace tuvo la suerte comun á todos los enlaces verificados por cálculo, y sin reparar en si se convienen ó no los interesados, los cuales tardaron poco en separarse, pero la duquesa conservó, á pesar de este, su posicion entre las gentes, y en vez de felicidad doméstica, se contentó con la reunion brillante que la cercaba, compuesta de cuantas personas ilustres habia en Roma. Hacia tambien viages frecuentes á su pais natal, y con medios tan favorables para el desarrollo de su talento, se dió en breve á conocer por sus habilidades y modales, como siendo uno de los mas acabados adornos de la sociedad de Roma y Versalles.

En uno de sus viages á Versalles, en cuyo real sitio permaneció cinco años, trabó íntima amistad con la célebre Maintenon, que habia conocido en otro tiempo, ganándose la admiracion del rey y los cortesanos. Falleció su marido en 1698, y tomó entonces ella el apellido de la familia de Orsini, para halagar, de este modo, al sobrino del papa Inocencio XII, que habiendo

comprado el señorío de Braciano, queria usar del título de este ducado. Como tenia ambicion la jóven viuda y desease figurar en region mas elevada que la de la córte romana, nada para conseguir este objeto, descuidó su vigilancia y penetracion. El casamiento de Felipe con una princesa italiana le ofreció, por lo tanto una ocasion de que se aprovechó con maestría.

Tan luego como se determinó la eleccion de la jóven desposada, se fijó la atencion de la córte francesa en la princesa de los Ursinos, la cual, como diestra en el arte de intrigar, no dejó notar el deseo menor de ocupar el destino de camarera mayor, limitándose á suplicar se le concediese la honra de poder acompañar á la nueva reina hasta Madrid. Despues de dar parte de su deseo á la Maintenon, que la escuchó favorablemente, procuró, por cuantos medios tenia á su alcance, ganar á la familia de Noailles, unida por los vínculos de la amistad y de las alianzas á la favorita.

Escribió, con este objeto á la duquesa de Noailles, como si implorase su proteccion para con la Maintenon, y en su carta, indicaba diestramente el carácter que convendria que tomase en la córte de España y los títulos á que aspiraba.

«Mi deseo es, decia, ir hasta Madrid, en donde permaneceré el tiempo que plazca al rey, viniendo en seguida á dar cuenta á S. M. de los pormenores de mi viage; soy, añadia, viuda de un grande de España, sé el español, ámanme y estímanme en aquel pais, en donde tengo muchos amigos y entre ellos al cardenal Portocarrero. Segun esto, juzgad qué podria resistir á mi influjo, y si es en mí estremada vanidad el ofrecer mis servicios.»

Acompañó á este paso, la carta que sigue dirigida al conde de Ayen, hijo del duque de Noailles, que acababa de casarse con una sobrina de la Maintenon, y que desempeñaba un destino importante en el palacio de Felipe (38).

« ¿Qué opinion, señor conde, tendreis de nuestras

romanas, al ver que me dirijo á vos y que me tomo la libertad de escribiros, antes de haber hecho cosa ninguna que me autorice á ello. Temo, en verdad, que creais que las hijas de la moderna Roma carecen de orgullo, y que á pesar de vuestros conocimientos en puntos de historia, no os inclineis á creer que las de Roma antigua eran superiores á nosotras. Para no daros una idea menos favorable aun, no os diré, señor conde, que deseo hace tiempo cultivar vuestra amistad, á causa de los lisongeros elogios que á menudo he oido hacer de vuestras prendas. El motivo que me mueve á trazar estas líneas es la necesidad de hablaros de un negocio que conoceis ya, segun lo que me dice vuestra madre.

«He confiado á esta señora mi deseo de acompañar en su viage á la princesa destinada á ser reina de España; la señora de Maintenon ha tenido la bondad de hablar de este asunto al rey, nuestro amo, que se halla dispuesto á concederme este honor, y designarme, si lo consultan en este asunto. Bien sé que no depende el nombramiento del rey católico enteramente, porque pertenece esta eleccion al padre de la princesa. Os ruego sin embargo, muy humildemente, señor conde, que prepareis á S. M. á favor mio, lo cual no será dificil si teneis la bondad de enterarlo de la proteccion con que me honra el rey de Francia, y del afecto que me dispensa toda vuestra familia, y si os poneis de acuerdo antes con el cardenal Portocarrero, en quien confió mucho. El consentimiento de S. M. aumentaria mis deseos de emprender este viage, y el duque de Saboya se prestaria mejor á concederme este favor, si mandase S. M. á sus ministros de Madrid y Turin, que hiciesen entender que no desaprobaria esta eleccion. Llevo á las demas señoras que aspirasen á este honor la ventaja de ser grande de España, circunstancia que, unida á mi deseo de prestar algun servicio al nieto de mi soberano, me mueve á solicitarlo con grande empeño,»

Estos pasos bastaron para que se formase el rey de Francia cabal idea del mérito y carácter de la princesa, y en sus instrucciones á Marsin, pronto le anunció el nombramiento de camarera mayor, y habló de ella como de una muger que no se mezclaria en intrigas cortesanas.

«Como tiene carácter tan suave el rey de España, decia Torcy, sera muy fácil á la reina su muger, adquirir ascendiente con él; por lo cual seria muy arriesgado el poner al lado de ella personas cuyas intenciones pudieran inducir la menor sospecha. La eleccion de camarera mayor ha parecido por lo tanto, muy importante, y cree S. M. que nadie puede desempeñar mejor este destino que la princesa de los Ursinos. El difunto duque de Bracciano, su marido, gefe de la casa de los Ursinos, era grande de España, y ha pasado esta señora con él una parte de su vida en paises estrangeros; conoce las costumbres españolas, y como además tiene mucho talento y firmeza, parece mas á propósito que nadie para instruir á la jóven princesa en el arte de dirigir una córte con dignidad. No será tenida por estrangera, y sin embargo, lo es bastante para no tomar parte ninguna en las intrigas de la córte de Madrid.»

Habiendo de este modo recaido en ella la eleccion y dada la órden de despedir á los piamonteses que habian acompañado á la reina, se reunió con esta, á bordo del buque que la llevaba á España.

Nada podrá servir mejor de introduccion á la historia política de esta muger estraordinaria, que el retrato, no menos parecido que bien delineado que de ella hizo San Simon, que la conocia personalmente.

«Era una muger mas bien alta que baja, morena, con ojos azules que decian lo que ella queria, con una cintura hecha á torno, hermosa garganta, un rostro encantador, aunque no bello, y aspecto noble. Tenia un no sé qué de magestuoso en su porte, y tanta gracia,

hasta en la cosa mas insignificante, que á nadie he visto que se pareciese ni en cuerpo, ni en entendimiento; agasajadora, cariñosa, comedida, queriendo agradar tan solo por el placer de agradar, y con encantos á que no era fácil resistir, cuando queria ella ganar y seducir. Además de todo esto, un aire que á pesar de anunciar grandeza, atraia lejos de imponer, una conversacion deliciosa, inagotable y divertida, porque habia visto muchos paises y conocido muchas personas; una voz y modo de hablar muy agradables y dulces. Habia tambien leido mucho, y reflexionado bastante, y como habia frecuentado tantas gentes, sabia recibir á toda clase de personas por elevadas que fuesen. Poseia mucha finura, pero con grande dignidad y compostura. Como tenia mucha ambicion, era dispuesta á intrigas; pero su ambicion, era de esas elevadas, muy superiores á su sexo y á la ambicion vulgar de los hombres, y con no menor deseo de ser y parecer (39).

«Esta muger, dice en otra parte, conocida por su elevacion y caida, era tan amable á causa de sus atractivos, como temible fué á causa de sus pasiones, á S. A. el duque de Orleans. Hallóse en ella un nacimiento ilustre, sostenido por todos los dones del entendimiento, y la gracia del cuerpo que pueden realzar este privilegio. Su capacidad en materia de negocios públicos, era muy superior á su sexo, y un aire franco, modales nobles y simpáticos, preparaba y ganaba á su favor á cuantos se le acercaban; pero pronto el inmoderado deseo de mandar le enagenaba las voluntades. A su lado, tenian que someterse á la misma ley, el inferior, el igual y el superior, y si se negaba alguien á prestar apoyo á sus planes por contrarios al bien público que fuesen, lo juzgaba ella merecedor del mayor castigo.»

Duclos dá de la princesa de los Ursinos, un retrato muy parecido á este.

Pero para dar la idea mas cabal de su talento y carácter, así como de la córte de España, bastarán algunos estractos de su correspondencia íntima del tiempo en que gozaba ya de favor.

«En qué empleo, ¡Dios mio! escribia á la duquesa de Noailles, en diciembre de 1701, me habeis colocado! No disfruto del menor descanso, y ni tiempo tengo para hablar á mi administrador; no se trata por supuesto, de descansar despues de comer, ni de comer cuando una tiene hambre. Harto feliz me parece que soy cuando puedo mal comer, de prisa y corriendo, y así y todo, es singular que no me llamen cuando voy á sentarme á la mesa. En verdad, que la señora de Maintenon se reiria si supiese los pormenores de mi destino; decidle que soy yo quien tiene el honor de tomar la bata del rey de España, cuando se acuesta y de dársela con sus babuchas cuando se levanta Esto lo llevaria con paciencia; pero que todas las noches al entrar el rey en la cámara de la reina, me entregue el conde de Benavente la espada de S. M., una bacinilla y una lamparilla que suele manchar mis vestidos, esto es grotesco en demasía. El rey no se levantaria en todo el dia, sino descorriese yo la cortina de su cama, y seria un sacrilegio que entrase otra persona que no fuese yo en la cámara real, cuando SS. MM. están acostados. Una de estas últimas noches se apagó la lamparilla, porque habia derramado yo la mitad del aceite; no sabia yo en donde estaban las ventanas, porque cuando llegamos allí era de noche, por lo cual poco me faltó para que me rompiese las narices contra la pared, y anduvimos durante un cuarto de hora el rey de España y yo dándonos tropezones, buscando el medio de hallar luz. Tan bien le va conmigo á S. M., que con sobrada frecuencia tiene la bondad de llamarme dos antes de la hora á que deseara yo levantarme, cuyas inocentes bromas gustan tambien á la reina, que sin embargo no tiene aun en mí la confianza que en sus damas italianas,

lo cual me asombra porque yo la sirvo mejor que ellas, y estoy segura que no le lavarian ellas los pies y la descalzarian con la limpieza y aseo que yo (40).

En una carta á Torcy, cuenta menudamente sus disputas con los criados del rey en puntos relativos á la etiqueta:

BARCELONA 16 de diciembre de 1701.

Muy señor mio:

«Creo que jamás estais de mejor humor que cuando me dispensais la honra de escribirme; pero podeis estar seguro que no siento yo menor placer al contestaros. ¿Quién os ha contado que soy tan torpe para manejar la lamparilla que me entrega con tanta gravedad, todas las noches el conde de Benavente? ¡Sin embargo, habrá sido la señora duquesa de Noailles, que es una charlatana, y que no goza tanto jamás como cuando puede perjudicarme. ¿No os ha dicho tambien que con tanta frecuencia se me cae de las manos la bacinilla del rey, y que por lo comun no me acuerdo donde he puesto la espada la noche antes? Lo único que me consuela, es que seriais vos tan torpe como yo, si os viéseis cargado de estos menesteres, porque en verdad no bastan dos manos para tanto, y es preciso no cambiar nada en esta ceremonia, porque en este caso se faltaria á las órdenes de S. M., y Dios nos libre, me costaria un lance sério como dias pasados me sucedió; tratándose, es verdad, de asunto mucho mas grave. Aunque debe escribíroslo el conde de Marsin, voy á contároslo, aun cuando no fuera mas que para hablaros de un raquítico, viejo y maligno mono, que llaman aquí el patriarca de las Indias.

«El dia de la Concepcion, oyeron misa SS. MM. en la iglesia mayor, y la víspera se trató de arreglar el ceremonial, precisamente cuando de esto me dispen-

saban la honra de hablarme SS. MM., entró el mico consabido. Preguntóle el rey quien debia de tener el paño, pues pensaban comulgar, á lo cual contestó que siempre habia comulgado solo el rey difunto, y que él y el sumiller de corps desempeñaban en estas ocasiones semejante encargo; pero que pues la reina iria, debia él y yo tener este honor, aunque él por su parte tenia tambien que presentarle la copa. En cuanto se retiró el clerizonte, espuse á SS. MM. que no me parecia decoroso que hiciese yo papel al pié del altar y á vista de todo el mundo, al lado de un patriarca, que si era este un deber eclesiástico no incumbia á mí, y que si no era tal, me parecia mejor que lo desempeñase conmigo el sumiller. Parecióle bien al rey esta reflexion: y mandó al punto á su confesor que dijese al patriarca que este bendito señor daria la copa, y que tendríamos el paño el conde de Benavente y yo, á lo cual contestó el prelado que no podia ser, y sin dar razon ninguna dejó pasar la cosa. Cuando llegó el momento de la comunion, á la mañana siguiente tomó el conde de Benavente una punta del paño que se habia preparado, y me acerqué yo á la reina para tomar la otra; pero el hombrecillo, ganándome la delantera, presentó al rey otro paño que sin duda sacó del bolsillo, tan pequeño que apenas alcanzaba hasta la reina. El rey de pronto no reparó en esto, y la reina, me mostró con una mirada que tuvo la bondad de dirigirme, cuan ridículo le parecia aquel paso. Al regresar á palacio, se manifestó el rey ofendido de que no le hubiese obedecido el prelado; como encontrase yo á este pocos momentos despues, le dije que no podia menos de espresarle á pesar de todo el respeto que le profesaba, que me causaba asombro que no hubiera hecho lo que el rey mandó, y que me hubiese privado de hacer un servicio que segun él mismo correspondia á mi empleo. Aquella misma noche, se habló de este asunto en el consejo, en el cual se acordó que escribiese yo lo que habia pa-

sado, á su eminencia el cardenal Portocarrero, no queriendo el rey tomar determinacion ninguna, sin saber el parecer de este prelado.

«El patriarca, poco tiempo despues trató de justificarse conmigo, por medio del padre Daubenton; pero, además de que aprueba este padre mi queja, le dije que yo soy poco ó nada en este asunto, y que lo único importante es la desobediencia á las órdenes de S. M.

«Fué este dia, dia de contratiempos, porque ocurrió otro, en el cual no fuí yo mas que mero testigo.

«Cuando se trató de acercar el sillon del rey al reclinatorio, en que SS. MM. estaban de rodillas, lo tomó el conde de Priego, mayordomo de servicio; pero el duque de Osuna corrió para quitárselo, lo cual ocasionó una pequeña lucha casi al pie del altar, porque el primero no queria ceder, y el duque insistia. Por fin este último á fuerza de codazos, y gracias á la cortesia del otro quedó vencedor; pero mientras disputaban entrambos de tal modo, ví la hora en que el duque de Osuna, que como sabeis, no pesa mas que un raton, caia con el sillon encima del rey y el rey encima de la reina. Sin embargo, no notaron SS. MM. esta escena por hallarse devotamente rezando, y á causa del ruido que en este pais se hace generalmente en las iglesias; pero antes de salir me pareció oportuno decírselo al rey, á fin de que no siguiese adelante la disputa de estos hidalgos. S. M. habló de esto mismo en la iglesia al duque de Osuna, y en palacio al conde de Priego, y aquel mismo dia quedó zanjado el asunto en el consejo, juzgando que la falta estaba de parte del duque. El rey no obstante, hizo que se reconciliasen los dos contrincantes, si bien á lo que yo creo, estos caballeros de ánimo sosegado y corazon pacífico, no habian tenido ganas de batirse mas que en la iglesia, como buenos cristianos. Lo que dió orígen á este incidente, fué que no hallándose presente el mayordomo mayor, creyó el duque que le tocaba á él este servicio, como primer

gentilhombre de cámara. Además, asistieron SS. MM. á la iglesia por mañana y tarde, sin *cortinas,* porque no las habia, lo cual hacia decir á los españoles, que no podia verificarse la ceremonia. Nosotros empero, nos alegramos mucho de esa infraccion de la etiqueta, y si hubiera habido cortinas, no nos hubiéramos servido de ellas, pues el capricho de ocultar al pueblo un rey amable, era uno de los menos juiciosos de Felipe II.

«No os hablo mas que de niñerias, habiendo ya agotado la materia, cuando os he hablado de la union estrecha que existe entre SS. MM. Nuestra córte es casi siempre idéntica, de estremo á estremo del mes, y no sé que hacer para darle alguna variedad en un pais en que no hay nada absolutamente que se preste á ello.

«El señor cardenal Portocarrero me insta, sin cesar, á fin de que esponga al rey cuan necesario es su regreso á Madrid; pero, si estos pueblos, que son unos niños mimados, no terminan sus córtes, segun el deseo de S. M., los que han aconsejado tan larga permanencia en Barcelona, no valdrán un comino, cuando volvamos á Madrid. Algo disgustado tiene al rey la osadía y malas intenciones de algunos catalanes que toman asiento en las córtes, y hablando de este asunto, le decia yo el otro dia, delante de algunos españoles de quien dudabamos algo, que era temerario creer que un rey de 18 años al empezar su reinado, podria hacer lo que cuatro antecesores suyos, y entre ellos el célebre fundador de la etiqueta, habian en vano intentado hacer.

«P. S.—Ha llegado la respuesta del señor cardenal Portocarrero, y no puede darse carta mas respetuosa hácia mí, ni que indique al propio tiempo, mas amor y sumision á su rey. Su opinion es que mande S. M. al patriarca que vaya á esperar órdenes á unas cuantas leguas de Madrid, lo cual se verificará. (41)»

La princesa de los Ursinos desempeñó su destino

con talento, gracia y habilidad, y no tardó mucho en ser la confidenta y directora de la reina, que fastidiada con la etiqueta de una córte tan monótona, se consideraba feliz, pudiendo dar rienda suelta á su viveza con su camarera mayor. El ligero desacuerdo cuando se despidió la servidumbre piamontesa, y la pasagera frialdad que le siguió, se olvidaron y desaparecieron al poco tiempo.

La camarera tenia encargo, entre otras muchas instrucciones importantes, de modificar la etiqueta palaciega acostumbrando á la nobleza á tener mas trato con sus soberanos. Lo consiguió, poco á poco, y destruyó la muralla de que habia cercado á sus reinas la gravedad española, durante siglos, haciendo entender á los grandes que se privaban de que los conociese su soberana, á causa de las ideas falsas que tenian del respeto debido á la magestad. Introdujo todas las costumbres francesas, hasta el punto de que los grandes asistiesen al tocador de la reina, en donde, casi siempre se hallaba Felipe, y á veces aconsejaba á sus magestades que diesen bailes, y convidasen á algunas señoras de la córte. Por estos medios se puso la nobleza en contacto mas familiar con los soberanos y agentes franceses, estrechando cada vez mas los lazos que unian á entrambas naciones.

Su crédito fué aumentándose á medida que la reina iba tomando influjo con su marido y el embajador de Francia, escribia á su córte lo siguiente:

«Trasluzco que la reina ha de gobernar á su marido, sin que sea posible evitarlo, por lo cual, es preciso cuidar de que lo gobierne bien, y la princesa de los Ursinos es necesaria para esto. Con ella basta para ganar la reina, porque, á poco que se la trate, se conoce que no es una niña (42).»

En vista del ascendiente, cada vez mayor de la camarera, la córte de Versalles iba aumentando la confianza que en ella depositaba, y en la siguiente carta es-

crita por sí, ella misma da á conocer la elevada opinion que de su propia importancia tenia, á traves de una modestia aparente:

5 de abril.

«Ciegamente sometida á la voluntad del rey, obedeceré sin creer en ello tener mérito ninguno, como quien hace lo que debe, las órdenes que me dispenseis la honra de darme. Mas considerad, señor marqués, que soy muger, que no tengo nadie de quien fiarme aquí, estando ausente el señor conde de Marsin, y que por lo tanto, no serán de mas todas las instrucciones que me deis para salir de los apuros en que voy á verme. No recibo carta ninguna de Francia que no me anuncie un mónstruo desconocido hasta ahora, con quien tendré que luchar al llegar á Madrid. Sin necesidad de esto, preveo las dificultades de que me veré rodeada entre gentes ignorantes, mal intencionadas y que no apetecen otra cosa, sino destruir el estado; pero, no por eso abrigo menos la esperanza de hacer que confiesen los mas reacios, que mis intenciones son inmejorables. Recuerdo que en otro tiempo haciais alarde de ser discípulo mio; han cambiado los tiempos, y en el dia no me atrevo á dar un paso sin vos.

«Propóngome ganar la amistad de todos los españoles en general, sin tomar parte en el ódio que algunos profesan al cardenal Portocarrero, aun cuando sigo mirando á este como á mi mejor amigo. Me veré precisada á ver á todos, pero todos me querrán abrir su corazon, y procuraré entonces, si merece esto la aprobacion, guiar por buen camino á los que andan por malas veredas (43)».

CAPITULO V.

1701.—1702.

Regreso de Felipe á Barcelona con la reina.—Reunion de las córtes de Cataluña y sus actos.—Pasos de Luis para conseguir la cesion de los Paises Bajos.—Proyecto de Felipe de visitar la Italia.—Dificultades relativas á este viage y á la formacion de una regencia.—Embárcase Felipe para Nápoles.—Reune la reina las córtes de Aragon.—Su llegada á Madrid.—Tropiezos de la regencia.

Al regresar Felipe á Barcelona, ya las córtes habian empezado sus sesiones. A lo que parece, el intento del monarca al convocar esta asamblea era prolongar cuanto pudiese su ausencia de Madrid, y tal vez la esperanza que abrigaba de conseguir algun subsidio de Cataluña.

No habia empero una necesidad imperiosa que obligase á reunir á los representantes de un pueblo irritado á causa de una opresion antigua, y siempre dispuesto á mirar con recelo el gobierno de Castilla; y que acostumbrado tras de tantas agitaciones domésticas y guerra con estrangeros, á vivir en turbulencia, buscaba sin descanso el medio de reconquistar privilegios abolidos ó que estaban en desuso desde los tiempos de Olivares. La organizacion de estas córtes aumentaba el riesgo, porque de los tres brazos que componian esta asamblea, el de los hidalgos era no solo pobre y turbulento, sino demasiado numeroso, para que pudiera ser gobernado con facilidad.

Así es que el resultado de esta determinacion inconsiderada fué como se habia previsto: á una peticion siguió otra ; hiciéronse interminables las discusiones y tres meses se pasaron en peticiones de la asamblea y negativas del soberano, hasta que, al cabo de mucho tiempo pudo, por último, celebrarse un arreglo. Los mas turbulentos de los representantes se acallaron con las amenazas de las personas prudentes y fieles, y un subsidio de 12.000,000 de reales fué al fin votado, el cual debia pagarse en seis años. Como compensacion de este donativo mezquino cuyo importe no ingresó jamás en el real tesoro, dispensó Felipe á la provincia del deber de la carga pesada de dar alojamiento á la caballeria del ejército, con otras concesiones de menor importancia. Esta asamblea turbulenta terminó sus discusiones, si tal nombre merecen, el 12 de enero, despues de prestar juramento de fidelidad al soberano, y obtener la confirmacion de los privilegios de la provincia (44).

No todos los contratiempos de Felipe, por aquella época dimanaban de las peticiones de sus súbditos ó del desacuerdo de sus consejeros.

A pesar de las protestas de Luis XIV, relativas al desinterés con que aceptó el testamento de Cárlos II y á las grandes ventajas que hubiera alcanzado Francia del segundo tratado de particion, no es fácil desconocer las inmensas ventajas que se habian ofrecido á su vista al aceptar la sucesion española.

Sin hablar de los beneficios que debia reportar la Francia en la península con la ocupacion del trono de España por un príncipe de la familia real de Borbon, y sin considerar el privilegio del comercio esclusivo con las colonias de América de que se apoderaron los franceses al momento; la posesion de los Paises Bajos por sí solo era de mayor importancia para Luis XIV, que todas las cesiones que encierra el tratado de particion. En el estado que tenia entonces Europa no hu-

biera podido un rey de Francia conservar el Milanesado ni el reino de Nápoles sin el consentimiento de la Saboya y Austria, ni hubiera podido ganar terreno del lado de los Pirineos sin la tolerancia de las potencias marítimas y permiso de España; mientras que la posesion de los Paises Bajos, dando á Francia la facultad de permanecer tranquila en ellos, ponia esta nacion en el caso de preparar una invasion en Alemania é Italia, podria cubrirla frontera por el nordeste, asegurar por lo menos la sumision de Holanda, y hasta dar esperanzas de conseguir el medio de acometer á Inglaterra ó al menos de obligarla á interrumpir sus comunicaciones con el continente. El empeño que tuvo el gobierno francés de conseguir este resultado, prueba ademas que daba á este negocio estremada importancia.

Luis XIV, cuyo objeto principal era la posesion de los Paises Bajos, y que se habia anteriormente puesto de acuerdo sobre este asunto con el elector de Baviera, se aprovechó de la primera ocasion que se ofreció, y fué esta la ausencia de Felipe de Madrid, para pedir esta cesion. Habíase preparado el terreno insinuando con mucha maña que se habia espuesto Francia á sérios disgustos y riesgos á fin de elevar al duque de Anjou al trono; habiéndose visto obligada á hacer grandes gastos, por lo cual nada mas justo que concederle alguna recompensa. Los reveses que habia sufrido en Italia el ejército francés, y el aspecto amenazador de las potencias marítimas, dieron mas fuerza á estas observaciones, y en una carta que Luis escribió á su embajador, se trató ya sin ambajes de este asunto, del siguiente modo:

«Carece España totalmente de metálico hasta para los gastos mas indispensables, ni es fácil hallar lo necesario para sostener la guerra en Italia, para dar cumplimiento á los tratados y para conservar las alianzas. Al ver la conducta de los españoles, diríase que se

trata de conservar los estados cuya existencia es totalmente indiferente á su monarquía; hasta parece que consienten pesarosos que ponga yo algun concierto en los asuntos de los Paises Bajos. Yo soy por último el que por todas partes hago los gastos de la guerra, gastos que son inmensos á causa de la distancia de los sitios á que deben acudir mis ejércitos, y lejos de que me ayude España á defender sus propios estados, me veo contrariado por su parte en todo cuanto trato de hacer en su provecho. Siendo ilimitado el celo de mis súbditos, hallarán al fin los medios de ayudarme; pero no debo aguardar á este estremo ni por mí ni por ellos, pues seria engañar al rey de España, no advertirle el verdadero estado de sus negocios.

«Ya es tiempo de que le digais á él en persona, que no he consultado hasta el presente mas que el cariño que le profeso, y que este ha sido el motivo que me ha impulsado á hacer los últimos esfuerzos para defender sus estados; que deseo poder continuar y continuaré haciéndolo con el mayor afan, esperando al mismo tiempo que los ausilios de España me faciliten la ejecucion, pues S. M. no ignora que ninguno me ha sido dado hasta el dia, ni aun hay esperanza de que pueda atender en lo sucesivo á los gastos corrientes, cuanto mas al pago de los que yo habré hecho. Le hareis observar cuan onerosa es la guerra de Italia, las inmensas sumas que allí se consumen y la mucha gente que cuesta, todo lo cual sale de mi reino; que á pesar de esta consideracion, ya prevista por mí antes de enviar mis ejércitos, no vacilé un solo momento, creyendo entonces que solo una campaña bastaria para que los alemanes evacuasen la Italia; que en lo sucesivo es imposible pueda yo sostener una guerra larga contando solo con mis fuerzas, teniendo aun necesidad de conservar gran número de ellas en el Rhin y en los Paises Bajos; todo lo cual seria arruinar la Francia sin salvar la España; que por lo tanto es sumamente ne-

cesario pensar en los medios de hacer pronto la paz, porque aun cuando conozco con notable disgusto, que debe ser comprada á costa de algunos estados dependientes de la monarquía española, es de todo punto indispensable resolverse á ello; debiéndose cuidar religiosamente de guardar el mayor secreto acerca de esto, pues si los enemigos llegasen á traslucir algo, es indudable que se aprovecharian de la ocasion, pidiendo tal vez concesiones que el rey de España no podria otorgarles (45).»

Así que esta carta hubo producido su efecto, el embajador francés recibió instrucciones de Torcy, á fin de participar á Felipe con la mayor sagacidad y como si fuese idea suya, un proyecto que él consideraba no menos ventajoso para Francia que para España, á saber:—Que cediese Felipe los Paises Bajos á Luis XIV, y mediante esta cesion el rey se encargaba de defender el resto de la monarquía española. No habria entonces dificultades para hacer la guerra, y no debian presentarse grandes obstáculos á este proyecto por parte de España. *¿Le costará á Felipe mas trabajo el dar los Paises Bajos al rey su padre y á su dinastia, que á la austriaca? Ultimamente, no era justo que Francia hiciera la guerra sin que se la indemnizase, como era natural.*

Contábase ya de antemano con el asentimiento de Felipe á este proyecto, pero no así era tan facil de obtener el de la nacion española. Marsin que por su residencia en España podia juzgar con acierto esta dificultad, contestó:—Que Felipe, lejos de resolver por sí mismo un negocio tan importante, era hasta incapaz de desearlo; que escepto el príncipe y los franceses que le rodeaban, puede que no hubiera en España una sola persona que creyese fundada en la razon y la justicia semejante proposicion; que los mal intencionados acusarian á Francia de no tener otra mira sino la desmembracion de España; que la envidia na-

cional se despertaria con encono; que los enemigos tendrian un pretesto especioso para prorumpir en crueles denuestos; y que era preciso temer una guerra obstinada, en la que tomarian parte todas las potencias que hasta entonces no lo habian hecho (46).

Estas razones, hicieron que se suspendiera el proyecto, aunque no fué sino para reproducirle despues bajo otras formas distintas, que ofrecian menos dificultades.

Las disposiciones tomadas con el elector de Baviera, gobernador de aquellas provincias; la ocupacion de las plazas por las tropas francesas, y las negociaciones subsiguientes, dan á conocer la perseverancia y éxito con que fué seguido este proyecto. Sin las ventajas reportadas por los ejércitos aliados, no hay duda en que estas provincias hubieran sido agregadas á Francia (47).

Al concluirse las sesiones de las córtes de Cataluña, ocupábase todavía Felipe en buscar algun nuevo pretesto para diferir su regreso á Madrid, en donde lo esperaba la tiranía de Portocarrero y Arias, y en donde habia de verse espuesto á los contratiempos que conocia ya; por lo cual, tomó la resolucion de visitar sus estados de Italia y de unirse al ejército de Lombardía. La noticia de una conspiracion que acababa de descubrirse en Nápoles, sirvió de pretesto, si no es que dió ella la idea de este viage.

Algo se ha dicho ya en esta obra, del mal estado de defensa en que se hallaba este reino y de los escasos medios militares con que contaba. No es, pues, estraño que un pais, teatro continuo de turbulencias y revoluciones, y gentes tan amantes de cambios, se hiciesen esfuerzos á fin de trasladar la soberanía de la casa de Borbon á la de Austria.

Aun cuando habia obtenido el duque de Medinaceli, gracias á su habilidad y firmeza, el reconocimiento de Felipe, por parte de los napolitanos, mostrábanse estos

sin cesar ofendidos por su severidad y esacciones. Los numerosos partidarios de la casa de Austria entablaron una correspondencia secreta con el cardenal Grimani, agente de Austria en Roma, y con los desterrados que vivian en esta ciudad. Concertóse en consecuencia un proyecto, poniéndose de acuerdo con el príncipe Eugenio, comandante del ejército austriaco en Italia, á fin de promover una insurreccion general, y elevar al trono al archiduque Cárlos.

Hallábase el papa dispuesto á favor de la casa de Borbon; pero la presencia de un ejército imperial en Italia le impedia recibir el tributo acostumbrado de Felipe, y darle la investidura del reino de Nápoles. Los partidarios de Austria daban mucha importancia á esta falta en las fórmulas, y fuéles, por lo tanto, facil inclinar á la sublevacion á un pueblo veleidoso y fanático. En casi todas las calles de la capital, se promovian á cada paso disputas entre ambos partidos; sin embargo, no estalló la conspiracion del todo, sea porque tuviera de ella aviso el gobernador, ó sea sobre todo, porque llegaron dos regimientos españoles á las órdenes del duque de Pópoli. Pero era demasiado grande el descontento para que pudiera destruirse fácilmente; los conspiradores, intimidados por de pronto, se limitaron á dejar la ejecucion de sus proyectos para ocasion mas favorable.

Esta conspiracion, descubierta y sofocada casi á un mismo tiempo, solo sirvió para aumentar el deseo que tenia Felipe de visitar sus pueblos de Italia. Al pedir á Luis XIV su aprobacion para emprender este viage, le decia con tanto talento como oportunidad:

«Cada dia conozco mejor la necesidad de ir á Italia y ponerme al frente del ejército. No perdiera Felipe II sus estados de Holanda si á ellos se hubiese trasladado cuando convenia; por lo que á mi toca, os respondo que si llego á perder algunos de mis estados, no será jamás por igual falta (48).»

El motivo y la impaciencia de Felipe vencieron la resistencia de Luis, que al fin consintió, aunque con repugnancia, á un viage en que veia inconvenientes. No bien quedaron concluidos los negocios de Cataluña, dió su aprobacion, por medio de la siguiente carta:

Carta de Luis XIV á Felipe V.

«He aprobado siempre el intento que teneis de ir á Italia y deseo que lo lleveis á cabo; pero por lo mismo que me interesa vuestra gloria, no puedo menos de pensar en las dificultades que no os convendria á vos preveer. Las he examinado todas, y debeis estar enterado de ellas por los apuntes que Marsin os ha leido. Veo, con satisfacion que no os arredra esto, para acometer una empresa tan digna de vuestra sangre, como es la de ir vos mismo á defender vuestros estados de Italia. Ocasiones hay en que debe uno decidirse por sí mismo, y puesto que no os intimidan los inconvenientes que os han espuesto, alabo vuestra firmeza y confirmó vuestra decision. Cierto estoy de que os amarán tanto mas vuestros súbditos y os serán mas fieles, al ver que correspondeis á sus esperanzas, y que lejos de imitar la molicie de vuestros antecesores, esponeis vuestra persona por defender los estados mas considerables de vuestra monarquía. Como mi ternura hácia vos se aumenta cada dia, á medida que veo cuanto la mereceis, no olvido nada de cuanto puede seros provechoso. Ya veis los esfuerzos que hago para echar de Italia á vuestros enemigos, y si las tropas que destino han llegado ya, os aconsejo que vayais á Milan y os pongais al frente de mi ejército. Pero para esto, es preciso que sea superior al del emperador, y creo que antes puede pasar V. M. al reino de Nápoles, en donde su presencia es todavía mas necesaria que en Milan. Allí podeis esperar el principio de la campaña y calmareis la agitacion de los pueblos de aquel reino que deseaba

con ardor ver á su soberano, y si se mueven es tan solo con la esperanza de tener alivio los pueblos, cuando lo permita el estado de los negocios; escuchad las quejas, administrad justicia, tratad á todos con bondad, sin perder de vuestra dignidad, y haced caso de cuantos os han mostrado interes durante el último conflicto. Pronto conocereis la utilidad de vuestro viage, y el buen efecto que producirá vuestra presencia. He dado órdenes para que se armen al momento en Tolon cuatro navíos, que irán á Barcelona y os llevarán á Nápoles con la reina, pues veo que el afecto que le profesais no os permite separaros de ella. Os informará Marsin de las tropas que envio etc. etc.»

Acompañaban á esta carta numerosos consejos relativos á las precauciones que era preciso tomar para el viage, así como acerca del modo de organizar el gobierno que habria de regir en España, durante su ausencia. Mas como los ministros se habian opuesto tenazmente á este viage, á causa de los gastos que ocasionaria y del riesgo en que iba á verse España, privada de su soberano, cuya autoridad reciente no se hallaba todavía bastante consolidada, se vió Luis XIV obligado á escribir á Portocarrero y á sus compañeros á fin de deshacer sus reparos.

Vivísimos eran los deseos que tenia Felipe de emprender su viage, y aumentóse su impaciencia, á causa de las instancias de la princesa de los Ursinos y de la reina, que cediendo á un sentimiento de amor propio bastante justificado, deseaba volver á su pais natal con todo el esplendor de su nueva posicion; pero la dificultad de hallar recursos para sostener el brillo de la diadema, y para presentarse de un modo conveniente en paises estrangeros, el descontento de la nacion que iba en aumento, los temores de esta al ver que se iba de España, no solo el rey sino la reina tambien, las observaciones infinitas y reiteradas de los ministros españoles, y en especial los secretos celos de Luis XIV, fueron

causa de que no acompañase la reina á su marido, y se decidió, por lo mismo, que se quedaria como prenda que aseguraba el regreso de Felipe, y que se pondria al frente de la regencia, prestando así autoridad al gobierno.

Marsin recibió encargo de participar esta resolucion á los jóvenes esposos, pidiéndoles su consentimiento. Luis XIV, al tomar así esta determinacion, escribió una carta á su nieto, en la que espresaba su voluntad irrevocable. Despues de manifestar las razones que se oponian á la ausencia de la reina, decia:

«Si os amase menos, no tendria límites mi condescendencia, y callaria los consejos de padre si fueran contrarios á lo que deseais, y como lo que yo os digo es efecto de mi amistad, debeis escucharme y seguir mis consejos. Mas vale que no vayais á Italia que ir en compañía de la reina; ya os he dado las razones de ello, despues de meditarlo mucho; espero por lo tanto, que tomeis el partido mejor, y que os determineis á ir solo (49).»

Por supuesto que fueron escuchadas las razones de Luis XIV; y en esta ocasion justificó la reina la idea favorable que se tenia de su talento, prestándose, aunque con pesar, á una separacion no menos cruel para su marido que para ella. Su buen juicio y prudencia arrancaron elogios al mismo Louville, burlon por esencia, el cual no ocultó su sorpresa al ver en una muger jóven tanto amor unido ó tanta fortaleza de ánimo, sin mezcla de mal humor ó contradiccion. Citaba con gusto la respuesta dada varias veces por la reina:

«No tengo voluntad contraria á mi deber.»

No lastimó menos á Felipe que á la reina la resolucion de su abuelo, cuya carta agitó en su corazon una lucha terrible de afectos encontrados. Paseábase con desorden en su cámara, repitiendo estas palabras: «Mas vale que no vayais á Italia que ir en compañía de la reina.» Como no desconocia la poca confianza que

inspiraba su firmeza, no queria mostrar en esta ocasion, ánimo mas debil que la reina, y las dos cartas escritas separadamente por la augusta pareja al rey de Francia, dan á conocer los afectos encontrados que bullian en sus corazones jóvenes y el combate que existia en ellos entre el amor y el deber.

«Me parece que os puedo decir, escribia la reina á Luis XIV, sin que se ofenda la modestia, que amo con pasion al rey; así es que no podria presumirse que he de separarme de su lado sin dolor estremo. Sin embargo he conocido que era preciso hacer este sacrificio por su gloria, y que permaneciese en España, á fin de dar egemplo á sus súbditos, que deseaban mi permanencia, de fidelidad, y socorrerlo en las necesidades que trae consigo la guerra. Espero, señor, que con los buenos consejos que V. M. le dá, y el número considerable de tropas que envia á Italia, destruirá á sus enemigos y tendré pronto el consuelo de verlo que vuelve victorioso á su reino, en el que no pensamos en lo venidero, mas que en cosas agradables. Como ha de deber su reposo principalmente á la bondad de V. M. y á su generosidad, séame lícito de antemano espresaros mi humildísima gratitud, Mientras tanto, os pediré la gracia de que me deis todos los consejos necesarios acerca de la conducta que debo observar durante la ausencia de mi amable soberano. Os aseguro, señor, que los seguiré como una hija muy sumisa que soy, y que os profeso toda la amistad posible.»

Felipe, por su parte, trataba de justificarse de la flaqueza que tuvo un momento.

Carta de Felipe V á Luis XIV.

«Me duele mucho el pensar que V. M. ha podido creer que vacilaba en dejar á la reina, tratándose de ir á Italia. Os dirá Louville que habiéndome manifestado, dos dias despues de llegar aquí, todo lo que se diria

si la reina me acompañaba, y habiéndome preguntado si en caso de que creyese V. M. conveniente al bien mio el que permaneciese en España, podia separarme de ella, le contesté que aunque pudiera costarme por el afecto que le profeso, que es estremado y ella merece, la dejaria por diez años, si preciso fuera, y que no hay satisfaccion ninguna, ni placer que no sacrificase yo al de echar de Italia á los alemanes, única cosa que me ocupa y deseo. Verdad es que me hallaba algo turbado, pensando como tomaria la reina una resolucion que debia desagradarle; pero he visto que á pesar de toda la amistad que me profesa, no tiene mas voluntad que la mia. Así es que se ha decidido á seguir los consejos de V. M. sin repugnancia ninguna, antes por el contrario, busca razones que la consuelen. Ya se halla conforme, en lo posible, del mismo modo que yo, y al punto he declarado que me separaria de la reina, para agradar á los españoles, ya que con tanto ardor parece que lo desean. Pero al mismo tiempo, haré entender á mis ministros en Madrid, que, concediéndoles cuanto fundada y razonablemente podian esperar, no traten de hacerme observacion ninguna relativamente á mi viage. Espero con impaciencia la llegada de los navíos etc.»

No obstante, como venció Portocarrero en su oposicion al viage de la reina, insistia en la idea de impedir el de Felipe; con cuyo fin, multiplicó, cuanto pudo, los obstáculos, con la esperanza de que el fastidio é impaciencia se apoderarian del ánimo del monarca, quien cansado ya abandonase la idea de viajar. Pero por esta vez salieron fallidas las esperanzas del astuto cardenal, porque Felipe que habia resistido á las lágrimas de la reina, siguió su propósito con una firmeza que no era de esperar de su carácter. En vano se emplearon todos los medios para calmar su ardor, y en vano suscitáronse dificultades con respecto á las sumas necesarias para atender á los gastos del viage; nada pudo vencerlo. Por último, escribió al cardenal el 8 y 11 de marzo:

«No puedo dar mejor prueba del deseo que me anima de complacer á los españoles que dejar á la reina con ellos; es el mayor sacrificio que puedo hacer. Cuento con el celo de mis ministros, y por lo que á mí toca, dispuesto estoy á derramar hasta la última gota de mi sangre, antes que consentir en la desmembracion de la monarquía. Podeis evitarme el pesar de escuchar mas observaciones, relativamente á un propósito tan glorioso y necesario, al cual no renunciaré por ningun estilo. Tengo hasta buena opinion de vos para creer que por haber desaprobado el viage, tratareis de imposibilitarme de emprenderlo, por falta de medios; pero, si las gentes de quienes dependen estos ausilios abrigasen tales miras contra mi intencion, podreis hacerles entender, de mi parte, que no lograrán sus deseos, y qne sabré pasarme igualmente sin dinero, y sin gentes que me acompañen. Dos dias despues de la llegada de los navíos, me embarcaré en ellos (50).»

Despues de semejante declaracion, inútil era oponerse á un proyecto manifestado con tal firmeza; así es que tanto Portocarrero, como el consejo, se sometieron aunque á pesar suyo.

Una vez concluido asunto tan delicado, ofreciéronse dificultades relativas á la forma de gobierno que debia establecerse durante la ausencia del soberano. No era prudente dejar las riendas del estado en manos de Portocarrero, porque tenia un carácter poco franco, y solo tenia alguna confianza con Arias, sirviéndole de secretario privado un clérigo sin nombradia. Por otra parte en tanto que molestaba á Luis XIV, contándole los pormenores mas minuciosos de la administracion, era el primero y quien mas murmuraba contra la intervencion de Francia; además era tan poco agasajador é impopular que solian decir los grandes: «Que puesto que tenian por rey á un niño de pecho, valdria mas que despachara en su nombre los negocios públicos la ama de cria que los mas encapotados personages.»

Reparos parecidos se hicieron contra el pensamiento de confiar la autoridad soberana en las manos de la reina, sin traba ninguna, porque era imposible que siendo tan jóven no se dejase gobernar por su familia. Además, siempre se veria espuesta á la crítica en caso de no acertar, y otros se llevarian la fama de las resoluciones, cuando fuesen bien recibidas. Las mismas dificultades se ofrecian para cualquier forma que se diese á la regencia. No podia la reina ser regente con la direccion de un solo ministro, porque este destino pertenecia á Portocarrero, y el carácter y talento de este personage no inspiraba bastante confianza. Por último, decidióse confiar el gobierno á una junta ó consejo, compuesto de Portocarrero, Arias, el marqués de Villafranca, caballerizo mayor; del duque de Montalto, presidente del consejo de Aragon; del duque de Medinaceli, ministro de Indias y del conde de Monterrey, presidente del consejo de Flandes. Los tres ministros que fueron con Felipe á Cataluña debian acompañar al rey á Italia (51). Durante la ausencia del conde de Santisteban del Puerto, su destino de mayordomo mayor de la reina fué desempeñado por el conde de Montellano, quien por su moderacion, probidad, y prudencia, así como por sus modales agradables habia sabido ganar á la vez el afecto de Portocarrero y el de la princesa de los Ursinos.

En medio de estas incertidumbres y á peticion del arzobispo de Zaragoza, fué nombrada la reina lugarteniente general de Aragon, con encargo de convocar y abrir las córtes, con el doble objeto de ganar de este modo el afecto de los aragoneses y de apartar á la princesa de las intrigas y confusion de la capital. Por último, hallándose todo listo, emprendió su viage á Nápoles, y la reina salió para Zaragoza, con el fin de inaugurar las córtes.

Aun cuando los aragoneses mostraron mas afecto hácia la reina del que los catalanes habian mostrado al

rey, no fueron las córtes menos turbulentas ni mas dóciles que las de Barcelona. No solo anduvieron remisas en conceder los subsidios que les pedia la reina sino que se mostraron recelosas é inquietas, hasta en los asuntos mas insignificantes, y cuando se trató de hablar de sus privilegios, desecharon cuantas proposiciones no se hallaban acordes con sus preocupaciones ó rencor á la autoridad real. La clase de los hidalgos sobre todo, no admite comparacion sino con una dieta de Polonia, y sin embargo, revela la correspondencia de la princesa de los Ursinos con la córte de Versalles, que esta fraccion de las córtes era no menos pobre que venal. Los hidalgos que todo lo decidian, manifestaron que seria una especie de milagro si se concedia el donativo de 300,000 pesos fuertes que pedia la córte.

En tanto que la reina y la de los Ursinos, diestra consejera, luchaban con las facciones, la impopularidad de Portocarrero, y las faltas del gobierno, hicieron precisa la ida de la jóven soberana á la capital. Un pliego de la córte de Versalles bastó para determinar que se cerrasen las córtes; ganáronse varios gefes de bandería, evitóse hablar de los privilegios, y prorogóse la asamblea despues de votar un donativo de 100,000 pesos fuertes, no para el servicio del rey, porque seria esto empezar con la odiosa cuestion de las prerogativas, sino para la reina que se dió prisa á enviar este débil socorro á Felipe. Cerró, pues, las córtes la jóven soberana, despues de recibir de ellas en medio mismo de la efervescencia de los debates políticos, toda clase de homenages personales, y todos los testimonios posibles de contento y satisfaccion (52).

«Ya, por fin, escribió á Luis XIV, he salido de Zaragoza y estoy en camino para Madrid, segun V. M. me lo ha mandado. Si hubiera podido pasar aquí quince dias mas, hubiese conseguido de las córtes 500,000 pesos fuertes mas; pero he tenido que contentarme con 100,000 que remito al rey con placer estremado. Mu-

chas razones tengo para mostrarme satisfecha del afecto de los aragoneses, pues es imposible conducirse con mas sumision y deseo de agradar con respecto á mi persona y he quedado contenta del modo con que me recibieron.

«Acabo de saber por un correo que me envia el rey desde Nápoles, que ha salido ya de aquella capital con el fin de reunirse al ejército que tiene intencion de mandar, y podeis pensar cuál será mi inquietud. Mucho me duelo de que mi hermana se halle tambien en la misma situacion; sin embargo de que tiene el consuelo de recibir con mas frecuencia noticias del duque de Borgoña estandoen Flandes, que yo de Italia. V. M. que dirige la conducta de todos los suyos, tiene tanto que hacer que no quiero molestarlo escribiéndolo con mas estension (53).»

Ya empezaba Luis XIV á conocer el mérito de la reina y á estimar la nobleza de su carácter, á pesar de los pronósticos equivocados quehabia formado; con cuyo motivo escribió á Felipe que semejante union era un motivo de suma felicidad para él, y jamás se habia visto en persona tan jóven aun, tanto discernimiento unido á tanto talento. En sus cartas á la reina, le manifestaba la misma admiracion, así como la ternura y estimacion que por tantos títulos merecia. Como le pidiese la reina una vez consejos, le contestó: «Vuestra conducta me inspira la admiracion mayor; por lo tanto, no consejos sino elogios es lo que debo y quiero daros. Seguid como hasta aquí vuestras inspiraciones á que podeis entregaros con toda seguridad; sin embargo, no os negaré los consejos de mi esperiencia pero cierto estoy que los adivinareis vos, y que solo tendré que admiraros y renovar la seguridad de la ternura que os profeso.»

Fué recibida la reina en Madrid con señales evidentes de júbilo; pero esta fué su única satisfaccion, porque apenas llegó se vió obligada á ocuparse de los

negocios del gobierno, y á presenciar durante muchas horas diarias las discusiones de la junta. Si sus apuros habian sido grandes en Zaragoza, mucho mayores lo fueron en Madrid, lo cual esperaba con una jovialidad que era natural en ella. «Esta ocupacion, solia decir, es, sin duda alguna, muy honrosa; pero no es muy divertida para una cabeza tan jóven como la mia, sobre todo, no oyendo jamás hablar sino de las necesidades urgentes del tesoro y de la imposibilidad de salir del paso.»

Verdad es que los obstáculos que la rodeaban hubieran bastado para dar que hacer al hombre mas versado de esta clase de negocios. Portocarrero, aunque dotado de escasa capacidad y por cierto muy inferior á su posicion, no queria que disminuyese un ápice su poder, mostrando á cada paso la tenacidad de su carácter á través de la cual se leia una ambicion insaciable. Ni las antiguas disputas que entre sí habian tenido los ministros estaban apagadas; habíase el almirante de Castilla atraido el ódio de todos sus compañeros, tratando de ganar el favor de la reina y la amistad de la princesa de los Ursinos. Al afecto estremado que profesaba á todo lo que era francés, á la mania de adoptar cuanto llegaba del otro lado de los Pirineos, que se generalizó tanto en los primeros momentos de esperanza y alegría, habian seguido quejas y preocupaciones injustas y sensibles. El respeto que inspiraba la reina, y los miramientos debidos á su sexo, no estorbaron que aquellos mismos individuos de los consejos, nombrados por encargo de Luis XIV, echasen la culpa á la Francia de cuantas desgracias oprimian á la nacion, adhiriéndose á propalar que el monarca francés al mismo tiempo que deseaba defender la monarquía española, la guiaba á un precipicio (54). Este público y general desagrado con que se miraba al gobierno francés adquirió su mayor fuerza, al emprender Orri sus reformas en la hacienda, y especialmente al ver la parte que tomaba

en los negocios públicos la princesa de los Ursinos, á cuyos contratiempos es preciso agregar la necesidad de esperar de Luis XIV que se hallaba en Versalles y de Felipe V que viajaba por Italia, una respuesta decisiva relativa á los diferentes puntos de la administracion especial de Luis, con quien se consultaba todo: porque desde las cosas mas insignificantes hasta los nombramientos mas importantes, se enviaba todo á la sancion real.

CAPITULO VI.

1702.

Viage de Felipe á Italia.—Negocios de Nápoles.—Descontento de los napolitanos.—Pónese al frente del ejército.—Acontecimientos de la campaña.—Batalla de Luzara.—Afección melancólica de Felipe.—Carta de Luis que contenia consejos y consuelos.

No menos los contratiempos y disgustos asediaron á Felipe en Italia, como vamos á ver. Embarcóse en Barcelona, y despues de una travesía de siete dias, llegó á Baies, desde donde dirigió un manifiesto á sus súbditos; en seguida, se puso en camino para Nápoles, en cuya capital entró el dia de Pascua. No fué recibido con esas aclamaciones espontáneas y ruidosas que suelen ser la espresion del contento general. La muchedumbre agolpada por las calles y sitios públicos se movia mas bien por curiosidad frívola que por respeto y amor que inspirase el soberano.

El mismo San Genaro, ese santo tan popular, patrono de Nápoles, ó mas bien los clérigos encargados de la custodia de sus reliquias, se mostró á la llegada de Felipe poco favorable al nuevo monarca. Es público que un poco de sangre de este mártir, coagulada en una ampolla de cristal, suele volverse líquida, al acercarla al relicario que encierra la cabeza del santo. Esta ceremonia que se hace todos los años, el dia del santo mártir, es mirada como un oráculo por el pueblo faná-

tico, que ve en el éxito favorable ó adverso del milagro una señal de aprobacion ó cólera celeste.

El cardenal Cantelmi, arzobispo de Nápoles, creyendo que si se verificaba el milagro, bastaria esto para que el pueblo se mostrase adicto al rey, rogó al rey que visitase públicamente las reliquias, á fin de que presenciase aquel prodigio. Pero á pesar de las infinitas misas que se dijeron, no se descuajó la sangre, y despues de esperar en vano muchas horas, se vió Felipe precisado á retirarse con el dolor de no haber visto aquella señal sobrenatural de la proteccion del cielo (55). Para que fuese mayor su mortificacion, se verificó el milagro tan luego como salió del templo, acontecimiento que hizo tal impresion en el ánimo de las gentes sencillas y crédulas, que no pudo borrarse del todo, aun cuando otra vez que el rey visitó la reliquia con menos solemnidad, se descuajó la sangre segun costumbre.

El primer acto de Felipe, fué la publicacion de una amnistía general, á favor de cuantos se hallaban comprometidos en la última insurreccion; en seguida, disminuyó los impuestos, reformó varios abusos de que adolecia la administracion de justicia, y alcanzó del santo padre una bula mediante la cual, no solo Santiago, sino tambien San Genaro, seria en lo sucesivo patron de España (56). Colmó de favores á muchos nobles, y saliendo de su circunspeccion, trató de ganarse al pueblo presentándose con frecuencia en los sitios públicos, y divirtiéndose en cacerías á que era muy aficionado.

Nada, empero, bastaba para que el pueblo se mostrase amigo, ni afectos los grandes, las reformas produjeron descontento, y los favores dieron márgen á disputas y desaveniencias de partido. Ni ganó tampoco cosa ninguna con la sumision que mostró al gefe de la iglesia, señor feudal de Nápoles, cuya aprobacion hasta entonces fué siempre mirada por los soberanos del reino como una confirmacion indispensable de su dere-

cho, y como un medio de conservar sumiso a su pueblo fanático é inconstante.

Louville, por lo tanto salió para Roma, llevando el encargo de participar al papa el advenimiento de Felipe, impetrando al mismo tiempo la aprobacion del santo padre (57).

Reinaba entonces Clemente XI, el cual aunque muy dispuesto á favor de la casa real de Borbon, procuró no comprometerse en negociaciones que pudieran poner en riesgo la autoridad, esponiéndolo al resentimiento del emperador. Reconoció, es cierto, á Felipe como rey católico, envió un legado que lo felicitase en su nombre, según costumbre, pero no bastó empeño ninguno para que recibiese el acostumbrado tributo, y concediese la investidura formal del reino de Nápoles. Por lo mismo, á fin de dar una prueba de las buenas relaciones en que estaba con el gefe de la iglesia, el mismo Felipe, al frente de un séquito brillante y numeroso, salió á recibir al legado fuera de las puertas de su capital, se colocó á su lado bajo el mismo palio, y lo acompañó á oir la misa solemne que se celebró en la catedral.

A pesar de todas estas esterioridades, ni el rey, ni sus amigos, podian desconocer que aquel inseguro trono descansaba en cimientos deleznables. El descontento del pueblo escitaba la desconfianza del gobierno, y esta desconfianza, como era natural, aumentaba el descontento popular. Corrian sin cesar rumores de conspiraciones y tramas, y el rumor mas insignificante, ó la menor revelacion bastaba para alarmar al gabinete. Prendióse á muchas personas, rodeando al monarca de guardas y precauciones: pero fuese temor, ó falta de pruebas evidentes, no pereció nadie en el patíbulo; solo algunas personas fueron desterradas; ó meramente vigiladas por los agentes del gobierno (58).

En cuanto se acercó la estacion favorable para emprender las operaciones militares, se dió prisa Felipe

á salir de Nápoles, en donde no habia hallado mas que ingratitud, humillaciones y riesgos, á fin de tomar el mando del ejército de Lombardía. Embarcóse el 2 de junio en una galera, y despues de visitar las plazas y guarniciones españolas en la costa é islas de Toscana, llegó á los estados de Génova, cuya república le tributó todos los honores debidos á las testas coronadas. Al recibir el homenage del príncipe de Vaudemont y de la nobleza del Milanesado, dió una prueba de magnanimidad. Fuéronle presentados algunos oficiales alemanes que habian caido prisioneros poco antes, y al verlos él les dijo:—Deseo que mi presencia os sea de alguna utilidad, y os concedo, por lo tanto, la libertad; regresad, pues, al ejército imperial y decid á mi primo, el príncipe Eugenio, que pronto me verá al frente de mis tropas.

Despues de atravesar los Apeninos, tuvo una entrevista con su suegro, el duque de Saboya en Alejandría, halló á la duquesa y al conde de Turin; pero la etiqueta con su séquito de rígidas leyes, desterró la confianza de estas reuniones. A consecuencia de una disputa, relativa al ceremonial, se negó el duque á asistir á una funcion dada en honor de Felipe, y al siguiente dia regresó á Turin. Desde Alejandría, pasó Felipe á Milan, y despues de tomar posesion del gobierno, se reunió al ejército que estaba ya en movimiento, á fin de arrojar á los imperiales del ducado de Mántua (59).

El príncipe Eugenio, general del ejército imperial, con no menos valor que habilidad, habia atravesado á principios de 1701, la cadena de montañas que se estienden mas allá del Vizantino, y arrollando á los franceses y sardos, reunidos del otro lado del Oglio, se estableció en Lombardía. Los dos ejércitos pasaron el invierno haciendo vigorosos esfuerzos, por una y otra parte, para ganar la posesion de Mántua, que defendia el mariscal Tessé, con destreza y denuedo. Eugenio trató de sorprender á Cremona, en donde se hallaba el

cuartel general francés, tomó las puertas de la ciudad, y cogió prisionero al mariscal Villeroi; pero no alcanzó su intento, á causa de la errada direccion de una de sus columnas, y de la animosa resistencia de las tropas francesas. Despues de esta tentativa, redobló sus esfuerzos á fin de apoderarse de Mántua, ocupó las posiciones principales á lo largo del Oglio, y la parte norte del ducado, logrando que se encergase la guarnicion francesa en las dos fortalezas de Mántua y Goito.

Tal era el estado de la guerra, al reemplazar el intrépido Vendome á Villeroi; al mismo tiempo, un ejército de cincuenta mil hombres penetraba en Italia, el cual en cuanto le permitió la estacion, empezar sus operaciones, marchó contra los imperiales, les echó desde luego del Mincio, hizo levantar los sitios de Mántua y Goito, y obligó á Eugenio á concentrar sus fuerzas en el Seraglio, pequeño distrito entre Mántua y el Pó. (23 de mayo.) No dudando de su superioridad, tomó las medidas necesarias para echar á los imperiales de Italia; dejó un cuerpo al norte del Mantuano (11 de junio) á fin de dividir la atencion de Eugenio y cortar las comunicaciones de este con Alemania. Pronto apresuró su marcha, á fin de apoderarse del pais que domina el Pó, de donde sacaban las tropas imperiales sus principales provisiones (3 de julio). Allí se reunió Felipe al ejército, y tomó en el nombre el mando en gefe, y allí por último, en donde se hizo, cuanto dable era, para festejar la llegada del monarca español.

Pasó el ejército el Pó, (18 de julio) y al bajar por las orillas de este rio, arrolló á un cuerpo de imperiales, cerca de Bercello, obligándolo á retirarse á Villoria. Una division respetable salió al punto tras de él, y gracias á una marcha rápida, á pesar del calor escesivo, logró darle alcance; y despues de un combate obstinado, fué deshecho completamente cayendo prisioneros los que no murieron ó lograron huir. El parte en que Felipe contaba este encuentro á la córte de Versa-

lles, era muy modesto; pero Luis XIV lo publicó con mucha pompa, como una prueba del valor de su nieto (60).

Desde entonces fueron todos los movimientos de la mayor importancia; los franceses perdieron terreno en el estado de Módena, y su ejército se reunió en Testa, en número de treinta y cinco mil hombres. Viendose Eugenio obligado, á causa de estos movimientos, de pasar el Po, y concentrar en Sallietto todas sus fuerzas, que eran de veinte y cinco mil hombres, quiso Vendome aprovecharse de su superioridad y aventurar un encuentro (1.° de agosto) ó bien obligar á su adversario á retirarse al estado de Mántua. Con este propósito salió el ejército francés de Testa á media noche, atravesó el Parmegiana y el Pagliata (15 de agosto), y se dividió en dos columnas; la de la derecha mandada por Crequi, y la de la izquierda por Tessé. A la cabeza de la vanguardia, encargada de reconocer el terreno, iba Vendome, y la caballería cubria los flancos del ejército. Al llegar al castillo de Luzzara, que tenia una guarnicion de quinientos austriacos, intimó Vendome la rendicion; pero á esta intimacion, contestaron los del fuerte con una descarga de mosquetería. No juzgando oportuno detenerse para tomar un punto de tan escasa importancia, operacion que exigia varias horas, continuó su marcha y dió órden de acampar entre Luzzara y un gran foso; á orillas del canal del Zezo, proponiéndose continuar su marcha, al siguiente dia, contra los imperiales, que segun creia, se hallaban todavía en sus posiciones en la orilla meridional del Pó.

Pero, como tuviese conocimiento el príncipe Eugenio de este movimiento (14 y 15 de agosto), concibió el arriesgado proyecto de sorprender al ejército francés, cuando se detuviera, y que formando pabellones las armas, se hallasen dispersas las tropas, en busca de víveres y de forrages. Si se hubiese verificado la

sorpresa, tal cual fué ideada, hubiera perecido sin duda alguna el ejército francés; pero, la casualidad lo favoreció.

En cuanto hizo alto el ejército, subió un ayudante por mera curiosidad á la calzada: y descubrió á los imperiales que se preparaban para atacar. Marchaba primero la caballería en órden de batalla, y era fácil descubrir á una parte del ejército enemigo, mientras que la otra se hallaba cubierta con los diques y cercados.

Al punto resonaron los toques de generala; la vanguardia tomó las armas con que habia empezado ya á formar pabellones, y dió órden Vendome para que marchasen á paso acelerado las columnas. Desplegábanse las columnas á medida que llegaban, el ala izquierda apoyada en el Pó, la derecha en que se hallaba Felipe, prolongábase casi paralelamente á orillas del Zezo. El cuerpo principal de la caballería habiase desplegado en una estensa llanura detras de la infantería.

Eugenio, aunque descubierto cuando estaba ya en momentos de alcanzar su propósito, no se desanimó por este contratiempo, temiendo que á causa del terreno, no pudiese luchar mas que la infantería, y contando con la confusion que causaria un ataque repentino, dió órdenes á sus tropas de que avanzasen; pasó el Zezo por cinco puentes echados de antemano, escaló el dique, y en tanto que llamaba la atencion del ejército francés, por medio de un ataque fingido, dirigió todos sus esfuerzos contra la izquierda, con ánimo de separarlo del Pó, y de cargar esta ala á un tiempo mismo, por el frente, por los flancos y por retaguardia.

La refriega empezó entre seis y siete de la tarde; y fué sostenida vigorosamente por ambas partes. Diéronse varias cargas, vinieron las tropas en donde lo permitió el terreno, sin guardar entre sí mucho órden, y momentos hubo en que se estrecharon tanto unas contra otras, que apenas podian hacer uso de la bayone-

ta. Continuó el combate con encarnizamiento hasta tanto que la oscuridad y el cansancio separaron á los combatientes. Eugenio se atrincheró en el puente, del lado del Zezo, y el ejército combinado siguió su egemplo, quedando á corta distancia y sin salir del campo de batalla.

El duque de Saboya, que mandaba tropas suyas, se batió con el valor que solia; pero Vendome, que se conducia como general y soldado, decidió del éxito del dia. Si se dá crédito a los historiadores franceses y españoles, Felipe, en este primer ensayo militar, dió señales de gran valor y toleró el cansancio con paciencia, se espuso en lo mas vivo de la refriega, con tal ardor, que habiéndole en vano espuesto los que lo acompañaban los peligros que corria, se vieron obligados de llevárselo por fuerza á una posicion menos comprometida, desde donde corria con frecuencia á mezclarse con las tropas que se batian; y ademas pasó cuarenta horas sin dormir y casi sin tomar alimento. Por último cuando se retiraba para descansar, un cañonazo mató a su lado á un oficial.

Los dos ejércitos se creyeron vencedores y cantaron un *Te Deum* en accion de gracias, despues de la victoria. El número de muertos y heridos fué igual por uno y otro lado; y ambos ejércitos perdieron en este encuentro generales de mucho mérito. Crequi y otros generales franceses murieron luchando, y Felipe fué herido, así como otros muchos oficiales de inferior graduacion. El ejército imperial tuvo tambien pérdidas lastimosas, entre las que lloró el príncipe Eugenio la del príncipe de Commerci, su mejor amigo, y el mas hábil de sus generales.

Aun cuando fué Eugenio el último que dejó el campo de batalla, se aprovechó del fruto de la victoria el ejército de los aliados, porque la toma (17 de agosto y 9 de setiembre) de Luzzara; de Borgoforte y Guastalla fueron ventajas á favor suyo.

El jóven soberano se distinguió especialmente en el sitio de Borgoforte, visitando las trincheras y dando ánimo á los soldados con su presencia y bondad. Tuvo el gusto de presenciar la rendicion de la plaza. Lo restante de la campaña se pasó ganando las demas plazas ocupadas por los imperiales, al mediodia del Pó, y al fin de la estacion la toma de Goveroolo por el príncipe de Vaudemont les privó de toda comunicacion con el pais del norte.

Dos dias despues de la batalla, se separó Felipe del ejército, y regresó á Milan con ánimo de dirigirse á España (60).

En Italia fué en donde empezó á notar los primeros síntomas de la enfermedad hipocondriaca que tanto lo aquejó mas tarde. Esta dolencia, cuya causa principal era un defecto de organizacion, se aumentó con la ausencia de la reina, y con los disgustos y pesares que sufrió en Nápoles. Los síntomas que tenia eran, ademas de un despego grande á la vida, que no escluia empero el temor á la muerte, los sueños frecuentes de una imaginacion calenturienta, que todos los cuidados posibles, el interés afectuoso de sus mas fieles servidores, y los consuelos paternales de Luis XIV no podian lograr calmarlo. Habia hallado un alivio momentáneo en las ocupaciones de la guerra; pero al regresar á Milan, la afeccion que lo atormentaba tomó mas cuerpo, y de allí llevó á España el gérmen de una enfermedad que desde entonces destruyó poco á poco su constitucion.

La indolencia y la apatía eran compañeras inseparables de esta enfermedad terrible, que llegó á hacerse tanto mas triste, cuanto que, por costumbre y carácter, era naturalmente sombrío y melancólico.—Felipe, decia con razon una parienta suya, que lo conocia infinito desde su infancia, tiene cualidades escelentes; es un príncipe cumplido; pero es propenso á la melancolía y necesita tener á su lado personas de mérito y

talento, porque las cualidades del corazon, no siempre suplen las del ánimo. Si quiere uno que hable fuerza es importunarlo, y á veces contradecirlo, sino se empeña en guardar un silencio profundo (62).»

Con un príncipe dotado de semejante carácter y dominado por tal afeccion, sin fruto empleaba Luis XIV su autoridad y sus ruegos afectuosos. La siguiente carta contiene una de las mas enérgicas é inútiles reprimendas.

Carta de Luis XIV á Felipe V, escrita á 10 de setiembre de 1703.

«Habeis correspondido durante la campaña, á lo que esperaba yo de vuestro valor, y las señales que de él habeis dado, han mostrado que sois digno de vuestra sangre y del trono en que os ha colocado el Señor. El amor de los españoles aumenta á proporcion de la gloria que habeis adquirido; y antes de vuestro regreso á España, os doy con placer, todas las alabanzas que ya sabia yo habriais de merecer, al tener ocasion de daros á conocer; no deben pareceros sospechosas, siendo yo el que os las tributo, porque solo alabaré en vos lo digno de elogio, así como os daré consejos en punto a vuestros defectos, deber que me imponen la amistad que os profeso y la confianza que en mí teneis.

«Nadie podrá decir lo que yo, así es que os quejaríais de mí con justicia, si no os hiciese notar el mal que podeis fácilmente corregir. Es preciso tan solo que guardemos un secreto profundo, y que nadie, sea quien fuere, se entere de los consejos que os dé yo. No basta dar á conocer vuestro valor al frente de los ejércitos, es preciso tambien por vuestra gloria, trabajar á fin de restablecer vuestros negocios, y no lo alcanzareis sino dedicándoos mucho á ello, con empeño é interés. Sobrado veis el desórden en que se encuentra todo, á

causa de la pereza de los soberanos, vuestros antecesores.

«Su egemplo os enseñará á reparar, por medio de una conducta opuesta, el daño que han causado á la monarquía española. Os confieso que veo, con dolor, que al mismo tiempo que os esponeis, sin dificultad, á los peligros de la guerra, parece que os falta valor para combatir tan odioso vicio. Sé que os domina y que desmayais al oir hablar de negocios y de ocupaciones; trabajo me cuesta el decíroslo, pero me aseguran que hasta las cartas que recibimos de vos, la reina y yo, Louville es quien las dicta Mientras estaba éste á mi lado, recibia yo carta de V. M., por lo cual sé que no necesita de nadie para escribir bien; pero no pensará lo mismo el público, y es cuerdo creer que sabe todas estas particulares. Sin duda las conoce antes que yo, porque sino no llegarian á mis oidos.

«Juzgad cuanto debe perjudicar á vuestra reputacion semejante rumor; pensad igualmente en el pesar de la reina, si llega á saberlo, y considerad si le faltará motivo para creer que no teneis con ella confianza y que la amais menos de lo que merece. No teneis enemigo mayor que la pereza, y si llega á dominaros, acabaron vuestros negocios de hundirse, y su decadencia os hará perder la reputacion que vuestro valor ha empezado á ganaros.

«Deber mio es daros este aviso, tanto á causa de la ternura que os profeso, como por la necesidad que hay de que trabajeis, por vuestra parte, si quereis que siga auxiliándoos. Estad, por último, seguro de que jamás será mas completo mi gozo que al veros en todo cual siempre he deseado que seais (63).»

CAPITULO VII.

1701.—1702.

Conducta poco diestra de Luis XIV con las potencias marítimas.—Misiones de Davaux á Inglaterra.—Origen y formacion de la triple alianza entre Inglaterra, Austria y Holanda.—Muerte de Guillermo.—Declaracion de guerra contra Francia y España.—Campañas en los Paises Bajos y Alemania.—Espedicion de los aliados contra Cádiz.—Destruccion de la flota de Vigo.—Defeccion del almirante de Castilla.—Descontento en España.—Separacion de Marsin y nombramiento del cardenal Estrées para la embajada de Madrid.—Sus instrucciones.

Se separó Felipe del ejército aun antes de que terminase la campaña, pues su presencia era indispensable en Madrid á causa de los cambios que habian ocurrido en Europa y especialmente en España.

Al aceptar el testamento de Cárlos II que daba el trono de España á su nieto, debió conocer Luis XIV la necesidad de calmar, con una conducta sábia y moderada, los celos de los demás estados, y los temores que escitaba el recuerdo de pasadas invasiones, temores que adquirian cierto grado de fuerza, á causa de la union de ambas monarquías en una misma familia. Por fortuna de la independencia de Europa, no se sometió á esta política prudente que debia servirle de norma, ni tuvo en nada los sentimientos de las demás potencias respecto á este asunto, y se apresuró á querer realizar su proyecto favorito de la monarquía universal, sin escuchar los consejos de la prudencia.

Antes de que entrase en España Felipe, hizo Luis XIV una declaracion, mediante la que tácitamente reconocia los derechos de su nieto á la corona de Francia, en caso de que muriese el delfin sin dejar hijos varones, no recordando los compromisos sagrados que habia contraido anteriormente de renunciar á la union de ambas coronas en una misma persona (64).

No ignoraba Luis XIV que la inquietud mayor de los holandeses nacia del temor de que pasasen un dia los Paises Bajos españoles á la corona de Francia; sin embargo, en vez de calmar este terror, no solo se apoderó con la fuerza de estas provincias, consiguiendo antes al efecto una órden del gabinete de Madrid, sino que mandó construir obras nuevas en las fortificaciones del pais, formó almacenes, aumentó su ejército, y dió á conocer sin disimulo su firme resolucion de emprender nuevamente y ejecutar sus proyectos hostiles contra la república (65).

Tenia interés sobre todo en no indisponerse con Inglaterra, cuya neutralidad, durante el reinado venal de Cárlos Estuardo le habia sido tan ventajosa, en sus guerras con la casa de Austria, y cuyo complicado gobierno y los varios partidos que lo combatian, le daban tan pocos motivos de temor, mientras ocultó á Europa sus proyectos ambiciosos, y evitó lastimar en lo mas mínimo los intereses comerciales de tan poderosos vecinos. Si hubiera seguido esta cuerda línea de conducta, tal vez lograra ver á una nacion animosa y temible consumir y agotar sus fuerzas y recursos en la sangrienta lucha de las guerras intestinas, y su antiguo adversario, Guillermo, se viera sin duda precisado á recibir leyes de un partido victorioso, á pesar de su valor y habilidad. Mas, lejos de seguir este sistema, que dictaba la razon, se valió Luis de su influjo con el gobierno español, á fin de apoderarse de aquel manantial de riqueza comercial, que las dos potencias marítimas habian partido entre sí; y á fin de que tomasen parte al-

gunas compañías francesas en el comercio del Perú y Méjico, usurpó á los holandeses el asiento para la importacion de negros en las colonias españolas, y con este motivo escluyó los buques de ambas potencias marítimas de los puertos de España.

El interés y el temor, móviles tan poderosos, despertaron por último en los ingleses, sentimientos adormecidos hasta entonces, á pesar de los clamores del honor y la política que se quejaban de la usurpacion de sus derechos; temblaron, pues, y temieron el menoscabo de sus intereses comerciales. La ocupacion militar de los Paises Bajos fué la señal que hizo estallar la indignacion general. El pueblo inglés, saliendo de un prolongado letargo, conoció al punto qué peligro lo amenazaba á causa de la reunion de las dos grandes y poderosas monarquías, rivales en otro tiempo, que se hallaban en la misma mano, y que se hallaban animadas de un solo deseo.

Tuvo Guillermo destreza bastante para sacar partido de este cambio en la opinion pública, y aunque poco libre con un parlamento tory y teniendo en su contra á facciones implacables, halló medio de adquirir subsidios, y de prepararlo todo para una lucha que consideraba inevitable. Concluyéronse, por influjo suyo, tratados de alianza con Dinamarca, Holanda y Brandeburgo, y diéronse á Leopoldo considerables socorros á fin de que destruyera el influjo francés en el imperio.

Alhagaba á Luis la esperanza de enflaquecer ó engañar á sus contrarios con los artificios de su acostumbrada política y con este objeto envió á la Haya á su ministro Davaux en febrero de 1701, para que entrase en negociaciones con los Estados generales. Los tiempos empero, y las circunstancias habian cambiado, por lo que quedaron burladas las esperanzas del monarca, siendo inútiles todos los esfuerzos del ministro enviado. La íntima union de las potencias marítimas, exigió de Francia de un modo claro y terminante confesiones que

no podia esta potencia hacer, sin renunciar completamente á sus proyectos, reclamando además una indemnizacion para el emperador conforme el tratado de particion. Debian las tropas franceses evacuar los Paises Bajos y ser relevadas por españoles valones, ó bien por soldados de las potencias marítimas, segun mejor agradara al rey de España; debian ocupar los holandeses á Luxemburgo, Namur, Charleroy, Mons, y otras plazas fuertes; los ingleses á Ostende y Newport, y tendria la corona de Francia que comprometerse á no adquirir bajo cualquier título ó pretesto que fuese ni plazas, ni territorios pertenecientes á España, especialmente en los Paises Bajos, por último, se trataria en España á los holandeses del mismo modo que en el tiempo de Cárlos II, reservándose las potencias marítimas el derecho de cambiar ó simplificar estas peticiones en la negociacion intentada si se tenia por necesario.

En el mismo momento de la salida del ministro francés se presentó Guillermo en el Haya (4 de junio) y poniendo en armonía las diferentes partes de que constaba su gran sistema político, realizó en aquella poblacion la alianza que habia proyectado entre Inglaterra, Austria y los Estados generales (7 de setiembre). Todavía no se hallaba el espíritu público bastante preparado para conocer la necesidad de ejecutar el vasto plan que hacia depender de una lucha con Francia la seguridad é interés de todas las partes contratantes. Esta pusilanimidad fué causa de que se redactase el tratado en términos vagos y generales, cuyas bases eran las siguientes:

Asegurar la casa de Austria una compensacion á los derechos que tenia á la monarquía española; libertar á los Paises Bajos de la ocupacion del ejército francés; impedir la union de ambas coronas en una misma persona y la posesion que la Francia solicitaba de una parte de las Indias occidentales españolas.

Pocos dias despues de haberse firmado este convenio no temió Luis ofender de nuevo y públicamente á

Inglaterra, reconociendo (17 de setiembre) al príncipe de Gales como pretendiente al trono de Inglaterra á la muerte de su padre Jacobo II, violando así la solemne promesa que habia dado al firmarse el tratado de Ryswick.

Al tener noticias de semejante ultrage, la opinion nacional de la Gran Bretaña, prorumpió en un grito universal de guerra contra Francia. A su regreso disolvió Guillermo el parlamento tory, dirigió al pueblo un llamamiento coronado del éxito mas feliz.

Habia por último llegado el momento en que el monarca del parlamento podia declarar sin disimulo el objeto de su política, y usar de un lenguage digno de una gran nacion que no es posible ultrajar impunemente. Votáronse al punto auxilios poderosos, tanto para aumentar el ejército, como para los gastos de la guerra; aprobóse por unanimidad el tratado del Haya, el príncipe de Gales fué declarado enemigo de la nacion, y pasó solemnemente el acto famoso de abjuracion para escluir por siempre del trono de Inglaterra á una familia apoyada por el enemigo comun.

Guillermo aun cuando no gozaba de salud completa, no dejó enfriar este ardor nacional, y se decidió á adelantarse al enemigo empezando la lucha, con cuyo objeto envió á Holanda diez mil hombres á las órdenes del conde de Marlbourough. Preparábase á cruzar el estrecho para dirigir por sí mismo las operaciones de la guerra, cuando privó la muerte á la nacion inglesa de uno de los príncipes mas cumplidos de cuantos han ceñido jamás la corona. No destruyó de modo alguno este doloroso acontecimiento un proyecto que habia meditado Guillermo con detenimiento tan profundo. Pasó el poder á manos de personas muy dispuestas á ejecutar sus planes, y que á pesar de hallarse poco acordes en puntos de escasa importancia, conocian la urgente necesidad de poner coto á la preponderancia fatal de la monarquía francesa, estableciendo una barrera poderosa

contra sus futuras agresiones. Heredó á Guillermo la reina Ana, princesa de escasas luces, pero que sabia sostener los derechos de su familia, la cual, movida á ello por espíritu de partido, ó por estimacion de personas, confió toda la administracion á Marlbourough y á Godolfin; de los cuales el último estaba muy versado en los pormenores del gobierno interior y en la hacienda, y el otro se habia distinguido por su habilidad diplomática y su profundo conocimiento del arte de la guerra. Estos dos hombres de estado que ya entonces gozaban de mucha reputacion, se unieron íntimamente con el gran pensionario Meinsius, cuyos principios políticos se asemejaban mucho á los suyos, y este acuerdo completo peroró la armonía de Inglaterra y Holanda, que recordaban con gozo su antigua union cuando regia sus destinos la misma mano.

Por su parte el emperador nada descuidó para alcanzar el objeto principal de la grande alianza, y poco á poco, fué ganándose á los príncipesalemanes, obligó al elector de Baviera á adherirse al tratado de neutralidad, y obtuvo de la dieta de Ratisbona una declaracion de guerra contra Luis XIV y Felipe V, por usurpadores ambos del trono de España. Así se hallan calificados en aquella declaracion que se publicó en el mismo dia en Lóndres, Viena y el Haya (15 de mayo de 1702).

Mientras esto pasaba no se descuidaban Francia y España, ni sus preparativos de guerra eran menores que los de las demás potencias. Enviáronse refuerzos á Italia; cubrióse la frontera por el lado de Alemania con un ejército de cuarenta y cinco mil hombres; pero en los Paises Bajos, especialmente, se hicieron preparativos formidables para la guerra de ataque. El duque de Borgoña dirigido por el mariscal Boufflers fué nombrado general en gefe del ejército que ascendia á sesenta mil hombres.

A pesar de tales disposiciones, hizo la vigilancia de los aliados que fracasasen todos los proyectos de las dos

córtes en que reinaba la casa de Borbon, cuyas fuerzas se vieron paralizadas sin obtener las ventajas decisivas á que estaba acostumbrada Francia con sus agresiones rápidas del principio de otras guerras que habia hecho anteriormente.

Al empezar la campaña hizo el duque de Borgoña una tentativa contra Nimega, pero obligado á retirarse ante Marlbourough que mandaba sesenta mil aliados regresó á la córte temeroso de verse avergonzado con una derrota; perdieron los franceses en esta campaña á Raisenwertz, Vainloo, Roulemunda, Senenverth, Maseich y Lieja.

Interin los aliados alcanzaron estos triunfos en los Paises Bajos, presenciaba el ejército francés en Alsacia la toma de Landau, que despues de una resistencia tenaz de cuarenta dias se rindió al rey de romanos. Era de presumir que tomarian los imperiales sus cuarteles de invierno en Alsacia, y que para la campaña siguiente se reunirian en la Lorena todas las fuerzas de los aliados á fin de atacar la parte mas débil de la frontera de Francia. Pero precisamente en aquel momento, cambió la suerte de la guerra a causa de la irrupcion del elector de Baviera, quien faltando á la neutralidad en que se vió obligado á convenir, despues de ocupar á Ulm y Memmingen, trató de abrirse una comunicacion con el ejército francés de Alsacia. Cierto es que el peligro de esta invasion inesperada desapareció á causa de la habilidad de los generales alemanes, y sobre todo por el impedimento que pusieron los suizos á las tropas bávaras al querer estas atravesar aquel territorio; pero, hubo que variar el plan de operaciones, viéndose los imperiales obligados á pasar el invierno en Suabia, mientras que los franceses desecharon el temor que tenian por la Alsacia, y pudieron destacar un cuerpo de ejército á fin de cubrir la frontera por el lado del Mosela.

En tanto que se acantonaban las tropas en los Paises Bajos, para tentar otros esfuerzos contra Francia, pre-

parábase en los puertos de Inglaterra una espedicion formidable, con el propósito de enviarla á las costas de España. El almirante de Castilla y el príncipe de Darmstadt habian presentado á Guillermo un proyecto que este aprobó, cuyo objeto era efectuar un desembarco cerca de Cádiz, obligando en seguida á esta plaza y á la isla de Leon á rendirse, y despues de establecer un punto central de operaciones, penetrar en los paises circunvecinos, y promover un alzamiento popular contra Felipe V. El influjo del almirante, las relaciones que tenia en las provincias del mediodia, y sobre todo el descontento general, hacian esperar que se reuniera á los aliados un partido numeroso, tanto mas cuanto que no faltaba mas que el apoyo de una fuerza imponente para declararse abiertamente. Componíase la escuadra de cincuenta buques de guerra, ingleses y holandeses, con el número necesario de barcos de transporte para catorce mil hombres de ambas naciones, abastecidos con todas las provisiones propias de la empresa. Mandaba la escuadra por los ingleses sir Jorge Rooke, y por los holandeses el almirante Allemond; las fuerzas de tierra estaban á las órdenes de sir Davy Belasis y el general Sparre, siendo general en gefe el duque de Armond. Dióse á la vela la espedicion el 1.º de julio. De Lisboa corrió el príncipe Darmstadt á reunirse con la escuadra que ancló en las aguas de Cádiz. Tratóse de ganar á los gefes principales de los distritos vecinos, sobre todo al marqués de Villadarias, gobernador de Andalucía, y don Escipion Brancaccio, gobernador de Cádiz y á don Feliz Vallejo, comandante de la caballería.

A pesar de estos grandes preparativos de las potencias marítimas, tan estremada era la apatía de la nacion, y tal la imprevision del gobierno, que en los primeros momentos de alarma, al saber el desembarque, no pudo reunir el marqués de Villadarias mas que ciento cincuenta ginetes y treinta caballos. La guarnicion de Cádiz no pasaba de trescientos hombres sin provisiones ni

municiones de guerra, ni existia depósito ninguno de armas para poder armar las milicias; en suma, en vísperas de una guerra sangrienta y de un ataque peligroso, hallábase Andalucia tan abandonada y escasa de medios de defensa como cualquier otra provincia del interior en medio de la paz mas profunda.

Pero la reina, aunque de edad tan tierna todavía y al frente de un gobierno débil y sin capacidad, mostró en esta ocasion, un valor y una inteligencia superior á lo que debia esperarse. Reunió el consejo, declaró que iria ella misma á Andalucía y que se hallaba dispuésta á perecer en defensa de aquella provincia. Ofreció que venderia sus joyas si era preciso, y su elocuencia unida á su valor, reanimó á sus mas indolentes ministros. Se apresuró todo el mundo á ofrecerle la vida y la hacienda; el mismo almirante de Castilla, para evitar toda sospecha, juzgó conveniente ofrecer sus servicios. Portocarrero formó y mantuvo seis escuadrones de tropas ligeras; el obispo de Córdoba, un regimiento de infantería, egemplo que siguieron los nobles, los clérigos y el pueblo; todo el mundo, en suma, tomó las armas en el pais mas amenazado por el enemigo.

Este entusiasmo, debido especialmente á la reina, no bastara para libertar á Andalucía de una invasion, si se hubiesen empleado las fuerzas considerables de los aliados con celeridad; y sobre todo si las hubiese guiado la prudencia y el valor, pero notóse, desde el principio de la espedicion, que los gefes no eran dignos del encargo difícil de levantar y organizar un partido contra el gobierno establecido, y que los inventores de este plan se habian engañado al juzgar las disposiciones del pueblo. El almirante inglés se habia declarado en contra de esta espedicion, y los gefes principales de ella no estaban acordes entre sí, acerca de los medios de ejecutar el ataque. Ademas, interminables dilaciones y dudas habian perjudicado á la rapidez de los armamentos. Precedieron al desembarque debates enojosos

y eternos, por último se verificó este, y el primero que saltó en tierra fué el príncipe de Darmstad. —He ofrecido ir á Madrid pasando por Cataluña, ya veo que será preciso ir á Cataluña, pasando por Madrid (66).— Dióse al público un manifiesto en el que se declaraba que los aliados no iban como enemigos, sino tan solo con el objeto de libertar al pueblo español del mando de un príncipe francés.

Justificaron los resultados, empero, que el saqueo y no la gloria era el objeto principal que se proponian los gefes. El puerto de Santa María en donde los habitantes de Cádiz habian encerrado los objetos mas preciosos que poseian, no tardó en ser presa de su avaricia, dando los mismos gefes egemplo tan poco honroso, saqueando las iglesias y profanando las imágenes y vasos sagrados. Ni las monjas pudieron evitar en la clausura de sus conventos la brutalidad del desenfreno militar. Igual suerte esperaba á Rota y á la fortaleza de Santa Catalina, pero hubo que contentarse con algunas demostraciones fingidas contra Matagorda y las fortalezas que están de aquel lado de la bahía.

Fácil es formarse una idea de las graves consecuencias que produjeron tales ultrages en un pueblo dispuesto á sobrellevar con mas resignacion los ataques á su persona y propiedades, á ver profanados los objetos de su veneracion religiosa. Los mismos que tal vez no esperaban mas que la señal para declararse, se enfriaron al ver la incertidumbre y desunion de los generales aliados, así como el ódio que habia escitado su cobarde conducta. El pueblo de los alrededores se mostró indignado al saber los saqueos de una soldadesca avarienta é insolente, en especial los ultrages cometidos en las iglesias con los objetos de su culto.

Por otra parte la dilacion de los aliados dió tiempo para poner á cubierto en el puerto los navíos y galeras, que mas tarde á las órdenes del duque de Fernannuñez contribuyeron poderosamente á su defensa. Se tomaron

medidas á fin de asegurar la entrada en el puerto; se repararon las fortificaciones de tierra, y mientras tanto el marqués de Villadarias al frente de un cuerpo poco numeroso de caballería, reunido con precipitacion, molestaba las descubiertas é impedia que adquiriesen estas conocimiento de lo que pasaba en el interior del reino.

Pronto conocieron los aliados que nada alcanzarian; divididos entre sí despues que fracasó su tentativa contra Cádiz, aborrecidos del pueblo que los miraba como una peste, acosados sin cesar por las fuerzas poco considerables pero intrépidas de Villadarias, tuvieron el amargo disgusto de ver que su espedicion no podria ser coronada de éxito feliz. Tentaron en vano de entrar por fuerza en el puerto; pronto se vieron obligados á volver en desórden á sus buques, dándose á la vela para Inglaterra y dejando en aquel pueblo ultrajado un ódio imborrable á la causa y parciales del Archiduque. El gobernador de Rota, único español que se declaró á favor de este pretendiente, quedó abandonado con un descuido sin duda harto culpable, y cayó en manos de sus compatriotas que lo inmolaron llenos de furor (67).

La destruccion de la flota en el puerto de Vigo fué el acontecimiento mas importante que señaló esta campaña marítima. Hé aquí la relacion de este suceso tomada de los comentarios del marqués de san Felipe:

Mientras la armada inglesa y holandesa, doblado el cabo de San Vicente, navegaba con proa incierta, esperando la flota que venia de América (porque ya habia tenido noticia, que no podia distar mucho de los mares de España, y era su regular puerto Cádiz) habia ya aquella llegado á Galicia, y advertida por sus navichuelos de aviso enviados á reconocer los mares en que estaba la armada enemiga esperándolos, tomaron el puerto de Vigo el dia 22 de setiembre aun repugnándolo el virey de Galicia, príncipe de Brabanzon, por lo poco seguro de aquel parage. Una nave aportó á San Lucar, cinco en Santander, tres de las cuales pertene-

cian á los franceses, que con veinte y tres naves de guerra bajo el mando del señor Ciaterno, escoltaban las españolas, mandadas por don Manuel de Velasco. Estendiéronse por la bahía hasta Redondela y le servian de antemural las naves francesas, dadas fondo en forma de defender la boca del puerto, en el cual se construyó una cadena de fuertes leños y hecha como una estacada, fortificaron la garganta del puerto cuanto fué posible. Este le guardaban dos antiguas torres, llamadas Rade y Corbeyno, pero consumidas de los siglos, que á pocos cañonazos podian resistir. Presidiáronse de gente de la flota, y se mandaron venir las milicias urbanas para coronar la ribera y llenar, sino de soldados de gente los baluartes y muros de la ciudad. Habia la fortuna hasta entonces esplicádose propicia, y ya en España y en el puerto, cuanto de Indias se traia, en pocos dias se ponia todo poner en tierra, pero una intempestiva y fatal cuestion convirtió en desgracia la dicha.

«Pretendió el comercio de Cádiz, que nada se podia desembarcar en Galicia, que eran aquellos sus privilegios y que se debian conservar seguras en el puerto, cargadas las naves hasta que se fuesen los enemigos. Sobre esto no fué tan breve como pedia la necesidad, la espedicion del negocio en el consejo de Indias, ya por la natural lentitud y madurez españolas, ya porque eran varios los pareceres; por fin, sin determinar absolutamente la duda, se envió á don Juan de Larrea para que sacase luego de las naves el oro y la plata; ni esto se ejecutó antes de cumplido ya un mes que habian llegado al puerto. No se dió prisa á sacar las mercaderías cuando estas escedian á la plata en valor. Ya habia la armada enemiga alcanzado la noticia que estaba en Vigo la flota; y á 22 de octubre con viento favorable, llegó á aquella costa; desembarcó cuatro mil hombres y plantando baterías contra las torres del puerto, las ocupó con gran trabajo, desamparadas de los qne las presidiaban, siendo imposible defenderlas ni ser su fá-

brica capaz de resirtir la batería. Como era favorable el viento, dos naves á un tiempo á velas llenas, armada de los acostumbrados picos la proa rompieron con facilidad la cadena. Entraron al puerto las que seguian despreciando los cañonazos de los baluartes de la ciudad, que no sin fruto incesantemente disparaban. Disputaron la entrada con valor diez naves de guerra francesas, las demas se habian vuelto á sus puestos, y se travó una batalla cruel, con tanto teson por una y otra parte, que mezclados los leños, casi era inútil el cañon; peleábase con fuego de inhumano artificio, ollas, camisas y bolas de betun ardiente. Deseaban los franceses venir al borde; porque estaban mas bien guarnecidos de gente de guerra, pero los ingleses toda la lid acometieron al fuego, y siendo en número superiores, no podian diez naves defenderse de tanta multitud de enemigos, que suplian siempre los maltratados. Las de la flota procuraron internarse mas en la bahia, por si podian tener socorro de tierra y echar á ella los fardos de las mercaderías; pero los ingleses habian ocupado la orilla, y á fusilazos embarazaban á los españoles sus faenas, permaneciendo á pecho descubierto contra la artillería de estas naves, que se defendian valerosamente. Las que estaban protegidas de los baluartes de la ciudad, y mas vecinas á ella desembarcaron tumultuariamente algunas mercaderías; con poco logro, porque mal guardadas en la confusion, el mismo paisano llamado á defenderlas, las robaba. No se puede describir dia mas cruel, ni mas lastimoso, por el innumerable género de muertes que padecieron aquellos infelices ceñidos de inevitables peligros en espacio tan estrecho. Los que siguieron las naves de la flota hasta lo mas bajo de la bahia, (vencidos ya los franceses que hacian frente) pretendian apagar el incendio por la ambicion de la presa, porque don Manuel de Velasco, á quien no desamparó el valor sino la fortuna, mandó quemarlas; esto mismo hicieron los franceses, echándose al mar la gente que

salvarse pudo. Los enemigos no cuidaban ya sino de apagar las llamas, aunque veian que la mayor parte de las mercaderías se habian echado al mar. Muchos perecieron buscando en el centro del fuego las riquezas; estos y los que murieron en la batalla fueron ochocientos ingleses y holandeses; quinientos quedaron heridos, y una nave de tres puentes inglesa incendiada, pero tomaron trece naves españolas y francesas, entre ellas siete de guerra, y seis de mercaderías, aunque muy maltratadas y medio quemadas algunas; las demas las echaron á pique; las entregaron á la llama en el ardor del combate: murieron en él dos mil españoles y franceses, y pocos dejaron de ser heridos.»

Estos desastres escitaron y aumentaron el descontento de la nacion, lo cual se notó pronto por la defeccion abierta de varios grandes de la mayor importancia. El mas notable de estos, fué el almirante de Castilla, don Juan Tomás Enrique de Cabrera; conde de Melgar y duque de Medina de Rioseco, cuyas inmensas posesiones, talento, y nacimiento elevado, hacian de él uno de los individuos mas poderosos y distinguidos de la nobleza. Despues de haber sido durante el último reinado, el árbitro y dispensador supremo de las gracias y favores de la córte, especialmente en clase de confidente de la reina, disputó á Portocarrero el egercicio del poder; lo cual al advenimiento del nuevo soberano le valió la venganza de su rival. Con pretesto de su amor á la casa de Austria, le habian quitado el empleo de caballerizo mayor, y si á ello no se hubiese opuesto la córte de Versalles hubiera salido desterrado de la córte. Aun cuando sintiese profundamente estas humillaciones y continuase su correspondencia con la córte de Viena, hizo proposiciones efectivas ó aparentes al nuevo gobierno, y hasta trató de ganar el afecto de la reina y el de la princesa de los Ursinos.

El indicio ó la mera posibilidad de una gracia insignificante á favor del almirante dieron que temer á

Portocarrero, y fueron causa de que este ministro se empeñase en perderlo. A fin de separarlo del centro de su influjo y enviarlo á una especie de honroso destierro, fué nombrado embajador en la córte de Versalles por órden espresa de Luis y á propuesta del cardenal. Los remordimientos de su conciencia, del carácter implacable de su poderoso enemigo, le inspiraron temor; consideró por lo tanto, su nombramiento como el preludio de su prision, viéndose ya encarcelado en paises estraños, lejos de sus amigos, y sin poder egercer influjo ninguno. Aceptó en apariencia la embajada y se preparó á emprender su viage despues de reunir cantidades crecidas en metálico y valores. Tomó al salir de Madrid el camino de Bayona, pero no bien hubo llegado al puente que separa el camino de Portugal, tomó un pretesto para cambiar de direccion, y se dirigió á aquel reino (68). Entró en Lisboa, con un séquito de trescientas personas y ciento cincuenta carruages, en compañía de su primo el conde de Corzano. Fué recibido en aquella capital con toda la consideracion que merecian su rango elevado y su grande influjo; y no tardó en declarar que el testamento de Cárlos II era una invencion y no mas de Portocarrero; en virtud de lo cual reconoció al archiduque de Austria por el rey de España con el nombre de Cárlos III, y publicó á fin de justificar su conducta una sátira amarga contra el gobierno de los Borbones. Don Pascual Enriquez, sobrino suyo é hijo del marqués de Alcañices, se alarmó al adivinar un paso tan arriesgado y lo abandonó en Zamora, regresando á la córte de Felipe. Poco á poco se fué aumentando el número de los partidarios del almirante, cuyo egemplo siguió entre otros su amigo y confidente el duque de Moles, que desempeñaba las funciones de embajador de España en Viena.

La conducta de este poderoso magnate, el número de sus parciales, la estension de su influjo y las consecuencias que se temian de su influjo, llenaron de in-

quietud y miedo al gabinete de Madrid. Todos los partidos consideraron su fuga como señal de una defeccion general de la grandeza y preludio de la guerra civil (69). Todos estos acontecimientos desgraciados hicieron indispensable el regreso de Felipe á la capital. Recibió este monarca de la córte de Versalles el acostumbrado consejo para que apresurase su salida de Italia, y Luis XIV hizo esfuerzos inauditos á fin de que saliera de su apatía, temiendo que esta sola bastase para destruir la prosperidad de ambos pueblos.

El monarca francés adoptó nuevas máximas de política. Hasta entonces las nociones inexactas y preocupaciones de sus agentes, le habian dado una idea equivocada del carácter español, dispuesto segun él creia á soportar toda clase de insultos y desprecios, y de someterse con docilidad á quien quiera que se hallase al frente del gobierno. Pero los secretos acontecimientos de Europa, y en especial el descontento que empezaba á estallar en España, así como el valor que habian mostrado contra los aliados durante la reciente invasion de Andalucía, enseñaron á Luis á respetar á un pueblo, cuyo carácter habia juzgado mal. Con este motivo diéronse órdenes para reprimir la petulancia de Louville, y Marsin odioso ya á los españoles, se vió obligado á hacer renuncia de su destino.

Las precauciones que se tomaron para elegir otro embajador, dan á conocer que los franceses guardaban ya tantos miramientos á los españoles, como poco antes se mostraron indiferentes á lo que estos pensasen ó desearan. El cardenal Estrées fué elegido para esta mision, tanto a causa de la habilidad política que habia mostrado en las embajadas de Roma y Venecia, como de su amistad estrecha con la princesa de los Ursinos. Con pretesto de felicitar al monarca, se reunió á él en Milan, en donde á ruegos de Felipe asistió á las discusiones del despacho. El jóven soberano, se mostró muy complacido de sus modales y talento, ofreciéndole el

destino de embajador, y encargándose de alcanzar (70) el consentimiento de los ministros españoles. De ese modo parecia que no debia el cardenal su nombramiento á la córte de Versalles, sino tan solo á su mérito y á la recomendacion de Felipe y sus principales consejeros.

Las instrucciones dadas al nuevo embajador, son un suplemento á las de Marsin, y dan á conocer el cambio esencial que habia ocurrido en las relaciones políticas de ambos paises. El principio de ellas es una queja dura contra Marsin y Louville; de este último, dícese que «desde que salió Felipe V para Italia, todo el mundo lamenta su viveza estremada, su altanería; el desprecio con que trata á los españoles, y con que desea que los demás los traten. Manda S. M. al cardenal que examine si son fundadas estas quejas, y si abusa Louville de la confianza del rey de España, si se enagena de la voluntad nacional, es preciso tomar el partido separarlo; pero si solo promueve la envidia estas quejas, adviértasele que se modere mas y mas, y puede servirse de él el embajador muy útilmente, para que sepa el rey lo que su eminencia no puede decirle.

«El conde Marsin, aun cuando tenga toda la prudencia y demás cualidades necesarias, no ha podido evitar que lo miren los españoles como uno de los que mas contribuyen á indisponerlos con el rey su amo. Ha espuesto que su regreso á España seria perjudicial al servicio público, porque la energía de su celo ha levantado hasta cierto punto toda la nacion en contra suya.

«Desvia el rey á los españoles de su servicio á causa de una preferencia sobrado manifiesta hácia los franceses; diríase que sus súbditos son para él insoportables, á lo menos de tal cosa se quejan ellos, asegurando que por esta razon, muchos han regresado á Madrid en lugar de acompañar al rey al ejército; añaden, que desde que S. M. ha salido de su capital, ha cesado

completamente de hablar su idioma, y que da señales de despreciar y aborrecer en estremo á toda la nacion. El rey es frio, y los españoles mas circunspectos; nada por lo tanto, sirve de lazo entre el soberano y los súbditos, y así se aumenta la natural antipatía entre franceses y españoles.

«Es preciso que ponga el rey de España el mayor esfuerzo en ganar la amistad de sus súbditos; si estima poco á los españoles, es forzoso que oculte cuidadosamente estos sentimientos, pensando que debe pasar con ellos su vida, y que ellos son los que gobierna. Que los forme, que les inspire mayor celo y los uniera á ser útiles para toda clase de empleos; de lo contrario, se harán de dia en dia mas torpes, y se apagará del todo su celo si no lo sostiene la esperanza de alcanzar la estimacion de su señor. La nacion española ha dado al mundo no menos hombres eminentes que otra cualquiera, y puede todavía dar muchos mas.

«El rey de España es jóven, y verá que distinto aspecto toman los negocios, si él se empeña en ello. Bien será el alabar su aficion á los franceses, procurando que no pierda el recuerdo de su nacimiento ni deje de amar, pues fuera ingratitud, á una nacion que derrama por él su sangre; pero su amistad á Francia debe inspirarle el deseo de que vivan en la union mas estrecha franceses y españoles, y si prefiere á los primeros, se aumentará el ódio, y harto fuerte es ya por desgracia la antipatía.»

Háblase, en seguida, de la reina y de los elogios que merece, añadiendo que si alguien ha de gobernar á Felipe, vale mas que sea ella que otra cualquier persona. Dáse el rey de Francia el parabien de haber enviado por consejera á una persona de tanta confianza como la princesa de los Ursinos, afirmándose que desea S. M. que el cardenal obre perfectamente de acuerdo con la princesa de los Ursinos.

«El señor Orri conoce harto la necesidad, continúa

diciéndose, de aliviar al pueblo de Madrid de los impuestos que lo abruman, cuyos medios propone en sus escritos Es esta una de las mas urgentes é importantes resoluciones que debe tomar el rey de España; pero cada dia se ven mas claros los malos efectos de las reformas hechas al principio del reinado. Es preciso corregir los abusos del estado; pero no todos se pueden reformar á un tiempo, pues se espone á perderlo todo, el que quiere obrar con desmedida precipitacion.

Estas instrucciones terminan espresando la conviccion íntima de que el cardenal mostrará el mismo celo que mostró en sus misiones anteriores, y diciendo que la delicadeza estremada é importancia de esta embajada, eran los motivos que habian decidido al rey de Francia á escogerlo, como á la persona mas inteligente y capaz de todo el mundo (71).

CAPITULO VIII.

1703.

Regresa Felipe á Madrid acompañado del nuevo embajador.—Situacion de la princesa de los Ursinos.—Intrigas del cardenal y de los agentes franceses contra ella.—Correspondencia entre ambas córtes con este motivo.—Destitucion del cardenal Estrées suplantado por su sobrino el abate.—Retiro de Portocarrero y Arias.—Favor de Montellano.—Cambio del ministerio español.—Disputas entre el nuevo embajador y la princesa de los Ursinos.—Desagrado de Luis XIV.—Relacion de Felipe tocante á su córte.—Destitucion del embajador y Louville.—Decídense á separar tambien á la princesa de los Ursinos.

En Génova, al regresar de Milan, recibió Felipe las tristes nuevas de la destruccion de la flota de Vigo; por lo cual precipitó su viage, desembarcó en Antibes, y tomó el camino de Madrid por Cataluña y Zaragoza. Al llegar á la capital en donde lo recibieron con las mas vivas demostraciones de amor y júbilo, tomó sin dilacion las riendas del gobierno. Velaban solo sus cortesanos con la seguridad de que su llegada produciria el efecto de calmar el furor de los partidos, y que su presencia acallaria el descontento general, alentando el ánimo de sus fieles súbditos, y dando nueva energía á todos los resortes de la máquina administrativa.

Iba á ya llegar el momento de conocer que carecia de fundamento el sistema que habia seguido Luis XIV respecto á España. Habíase imaginado este monarca que gobernaria á su antojo la córte de Madrid; que consentiria el rey en que lo gobernase contínuamente la rei-

na ; que la princesa no dejaria jamás de mostrarse sumisa y obediente al embajador francés , que el embajador obraria siempre de acuerdo con la princesa, y esta mereceria en todos tiempos su confianza ; por último, que el pueblo español apegado en todas ocasiones á sus leyes y costumbres , acostumbrado á mirar con recelo la intervencion de los estrangeros, veria con paciencia á los franceses hacer y deshacer gobiernos , administrar su hacienda , violar sus usos , cambiar sus leyes. En verdad, no se concibe con pudo suponer que este pueblo perderia en un dia su antigua y arraigada antipatía á la intervencion estrangera. Tales eran, empero , las esperanzas de un monarca, que engañado al ver los primeros síntomas de docilidad y contento de los españoles, habia podido creer, á pesar de su conocida sagacidad , que se dejarian gobernar los súbditos de su nieto segun él deseara y permitiese.

Durante la ausencia de Felipe , la impopularidad suma de Portocarrero y Arias , decidió á la princesa de los Ursinos á depositar su confianza en el conde de Montellano , cuyo buen juicio, integridad y moderacion gozaban del aprecio universal. Su empleo de mayordomo mayor interino , le daba entrada franca en la régia cámara , al mismo tiempo sus modales insinuantes y flexibles , y el estado de las cosas le habian ganado su confianza y estimacion.

Ayudada por este personage, habia tomado la princesa la direccion principal de los negocios , y hacia cuanto dependia de ella para desarraigar del ánimo de los españoles las preocupaciones que eran fruto del impulso nocivo que habian dado los anteriores gobiernos. Envanecida con su triunfo , se daba parabienes á sí misma en una carta que escibió á Torcy. «Mi favor con la reina , decia , aumenta á cada paso y no sé ya cual de SS. MM. me dispensa la honra de amarme mas. Ya todo me parece mas sosegado , y espero que el cardenal Estrées, con su habilidad acabara de ganar el afec-

to de los grandes, haciendo valer mejor todavía las razones que he empleado para destruir la desconfianza de estos señores. Hé aquí, á Dios gracias, *mi ministerio*, si es lícito usar de esta palabra, terminado por lo que á la reina toca. En tanto que no penseis en quitarme de aquí, me mezclaré mucho menos de lo que no me importa.»

De hecho no era demasiado atrevida la palabra *ministerio*, porque la princesa de los Ursinos gobernaba á la reina con singular destreza, y ella sola conocia las instrucciones secretas de Luis, que trataba de ejecutar con tanta habilidad como acierto. Era esta, ni mas ni menos la idea que tenia de sus servicios el gobierno francés. «No podríais terminar mejor vuestro *ministerio*, le contestó Torcy, que con la negociacion tan bien desempeñada de obligar á los grandes de España á que vayan á esperar al rey su señor. No dais lugar á que os tributen elogios mas que en este punto, en tanto que los mereceis y muy grandes por el modo con que se ha conducido la reina desde que está en España. Juzgad como recibiria el rey la proposicion de retiraros de Madrid, sabiendo que tales son vuestros triunfos, que si hubiéseis salido de allí, seria preciso rogaros que volviéseis. A pesar de vuestros propósitos de no volverme á escribir de negocios sérios, espero aun que la necesidad y el bien del servicio público os moverá á continuar (72).

Ciertamente que los elogios del gabinete francés eran tan merecidos como sinceros; pero el regreso de Felipe introdujo, en la escena política, actores distintos, puso á la princesa de los Ursinos en posicion nueva y delicada.

El cardenal Estrées, embajador recien nombrado, era un prelado ilustre por su nacimiento y posicion; distinguido por su instruccion, la elevacion de sus sentimientos, y lleno de honor y grandeza de ánimo. Dotado de superior talento diplomático, habia activado

y profundizado esta ciencia en dos escuelas, célebres entrambas en la intriga: Roma y Venecia, pero, su posicion y cualidades brillantes no eran las mas á propósito para desempeñar con fruto el destino de embajador en España en las circunstancias en que se veia el pais. Su carácter eclesiástico y su dignidad hacian inevitables las disputas con Portocarrero y Arias acerca de las preeminencias. La conviccion que tenia de su mérito, era causa de que mirase con altaneria á sus cólegas, sus variados conocimientos lo inclinaban á hacer alarde de su saber, lo cual no podia menos de lastimar el amor propio de las personas ligadas con él para el despacho de los negocios administrativos, sobre todo creyendo ser el único representante del rey de Francia, y como enviado por este soberano á España espresamente, no á fin de recibir ó dar consejos, sino para gobernar, á su antojo, el gabinete español.

Acompañábalo su sobrino el abate Estrées, el cual, con no menos orgullo y fatuidad, tenia toda la ambicion é inconsiderada presuncion de la juventud, por lo que no aspiraba á menos que á suplantar á su tio.

Hallaron en la córte á Louville, confidente de Felipe y uno de los gefes de la servidumbre real. Hombre de talento, pero, mordaz, vano con el favor del rey, orgulloso y arrogante, tal era Louville que además, de todo esto, profesaba estremada aversion á la princesa de los Ursinos. Como agente ordinario y confidencial del gabinete francés, contribuyó, mas que otro cualquiera, con sus observaciones picantes, á engañar al rey de Francia, á fomentar las disputas entre sus compatriotas, y á hacer renacer la mal apagada antipatía entre franceses y españoles.

Otro individuo de la misma pandilla, mucho mas peligroso, era el jesuita Daubeuton, confesor del rey, que veia con celos el favor de que gozaba la princesa de los Ursinos, cuyos errores exageraba, esperando

alcanzar, con la caida de esta, la encumbrada posicion á que supo elevarse la favorita.

No era fácil ni posible que permaneciesen unidas personas de tan distintos carácteres, é impulsadas por tan opuestos intereses; así es que, al cabo de ocho dias hallábase la córte en la mayor anarquía, empeñándose todos en calumniar y ofender á los demas. No tardó mucho la princesa en adivinar las miras del cardenal Estrées, y pensó al punto en dejar burladas sus intrigas. A pesar de sus protestas de moderacion, no habia servido el uso que hizo del poder mas que para dar mas vuelo á su ambicion, porque no era muger de esas que emplean sencillamente su influjo en bien y provecho de los demas. «Noto, escribia á la duquesa de Noailles, que mi permanencia en este pais es harto necesaria, y que si la reina y tal vez el rey caen en otras manos que las mias, podrian verse en compromisos estraños. Mi fidelidad, mi celo y mi eterno esmero, en servirlos, y en cuidar de su seguridad y gloria, no pueden reunirse, á lo que entiendo, en otra muger ninguna; y os confieso que conociéndolo como lo conozco, y viendo la relacion que todo esto tiene con la satisfaccion del rey, nuestro señor, no tendré ánimo para renunciar este encargo, ínterin vea las cosas tal cual ahora se hallan, por nocivo que el permanecer aquí sea á mi salud. Por otra parte, gracias á la confianza que en mí tiene S. M. miraria la reina como una desgracia mi separacion.»

Hablaba, en seguida, de un modo irónico, de la desmedida presuncion del embajador, y mostraba poco deseo de partir con él el poder. «Tendria sumo placer, decia, en que su eminencia tenga todas las satisfacciones que merece y espera; que pueda poner remedio á los males inveterados de esta monarquía, que su entendimiento trascendente, vasto é ilustrado, pueda persuadir á los españoles, mejor que hacerse amar de ellos; pero no quisiera verme comprometida á jurar que sucederá todo de este modo, porque miedo tengo que

la nacion, orgullosa naturalmente, mire como una prueba de desprecio, por parte de Francia, el que le manden á uno de sus mas encumbrados personages, *no à fin de que les de consejos, sino para que los gobierne, lo cual puede aumentar el recelo con que miran à los franceses.*

«Yo por mi parte, cuido de luchar incesantemente; pero, sin lastimar á nadie; así es que parece milagroso que no se acaloren los ánimos, y creo que consigo esto porque conocen los españoles, que naturalmenie los quiero (72).

La rivalidad mal disimulada de las partes contendientes no tardó en ponerse de nuevo en movimiento, á causa de la prisa que mostró el cardenal embajador de hacer alarde de su superioridad, tomando sobre sí la direccion de los negocios públicos. Con esto y con pedir que no se dictase acuerdo ninguno, en casa de Portocarrero sino en la sala del consejo, ofendió á este antiguo servidor de la monarquía. Al propio tiempo, desconociendo las reglas de la etiqueta española, exigió que fuese el primero en visitarlo el presidente de Castilla, y llegó su altanería hasta el punto de quejarse enérgicamente del mismo soberano, porque no apoyaba lo que llamaba él sus derechos. Con la familiaridad mayor trató de entrar en la cámara real cuando el rey se hallaba solo con la reina y las damas de honor, y como lo reconviniese la princesa de los Ursinos, y se opusiese á la violacion de las formalidades establecidas, contestó con indignacion:—Otra vez traeré conmigo mi fé de bautismo, para que se sepa quien soy.—Hasta se mostró quejoso de que se negase la entrada en la régia camara á su sobrino, cuya edad é inferior categoría no le daban derecho ninguno á semejante favor.

Con esta presuncion, no solo paralizó el cardenal la marcha de los negocios, sino que se grangeó la enemistad de todos los ministros españoles. Portocarrero se negó á tomar parte en las discusiones del gabi-

nete, en presencia del embajador, en tanto que Estrées, por su parte, se negó á entenderse con el presidente de Castilla ó con el marqués de Rivas, secretario de estado. En este aprieto, Felipe siguiendo los consejos de la princesa de los Ursinos, restableció la antigua costumbre de despachar solo con el secretario de estado, hasta conocer la voluntad de Luis XIV en el asunto. Aun cuando concediese al embajador el privilegio acostumbrado de que se le diese con anticipacion conocimiento de los negocios de que iba á tratarse, este no solo rechazó esta concesion, con amenazas, sino que prorrumpió en invectivas contra la princesa, diciendo, con frecuencia: Esta muger gobierna y cansa al rey.—Hallaron apoyo estas quejas en la córte de Versalles, en su partido entero, que interpretaba la conducta cuerda de Felipe y la firmeza de la camarera mayor, como si fuera el resultado de una conspiracion que tenia por objeto disminuir el influjo de Francia, uniéndose con el enemigo de ambas coronas.

Se dió mas credito del que debiera á esta exagerada interpretacion, y Luis XIV, que esperaba ver renacer la paz, con el regreso de Felipe, y la llegada de un embajador, lleno de esperiencia, y que contaba con la mas cabal armonía de este y la princesa, supo, con hondo pesar, tanta desunion y rencilla. Trató, por lo mismo, de calmar el descontento de los españoles, especialmente de Portocarrero, encargó al embajador que se condujese con prudencia, y le dió órden terminante de que se sometiese á las formalidades de la etiqueta establecida; pero, al mismo tiempo, privó de su confianza á la princesa de los Ursinos, sin dignarse escuchar la justificacion de esta, ni las razones que alegaban Felipe y la reina. Sus cartas á su nieto muestran el rigor con que reprendia la menor falta de cumplimiento á sus mandatos, y hasta el asomo de un espíritu de independencia.

Carta de Luis XIV, à Felipe V.

4 de febrero de 1703.

«Dos años hace que reinais, y todavía no habeis empezado á hablar, como amo y señor, á causa de la desconfianza que de vos mismo teneis. No habeis podido desechar esta timidez, ni en tanto que despreciabais los peligros de las conjuraciones y de las refriegas mas vivas de la guerra. Llegais á penas á Madrid, y logran persuadiros que sois capaz de gobernar solo una monarquía, de que hasta el dia no habeis conocido mas que el escesivo peso. Olvidais el desconcierto de vuestros negocios, y os dais el parabien de dirigir solo la administracion. Lejos estaba yo de pensar que caeriais en semejante lazo, y que hubiese quien lo intentara.

«Considerad si correspondeis debidamente á la viva amistad que os profeso, empleando vuestra autoridad, la vez primera que haceis uso de ella, en escluir del consejo al cardenal Estrées, á quien he escogido para depositar en él toda mi confianza, para que os aconseje y alivie del peso de los negocios públicos, á quien, en suma, por el amor que me profesa, es vuestro servidor, cuando nada que desear le queda ya sino gozar en paz de la reputacion y de las dignidades que le han grangeado sus servicios.

«No es, empero, mi intencion quejarme de vos, porque conozco á fondo vuestro corazon, y cuanta mas confianza me inspiran vuestros sentimientos, tanto mas me duele el ver el torcido camino que os obligan á emprender. No hay necesidad de que os recuerdo yo lo mucho que por vos he hecho, ni de deciros que he preferido daros un trono, á mi propio provecho; que provecho y grande habia para mí en adquirir los estados que me daba el tratado de particion, los cuales poca resistencia hubieran hecho. Vos, que los habeis visto,

podeis juzgar, y harto conoceis que ninguna utilidad he reportado de los auxilios que os he dado. Sin embargo, por vos estoy arruiando mi reino; toda Europa se coliga contra mí, á fin de perderos, y España, insensible á las desgracias que la amenazan, en nada contribuye á su conservacion. Todas las molestias y gastos son para mí, sin que hayan sido mis miras otras que las de defenderos de los esfuerzos de vuestros enemigos.

«Es necesario, por lo menos, que antes de tomar cualquiera decision os pongais de acuerdo conmigo, y poco pediros que es asista á vuestro consejo una persona que me represente; teneis sobrado talento para desearlo. Elijo al cardenal Estrées, como al hombre mas versado en negocios públicos, y el mas ilustrado que pueda yo enviar á vuestro lado, cuyas luces y esperiencia os serán en estremo útiles; y este prelado esclarecido me sacrifica su reposo, su salud y quizá su vida, sin otro intento que el de darme pruebas de su gratitud y amor. Y cuando mas necesidad teneis de su esperiencia, cuando mas preciso es tomar resoluciones prontas á fin de asegurar vuestra seguridad y la del reino, mostrais una facilidad pasmosa á creer que podeis, sin mas ni mas, gobernar solo una monarquía que el mas hábil de vuestros antecesores con pena sabría dirigir en el estado actual. Califico de *facilidad*, lo que, en otro, llamaria *fatuidad*. Bien sé que os hallais distante de tener semejante defecto; pero, los defectos de otro no son menos peligrosos, y eso es lo que me causa pesar por vos.

«Os amo, con sobrada ternura, para decidirme á abandonaros, y sin embargo, me obligareis á ello, si no me hallo enterado de lo que pasa en vuestro consejo; lo que tendrá que suceder si quitais al cardenal Estrées la franca entrada que hasta ahora ha tenido, no solo á él, sino tambien al duque de Harcourt y Marsin; en este caso me veré en la necesidad de suprimir el destino de embajador en Madrid. Una mision vulgar no puede acomodar á una persona de su carácter y dignidad;

pero, si le mandase salir de Madrid, seria solo cumpliendo lo que de mí exige el bien de mi reino. No es justo que se arruinen del todo mis pueblos á fin de auxiliar á España, á pesar de esta nacion, y en vano trataria yo de hacerlo, cuando por parte de esta no vea mas que contradicciones, insensibilidad, y por la vuestra, que careceis de confianza conmigo y en los que yo os envio; en fin, que nos hallaremos acordes, al tomar las resoluciones convenientes.

«Escoged, pues, lo que mas os agrade, ó la continuacion de mi apoyo, ó los consejos interesados de los que quieren perderos. Si elegís el primer caso, mandad al cardenal Portocarrero que vuelva á tomar asiento en el *despacho*, aun cuando no sea sino por seis meses; continuad concediendo entrada en él al cardenal Estrées y al presidente de Castilla; no os encerreis en la vergonzosa molicie de vuestro palacio; mostraos á vuestros vasallos, escuchad sus peticiones, mandadles hacer justicia, cuidad de la seguridad de vuestro reino, y en suma, cumplid con los deberes que Dios os impuso al daros un trono. Si tomais el segundo partido, me ha de doler mucho vuestra ruina, que tengo por cercana; pero, á lo menos, dadme aviso de ello, que harto débil prueba será de gratitud, aunque grande, por cuanto me proporcionará los medios de dar paz á mis pueblos.»

Profundo dolor causaron á Felipe tan amargas reconvenciones, y en la respuesta que escribió á su abuelo, al traves de las espresiones de respeto, y sumision, se conoce harto bien que se hallaba lastimado en lo mas vivo del corazon.

Felipe V á Luis XIV.

18 y 21 de febrero.

«Confieso que me causa una desesperacion verdadera, y que no me encuentro con fuerzas para perdonar al car-

denal Estrées, lo que haya podido decir á V. M. para grangearse su afecto, de tal modo que deis mas crédito á sus palabras que á las mias; sé que no tengo tanta habilidad como él; pero, me atrevo á decir á V. M. que soy verídico y de buena fé, que lo que he escrito es sincero. El cardenal me ultraja, con toda intencion; en primer lugar, diciendo á V. M. que *lo he escluido de mi consejo*, y en segundo, persuadiéndole que, por presuncion, he tomado el partido de gobernar mis propios negocios, y que he caido *en este lazo á causa de los consejos interesados de gentes que quieren perderme.* Si fuera esto verdad, mereceria la indignacion de V. M.; pero, ni he escluido al cardenal Estrées de mi consejo, ni nadie me ha tendido lazo ninguno á fin de conseguir que yo gobierne solo y por mí mismo.»

Asegura Felipe que el haberse retirado tan impensadamente Portocarrero ha producido este conflicto, que ya no habia medio de suspender el despacho; que Estrées no queria ni que le hablasen del presidente, queriendo entrar solo; que la princesa de los Ursinos, lejos de aconsejar que se le *escluyese* del consejo, fué de opinion de que nada se hiciera sin consultarlo, y sin que diese todas las noches sus instrucciones en los negocios principales; que el embajador debia dar gracias á la princesa por el partido que se habia tomado, pues, hubiera habido una sedicion, si él solo entrase en el despacho, falta que á él solo le habian atribuido; que, no obstante, se ha gozado en tener este motivo para atacarla con *cuentos inventados à su antojo*; y que tanta cólera nacia tan solo del ceremonial de la cámara de la reina, especialmente por lo que disgustaba al abate Estrées.

La reina tambien se consuela escribiendo una carta muy viva, que nos parece esencial dar aquí íntegra:

Carta de la reina de España á Luis XIV.

«¿A qué me ha espuesto V. M., obligando al rey, su nieto, á que me enseñe la carta que le escribió en primeros de este mes? ¡Cómo! ¿es posible que os hayais dejado engañar hasta el punto de creer que este príncipe es un vanidoso, capaz de intentar gobernar solo, en su reino, escluyendo de su consejo á vuestro ministro? ¡De olvidar lo que debe á la ternura con que lo mirais, y todo esto, á causa de los *consejos interesados de los que quieren perderlo, encerràndolo en la vergonzosa molicie de su palacio*! ¡Cómo se ha atrevido el cardenal Estrées á escribir tales imposturas! Perdonadme si uso de esta palabra, pero, no conozco otra en el dolor que me martiriza, y es el único nombre que puede darse á lo que debe de haber escrito á V. M. para que haya valido tal carta al rey, pues, ni una sola circunstancia hay que no sea contraria á la verdad. ¿De dónde ha sacado que el rey, vuestro nieto, se haya creido asáz fatuo para tratar de gobernar solo, en su reino? ¿Es él quien dió lugar al retiro del cardenal del despacho? ¿Podia preveerlo? ¿Podia impedirlo? ¿Cuánto no hizo para obligarlo á volver? El cardenal Estrées lo supo y vió..... (*Siguen los pormenores del negocio, tal cual quedan estractados de la carta de Felipe*). ¿Puede llamarse jactanciosa esta conducta del rey, vuestro nieto, y ha debido dar lugar á que el cardenal Estrées haya escrito que lo han escluido de los consejos del rey?

«En verdad que este príncipe es harto desgraciado viendo que es presa de las calumnias de un hombre tan malvado, el cual, no contento con esta falsedad envenena las cosas hasta el punto de atacar el corazon y probidad del rey, é insinua con dañada intencion que S. M. ha olvidado la ternura con que lo mirais. ¡Qué ultrages al jóven soberano! No es menor aquello de los

consejos interesados de los que quieren perder al rey, encerrándole en la vergonzosa molicie de su palacio. ¿Qué quiere decir con esto? Si á mí es á quien ataca, juzgad hasta donde llega su atrevimiento. Decir que quiero perder al rey, decir que trato de tenerlo en una vergonzosa molicie ¿puede esto aguantarse? ¡Yo que hé ocultado mis lágrimas para que no se quedase á mi lado cuando debia pasar á Italia, yo por último que conociendo cuán espuesto se hallaba á las conjuraciones y peligros de la guerra, he ahogado todos mis suspiros para no descubrir la amargura de mi corazon á fin de que su ánimo no decayese!

«Tampoco el cardenal tiene ningun derecho para atacar á la princesa de los Ursinos. Debo hacer justicia á esta y confesar que sus consejos han sido siempre para mí de mucha utilidad, y que su buen juicio y conducta le han proporcionado la estimacion de todo el mundo en este pais. Debo decir, ademas, que su amor y adhesion á V. M. es infinito, y que nunca ha deseado otra cosa sino que el rey y yo correspondamos como debemos al efecto con que nos honrais».

En seguida hablaba de la conducta de su marido, que iba á caza, no se ocultaba á los grandes, presidia con regularidad el consejo, y despachaba casi todos los dias con el embajador.

«Siendo esto así, continua la reina, ¿cómo puede decirse que vive el soberano en una *vergonzosa molicie encerrado en su palacio*? ¡Triste de mí! apenas acabo de tener el gusto de volver á ver á mi rey amado cuando ambos, él y yo, nos vemos atormentados por las reconvenciones terribles que dirigis al rey vuestro nieto. Tenemos, ademas, el dolor de saber que ese cardenal no contento con hablarnos como un hombre victorioso se alaba en todas partes de que á él se deben las reconvenciones de nuestro abuelo. Os confieso que este hombre es un mónstruo que no ha escitado mas que la discordia, y que cada dia se atrae el ódio de

todo el mundo por sus modales; mas corazones nos ha enagenado desde que está aquí que los que habia ganado vuestra bondad desde que habeis tomado esta corona bajo vuestro amparo y proteccion.

«Me quitais á la princesa de los Ursinos, y por terrible que sea para mí este golpe lo recibiera sin quejarme si viniese tan solo de vuestra mano; pero al pensar que este es el fruto de los artificios del cardenal y del abate su sobrino, os confieso que me desespero á mas no poder. Os ruego que quiteis de mi vista á estos dos hombres que miraré durante todos los dias de mi vida como mis mas crueles enemigos y perseguidores».

En esta defensa de la princesa de los Ursinos no vió Luis XIV mas que una nueva ofensa, y se aumentó de un modo estraordinario su indignacion hácia ella, al leer un escrito enérgico que se aventuró la princesa á remitirle con el fin de justificarse. En él confesaba francamente que Felipe habia obrado segun sus consejos, y trataba de sincerarse diciendo que su conducta habia sido la mas á propósito para calmar la animosidad de los partidos, y hasta para impedir sublevaciones; encarecia su propia capacidad y esponia detalladamente los beneficios que esperaba alcanzar como resultado de sus decisiones; rechazaba en seguida las acusaciones dirigidas contra su persona, y hacia una descripcion nada lisongera de la fatuidad y engreimiento no menos que de la violencia y locura del cardenal y su sobrino. Declaraba empero que si permanecia en la córte, lo cual era de la mayor necesidad, obraria siempre de acuerdo con ellos cuando se tratase de defender los intereses del rey de Francia con tal, sin embargo, que fuese esto compatible con los deberes que habia contraido con el rey de España. Criticaba altamente el proyecto de ambos clérigos de indisponer á Felipe con la reina, diciendo que era mucho mas prudente y natural asegurar á la Francia un influjo perma-

nente en Madrid ganando su confianza, que indisponerla con su marido con las intrigas del embajador, cuya residencia era precaria y muy incierto el influjo. Encargaba mucho que se respetasen los sentimientos de Felipe, pareciéndole mejor que se le hiciese saber el estado de los negocios públicos, aconsejándolo que resolviese por sí mismo en vez de ostigarle, como se queria hacer, para que sin exámen dijese si ó no.

De este modo, añadia, siendo laborioso como es, y con tanto talento como tiene, pronto seria tan hábil como sus ministros, y se haria respetar de sus súbditos que no lo estimarán jamás si no lo consideran capaz de gobernar con sus propias luces (73).»

En esta justificacion desdeñaba el rechazar la acusacion de connivencia con los enemigos de ambas coronas, pidiendo por último al concluir su escrito permiso para dejar su destino, único medio de dar importancia y consideracion al embajador.

Esta queja atrevida no podia menos de aumentar el desagrado de un monarca, tan estremadamente celoso de su autoridad. Al punto, por lo tanto, aceptó la renuncia de la princesa de los Ursinos, quejándose de que perjudicaba á sus intereses por falta de buena armonía con su ministro.

Pero ni las órdenes, ni la intervencion del monarca francés, bastaban para poner término á la discordia. Creyéndose ya el embajador libre de la inspeccion de la camarera mayor, trató de alcanzar la separacion de Orri cuyos conocimientos tenia en poco, y cuyo afecto á su protector conocia y queria castigar. Por lo tanto, dió de él malos informes pintándole como un hombre venal y opresor de los españoles; decia con su altivez acostumbrada que indignaba el ver que un personage de su categoría que habia ido á España á ocupar un destino inferior á su rango y mérito, se viese sin cesar en pugna con un insolente advenedizo y sus innobles satélites. No menos duro se mostraba con Aubigny,

persona en quien depositaba toda su confianza la princesa de los Ursinos, y que por lo tanto, era objeto de su ódio y mordacidad. ¿No es cierto, decia el cardenal, que al mandarme venir aquí me enviásteis á fin de que luchase con los grandes, pero no con el objeto de tener contiendas con dos pilletes? Dábase tono de que el rey era como su pupilo, tratando á este príncipe y á la reina como si fueran dos niños; daba los destinos mas importantes sin consultar con nadie, contestando á Felipe cuando se atrevia este á hacer cualquiera observacion, con este argumento sin réplica: la voluntad de Luis XIV. No tuvo escrúpulo ninguno en valerse de los ausilios del confesor para alcanzar su propósito y determino al flexible jesuita á prostituir los deberes de su sagrado ministerio, á fin de apartar á los régios esposos indisponiendo al soberano en contra de la reina. Pero todos los medios empleados para romper estos lazos, solo dieron por resultado la certidumbre de que era empresa imposible.

El pesar que esperimentó la reina al saber que le quitaba á su favorita influyó malamente en su salud, y Felipe al ver esto mostró una firmeza estrordinaria á fin de que la camarera no dejase su destino. Cada una de las intrigas tramadas por el cardenal y sus parciales demostraba hasta la evidencia de la falsedad de las noticias dadas á Luis con objeto de que creyese que la córte de Madrid, y la nacion española podian facilmente ser gobernadas á la fuerza. El rey de Francia á consecuencia de esto, se vió en una posicion comprometida, conociendo sobrado que la salida de la princesa de los Ursinos seria la señal de nuevas disputas de que dimanaria mayor confusion, y que las dificultades con que luchaba el gobierno de Felipe, lejos de disminuir iban á complicarse mas y mas. Deseaba por esto que permaneciese en la córte la princesa; pero juzgaba que era poco decoroso para su dignidad el abandonar á su embajador, y que era vergonzoso destituirlo en cir-

cunstancias tan difíciles. Como no era dificil el conciliar estos encontrados pareceres, fué preciso tomar un partido y el que se adoptó no da alta idea de la habilidad política del gabinete de Versalles.

Torcy quedó en el encargo de escribir á la princesa de los Ursinos, la carta bastante ambigua en la que al mismo tiempo que criticaba su conducta imprudente sin darle esperanza de que admitiese el rey sus disculpas, le rogaba que permaneciese en Madrid. Esta carta iba acompañada de otra que Luis XIV dirigia á su nieto en la que despues de recomendarle que siguiese los consejos de su embajador, se espresa en estos términos.

«En medio de la afliccion que me manifestais y debe cesar, ya veo que V. M. y la reina desean que la princesa de los Ursinos continue á su lado. No me opongo á ello; pero obligadla por vuestro bien ó que viva en completa armonía con mi embajador. Seria poco decoroso y casi ridículo á los ojos de toda Europa que cambiase yo á cada instante á los ministros que envio á Madrid, pues imaginaos hasta donde debe llegar la confianza que en ellos deposito. Aun cuando no se tratase del cardenal Estrées seria preciso para bien de mi servicio y del vuestro, que se guardasen las mismas consideraciones hacia cualquier otroque yo emplee. Os encargo que hableis á la reina en el sentido en que os escribo, porque ella mejor que nadie es capaz de someterse á la razon. Creed entrambos que la ternura con que os amo es muy grande, yque me conmueve mas de lo que podeis imaginar el pesar que me veo obligado á causaros; pero no os amaria como debo amaros si os ocultase cosa alguna.»

Estas semi-disculpas nopudieron calmar el resentimiento de una muger tan orgullosa como la princesa de los Ursinos, y que conociendo hasta donde alcanzaba su poder, estaba muy decidida á fortalecerlo. Contestó pues á Torcy quejándose de que le escribiese con tan

insoportable dureza; pidió una satisfaccion por las ofensas anteriores que habia recibido, declarándole que puesto que habia recibido órden formal del rey para retirarse no permaneceria en Madrid sin una nueva órden terminante de S. M. En seguida hacia como que olvidaba sus pasados sinsabores al mismo tiempo que hacia alarde de su superioridad y de la escasa habilidad de sus adversarios; trazando ademas la córte de Versalles un plan de conducta no menos á propósito para el cumplimiento de sus miras que para salvar el honor de Felipe.

«La injusticia con que insisteis tratando, decia, no es de importancia ninguna por lo que a mí toca, pero vivid persuadido de que alarme todo el mundo en este pais. Si quereis sujetar á los españoles por medio de la fuerza, no os tomeis semejante molestia, y si tratais de unir entrambas naciones por medio de la blandura, este egemplo perjudica á todas vuestras medidas. Estrées y Louville que, miro mas bien como gentes dejadas de la mano de Dios, que como á personas de juicio, antes de poco, tal vez, tratáran de que creais que esto es verdad, á menos que sigan al salir yo de Madrid las máximas que yo sigo y hoy tienen ellos por un crímen. No lograrán feliz éxito en pais ninguno del mundo con la conducta que observan; pero los españoles son todavía menos ápropósito que los demas para aguantar á tales amos».

Combate tambien el principio de que el rey debe dar apoyo á su embajador, porque equivaldria esto á ser cómplice de todas las faltas que puede cometer un embajador por ignorancia ó infidelidad. Anuncia que se consume la reina de fastidio, que ha tenido ya dos accesos de fiebre, que no cesa de hacer reflexiones mas sérias de lo que á su edad conviene, acerca de lo que puede sucederle, cuando se dá crédito, mas bien que á ella y al rey, á gentes que quieren dominar y que tienen interés en que se sospeche de ella.

Teniendo la conviccion de que se habia adelantado demasiado para poder retroceder con honor, obraba con el mismo ánimo que escribia, valiéndose de todo su crédito á fin de escitar mas y mas, la indignacion de los jóvenes soberanos contra la conducta ofensiva del embajador, y por último, logró persuadir al rey de Francian que sin su intervencion, era imposible que se mantuviese un buen acuerdo entre ambos gabinetes. Entonces, el mismo Luis XIV apeló á la gratitud y afecto del embajador, exhortándolo á sacrificar sus sentimientos personales en beneficio público, y ó ser el primero que diese pasos para reconciliarse con la princesa de los Ursinos. No se negó el cardenal á obedecer; pero los síntomas de repugnancia é indignacion que no supo disimular, no eran á propósito ni para restablecer la armonía con esta muger poderosa, ni disipar la prevencion de Felipe y de la reina.

Al dar cuenta al rey de España de las intenciones de Luis relativamente á la princesa de los Ursinos, el cardenal tomó un tono que no era el mas conveniente para calmar sus resentimientos, y que lejos de esto podia irritarlos mas. Preguntó al monarca como la princesa de los Ursinos, sabiendo que SS. MM. deseaban que permaneciese á su lado, habia pedido permiso para ausentarse.—Ya sabia ella, contestó Felipe, que no se iria, porque nos opondriamos á ello.—A lo cual contestó el embajador sonriendo:—Os lo agradezco de todo corazon, señor, esta sola confidencia que os habeis dignado hacerme, desde que estoy en Madrid; pero guardaré secreto, y os prometo que nada sabrá la camarera mayor.—Se chanceó, al mismo tiempo, hablando de un *memorial de los pueblos*, escrito y publicado para que no saliese de España, en el que se la comparaba á las mugeres ilustres de la Biblia, sobre todo á Judith.—Esta ultima comparacion dijo, me daria miedo, si fuese exacta. Temeria que se halle en riesgo mi cabeza, pero, voy á ponerme mas á cubierto,

haciendo ahora mismo una visita á la princesa (74).»

Un cumplido tan violento y tan poco sincero no podia dejar contenta á la princesa de los Ursinos; así es que conservó siempre el mismo tono de superioridad, y manifestó la misma altivez con el cardenal. Se negó abiertamente á ceder en lo relativo á la satisfaccion que habia pedido á Louville, hasta que por último, se vieron obligados estos diplomáticos, encanecidos en la córte, y el altivo Luis XIV, á ceder á una muger que dió á conocer lo que valian sus servicios y la importancia de sus consejos, en el momento mismo en que creian todos cierta su caida.

El monarca francés, en la siguiente carta escrita de su propio puño, consintió en pedirle que continuase prestando sus servicios.

«Si dudase, cara prima, de vuestro celo y fidelidad, no hubiera aconsejado á los jóvenes soberanos de España que os hicieran permanecer en Madrid; pero como tengo certeza de ello, confio en que será útil que os quedeis, tanto á mi servicio, como al del rey mi nieto. No podeis confirmar mejor la opinion que tengo, que obrando de concierto con el cardenal Estrées, á quien honro con mi confianza y encargo de mis órdenes en España. Debeis estar persuadida de que tendré mucho placer en daros á conocer la satisfaccion que me inspire vuestra conducta, con señales de mi estimacion y afecto.»

El orgullo y la vanidad de la princesa se vieron cumplidamente satisfechos, viéndose, de un modo tan honroso, restablecida en el ejercicio del poder, y recobrando la perdida confianza. Hizo este triunfo que redoblase su celo y actividad, á fin de que se convenciese la córte de Francia de su importancia. Entre otras pruebas de su poder, relativamente á peticiones hechas, hasta entonces sin fruto, alcanzó del rey de España y sus ministros que se confiscasen los objetos pertenecientes á estrangeros que se habian podido salvar en la es-

cuadra de Vigo, prometiendo que se fallase la causa del almirante de Castilla, paralizada á causa de sus numerosos partidarios, y por respeto á la poderosa familia del magnate; sirvió á Orri en la ejecucion de sus planes rentísticos; influyó para que se aumentase el ejército, y se formase la guardia, segun habia solicitado la córte de Versalles, y que los españoles, no querian ver instalada, temiendo que el aumento de la fuerza armada alentase al rey á destruir las escasas libertades que al pais quedaban en vez de contribuir á la defensa nacional (75).

Ni se contentó siquiera con estas pruebas de su celo y grande influjo. Hemos hablado ya de las tentativas que habia hecho Luis á fin de adquirir los Paises Bajos, y los motivos que lo movieron ó suspender este plan; en esta favorable ocasion, volvió á ponerlo en planta. Con el propósito de que se le creyese desinteresado, propuso la cesion de este pais al elector de Baviera, en recompensa de su alianza y de los servicios prestados por este príncipe en Alemania; pero tuvo cuidado de guardar para sí las fortalezas de Luxemburgo, Namur, Mons y Charleroi, lo cual le aseguraba la posesion de todo el pais, aun cuando no se hallase tan seguro como estaba de la adhesion del elector.

El cardenal Estrées tuvo encargo de hacer esta proposicion á Felipe, demostrando que ganaba infinito España en esta cesion. «No sirven, decia, estas provincias mas que para arruinar á España, sin que de ellas saque esta nacion el menor fruto ; pues, la comunicacion que proporcionaban á los monarcas austriacos con el imperio, es hoy en dia, no solo inútil, sino perjudicial. Cuanto mas distantes estén los estados de la monarquía de los enemigos, tanto mas fácil será conservar en ellos la tranquilidad, y seria de temer, si conservase España los Paises Bajos que fuesen en lo sucesivo un motivo de division con Francia. Aun cuando se considere la cesion como una desmembracion desagradable, no seria com-

parable el daño á los beneficios que daria la alianza con el elector, porque si él no se ponia de parte de España en la lucha, habria que resolverse á perder los estados mas considerables; costaria mas si pidiese el rey de Francia la indemnizacion de todos los gastos hechos y por hacer, conservando con esta compensacion, aunque ni seguridad tenga de poder conservar las plazas que conserva.» El cardenal al mismo tiempo encargó al rey que guardase secreto, porque no se trataba aun de una cesion solemne, añadiendo que por entonces se contentarian con un mero ofrecimiento de Felipe, firmado por este soberano.

No fué, empero, el cardenal quien tuvo el honor de llevar á cabo esta negociacion importante; en efecto, antes de que tuviese ocasion de poner en obra su habilidad y elocuencia, ya estaba informada la camarera de las intenciones de Luis XIV por el abate Estrées, y consiguiendo una promesa por escrito de Felipe, la remitió á la córte de Francia.

En los mismos momentos en que acababa de alcanzar la princesa un triunfo tan manifiesto, estaba siendo víctima de una intriga subalterna que puede mirarse como un episodio de este drama político. Louville, el abate Estrées y el confesor, aunque opuestos los tres de carácter, se habian puesto de acuerdo para derribar al embajador y á la camarera. Tan bien habian ocultado sus intrigas, ó mas bien con tal destraza supieron valerse del resentimiento que abrigaba la princesa de los Ursinos contra el cardenal, que alcanzó el abate ser confidente de la ofendida, y que por su parte Louville salió para Versalles, acompañado de Orrí, con encargo de alcanzar la separacion del cardenal y el nombramiento del sobrino en lugar del tio.

En su correspondencia con Torcy, hé aquí como se espresaba la princesa de los Ursinos: «Supongo que esos caballeros se hallarian acordes en lo que han de decir. El estado en que nos vemos es muy malo, y la causa es

harto visible para que no piensen de igual modo. Desde que confesó Louville las faltas que conmigo habia cometido, no puedo menos de encarecerlo, y confio en que su conducta será cada dia mas de mi agrado, puesto que me confesó buenamente que no veia para mi provecho, mas recurso en este pais, que seguir mis consejos, que segun él son los mejores. El abate Estrées conoce tambien el buen camino, pero debe demasiado á su tio, para no verse á veces en la necesidad de desviarse de él, y esta causa me mueve á decir que se portaria mejor, si estuviese solo ; S. M. necesita á Orri , por lo que os ruego que lo despacheis al punto. Pero por Dios , dad crédito a lo que él os diga, y tomad alguna resolucion, porque el mal se agrava tanto que la menor dilacion puede causar desórdenes incalculables.»

Felipe apoyó las manifestaciones de Louville y Orri, y la carta que dió á este para Luis XIV encerraba las quejas que tenia contra el embajador y Portocarrero, á quienes acusa de abrigar malos pensamientos , y cuya prueba daba remitiendo cartas que habian sido interceptadas. Manifiesta su pesar de verse entre ambos precisado á disimular lo que sabia, y no pudiendo por otra parte conseguir de otros las instrucciones convenientes relativas á la hacienda, objeto principal del despacho. «Sus principios, dice, aunque opuestos, hace que obren unidos, cuando se trata de perjudicar á mis intereses verdaderos; así es que todo vá de mal en peor, todo anuncia que no se puede pasar sin cambios considerables. Deseo que V. M. examine los asuntos de que debe darle cuenta Orri; dadme una pauta que guie mi conducta, despues de lo cual me conduciré en todo con una presteza que corresponderá al deseo que teneis de que mande como amo, y podré hacerlo así sin vacilar cuando sepa que sigo el camino que vos me abrais. Orri, en verdad, es un hombre maravilloso, tanto para vuestro servicio como para el mio, y lo que tambien es importante, es Orri hombre de mi agrado que me da sin ostentacion , las

instrucciones que necesito; por manera que con la relacion que hace de los negocios en que lo consulto, me pongo en el caso de decidir por mí mismo, lo cual antes no podia hacer. Acerca de esto, os suplico que lo determineis á que venza la delicadeza que siempre ha tenido, al despachar conmigo directamente, mandándole que me comunique todos sus planes, porque yo tomo parte en ellos y me aficiono á lo que de ellos sé.»

Al escuchar á entrambos agentes, se convenció Luis XIV de que era preciso inmolar al cardenal; encargó, pues, á este que recibiese á Orri con cordialidad en lo sucesivo, y al mismo tiempo, aseguró á Felipe secretamente que tenia intencion de separar al embajador en cuanto se presentase ocasion favorable para ello, nombrando segun deseaba el rey de España, por sucesor al abate Estrées. Pero, el prelado llevado de su indignacion, no hizo caso ninguno de las órdenes su soberano, ni de los consejos de la prudencia, tratando á Orri con desprecio. Sus cartas á la córte iban llenas de acusaciones é invectivas contra el rentista advenedizo y contra la orgullosa princesa de los Ursinos. Ni siquiera respetaba á los soberanos, y estas censuras amargas solian ir mezcladas de alabanzas escesivas acerca de su importancia y estraordinaria destreza.

Esta conducta imprudente decidió á los reyes á insistir en que fuese separado: «Cada dia, decia Felipe, de cuantos permanece en Madrid, el mal que causa á entrambas naciones es irreparable.» La reina, en términos mas fuertes decia: «Mi marido y yo lo detestamos á tal punto, que si no nos quedase mas alternativa que abdicar la corona ó tolerar que siga en Madrid, no sé lo que escogeriamos.»

Por último, las reiteradas súplicas que de todas partes llegaban, y la conducta imprudente del embajador, decidieron á Luis XIV á hacerle conocer que era conveniente que se retirase, haciendo dimision de un destino en que no tenia mas que disgustos. El cardenal

aunque con pesar, hizo renuncia; pero entre las razones que alegó, no faltaba una larga enumeracion de sus servicios é invectivas nuevas contra la ingratitud odiosa de la princesa de los Ursinos. No se olvidó de recordar las humillaciones á que lo habia espuesto Orri, y pedia un término de dos meses, á fin de mostrar que no queria dejar su destino en momentos de peligro, y que no habia desmerecido en el ánimo de su soberano. Por último, recomendaba á su sobrino, ignorando todavía la perfidia con que este trataba de suplantarlo.

El rey accedió á su peticion; sin embargo, en vez de consentir en el término de dos meses, le encargó con bastante cortesía, que dejase su destino antes de quince dias, puesto que su presencia era tan poco agradable á los reyes, como perjudicial á los intereses de Francia. Al mismo tiempo le anunciaba el nombramiento del abate, su sobrino.

Produjo esto un cambio notable en el ministerio español, al ver la separacion del embajador de Francia, viendo con pesar Portocarrero que disminuia su influjo, y que habia llegado á no ser mas que un instrumento de los agentes franceses, hizo tambien renuncia. Arias por encargo del papa, que no fué del desagrado de Felipe, se retiró á su diócesis; Montellano fué nombrado gobernador del consejo de Castilla, é individuo del consejo de gabinete. Así bajo la direccion de la princesa de los Ursinos egercia las funciones de primer ministro. El marqués de Rivas, Ubilla, opuesto á los planes de Orri, perdió parte de sus funciones públicas, y quedó confiado el despacho de la guerra á Canales como mas sumiso á la voluntad de la favorita.

Segura de la proteccion cariñosa de sus soberanos, señora absoluta del consejo, y acabando de vencer las intrigas y autoridad de la córte de Versalles, la princesa reunió en sí todo el poder del estado, y concibió un plan de administracion que debia dar á España felicidad é independencia, contrario por lo tanto á la interven-

cion que pensaba egercer siempre el monarca francés. En su propósito entraba no emplear sino españoles en los destinos importantes del gobierno, proponiéndose destruir todas las distinciones de partidarios austriacos y franceses, y de valerse para desempeñar los destinos de confianza, de hombres cuyas luces y conocimientos fuesen notorios, y estimados. Ideó al mismo tiempo formar una junta ó consejo, compuesto totalmente de españoles, dejando al nuevo embajador en estado absoluto de nulidad ó dependencia. Su confidente y consejero Orri le ayudó á disponer las medidas que debian adoptarse en todos los ramos de la administracion, sin esceptuar siquiera aquellas que menos relacion tienen con la educacion de una muger, la hacienda y guerra.

Por último, salió de Madrid el cardenal, dejando de embajador al abate, su sobrino; pero apenas empezó este á recoger el fruto de sus intrigas, cuando lo precipitaron de su elevacion su doblez é impudencia, por lo que siguió su caida á la de su tio. En los primeros tiempos de su embajada, mostraba una deferencia sin límites á la voluntad de la princesa de los Ursinos y de Orri, llegando su servilismo á tanto que los consultaba en lo mismo que decia relacion con su empleo, consintió en que firmasen ambos, al mismo tiempo que él, una carta secreta escrita á su córte, en la que daba cuenta menudamente de las reformas que se proponian introducir en la hacienda.

Ofendióse vivamente la córte de Versalles de que así se violasen las costumbres, en la correspondencia diplomática, y Torcy se quejó con tanta energía de este abuso que alarmó á la princesa de los Ursinos, la cual, como temiese malos resultados de esta imprudencia, achacó la culpa toda al embajador. Quejóse al propio tiempo, de que desde la separacion del cardenal, se habia visto sin cesar molestada á fin de que interviniese en los negocios del estado, mostrando la repugnancia que le causaba el mezclarse en asuntos superiores á su

capacidad. Dejó adivinar la sospecha de que no habia usado de esta añagaza el abate mas que para que se creyese que era ella una muger entrometida, que trataba de mezclarse de la direccion de los negocios que no eran de su incumbencia, y su disimuló fué tal que pidió una órden positiva para no ocuparse de otros asuntos que no fuesen relativos á sus deberes como camarera mayor de la reina.

Fué este incidente un manantial de nuevas disensiones; pues los celos de esta muger altiva no tuvieron límite, en cuanto supo ella por las cartas que escribia el cardenal desde Versalles, que en tanto que su sobrino la colmaba de elogios en sus cartas oficiales, sus cartas confidenciales iban llenas de invectivas amargas, qne dañaban á su carácter y conducta, y que se habia coligado con Louville y el confesor, á fin de hacerle perder el favor real. Llevada de la cólera, olvidó su natural circunspeccion, y alcanzó de Felipe una órden para que se interceptase la correspondencia del embajador, por cuyo medio supo, á no dudarlo, que eran ciertas las noticias que le daba el cardenal. Resultaba en efecto, de las cartas interceptadas, que entonces mismo que el abate adulaba á la princesa, y que la aparentaba cuidar de que se fortaleciese mas y mas el crédito é influjo de esta, usaba espresiones de poco miramiento, hablando de los reyes, y criticaba todo el sistema de gobierno; que aconsejaba al rey de Francia que no hiciese caso de los clamores de los españoles y reprimiese los chismes que agitaban la córte, declarando que si las disputas se renovaban, debia S. M. hacer salir de palacio á todos los franceses sin escepcion ninguna.

Pero, contra la poderosa favorita especialmente dirigia sus principales ataques, designándola como usurpadora de la autoridad suprema, y como si no tuviese mas voluntad que la de Orri. A fin de poner en ridículo su persona y conciliarle el ódio de Luis XIV, daba detalles relativos á su vida secreta, hablando estensa-

mente de sus galanterías, y de su casamiento supuesto con Aubigni, confidente y secretario suyo.

Tan profunda hipocresía no pudo menos de escitar la indignacion de los reyes, y el furor de la camarera rayaba en delirio. Felipe hizo una enérgica representacion, quejándose de las calumnias del abate, y pidiendo una satisfaccion; pero la princesa de los Ursinos, herida muy en lo hondo del corazon para conducirse con su acostumbrada prudencia, remitió una copia del oficio á Versalles, por conducto de su hermano el duque de Noirmoutiers, con notas al márgen no menos violentas y apasionadas que el mismo testo original (76).

Luis XIV, perplejo é indignado á un mismo tiempo, de estas disputas interminables, y de tantas acusaciones, por una y otra parte, escribió que si esto seguia, mandaria salir á todos los franceses de Madrid, y pidió á Felipe una relacion detallada del estado de su córte. La contestacion era un cuadro de intrigas y rasgos de perfidia tales, que es doloroso ver á un príncipe dotado de tal candor, con un carácter tan recto, siendo un mero instrumento de la mas baja é interesada política, y víctima de particulares desavenencias é intrigas infames.

Carta de Felipe V á Luis XIV.

«Lamentándose V. M. en su carta de 14 de noviembre, de los tristes resultados que vé, á causa de la division que hay entre los franceses que aquí residen, me advierte cuán necesario es á mi servicio que vivan unidas las personas que tengo á mi lado; y me decís que os daria una satisfaccion. contándoos lo que yo mismo he presenciado, que no debo ocultaros nada, y que es harto importante que os halleis informado con exactitud de cuanto pasa. Siento mucho haber dado motivo á que me insteis en este punto, porque deseara que nada hubiese llegado á vuestros oidos.

«Os diré, pues, que habiendo empleado el cardenal Estrées á su sobrino y á Louville, á fin de que se riñesen el padre Daubeuton y la princesa de los Ursinos, y valerse en seguida de ellos para darme malos informes de la camarera é indisponerme con la reina, tuvo el pesar aquel santo varon de ver que sus intrigas produjeron un resultado enteramente opuesto; por el abate y Louville me dieron aviso de este plan, y despues de mostrarme las causas del cambio de conducta de mi confesor, me manifestaron la necesidad que habia de que tomase otro, asegurándome que de este modo tendrian término todas las intriguillas del cardenal, y que podian vivir en la mas cabal union con la princesa de los Ursinos. Por mis cartas habreis visto con que candor y sencillez he creido todo esto.

«La resolucion que tomé con el padre Daubeuton, impuso al cardenal de que se habia equivocado, y conoció sobrado la parte que tenia en aquello su sobrino. Para vengarse de él, y que no pudiese vivir aquí con tranquilidad, no le dió tiempo para que echase raices la armonía que existia entre él y la princesa de los Ursinos, y tanto hizo, que llegó esta á saber que sin cesar escribia contra ella el abate. Supimos esto tambien la reina y yo, y como pasó esto el mismo dia en que entrambos escribimos para que entrase en el despacho el abate, quise al punto saber la verdad del caso. Cambié la hora de la salida del correo, y mandando que me trajesen todas las cartas, abrí las que escribia al marqués de Torcy el abate Estrées, y en ellas hallé que se atreve á calificar la conducta de la princesa como llena de perfidia y traicion, y que lejos de hallarse poseido de los sentimientos de gratitud que hácia ella me manifestaba un dia y otro, conociendo que, á ruegos de ella, os lo pedi de embajador, y que mas tarde, por el mismo influjo, os pedí que le diéseis entrada en el despacho, abrigaba ódio profundo contra ella, y al mismo tiempo que la trataba con un desprecio inaudito.

«Pero, lo que me ofendió mas, fué la artería con que pedia al marqués de Torcy que nos escribiese V. M. á la reina y á mí, mostrándoos muy quejosos de cuantos no viviesen aquí en completa armonía con él; porque, de este modo, queria constituirse en árbitro de vuestras decisiones, diciéndoos lo que mas le cuadrase, y moviéndoos á tomar medidas severas contra aquellos que á él no le agradasen. Os hablo así, á causa del ódio y aversion natural que me inspiran la mentira y los embusteros.

«No os pido que lo separeis, porque además de lo afligido y avergonzado el error en que he incurrido, en la situacion presente, el menor cambio tendria malas consecuencias; pero os súplico que le mandeis que se conduzca de modo que no vuelva yo á tener quejas de sus artificios. Os lo pedí de embajador, que siga, pues, siéndolo; os he rogado que entrase en mi despacho, que continúe en el; pero no con otro fin que de servidor y servirme, y que renuncie á las relaciones y propósitos que tenia su tio, en el momento de salir de Madrid, con ánimo de quitar la honra á la princesa de los Ursinos, tan necesaria á la reina y á mí, y de perder á Orri, cuyos conocimientos son de tanta utilidad y acierto, etc. etc.»

Ni esta franca esposicion, ni el descubrimiento de las intrigas contra la princesa de los Ursinos, no bastaron para que hallase gracia la conducta de esta, ni para que recobrase el favor y confianza de la córte de Versalles. Las manifestaciones del cardenal Estrées, que fué recibido con señales de la mayor distincion, le hicieron mucho daño; su altanería, durante su caida momentánea, el tono de superioridad que tomaba al tratarse de los negocios de los distintos ramos de la administracion, y por último, su desacato, interceptando, copiando y comentando una carta confidencial de un embajador á su córte; todo esto presentaba grandes motivos de queja en su daño. Los nuevos enredos de los

agentes franceses no escitaban menos indignacion, por lo que fué separado Louville, y se decidió de hacer lo mismo con la princesa de los Ursinos y sus parciales, en cuanto se presentase una ocasion favorable para ello, y á fin de complacer á los reyes de España, se trató de separar tambien de la embajada al abate.

Las indecorosas intrigas de Daubeuton le hubieran indefectiblemente costado lo mismo, si no contase todo á Felipe, echando las culpas de todo al abate y Louville que, segun decia, lo habian engañado, diciendo que los apoyaba el rey de Francia. Este acto de contriccion efectivo ó aparente de un servidor antiguo triunfó en el ánimo naturalmente bondadoso de Felipe de las demas consideraciones, y el astuto confesor alcanzó el perdon de Luis, gracias á la intercesion poderosa de su cofrade el padre La-Chaise (77).

CAPITULO IX.

1704.

España invadida por Oriente y Occidente.—Campaña de Estremadura y Cataluña.—Toma de Gibraltar.—Combate naval á vista de Málaga.—Derrota de los franceses en Blenheim.

Hasta entonces los soberanos de Europa si bien se disputaban la monarquía española era lejos del territorio de esta; pero desde esta época empezó á ser España teatro de una guerra larga y encarnizada, tanto mas terrible cuanto menos parecia esta nacion hallarse en estado de oponer resistencia al peligro que la amenazaba, viéndose debilitada y sin recurso.

Una escuadra inglesa á las órdenes de sir Jorge Rook condujo al archiduque Cárlos á Lisboa; al frente de ocho mil ingleses y seis mil holandeses. El rival de Felipe al desembarcar en Lisboa (4 de mayo) fué recibido á bordo del navío real por el rey de Portugal, quien se apresuró á darle parabienes de bien venida. Los dos príncipes tomados del brazo pasaron por bajo de arcos de triunfo, y tuvieron que cruzar por entre un gentío inmenso antes de llegar al palacio. La muerte reciente de la infanta cuya mano habia sido prometida á Cárlos, no produjo cambio ninguno en las decisiones del rey, y el luto de la córte se suspendió por tres dias, á fin de festejar la llegada del ilustre estrangero con iluminaciones y toda clase de regocijos.

Algunos dias despues el rey de Portugal y el archiduque de Austria que tomó el título de rey legítimo de España, publicaron una declaracion de guerra. Despues de esponer Cárlos sus derechos á la corona de España en un estenso manifiesto, manifestaba su resolucion de defenderlos y de acudir á las armas á fin de libertar á sus vasallos del yugo en que los tenian la tiranía injusta y usurpacion del duque de Anjou. Al terminar este documento concedia una amnistía general á cuantos volviesen á su deber en los treinta dias despues de su llegada al territorio español, amenazando con castigar severamente á los que insistiesen mostrando adhesion á la causa de los Borbones.

La declaracion publicada por el rey de Portugal, la dictó sin duda alguna el almirante de Castilla con objeto manifiesto de que se sublevasen los españoles descontentos, pintándoles con vivos colores las culpas y opresion del gobierno francés. Despues de disculpar á Portugal por haberse reunido á la grande alianza, á fin de restablecer la libertad de la nacion española, y apoyar los derechos de Cárlos III, atacábase en este documento con estraordinaria vehemencia las agresiones injustas y ambicion desmedida de Francia (78).

Al desembarcar Cárlos tenia el propósito de entrar al punto en campaña penetrando en las provincias de España, en que nada se hallaba preparado para la defensa, teniendo así certeza de que no tenia tiempo el enemigo para tomar medidas capaces de oponer una resistencia eficaz. El ejército de Portugal ascendia á veinte y ocho mil hombres, número que unido á los ingleses y holandeses, llegaba á cuarenta y ocho mil combatientes. La intencion de los aliados era abrir la campaña en los primeros dias de mayo, invadiendo á Estremadura, con la esperanza de que crecido número de descontentos se alistaria en las filas austriacas; pero este proyecto tropezó con sérias dificultades. Los portugueses eran poco á propósito para la guerra, á causa

de la larga paz de que habian disfrutado; sus fortalezas hallábanse en un estado completo de abandono; su ejército carecia de esperiencia y disciplina, sus oficiales no tenian instruccion ninguna, y apenas si habia un solo general á quien pudiese confiarse la direccion de las operaciones militares, aun cuando fuese subalterno.

A estas causas de flaqueza era preciso agregar el estado moral del rey de Portugal, quien en uno de los ataques frecuentes que lo acometian de afeccion hipocondriaca, habia perdido en otro tiempo todo vigor de entendimiento y actividad de cuerpo y alma, que hasta entonces produjeron tantos beneficios á su encomiada administracion. La falta de energía, por parte del gobierno, paralizaba todas las operaciones; los ministros mas influyentes se indicaban á favor de Francia, y la indisposicion del monarca les daban pretestos abundantes para descuidar los aprestos. Los caballos todos que habia alquilado el rey para la remonta de la caballería, los compró el embajador de Francia, á su salida, y no pudiendo hallar mas que pudiesen soportar las fatigas de la guerra, las dos terceras partes de la caballería se quedaron desmontadas, durante toda la campaña. Ni pudo reunirse el ejército por falta de almacenes, en tanto que la parte mas numerosa del ejército se valia de todo su influjo para que el pueblo mirase con prevencion y ódio una causa que defendian hereges. Para colmo de infortunio, hallábanse los gefes divididos de pareceres, tenia disgustado al general inglés Schomberg el que no se le confiase el mando en gefe de todo el ejército, y la igualdad de grado dió lugar á contínuas disputas entre él y el general holandés Fagel. Por su parte, los portugueses criticaban el que desempeñasen estrangeros mandó que á ellos solos les debian pertenecer, segun su opinion.

En tanto que dejaban correr el tiempo los aliados en estas disputas y en la mas completa inaccion, daba el gobierno español, con asombro general, señales de una

actividad y energía desusada, desde los antiguos tiempos, en sus resoluciones. Como no se habia creido que empezase tan pronto la guerra con Portugal, se hallaban reunidas muy pocas tropas, y con estas se podia contar poco, á causa de la desercion que motivaba la falta de pagas y vestuarios, y por carecer de almacenes y recursos pecuniarios. En esta triste posicion, la habilidad é intervencion ilimitada de los agentes franceses eran los únicos medios de vencer la apatía é indolencia de las gentes del pais. Hiciéronse venir tropas de los Paises Bajos, y completáronse los pocos regimientos de línea á que se dió una organizacion nueva; acudióse en todas partes, al medio de las levas y fortificáronse las plazas de la frontera. De este modo, pudo reunirse una fuerza de cuarenta mil hombres, cuyo mando se dió al duque de Berwick, que entraba entonces en España al frente de doce mil franceses. Los generales, que mandaban fuerzas á sus órdenes, eran todos españoles, el marqués de Villadarias, el conde de Aguilar, y el príncipe de Tilly. Mientras el duque organizaba su ejército y formaba sus planes de campaña, empleábanse la actividad y conocimientos de Orri en proporcionarle todos los medios de ejecucion, estableciendo almacenes, y poniendo á su disposicion el dinero necesario (79).

Formóse al norte de la frontera de Portugal, un cuerpo de ejército de ocho mil hombres, destinado á invadir la provincia de Beira; mandábalo el marqués de las Minas. El cuerpo mas considerable, que constaba de quince mil hombres, concentróse cerca de Alcántara, y envióse otro de cinco mil, por la parte del Sur, que debia maniobrar á las órdenes de Tilly, mientras la division del norte llamaba la atencion, por la provincia de Beira. Tratábase de pasar la frontera con el centro y la izquierda del ejército, de apoderarse de las plazas importantes situadas á orillas del Tajo, reuniéndose en Villavelha y dirigiéndose desde allí, á la capital, por las márgenes del Tajo.

Hallándose todo dispuesto así, Felipe despues de publicar su declaracion de guerra, se reunió con Berwick, que mandaba el grueso del ejército; cerca de Alcántara empezaron los movimientos de las tropas á principios de mayo, y sin quemar un cartucho, se apoderó Berwick de Salvatierra, Penha-Garcia, Segura, Rosmarinhos, Montesanto y Castel-Branco. En esta última plaza hubo, entre franceses y españoles, una contienda, á causa del reparto del botin, y en ella perecieron varios soldados, corriendo riesgo hasta la persona misma de Felipe. En cuanto se apaciguó el tumulto, continuó el ejército del centro sus triunfos, pero, el príncipe de Tilly no ejecutó la parte que en el plan le cupo, por lo que confió Berwick á Ronquillo una division de seis mil hombres, por la parte de Castel-Branco, y cruzando el Tajo, efectuó la reunion proyectada cerca de Abrantes; plaza que por ser la llave del Tajo, se hallaba con mas medios para resistir; pero, que se rindió como las otras.

La dilacion causada por la falta de uniformidad en las operaciones fué causa de que abortase todo el proyecto. En tanto que los holandeses tomaban una posicion fuerte cerca de Abrantes, y que los ingleses resistian, por el lado de Elvas, no solo los portugueses rechazaron la division del norte, sino que, marchando precipitadamente sobre el Tajo, volvieron á apoderarse de Montesanto, arrollaron las tropas que ocupaban á Castel-Branco, é interceptaron las comunicaciones con el ejército galo-español. Obligó este movimiento á Berwick á correr al norte, y no pudiendo decidir al enemigo á una batalla, se contentó con someter á Castel-Vida. Como tuviesen ambos ejércitos, á causa del escesivo calor, que tomar cuarteles, Felipe regresó á Madrid.

Despues de un descanso de algunas semanas, anudáronse las operaciones, por una y otra parte. De Inglaterra llegó á los aliados un refuerzo de cuatro mil

hombres, y fué Schombers reemplazado por el conde Galloway. Cárlos y el rey de Portugal repuestos algun tanto de su indisposicion se reunieron al ejército con ánimo de emprender las operaciones, por la parte de Almeida, penetrando por este fértil pais que ofrecia recursos abundantes, hasta el mismo Madrid. Arrollaron el cuerpo de observacion del norte, tomaron Valencia de Alcántara, y dirigieron su marcha por Guarda, á Ciudad-Rodrigo. La habilidad y presteza del mariscal Berwick fueron causa de que saliesen fallidos sus cálculos; dejó este general diestro un cuerpo de observacion á orillas del Tajo, se adelantó al enemigo en Ciudad-Rodrigo, y aunque con fuerzas inferiores logro defender las márgenes del Agueda. Despues de una insignificante tentativa que merece apenas el nombre de ataque, la falta de provisiones y las lluvias de otoño obligaron á los aliados á retirarse, y Berwick que acababa de poner á cubierto de toda agresion la frontera española hizo lo mismo (80).

Mientras acontecia esto en el oeste de España, hallábanse espuestos el este y mediodia á peligros iguales, y las escuadras de Francia é Inglaterra se encontraron cerca de sus costas en el Mediterráneo. Alentado por las esposiciones del príncipe de Darmstadt, segun el cual se hallaba ya Cataluña pronta para una insurreccion, y que tan solo esperaba Barcelona para declararse á favor de Cárlos, el apoyo de algunas fuerzas marítimas y militares, sir Jorge Rook se dió á la vela del puerto de Lisboa, teniendo á su bordo al príncipe con cuatro mil hombres, y poco tiempo despues se presentó á la vista de Barcelona. No desembarcando el príncipe mas que tres mil hombres, siendo así que esperaban los partidarios de Austria ser apoyados por un ejército de veinte mil mandado por Cárlos en persona, los habitantes permanecieron en sus casas, confiando poco del éxito de empresa acometida con fuerzas tan escasas. El virey don Francisco Velasco, tomó al punto medi-

dás enérgicas que atajaron la insurreccion, y valiéndose, unas veces de promesas, y de amenazas otras, hizo de modo que muchos conjurados abandonasen aquella causa, y se comprometiesen á favor del gobierno. Quedaron así destruidas las esperanzas que habia hecho concebir aquella espedicion; por lo que se alejó el almirante inglés de unas costas en que no veia probabilidades de triunfo, y en que temia tambien verse atacado, de un momento á otro, por la escuadra francesa.

El gozo que causó en Madrid este acontecimiento feliz, no tardó mucho en turbarlo la toma de Gibraltar. Hallábase esta plaza importante que hubiera podido defenderse contra cualquier ataque, desprovista de artillería y municiones. Protegíala tan solo una guarnicion que no escedia de cien hombres, mandados por don Diego de Salmas, y en esta situacion triste la acometieron los ingleses, al regresar de Barcelona. En cuanto desembarcaron las fuerzas invasoras, fueron colocadas de modo que impidiesen toda comunicacion de la plaza por parte de tierra, y en tanto que se construian baterías contra la plaza, una parte de los marinos ingleses, con su ordinaria presteza, escalaron aquella parte de la muralla que se creia inaccesible; su inesperado ataque llenó de consternacion á las tropas de la guarnicion. Juzgando que seria inútil cualquier resistencia, capituló el gobernador despues de una defensa de dos dias no mas. Los ingleses tomaron posesion de la plaza en nombre de su soberana, y el príncipe de Darmstadt permaneció allí, con dos mil hombres, para guardar la nueva conquista. De este modo perdió España esta plaza importante, baluarte de Andalucía y llave del Mediterráneo. En seguida, hicieron los ingleses una tentativa para tomar á Ceuta; pero el gobernador, que era el marqués de Gironella, que habia resistido animosamente á los ataques de los moros, defendió esta plaza con no menos fortuna contra los ingleses (81).

A fin de proteger las costas de España y asegurar la navegacion del Mediterráneo, armó Luis XIV en Tolon una escuadra considerable, á las órdenes de su hijo natural, el conde de Tolosa, primer almirante de Francia, mandando que saliese otra de Brest, la cual evitando un encuentro con la escuadra inglesa, entró en Tolon, luego de verificarse la toma de Gibraltar. En cuanto tuvo lugar esta reunion, se hizo á la vela el conde de Tolosa con cincuenta y dos buques mayores, esperando destruir la escuadra enemiga ó á lo menos reconquistar á Gibraltar. Encontráronse las escuadras rivales cerca de Málaga, el 24 de agosto, con iguales fuerzas, y tuvo por último lugar la refriega que se esperaba tanto tiempo hacia; pero no mostraron deseos ni unos ni otros, de dar una accion decisiva; así es que despues de algunos cañonazos, á cierta distancia, y sin resultado decisivo, separó la obscuridad á los combatientes. Sin embargo unos y otros habianse acercado lo bastante, para que se esperimentasen pérdidas por ambas partes. Perdieron los franceses mil y quinientos hombres; pero ninguno de sus bageles fué capturado ni destruido.

Al siguiente dia veianse todavía ambas escuadras; pero no mostraron deseos de emprender de nuevo el combate. Los primeros que se retiraron fueron los franceses, dejando á los ingleses dueños del mar. De ambas partes publicáronse relaciones pomposas del encuentro, atribuyéndose cada cual la victoria, sin embargo; si bien no fué decisiva esta refriega, tuvo para los franceses los mismos resultados que una derrota, porque sus buques tuvieron que volvor al puerto, y siendo precisos todos sus recursos para sostener la lucha en tierra, no les fué posible preparar una escuadra bastante fuerte para disputar el imperio del mar, durante lo restante de la guerra (82).

Hicieron las dos partes relaciones inexactas y contradictorias, relativamente á este encuentro, lo cual es

poco honroso para entrambos. Por parte de los ingleses distinguióse Clondosley, y el conde de Tolosa dejó bien puesto el nombre de los combatientes franceses, valientes y brillantes. Recibió una herida ligera en la cabeza, y cinco pages suyos murieron á su lado.

Los desastres de España tuvieron mayor importancia á causa de las desgracias que con rapidez pasmosa esperimentó en todas partes de Europa la casa de Borbon. En los Paises Bajos fué preciso estar á la defensiva; en Italia, durante toda la campaña, se contentaron los franceses con la toma de tres plazas: Vercelli, Ivrea y Susa, que, podian considerarse como defensas esteriores de Turin. Pero en Alemania fué donde recibió un golpe terrible este coloso de poder que habia trabajado tanto para engrandecerse, y en favor del cual se habian hecho tan estraordinarios esfuerzos. Luis XIV empleó todos sus esfuerzos en prepararlo todo con el fin de ejecutar el plan que habia trazado, con tal presteza, en la campaña precedente. Mientras que por un lado los húngaros sublevados agitaban casi toda Hungria é invadian el Austria, acercándose á las puertas mismas de la capital, aumentó el monarca francés sus fuerzas que ocupaban el corazon de Baviera y reunió nuevas tropas á fin de que penetrasen en Alemania, encendiendo de un modo decisivo, la guerra en las provincias del Austria y preparándose á dictar la paz á las puertas de Viena.

Desde el principio de la primavera cruzaron el Bosque Negro, quince mil hombres y se reunieron al ejército galo-bávaro, superior ya en fuerzas, á los imperiales. Otra division de cuarenta y cinco mil hombres se formó á orillas del Rhin á las órdenes de Tallard, á fin de observar á los aliados que amenazaban acercarse con fuerzas crecidas al Mosela, así como para favorecer las operaciones en Baviera enviando refuerzos contínuos y conservando comunicaciones con la frontera de Francia.

Pero los aliados habian adquirido ya, dirigidos por Marlborough y Eugenio, la confianza y vigor de ejecucion, patrimonio hasta entonces de los franceses, á lo menos en la creencia vulgar. Atajó Leopoldo mientras tanto, las incursiones de los húngaros sublevados, valiéndose unas veces de la negociacion y otras de la fuerza; pero como no fuese bastante fuerte para estirpar la sedicion, se contentó con calmarla. Prodigó Inglaterra en esta ocasion tesoros y soldados á fin de salvar la casa de Austria del riesgo que la amenazaba, y con el influjo del gabinete británico, reuniéronse los holandeses y estados de Alemania contra el enemigo comun.

En esta misma época, dirigiéndose veinte y dos mil hombres poco mas ó menos á las órdenes de Marlborough y catorce mil en trozos por el lado del Rhin, á fin de unirse con los alemanes que mandaba el margrave (83) de Bade, en tanto que Eugenio con quince mil alemanes permanecia en las márgenes del Rhin observando los movimientos de Tallard. Engañó Marlborough al enemigo haciendo una demostracion fingida de atacar las fronteras de Lorena y continuando su marcha sin que nadie lo molestase, alcanzó al margrave en las cercanías de Ulm, con un ejército de cuarenta y cinco mil hombres; ambos dejaron fallidos los proyectos de los galo-bávaros, rompieron su línea de defensa, arrollando un cuerpo de quince mil hombres en Schallemberg, á orillas del Danubio, y no pudiendo separar al elector de la alianza con Francia, marcharon combatiendo hasta las puertas mismas de la capital.

Con rapidez corrió Tallard con treinta mil hombres, de pronto pareció que iba á cambiar la suerte de la guerra; pero igual destreza y la fortuna que les era propicia conservó á los aliados la superioridad. Con quince mil hombres persiguió á los franceses desde las orillas del Rhin; y á pesar de la inferioridad del número y la posicion concentrada del enemigo, logró reunirse

con Marlborough cerca de Hochstedt, en el momento en que las fuerzas del enemigo eran ya imponentes, á causa de la llegada de Tallard. Persuadidos de que cada instante de dilacion aumentaria la superioridad del enemigo, avanzaron los generales aliados en busca del ejército contrario que hallaron por fin en una fuerte posicion cerca de Blenheim á las márgenes del Danubio. Vencieron todas las dificultades que les ofrecia un terreno pantanoso, y despues de hacer vana toda resistencia obstinada, alcanzaron una victoria decisiva en 13 de agosto de 1704. Fueron derrotados del todo los franceses, perdiendo cuarenta mil hombres, entre ellos trece mil prisioneros con el mismo Tallard, que cayó en poder de los contrarios cuando trataba de rehacer sus tropas que huian.

No sin mucho trabajo lograron Marsin y el elector reunir sus tropas dispersas y pudieron retirarse á orillas del Rhin, con los restos de aquel ejército que poco antes amenazaba someter á toda Alemania y destruir la casa de Austria (84).

Las consecuencias de esta batalla se notaron pronto en todos los estados del imperio; pero en España sobre todo fué en donde conmovió mas los ánimos, cual no sucedió tanto en época ninguna de la guerra. Los descontentos miraron esta derrota como el preludio de la ruina total del poder de Francia; y hasta los partidarios del gobierno no contando ya con la proteccion de esta potencia, empezaron á mostrar una tibieza que rayaba en desprecio hácia el príncipe que ellos mismos habian escogido.

CAPITULO X.

1704.—1705.

Arreglo para la separacion de la princesa de los Ursinos.—Correspondencia entre Luis XIV, su embajador y Felipe con este motivo —Salida de Madrid de la princesa.—Indignacion de la reina.—Llegada del nuevo embajador duque de Grammont.—Exito de las intrigas que tenian por objeto el regreso de la princesa de los Ursinos.—Su reconciliacion con la córte de Francia.—Separacion de Grammont.—Caida de Daubeuton. —Nombran á Amelot como embajador.—Preparativos para el regreso de la princesa de los Ursinos.

No cesaron las discordias palaciegas de Madrid ni con el estrépito de las operaciones militares; y apenas se decidió Luis XIV á separar á la princesa de los Ursinos cuando se ocupó ya de buscar los medios de efectuarlo con tanto misterio y precaucion, como si se tratase de la suerte de su imperio. A fin de inspirar confianza á la víctima, encareció mucho su buen juicio y capacidad; y como le pidiese su parecer la camarera en cierto asunto, le contestó por conducto de su ministro:—Ilustrada y bien intencionada como sois, cuanto hagais será sin disputa lo mas acertado.

A causa de la estremada aficion que profesaba la reina á la princesa, se cuidó mucho de apartar á Felipe cuanto posible fuese de la esfera de su influjo; por lo cual le instaron á que se reuniese al ejército que debia atacar á Portugal, y no se accedió á las reiteradas instancias que hizo la reina para acompañar á su marido.

Apenas habia llegado Felipe á Plasencia, el mismo Luis XIV comunicó al abate Estrées *el plan de operaciones*, como entonces se dijo, cuyos puntos principales eran los siguientes: «Las quejas contra la princesa han llegado á un término que es indispensable tomar por último un partido. Veo el mal que produce su permanencia en España, y ha llegado el tiempo de que se retire de Madrid; menos hubiera tardado en tomar esta determinacion, si hubiese consultado nada mas que el interés de los negocios públicos; pero era preciso dejar que saliese el rey de Madrid, porque tenia yo motivos para creer que se mostraria harto sensible al llanto de la reina, hasta el punto de negarse á escuchar mis consejos. Era, pues, indispensable esperar á que recobráse el rey el libre uso de su razon.»

En seguida encargaba á Estrées que concertase con Berwick y el marqués de Rivas los medios de persuadir á Felipe y de asegurar la pronta ejecucion del proyecto. «Si consiente el rey, continuaba, lo que no me parece dudoso, de modo ninguno ;, conviene encargar al cardenal Portocarrero, ó al marqués de Mancera ó á cualquier otro, que tome en Madrid las medidas necesarias, pero con gran sigilo, y antes que tenga conocimiento de ellas la reina. Tendrá encargo de entregarle una carta de Felipe, encareciéndole la necesidad de conformarse sin dilacion ninguna á los consejos del rey de Francia, si quiere conservar su amistad. En caso de que no se pueda impedir á la princesa de los Ursinos que vea á la reina, es preciso hacer de modo que sean cortas las conferencias, y que emprenda su viage al siguiente dia; en Alcalá podrá permanecer ocho dias para arreglar los preparativos del viage.

«Si resiste el rey, hacedle conocer cuán gravosa es la guerra que sostengo para defender sus intereses; no le digais que lo abandonaré, porque no lo creerá; pero haced de suerte que se convenza de que por grande que sea el afecto que le profeso, sino corresponde, como es

justo, podria yo hacer la paz, sacrificando á España, cansándome por último de apoyar á una monarquía en que no veo mas que desórdenes y contradicciones, en las cosas mas razonables, que solicito por su propio bien. Será bien que se esprese en términos idénticos el duque de Berwick, cuando vos no esteis delante y despues de vos. Por último, despues de tamaño escándalo, fuerza es vencer, en ello están comprometidos mi honor, el interés del rey mi nieto y el de la monarquía.»

El abate, empero, no alcanzaba en esta ocasion triunfo ninguno, porque anunciaba el rey tambien que seria preciso que mas tarde se retirase él mismo, á fin de calmar á los reyes de España, aunque para suavizar esta declaracion dolorosa, le manifestó su agrado, ofreciéndole recompensarlo mas tarde.

En su carta á Felipe del 19 de marzo, decia Luis XIV:—«Os he dado muchas pruebas de amistad; pero creo que ninguna iguala á la de vencer el dolor que he esperimentado al verme precisado á pediros que separeis al punto á la princesa de los Ursinos. No vacileis para tomar esta resolucion, porque os va mucho, todo en ella. Contribuid por lo menos á calmar el interior de vuestro reino, mientras empleo yo todas mis fuerzas y cuidados en sostener por vuestro bien una guerra tan penosa, os ocultan lo que yo sé por varios conductos nada sospechosos. Doy instrucciones al abate Estrées, diciéndole lo que debeis hacer; así es que me remito á lo que os diga, y cierto estoy de que me creereis en una ocasion que causaria vuestra pérdida si os resistis á seguir mis consejos. Os encargo que deis conocimiento á la reina de esta carta; os remito la que le escribo yo.

«Es indispensable que sin dilacion ninguna nombre V. M. otra camarera mayor, y el abate Estrées os propondrá cuatro, entre las que podeis escoger. Por mi parte pienso tambien enviaros otro embajador, y espero que sea de vuestro agrado, porque os aseguro que

nada olvido de cuanto tiene relacion con vuestro interés ó satisfaccion.»

Felipe aunque con profundo pesar, no hizo resistencia ninguna á cumplir esta órden; pero creia, con harto dolor, el efecto que produciria en el ánimo de la reina. El marqués de Chateauneuf, que regresaba de su embajada á Lisboa, recibió el encargo de entregarle la carta de Luis, que era una órden clara y terminante. Se mandaba en ella á la princesa de los Ursinos que al punto emprendiese su viage hácia el mediodia de Francia, desde donde se trasladaria á Roma.

En esta crítica ocasion mostró la reina una serenidad y circunspeccion que parecian poco compatibles con la natural viveza de su génio. Recibió con sumision aunque no sin dolor el decreto que le arrebataba á su amiga y confidenta, cuyo apoyo le habia sido tan útil en los negocios mas graves y difíciles del gobierno, y cuyo talento y modales le habian hecho sobrellevar con resignacion el fastidio de su vida monotona.

La princesa de los Ursinos por su parte, recibió con dignidad y noble orgullo la inesperada órden de su separacion y destierro á Italia; no exhaló queja ninguna indebida, y no vaciló un momento en ejecutar lo que se le mandaba. Al siguiente dia se ausentó de Madrid sin ver á la reina, despues de escribirle aconsejándole que se sometiese con resignación á la voluntad de Luis XIV y nombrase para camarera mayor á alguna de las personas propuestas por el abate, como medio único de probar su sumision. Pero aun cuando no mostró dificultad ninguna en salir de Madrid, no se manifestó sin embargo tan dispuesta á salir del reino en el término de ocho dias, que se le concedieron. A pesar de las órdenes reiteradas de Versalles para acelerar su viage, permaneció algun tiempo en Alcalá, y en seguida echó mano de todos los pretestos imaginables para irse deteniendo en cada poblacion en el camino de Bayona. En Vitoria se encontró con el duque de Grammont, emba-

jador recien nombrado, y se chanceó con él porque aparentaba no saber á donde se dirigia la caida princesa.

Pero en medio de esta serenidad aparente y completa sumision, abrigaba la esperanza de borrar poco á poco la mala opinion que tenia Luis XIV de su conducta y que sus numerosos amigos de Versalles no permanecerian ociosos en esta ocasion. No disimulaba, empero, su indignacion contra el abate y el cardenal, quienes á fuerza de intrigas y falsas supersticiones, habian preparado su caida. Persuadida de que no tardaria el rey de Francia en conocer y confesar la inocencia, decia que fuera injusto escuchar las acusaciones de sus enemigos; y con la confianza de quien se sentia mas ofendida que humillada, pidió permiso para presentarse en Versalles y justificar su conducta.

Es asombroso ver que Luis XIV, que debia conocer tan bien las intrigas y chismes palaciegos que cercan á todo soberano, se dejase engañar hasta el punto de creer que la princesa de los Ursinos era la única causa del descontento que existia en España, halagándose con la esperanza de que la separacion de la camarera restableceria, en un momento, como por encanto, el órden y la tranquilidad en una córte y una nacion divididas. Tal era, empero, la opinion que se habia formado de España y de las disposiciones de los grandes; por que al dar sus instrucciones al duque de Grammont, le dijo que hallaria una córte sin facciones y un pais bien dispuesto. La regla de conducta que se recomendaba á este ministro, consistia en encargarle que tratase con muchos miramientos á los grandes, sin concederles, no obstante un poder efectivo. Tambien se le encargaba que consultase lo menos posible los consejos y las otras dependencias de la administracion nacional, sin faltar á las costumbres y á las formalidades establecidas.

Una prueba concluyente de la verdad del proverbio que dice que *las ocasiones hacen á las razones*, se ha-

lla en la conducta de los que desempeñaron sucesivamente el encargo de embajador en Madrid. Apenas habian cruzado los Pirineos, parecian distintos sugetos: diestros y prudentes hasta entonces, no bien pisaban la mansion real en que se creian autorizados á gobernar al débil monarca, y en que en vez del respeto y consideracion que esperaban, tropezaban tan solo con dificultades y oposiciones, se convertian en modelos de presuncion y fatuidad. Grammont lo mismo que sus compañeros, entró en España con pretesto de hacer el papel de rey, con el nombre de embajador. Al pasar la frontera, escribia (25 de marzo): «Veo harto bien que es indispensable, para bien de España, que gobierne el rey su pueblo despóticamente; pero será bien que no lo note España, *lo cual es muy fàcil de conciliar.*»

Al llegar á Madrid empezó Grammont á conocer que se equivocaba; pareciale que pasaria al punto el pesar de la reina, la cual se olvidaria al instante de su favorita, y que seria cosa fácil para él valerse del influjo de la jóven soberana para dominar al rey; pero ni el embajador, ni quien lo habia escogido, no habian meditado lo bastante hasta donde llega el resentimiento de una persona ofendida en lo mas profundo del corazon. Juzgaban mal el carácter de una muger jóven, es cierto, pero que abriga conocimiento de su poder, y no olvidaba jamás la ofensa que la habian hecho privándola de su amiga y consejera. Lejos de mostrar docilidad y sumision, manifestaba sin disfráz su pesar é indignacion, con una energia superior á su edad.

En la primera entrevista que concedió al embajador despues de la ceremonia de la presentacion:—Decidme, le preguntó, cuales son las quejas que tiene el rey de la princesa de los Ursinos. ¿Qué hizo esta pobre muger para ser tratada con tanta ingratitud? Porque en suma, no hay egemplar ninguno de que una persona de su categoría, á quien distinguiamos, el rey y yo, con nuestra particular amistad, haya recibido trato igual, sin que

sepamos por que causa. «El duque habia hablado en público la víspera, de las quejas que tenia el rey su señor de la princesa de los Ursinos, del descontento general de los españoles, del desacuerdo con el embajador, y de la necesidad de una separacion que habia diferido el rey cuanto pudo, respondió que sin duda no habia olvidado la reina cuanto tuvo la honra de decirle en nombre del rey;—Pero es el caso, contestó ella, que todas las acusaciones que contra ella han presentado al rey, nuestro abuelo, carecen de toda verdad, y ¿no es triste que él, que es el mas sábio y prudente de los hombres, dé mas crédito á las relaciones apasionadas de gentes malévolas que á las de su nieto, que bien lo sabe él, se le asemeja en lo veráz y que conoce la rectitud de mi antigua camarera? ¿Es posible que nos guarde el rey tan pocas consideraciones, que preste fé ciega á las palabras de los demas y ninguna á las nuestras? No, duque de Grammont, no os engaño, no me consolaré jamás de semejante agravio.—Al concluir esta viva réplica, sin poder mostrar su agradecimiento al rey de Francia, prorumpió en lágrimas y sollozos que la ahogaban, teniendo que callarse por no poder continuar (85.)

Poco despues de presenciar esta dolorosa escena, salió de Madrid el embajador con objeto de reunirse á Felipe en las fronteras de Portugal. La reina, cierta del imperio que egercia en el ánimo de su marido, se resignó á guardar silencio hasta el regreso de éste á Madrid, á la época en que se suspendiesen las operaciones militares á causa de los calores del estio, y entonces, se propuso redoblar su energía y no perdonar esfuerzos á fin de alcanzar la vuelta de su favorita. No consiguió, empero, cosa ninguna á pesar de cuanto hizo; porque inflexible en su resolucion, dió órden Luis á Chateauneuf de que anunciase su negativa. «Haced de modo, le decia, que entienda la reina que, antes de tomar la resolucion de separar á la princesa de los Ursinos, y de

mandarle que fuese á Roma, lo habia meditado mucho, y que tales motivos he tenido para dar este paso que es imposible variar ahora cosa alguna. Hacedle conocer que ni las intrigas, ni los chismes contra la princesa de los Ursinos me determinaron, haciéndome creer falsos cuentos; en fin, esplicadle que de todo decido por mí mismo, y que nadie lograria hacerme creer hechos contrarios á la verdad, porque me informo de todo por distintos conductos, antes de tomar una resolucion, sobre todo en puntos tan delicados.» Al propio tiempo desechó todas las súplicas de los amigos de la princesa de los Ursinos, y dió una prueba de satisfacion y contento á los enemigos de la favorita, dando al cardenal Estrées la rica abadia de San German, y confiriendo al abate el cordon del Espíritu Santo.

La determinacion de Luis XIV, lejos de desanimar á la reina no hizo mas que fortalecerla en sus sentimientos; y en tanto que trataba de inspirar el mismo animoso intento al rey, las medidas de la córte de Versalles, sirvieron para favorecer tales esfuerzos. No contento con la separacion de la camarera, se ocupó Luis XIV de derribar el gobierno, formado por influjo de esta, pidiendo la destitucion de cuantos habia elevado ella ó sostenido, sin esceptuar al mismo Orri, tan ensalzado poco antes, por el gabinete francés, y protegido con tanta razon y justicia por Felipe. En las instrucciones de Grammont, era el célebre economista una de las víctimas, y en ellas, se le pintaba con colores tomados en las manifestaciones de los dos últimos embajadores; deciase en aquellas, que él habia motivado la separacion de Rivas y el nombramiento de Canales, hechura suya, para su sucesor, á fin de poder de este modo egercer su influjo con mas libertad. Se le motejaba de quererse dar aire de primer ministro despreciando las firmas ordinarias del gobierno y desdeñando consultar á los tribunales. Por último, suponíase que si permanecia en la administracion, empleara los

fondos destinados al pago de las tropas y á otros objetos, con solo el fin de sostenerse en su destino. En vano, hablaron á favor suyo tanto el rey como la reina, fué destituido solemnemente, y recibió órden de presentarse en París á dar cuenta de su conducta y justificarse. A esta órden arbitraria siguió otra separando á Canales, hechura de Orri, y devolviendo á Rivas todo el lleno de su poder, como secretario de estado.

No pudiendo Grammont vencer la repugnancia de Felipe, se vió en la precision de acudir á la reina, solicitando el apoyo de esta para llenar los deseos de su córte. Al principio, aparentó que no queria mezclarse de negocios públicos; y hasta repitió, con sorna el argumento que tanto se habia empleado para desautorizarla:—Una niña de quince años, decia irónicamente, y sin esperiencia; ¿cómo ha de entender cosa ninguna en materias de estado?

Al mismo tiempo, intrigaba con los del gabinete, dispuesto como era natural contra todo influjo estrangero, haciendo lo mismo con los grandes que estaban ofendidos, habiendo perdido su antiguo poder. Gracias á sus secretos consejos, daba Montellano en los negocios de su despacho, órdenes particulares, totalmente contrarias á los acuerdos del gabinete; y con aprobacion suya, ya que no por su mandato, todos los individuos del gobierno, pidieron unánimes el restablecimiento de las fórmulas antiguas, y representaron contra el aumento de las fuerzas marítimas.

Durante esta lucha, quedaron suspensos todos los negocios públicos, exactamente cuando eran necesarios esfuerzos prontos y vigorosos para resistir á las fuerzas crecientes de los aliados, así como para dejar burladas las intrigas de los partidarios de la casa de Austria. Hallábase todo paralizado, y los negocios por importantes que fuesen yacian en el mayor abandono; de lo cual resultó una confusion y descontento de que ofrece la historia de España raros egemplos de igual tamaño.

En esta situacion, recurrió Grammont á la firme voluntad de Luis XIV, rogándole que emplease su poderosa intervencion, que creia indispensable para vencer la tenaz oposicion de la reina. Tratábase de decidir á la jóven soberana á que emplease su influjo á fin de restablecer las ruedas de la máquina administrativa, cuyo movimiento se detenia cada vez mas. La reina, harto diestra ya para manifestar á las claras su oposicion, hizo como que cedia á sus deseos; pero exigió condiciones que bajo apariencias de sumision, no podian menos de consolidar su poder. «Lo que os pido escribia á Luis XIV, á 25 de julio, es que si he de mezclarme en los negocios públicos sea tan solo particularmente con el rey y que no se trasluzca, á fin de que el rey se lleve la gloria de las resoluciones acertadas. Mucho temo que llegue á arrepentirse V. M. de lo que hace en el dia, porque aun cuando ciertamente no quiera hacer yo cosa ninguna que no crea lo mas conveniente al servicio del rey, os confieso que á mi edad, y con mi escasa esperiencia, debo temer que mis consejos sean de poco provecho.»

Por su parte Luis XIV juzgó oportuno aparentar que se hallaba muy satisfecho. Elogiando su circunspeccion y delicadeza, solicitó de ella la reposicion de Rivas y la formacion de otro ministerio; pero á pesar de sus hermosas protestas y su aire de humildad, al mismo tiempo que fingia ayudar á la separacion de Canales, insistió la reina oponiéndose á la reposicion de Rivas en su antiguo destino, creando continuamente obstáculos á todos los pasos que daba el embajador, por medio de las relaciones que tenia con los grandes descontentos, y del influjo que ejercia en el ánimo de su marido.

Si la suerte hubiera sido favorable á las armas españolas, tal vez de esta lucha resultara que la córte de Madrid pudiera libertarse de la tutela de Luis XIV, y su emancipacion fuese entonces completa; pero la ines-

perada toma de la plaza de Gibraltar, que se hallaba indefensa, á pesar de las contínuas quejas de Grammont, causó un dolor profundísimo que fué muy favorable á las miras de Luis XIV, porque se valió el embajador de esta desgracia que habia previsto para motejar vivamente al nuevo ministerio. «Este es, decia, el resultado natural de la brillante administracion del señor Canales y del señor Orri, quienes en buena ley merecerian que se les cortase el pescuezo... ¡Quiera Dios que no se levante el pueblo, y no eche la culpa á la reina y á su mal gobierno! No se atrevió, por lo tanto la reina á resistir mas tiempo; destituyó á Canales, nombró á Rivas y creo una junta de gobierno formada bajo los auspicios y recomendacion del embajador francés. Empero, como solo por necesidad, consintió en este cambio no pudo ocultar su repugnancia. Récordó á Rivas su conducta pasada, declaró que solo pudo hacérsela olvidar el deseo del monarca francés, pero que si le devolvia su confianza, era con la condicion de que variase de conducta en lo sucesivo. En seguida, tanto ella como Felipe escribieron varias cartas con objeto de pedir que volviese Orri, cuya presencia, decian importaba al restablecimiento de la hacienda, y protestaron del modo mas enérgico, contra el nombramiento de Portocarrero y Fresno, para formar parte del nuevo gabinete.

Luis XIV, á quien iban exasperando las quejas interminables de Felipe, manifestó su resentimiento en tárminos tan duros y con tal amargura, que apenas pudieran tolerarse en un pedante dómine que á sus discípulos reprendiera. «Me pedís consejos, escribia á Felipe en 20 de marzo, y yo os escribo lo que pienso, pero no hay consejo bueno ni útil cuando se pide y escucha despues de que el mal ha sucedido ya, porque es mas fácil evitar las desgracias que remediarlas. Con pesar, preveo estraños conflictos, sino estableceis órden y concierto en la administracion de vuestros negocios;

porque hasta el dia nada de esto ha habido, por culpa de las gentes interesadas y nulas en quienes habeis depositado vuestra confianza. Es preciso por lo tanto, que separeis a Canales, lo cual hago yo con Orri; pero hallo oposicion y resistencia á esta justa medida por parte vuestra. No teneis mas que reparar en el estado de vuestras tropas y en la suerte de vuestras plazas, para formaros cabal idea de lo que valen estos hombres, por los que no obstante os interesais de un modo estraño. Ahora que no debiérais ocuparos sino de graves cuestiones, parece que andais entregado completamente á la princesa de los Ursinos, de cuyas intrigas me voy cansando ya. Cierto estoy de vuestra sinceridad, y si por desdicha, perdieseis esta virtud tan natural en vos, creo que amais demasiado á vuestro pueblo, para no engañarme en perjuicio suyo. Creo, pues, puesto que vos me lo asegurais, que seguís en efecto mis consejos, aprovecháos de los que voy á daros, movido por la misma amistad y ternura que os profeso, cuyos efectos jamás me cansaré de daros á conocer.

«Imposible es que salgais con bien de tantos compromisos en tanto que dure el desórden que reina en vuestros negocios, en grado tan estremado como en el dia. Formad un consejo, compuesto de hombres prudentes é ilustrados, el duque de Grammont os dirá qué personas creo yo merecedores de vuestra confianza, y no dudo que os deis prisa á reunirlos en torno vuestro. Consultadlas en todos los puntos que digan relacion con la política, con la hacienda y con la guerra, servíos de sus luces y esperiencia, y no deis órden ninguna de que no les informeis antes. En cuanto vea yo establecida esta forma de consejo, os enviaré con mas confianza, los socorros que necesiteis; pero hasta tanto, motivos tengo para mirar como perdidas las tropas que mando á España. Dad señales de que hay un rey y un consejo en España, que vos sois la cabeza de todo, y que no son dueños de la monarquía esos menguados que han

abusado de vuestra confianza. No recomiendo á V. M. otra cosa que su verdadera gloria y el interés de sus pueblos; trabajad á favor de ambos bienes que este es el solo premio que os pido por cuanto hago en obsequio vuestro.»

Intimaron á Felipe estas amargas reconvenciones, y consintió sin dificultad en cuanto le propuso Grammont. Formóse el nuevo consejo ; pero no entraron en él ni Portocarrero ni Fresno, á fin de calmar á la reina que los rechazaba. Dióse órden á Arias para que dejase su diócesis y tomase asiento en el consejo, siendo los únicos individuos que se agregaron ademas al gabinete Monterey y Montalto.

Los jóvenes soberanos, ó mas bien la reina , dieron señales del espíritu que los animaba, al ceder á tan violenta condescendencia, colmando de favores á los amigos de la princesa de los Ursinos, como si se hubiesen propuesto rivalizar con Luis XIV, que habia concedido tantos honores al cardenal y abate Estrées; Canales fué creado consejero de estado y gentil-hombre de la cámara del rey, con una pension de doce mil ducados; otra pension de dos mil ducados se concedió á Aubigni, secretario y confidente de la favorita desterrada , y el nuevo gabinete quedó en breve reducido á la mas completa nulidad, á causa de las intrigas de la reina y de las órdenes secretas comunicadas por el ministerio de Montellano.

Perseverancia tan constante cercioró á Luis XIV de que la reina se hallaba secretamente en las relaciones de la princesa de los Ursinos, la cual indicaba los medios de crear estorbos al gobierno. Esta sospecha ó mas bien conviccion, sirvió de asunto á una carta escrita á la reina en términos no menos amargos que la dirigida á Felipe, si bien llena de espresiones de amistad y satisfaccion.

Luis XIV á la reina de España

20 de setiembre de 1704.

«Las consecuencias que preveo son cada dia mas sérias para que no abra mi corazon á V. M. con la sinceridad que suelo, y con la libertad de un padre que habla á su hija. Os he dado á la princesa de los Ursinos, á causa de la estimacion que le profesaba, la cual me hizo creer que seria capaz de formar el corazon de una princesa jóven, é inspirarla todos los sentimientos propios de persona tan elevada como vos. Mas adelante, puse mi confianza en un embajador que siempre habia sido de los suyos, á fin de que se entendiesen mejor acerca de los medios de serviros. Ya sabeis cuanto he deseado que dieseis vuestra confianza á la camarera, y que nada descuidé para moveros á ello; sin embargo, olvidando mucho nuestro interés, se entregó á una enemistad que ignoraba yo, y solo ha pensado en contradecir á los que han cuidado de nuestros negocios. Si os hubiese profesado amor sincero y fidelidad, hubiera sacrificado todos los resentimientos, bien ó mal fundados, contra el cardenal Estrées, en vez de de incitaros á tomar parte en ellos; porque las personas de nuestra alcurnia deben desdeñar esas miserias rastreras y conducirse conforme á sus propios intereses y á los de sus súbditos, que es lo mismo. Era, pues, indispensable separar á mi embajador, entregaros á la princesa de los Ursinos, y dejarla que gobernase sola vuestros reinos, ó separarla tambien. Esto último es lo que creí debia hacer, con la esperanza de que cederiais á mis razones, y que, ausentándose la princesa de los Ursinos, perderiais parte de las impresiones que os ha dado.

«No es cierto que se haya sospechado que estaba de

acuerdo con nuestros mútuos énemigos ; esta suposicion es un pretesto que toma para ganar vuestra confianza. De lo que sí se la acusa es de haber querido gobernar ese reino, y de no haberos inspirado todos los sentimientos que debeis profesarme, de haber tenido amigos y enemigos en un destino en que no debia tener mas intereses que los vuestros; acúsanla y con mas acritud y menos miramientos de lo que solia hacer ella á vuestro lado.

Por los resultados juzgo de los consejos que os da; porque os habeis opuesto á menudo á lo que he propuesto yo; no habeis tenido confianza en mis embajadores, amais ó aborreceis á los que ama ó aborrece vuestra camarera ; quereis á quince años gobernar una vasta monarquía, mal organizada; ¿podeis con este fin seguir consejos mas desinteresados y mejores que los mios? y ¿si obrase con cordura la princesa de los Ursinos pudiera daros otros? Si se condujese de este modo, ya veriais si abrigo resentimientos contra ella , si soy capaz de escuchar quejas interesadas y si obro á impulsos de otras consideraciones que las de nuestro bien, que es uno mismo.

Sobrado sé que vuestro talento es superior á vuestra edad, y celebro que tomeis parte en los negocios pûblicos ; apruebo que os confie todo el rey , vuestro marido; pero todavía uno y otro tendreis necesidad durante mucho tiempo, de ageno ausilio , puesto que no es posible tener lo que solo da la esperiencia No podré serviros cual deseara, si no trabajamos acordes, y si no escuchais á mis embajadores que ningun interés tienen en España.

Cuando tengais razones ó inclinaciones particulares, indicádmelas directamente , que yo cederé , sin duda alguna; si no son en daño vuestro, porque nada deseo tanto como complaceros, y daros pruebas de mi ternura, en las cosas pequeñas, como cuido de hacerlo en las grandes.»

No podian estas reconvenciones menos de producir en la reina una impresion dolorosa, que dió alimento á su oposicion; porque la reina, como dice con razon Felipe, harto dispuesta estaba ya á destruir el reino, y á poner si preciso fuese, en riesgo su corona, mas bien que sacrificar su amor de mando, hallándose dispuesta á todo para lograr su intento. El mismo Grammont, por mucho que le costase confesar su derrota, supo por fin, enseñado por una funesta esperiencia, que todavía era omnipotente la princesa de los Ursinos, y que no habia medio de evitar su intervencion.

Conociendo Luis XIV la mágia del poder de la favorita, cambió de plan de ataque, y trató de alcanzar por medio de la blandura, lo que no pudo conseguir con amenazas y violencia. Prestaba, pues, oidos á los ruegos de los numerosos amigos que tenia la desterrada en Versalles, aparentando cambiar de parecer, ofreciendo que pediria el capelo para su hermano el abate La Trémouille, nombrándolo en seguida embajador en Roma. Y cumplió estas dos palabras, concediendo á la princesa de los Ursinos permiso para que fijase su residencia en Tolosa en vez de Roma, como se le habia mandado antes. Tuvo el resultado mas favorable esta indulgencia, porque una carta que logró remitir desde Tolosa la favorita de la reina, pudo calmar algun tanto á esta, que se prestó á escuchar los consejos de Grammont, ofreciéndole su apoyo; y dejando de ser fria y desdeñosa, como hasta entonces, se volvió afable y comunicativa. Montellano, siguiendo los consejos de la reina, mostró deseos de conducirse de acuerdo con el embajador de Francia, prestándose á los planes de la córte de Versalles. Cayó en este lazo Grammont y se alabó de que habia cortado las cabezas de la hidra, presagiando dias próximos de confianza y de paz. En sus oficios no se cansaba de ponderar las cualidades brillantes de la reina, y no hallaba términos que espresasen bastante á pintar y recomendar los servicios de la caida favorita.

Aprovechóse la reina de este cambio del gabinete francés para conseguir la separacion de Berwik (86), sobrado independiente para mezclarse en tales intrigas, y el nombramiento de un general que pudiese contribuir á la realizacion de sus secretos planes. Halagó con este objeto á Grammont, que tenia envidia de Berwik, ofreciéndole que influiria para que recayese esta eleccion en alguno de los amigos del embajador; pero al mismo tiempo, trabajaba valiéndose de su hermana la duquesa de Borgoña, y de la Maintenon, para que se nombrase á Tessé, que harto lo sabia ella, era muy adicto á la princesa de los Ursinos.

Como desease con impaciencia, alcanzar su objeto, no tardó en pedir la reposicion de la princesa de los Ursinos, limitándose desde luego á solicitar como un acto de justicia, que se le permitiese presentar á dar sus descargos. Era diestro este paso, y tuvo éxito feliz; concedió el rey á la favorita permiso para que fuese á Versalles, lo cual era la señal del triunfo de la perseguida. La llegada de Tessé á Madrid, apresuró el desenlace de la intriga, porque en su correspondencia, pintó la conducta de la princesa de los Ursinos, y el estado de España con colores del todo contrários á los del cuadro que habian hecho los embajadores de Francia.

Completos fueron el contento y triunfo de la reina, y para recompensar á Montellano de los servicios que habia prestado, fué nombrado duque y grande de España, ganando además el favor de la reina. Rivas fué despedido de nuevo, y dividiéronse los negocios de su ministerio entre don Pedro del Campo, marqués de Mejorada, secretario de estado, y el marqués de Grimaldo, secretario de hacienda y guerra, á quien amaban infinito los reyes, y que empezaba entonces su larga carrera política.

Pronto conoció Grammont que se habian burlado de él, y se mostró indignado en estremo al tener conocimiento de la eleccion de Tessé para un mando que

debia darse á uno de sus amigos. No desconociendo que iba á hacer un papel casi nulo al lado de la princesa de los Ursinos que sin duda adquiriria mayor poder. Causóle esto sumo disgusto, y sus cartas iban llenas de invectivas contra la princesa, contra el gobierno adicto de la reina, y contra el imperio que ejercia contra esta en el ánimo de su bondadoso marido, ó mas bien contra su despotismo como solia decir. Hizo mas, tratando de debilitar este influjo valiéndose del confesor para gobenar á Felipe, como habia hecho en otro tiempo el cardenal Estrées. No alcanzó, en verdad, buen éxito en esta tentativa; por lo menos le fué fácil persuadir á un príncipe que carecia de voluntad que mostrase al rey de Francia su desaprobacion relativamente á la conducta de la reina, así comó la vergüenza al verse dirigido por una niña de quince años, añadiendo que no lo pedia la reposicion de la camarera sino para verse libre de las molestias importunas de la reina. El orgulloso Grammont al conseguir semejante triunfo en momentos tan críticos pintaba á Felipe como otro hombre dispuesto ya á obedecer á la córte de Versalles, en lo cual lo engañaba la embriaguez de la victoria. El confesor, usando el lenguaje de su ministerio, consideraba este cambio como una obra del cielo, como un beneficio de la Providencia, cuyos designios eran retirar á Felipe del borde del abismo en que la ceguedad lo habia precipitado.

Apresuró esta imprudencia del cambio que creia Grammont poder evitar; porque Luis XIV á quien la esperiencia habia hecho conocer el estado de las cosas en Madrid, juzgaba ya con exactitud el carácter de Felipe y el limitado poder que la muger ejercia en aquel ánimo apocado. Al contestar el embajador, le hizo notar cuan arriesgado é injusto era tratar de apartar al rey de la reina. Conoceis su flaqueza, dice el rey de Francia, y si cambiase del parecer, no seria imposible que dijese á su muger que nada habeis descuidado

para que se erija un dueño absoluto y reine sín ella; que habeis obrado así de órden mia, y que miro yo como una vergüenza para él, y como un oprobio para su reinado que se mezcle ella en los asuntos del estado. Miraria la reina entonces como una sangrienta injuria la que le haceis tratando de disminuir su poder, del cual tal vez no hace menos caso que de la amistad de su marido.

«Quizá ignoreis, que entonces mismo que está desaprobando la conducta de la reina en secreto dá esta una nueva prueba de la entera deferencia á su voluntad; que escribe á mi hijo rogándole que insista conmigo en la reposicion de la princesa de los Ursinos, lo cual es totalmente indispensable para bien de sus negocios. Estas contradicciones harto dan á conocer, que ni él mismo tiene certeza de que tendrá algun valor, una firmeza de que solamente hasta el dia hemos visto la apariencia. La reina ha de dominarlo siempre; por lo que conviene mas valerse del poder que tenga ella que tratar en vano de destruirlo.

«No conviene tampoco que el rey de España se halle informado de lo que pienso yo en esta materia, porque lejos de utilizar mis consejos, contribuiria esto á desanimarlo, y las quejas sobrado frecuentes de una timidez fácil de vencer, abaten el corazon en vez de elevarlo. Le direis, pues, que he sabido con placer la disposicion en que está de conformarse en todo á mis consejos, asegurándole de mi parte que legaré en todos tiempos los que creyese mas convenientes á las glorias y bien de sus negocios; que estoy persuadido de que los recibirá y seguirá como de un padre que lo ama con ternura, y me intereso mas en sus asuntos que en los mios propios

«Añadireis que celebro infinito ver que continúa amando á la reina, y que no dudo siga ella, con respecto á mí en las mismas disposiciones que él, y que si lo que no espero, se apartase de ella este buen sende-

ro, estoy cierto de que tendrá bastante fortaleza para imponer silencio á la ternura ante los intereses sólidos de la corona; pero que espero confiadamente que no tendrán jamás entrambos sentimientos opuestos en este punto.

«Es además, conveniente seguir ganando como hasta aquí habeis hecho, la confianza de la reina, si es posible y de no inspirarle sospechas de que tratais de privarla del influjo que tiene. Poco se puede contar con el rey de España para confiarse enteramente á él (87).»

La reina que durante la marcha de esta intriga, adivinó los proyectos del embajador; no bien alcanzó los beneficios de su cooperacion, dió rienda suelta á su corage, y solicitó su separacion con tantas instancias como habia solicitado la destitucion del cardenal y el abate, antecesores de Grammont. Alcanzó al mismo tiempo de su marido que desaprobase el papel complicado que habia hecho, reuniéndose á ella para conseguir el triunfo. Confesaba Felipe que seguia profesando sincera y profunda amistad á la princesa de los Ursinos; declaraba que el amor que profesaba á la reina, le inspiraba pesar de verla tan apegada á ella, y que aprovechándose Grammont de este pesar momentáneo, le arrancó una declaracion contraria á sus sentimientos verdaderos. Me culpo ahora, añadia, de haberme dejado arrastrar hasta el estremo de escribir contra la princesa y Orri, y os ruego que disculpeis mi flaqueza. Quejábase amargamente de Daubeuton, que habia tratado de separarlo de la reina, y pedia otro confesor que se encerrase en los deberes de su ministerio.

Hubiera disipado todas las dudas de Luis XIV una confesion tan humillante, si abrigase alguna acerca de la incapacidad en que se hallaba su nieto de gobernar por sí mismo. Tuvo pruebas, de este modo, de que todos los esfuerzos que pudieran hacerse para oponerse á lareina, no tendrian mas resultados que el de perjudicar infinito á los que los pusiesen por obra. Aban-

nó pues, sus secretos de gobernar la España, sin agente ninguno intermedio, y adoptó nuevamente su antiguo plan de gobernar á la reina, por medio de la princesa de los Ursinos, cuyo mérito, por último, llegó á conocer. Hizo tambien justicia á Orri, cuya separacion dejó sumida la hacienda en los caos antiguo, y anunció á Felipe su resolucion de devolver sus destinos á la princesa de los Ursinos y á Orri, así como de separar á Grammont y al confesor.

No se esperaba la princesa de los Ursinos ser recibida en Versalles del modo que lo fué; los mas importantes magnates, y entre otros el duque de Alba, embajador de España, la salieron á esperar y la acompañaron hasta París, en donde tuvo la honra de que la visitasen los príncipes y princesas de la real familia. Acudian tantos cortesanos á su casa como al palacio del rey, y de órden espresa de Luis XIV, Torcy qne se habia opuesto á su reposicion, se presentó á felicitarla. Su presentacion en Versalles, fué tambien señalada con distinciones y honores, fué recibida como una persona á quien se queria desagraviar, y á quien se llamaba para que fuese mas pública la vergüenza y pesar de sus calumniadores. Por último, tuvo frecuentes entrevistas con el rey y con la Maintenon, y no perdonó Luis XIV señal ninguna de favor y deferencia, á fin de borrar de su memoria el recuerdo de su pasado resentimiento.

Justo es decir, en elogio de esta muger estraordinaria, que al ver de nuevo que con tanto ruido llamaba á sus puertas la fortuna, se mostró tan serena y firme como en los dias de su infortunio. Sin embargo, halagábala tanto el papel brillante que hacia, que no se daba mucha prisa de abandonar el teatro de su triunfo. ¿Qué pensamiento abrigaba, empero? ¿Halagábale tal vez la esperanza de egercer en Versalles el mismo influjo que en Madrid? ó bien se ofrecian á su imaginacion las dificultades y contratiempos de su primera po-

sicion, para inspirarle cierta repugnancia de ir a arrostrar nuevos peligros? Fuese de esto lo que quisiera, trascurrieron varios meses sin que alcanzasen que emprendiese su jornada á España; ni los ruegos é instancias de su régia protectora, ni las súplicas del gabinete francés.

El visible ascendiente que empezaban sus gracias y modales á darle en el ánimo de Luis IV, despertaron por último, los celos de la Maintenon que hizo cuanto estaba á su alcance, para echar de allí á tan temible rival. Llegadas las cosas ya á este punto, no fué posible á la camarera permanecer mas tiempo; pero consiguio que se diese carta blanca para componer el ministerio y el gobierno de España á su antojo. Orri volvió á su destino, por recomendacion suya. y nombróse á otro embajador en lugar de Grammont. La eleccion que se hizo, fué la mas conveniente á España desde los tiempos del duque de Harcourt; porque Amelot, nombrado para este empleo, no era hombre capaz de poner tropiezo al gobierno de Madrid, con el orgullo y pretensiones que inspiran un nacimiento elevado ó un encumbramiento desmedido. Era presidente del parlamento de París, y de su instruccion y conocimientos diplomáticos, habia dado pruebas en sus embajadas de Venecia, Suiza y Portugal. Pero las cualidades principales que habian decidido su nombramiento para la embajada importante de Madrid, eran su consumada prudencia tan notoria, su circunspeccion, la flexibilidad de su carácter, y sobre todo, su adhesion completa á su protectora (88).



CAPITULO XI.

1705.

Informe que remitió Tessé á la córte de Francia, acerca de la córte, del gobierno y del pueblo de España.—Llegada de Amelot y Orri.—Tropiezos del nuevo embajador.—Oposicion que habia á recibir guarnicion de tropas francesas en las plazas fronterizas, como lo proponia Francia.—Combate Montellano esta proposicion con fuerza en el consejo.—Conspiraciones supuestas contra los reyes.—Prision y destierro de Leganés.—Descontento de los grandes.

El siguiente informe que remitió Tesse á Chamillart, ministro de la guerra, para instruccion de Luis XIV, ofrece un cuadro curioso y lleno de interés, aunque algo exagerado, en verdad, del gobierno y del reino, al fin de aquella lucha política, que tuvo término con el regreso de la princesa de los Ursinos.

Campamento á la vista de Gibraltar, 11 de abril de 1705.

«El marqués de Maulevrier deberá informaros de la completa indolencia, indecision é incertidumbre del rey, dominado completamente por la reina, quien, demasiado jóven, aunque llena de talento, no tiene la mas ligera nocion de los negocios públicos, ni sabrá mas de lo que le diga la persona que esté á su lado, y en quien, sea hombre ó muger, se halla dispuesta á depositar toda su confianza. El ánimo de la reina y quizá su corazon, se inclinarian naturalmente á los placeres, y á

dirigir su córte de modo que tuviesen las mugeres el mismo trato que en Francia, ó en Piamonte, pero, los españoles son opuestos á esta medida, que ella, empero, estableceria, á pesar de todo el mundo, si por su parte el rey no fuera todavía menos espansivo que los españoles; porque, esceptuando la caza que gusta mucho á S. M., y aun entonces es preciso que esté casi solo, su temperamento le inspira deseos de no ver á nadie; y si no estuviese tan arraigada ya la etiqueta en España, bastaria él para establecerla.

«La adoracion con que mira el rey á la reina llega á tanto, que nada hay, de cualquier naturaleza que sea, que no lograse ella hacerle hacer.

«Esta princesa, educada por su padre, en quien vió un ódio y aversion indecibles hácia la nacion francesa, quisiera que fuese posible no tener trato ninguno con franceses, á quienes ve por necesidad no mas. Sin embargo, los deja satisfechos con palabras cortesanas y modales insinuantes. Ella, por su parte, teme y respeta en estremo, al rey, y anhela su estimacion; aborrece, por naturaleza, el cansancio y aplicacion seguida; pero quiere que la informen de todo, y se quejaria de que se despachase negocio alguno de que no tuviese ella conocimiento.

«El deseo general de los españoles es, ver mas bien la destruccion del género humano, que ser gobernados por los franceses, tal vez antes se hubieran sometido; pero, ya es demasiado tarde. La profunda aversion que tiene la reina al duque de Grammont proviene de que supo, por boca del rey, que el embajador habia tratado de que ella no tuviese conocimiento de los negocios públicos. Ademas, le habló, al principio, de la princesa de los Ursinos como de quien no convenia, ni á su servicio, ni al de Francia, que volviese á España. La reina sabe tambien, por el rey mismo, que el señor embajador y el padre confesor andan harto amigos y confabulados, á fin de impedir la vuelta

de la favorita, que parece indispensable. Preciso fuera hallarse en las interioridades de palacio, para saber, si es por causas de placer, distraccion ó negocios, que la reina se muestra tan decidida á favor de su camarera, pero es lo cierto que hubiera sido capaz de destruir el reino, y hacer toda clase de locuras, si el rey no hubiese cedido devolviendo á su favorita.

«El presidente de Castilla, Montellano, que toma tanta parte en los negocios públicos, tiene, á lo que parece, buenas intenciones, con tal de que pase todo por la cámara de Castilla, que se considera como el tutor, no solo del reino, sino tambien del rey; he visto órdenes y cartas particulares suyas á corregidores y jueces, contrarias totalmente á lo que se habia acordado en el despacho, por manera que, de este modo, destruye lo que el consejo, de que forma parte, ha dispuesto; y siempre halla oposicion en él los acuerdos que él no dicta. No será el rey de España verdadero rey, ínterin no se disminuya la autoridad de esta cámara, y nada es mas fácil cuando quiera hablar el rey de España, porque los cargos son amovibles, sin que nadie murmure de esto, ni el mismo ofendido. Pero, el rey, tímido por naturaleza, y perezoso para hablar, ni habla ni hablará; piensa acertadamente; pero mas valiera que pensase menos y hablase mas.

«El marqués de Mancera, que es del gabinete, es muy anciano, y no conoce mas que una rutina vieja; solo su nombre va al consejo. Montalto puede que tenga buenas intenciones; aunque no me atrevo á asegurarlo; jamás se ha batido, aborrece la guerra, en que no entiende nada, y es incapaz de sujetarse. El conde de Monterey algo ha visto en Flandes y ha logrado algunos triunfos; tiene mas actividad en la imaginacion que los demas; pero en cuanto á los pormenores de la guerra, lo mismo entiende de eso, que si en su vida hubiese sido gobernador de Flandes. El marqués de Mejorada, es hombre honrado, rico, bien in-

tencionado, no ha servido jamás, no quiere ser responsable de nada, ni cuidar de cosa ninguna. Seria un dependiente fiel y concienzado, si no tuviese mas que hacer que lo que le mandasen; pero jamás se cuidará mas que de dar gusto á los magnates, á quienes respeta.

«Estos, y el embajador de Francia, son los que componen el gabinete, y causan la envidia de los demas; en resumen; un rey jóven que no piensa mas que en su muger; de una muger que se ocupa de su marido; de cuatro ministros que, desunidos entre sí, se hallan siempre acordes cuando se trata de cercenar la autoridad del rey; del secretario de estado, que se conforma con obedecer y no tiene voto, no quisiera tenerlo, porque le impusiera esto grave responsabilidad, y no quiere ninguna. Mas capaz de servir seria Rivas que todos los demas, pero la desdicha que tuvo de indisponerse con la princesa de los Ursinos, hizo que lo tuviese la reina por sospechoso é insoportable; por último, como iba diciendo, este consejo del despacho, se compone, ademas de las gentes arriba nombradas, del embajador de Francia, que es quien mas figura en el gabinete, pero cuyo parecer contradicen siempre los otros cuatro; este no se cuida mas que de lo que importa y conviene al servicio, entera al rey de lo que se deberia hacer; pero el rey no tiene ni energia para escucharlo. Así es que el despacho es un campo de Agramante; el relój suena, no lo adelantará el rey para que empiece la sesion; pero se alegra y regocija cuando da la señal de acabar; levántase la sesion y nada se ha hecho.

«En cuanto á lo que dice relacion con el consejo de guerra, compónese de gentes que jamás han estado en ella, que han leido algunos librotes que hablan del asunto, y que tienen una aversion y desprecio indecibles hácia cuanto se llama guerra: quisieran triunfos, pero sin hacer cosa ninguna para prepararlos. No

tendrá jamás el rey ni tropas, ni ejércitos, ni municiones, ni fronteras, ni marina, ni armas, ni almacenes, ni nada de cuanto hace el poder y la grandeza de las naciones, ínterin no se cuide de todas estas cosas, ó que no queriendo trabajar, no tenga un primer ministro, el cual, poniendo el pié encima de los demás, haga en España lo que hacia el cardenal Richelieu, en tiempos del último soberano, ó lo que hacia despóticamente el cardenal Mazarini, durante la minoria del rey.

«El general de los ejércitos de España es aquí lo que el dux en Venecia; no le dejan mas que el aparato esterior, y, escepto el dia de la batalla, pasa el resto del año disputando con el consejo, que tiene siempre razon. Recuerda el consejo que el duque de Alba, despues de conquistar á Portugal, no alcanzó permiso para besar las manos al rey su amo, y que se dió por muy contento con poderse retirar á su casa.

«El duque de Medinaceli, que en nada tiene parte ninguna, es un presumido, envanecido con su nacimiento; tal vez seria capaz de ser primer ministro, y de dar una nueva forma al gobierno; pero al mismo tiempo, despues de servirse de él, seria preciso tener certeza que, al cabo de dos años, estaria en estado de poderlo ahorcar.

«En el completo estado de ruina, en que se halla la infantería, ha tomado el consejo el partido de reclutar gente; hacer lo que en esto se hace, es perder dinero y tiempo. Los curas y gentes de justicia son los que hacen estas levas, y los hombres que cogen, se van con vestido y dinero, y en tanto que no sea un oficial responsable de su compañía, no habrá tropas.

«El presidente de Castilla es quien nombra casi todos los corregidores; por manera que, como todo se lo deben á él, á él le dan cuenta de todo, y ellos son los que todo lo hacen. Quien reina, por lo tanto, en España es el consejo de Castilla; y este consejo, tutor del rey y del reino, á entrambos domina.

«Felipe II fué quien empezó á destruir el oficio de la guerra, poniéndole debajo del de la toga; de tal modo que los que han servido en la guerra ó en los vireinatos, no aspiran á mayor recompensa ni fortuna, que á formar parte de este consejo, en donde nadie se bate ya, pero en donde pasan estos señores el tiempo, luchando con los que se baten. Si no toman otro sesgo los negocios públicos, el emprender tan solo apoyar á España, causará la ruina de Francia. No importa cosa en Madrid que se llame el rey Felipe ó Cárlos, con tal que haya rey, y que no haga este mas que lo que quieren ellos; y esceptuando á una media docena de personas cuando mas, que seguirian al rey por honor, si hubiese un hundimiento general, no conozco á nadie en Madrid que no fuera á besar la mano del archiduque (89).

«Por afecto que profese el rey de España al monarca, su abuelo, no deja de contradecir á este, de vez en cuando, pues tiene sus genialidades. Si no se hace lo que desea, no dice una palabra; pero manda lo contrario de lo que se le aconseja; solo la reina puede hacerle cambiar, como le acomoda.

«La sola cosa por que fué insoportable el duque de Berwick al rey, es que este monarca queria, á cada paso, ir á ver á la reina, cuando estaba en el ejército, y el duque de Berwick, se oponia á ello con fuerza; y á fin de conciliar el servicio con la impaciencia del rey, habia resuelto la princesa de los Ursinos llevar á la reina á Badajoz ó Alcántara, cuando recibió órden de salir de España.

«Por lo que respecta á la próxima campaña, lo mejor que puede desearse es no tener que hacerla. Las fuerzas del enemigo y su situacion serán las que decidirán el lugar y el modo; porque careciendo de superioridad para dar la ley, fuerza será recibirla.

«Cree el general haber arreglado sus víveres y caminar á un fin; pues se equivoca completamente,

porque un capricho de Madrid envia órdenes positivas y todo queda destruido.

«He ofrecido al rey hacer esta campaña, y la haré, aunque con toda clase de penas, de desazones y de contratiempos; despues de lo cual le ruego encarecidamente que encargue al rey su nieto que ponga la vista en un general español; porque, del modo como estoy, puede el rey mi amo mandarme servir en sus galeras y remaré en ellas, con todas mis fuerzas, pero un hombre de bien no puede servir en este pais, en el desórden en que está todo, y en él quieren en Madrid que siga.

«El rey se cuida otro tanto de tener casa ó no tenerla, guardias á caballo, guardias á pié, muebles, carruages de terciopelo ó lienzo, lo mismo que me importa á mí tener un lacayo mas ó menos.

«Por la parte que tuvo en el testamento del último rey, parece que deberia el cardenal Portocarrero ser empleado y consultado, pero nadie se acuerda ya de él, y eso que es hombre lleno de las mejores intenciones, á quien no se le puede dar empleo, porque es preciso que sea muy elevado; no puede tolerar ningun compañero, y para gobernar solo, no es bastante hombre.

«El único capaz de tamaña empresa seria el arzobispo de Sevilla; y si alguna vez toma el rey un primer ministro, seria aquel prelado mas digno de este elevado punto que otro ninguno; si se tiene presente, empero, que un cardenal empleado en España será siempre un dependiente de Roma y sus delegados, cuyos intereses no siempre están en armonía con los del estado.

«Frigiliana, conde de Aguilar, es uno de los que mas talento tienen, y está íntimamente unido con Medinaceli; pero todas estas gentes no tienen otro objeto principal que de cercenar la autoridad del rey, haciendo de modo que no tenga ejército, y que no teniéndolo no pueda mandar jamás. Los demas grandes no

tienen participacion ninguna en los negocios del estado; tienen, empero sus intrigas y pandillas particulares; pero las disposiciones universales son mas favorables á un trastorno general que á un cambio de costumbres.

«Que tenga España un rey que quiera mandar, hablar, despachar y decidir, ó que nombrando un primer ministro, dé á este estado toda su autoridad, y que se contente con firmar lo que acuerde su ministro, dentro de un año podrá mandar el rey, ó habrán lapidado ó envenenado á su ministro omnipotente. Mas valiera esponerse á este último contratiempo, que ir arrastrando, como se hace en el dia, una cuerda que ha de ahogar á menos que tengamos pronto paz; porque segun los principios que se observan en España actualmente, de dejarlo todo sin terminar, de tejer y destejer, de cambiar de ministros cada seis meses, de no tener jamás fondos destinados á la guerra, de confiar los pormenores de la guerra al consejo, en donde no sabe nadie mas que emborronar papel; es como suele decirse, machacar en frio, porque ni puede hacerse ni sostenerse la guerra, con semejante sistema.

« Es fiel el pueblo y profesa amor á su rey, tambien lo fuera el ejército, si lo pagaran, pero no lo es, ni quiere el consejo que lo sea. Basta que se muestre cualquiera profundamente afecto al rey y empeñado en el lustre de la corona, para que se conjure todo al punto en su daño.

« Una sola persona habia empezado á minar, por su basa la autoridad de los consejos, y era capaz de conseguirlo, porque firmaba el rey cuanto el tal le presentaba. No sé si todo lo que proponia era hacedero, é importa no dejarse alucinar por la brillantez de sus proyectos, basados casi siempre en principios cuya ejecucion es imposible; pero, si hubiera alcanzado su intento, llegara á ser el rey de España un monarca poderoso allanando el camino de todo al rey. Era todo para la reina, que lo miraba con agrado, y aquel hombre hu-

biese llegado á ser ó grande hombre ó á verse colgado.

«Todo esto es un razonamiento vago, que no tiene mas objeto que el de dar á conocer que jamás han estado los negocios de España en semejante estado de confusion que en el dia, y que tal vez convendria hacer como los jugadores que *echan el resto*, y se arruinan de una vez ó se enriquecen (90).»

Tal era el estado del gabinete y de la córte cuándo volvió la princesa de los Ursinos á tomar el poder. Amelot y Orri fueron delante, á fin de tomar posesion de sus destinos respectivos y prepararlo todo para la recepcion de la camarera.

Luis XIV se vió precisado á confesar que tanto sus intereses como los del rey, su nieto, habian sufrido menoscabo con la intervencion ilimitada y absoluta que egerció en los negocios interiores del gobierno español. «Aun cuando conociera á fondo, escribia á Grammont, todos los pormenores de la administracion de esa monarquía, tanto como los de mi propio reino, y que supiese el modo de pensar de los españoles como el de mis propios súbditos, todavía no me atreveria á mandar que se siguiese mi parecer, en todos los asuntos y ocasiones, Algunos habrá que cambiarán tal vez de aspecte, cuando lleguen mis cartas; y la misma decision que seria conveniente pocos dias antes, seria entonces perjudicial. Por lo que respeta á su conducta, debiera haber adquirido Felipe esperiencia, durante cuatro años, y suficientes luces para formarse un sistema conveniente (91).»

Hallábase Amelot poseido de principios totalmente opuestos á los de sus antecesores; al salir de París, tenia la firme conviccion de que para salir airoso de un encargo, debia proponerse al duque de Harcourt por modelo, al carácter de la nacion española, solicitando la cooperacion de los ministros, sin darse aires de gobernarlos, antes bien valiéndose de la dulzura y persuasion á fin de que, por sí mismos se convenciesen

de que cuantas medidas tenia encargo de proponerles, tenian por objeto único y esclusivo la gloria del monarca y la prosperidad de la nacion española.

Pero, pocos dias de permanencia en Madrid bastaron para darse á conocer que ni el estado de España, ni el carácter de las personas con quienes tenia que entenderse eran tales como él se habia imaginado en Versalles; pues por dispuesta que se hallase en aquel momento la reina á prestar apoyo á las miras de Luis XIV, todo se resentia ya de la oposicion que la misma reina habia alimentado, poco antes. Ya no era tan solo el partido de los descontentos el que trataba de poner obstáculos á las medidas del gobierno, sino tambien los ministros. A todos los ramos de la administracion alcanzaba esta oposicion, causando perjuicios graves los mil enredos en que tomaban parte, mas ó menos directamente.

El mismo Montellano, cuyo apoyo de tanta utilidad habia sido á la reina, y á quien esta recompensó de un modo tan espléndido, hallaba placer en el mando, y no estaba dispuesto á ceder su influjo á los agentes de Francia. De repente abandonó la docilidad que le valió su encumbramiento; y sin oponerse abiertamente á la reposicion de la princesa de los Ursinos se unió al embajador de Francia, para persuadir al rey que haria bien en nombrar camarera mayor á la duquesa de Bejar. El aire franco de este ministro agradaba en estremo á los reyes; y amaba igualmente á este personage aquel partido poderoso que se oponia á la intervencion de los estrangeros.

Cansado de la oposicion perenne con que sin cesar, tropezaba en todas las clases, escribia el ministro francés: «La táctica invariable de la grandeza, consiste en que no salga el rey jamás de su tutela, ni la corona de un estado de flaqueza y dependencia, que da lástima. Cuanto proponga el rey de Francia hallará una oposicion sistemática; imposible será emprender cosa alguna de

cierta utilidad, y vanos serán cuantos esfuerzos se hagan para restablecer el órden en los negocios públicos:» Sentó, pues, el principio de que convenia tratar á los grandes con señales de consideracion, respetando los privilegios de esta clase; pero que se debia contar lo menos posible con ellos para gobernar, sin cuidarse de modo alguno de sus quejas y parecer.

Despues de dar parte á Luis XIV de la toma de Alburquerque y los primeros chispazos de una rebelion en Cataluña, añadia: «Cada dia se aumenta el mal, y los pocos soldados que hay todavía, se ven precisados á desertarse por falta de pan. Los oficiales que egercen algun mando, piden su retiro, viendo que escasea todo. Apesar de esto, los ministros del despacho están tranquilos, viendo y oyendo un dia y otro pruebas multiplicadas de estas lástimas con indiferencia, lo que haria sospechar que se trata de negocios del vecino. Todo el mundo conoce y confiesa que lo que falta es dinero, y, á pesar de esto, nadie se cuida de buscarlo, ni cree que fuera posible hallarlo.» Propuso Orri, como un remedio inmediato, restablecer sus primeros proyectos; pero temeroso de promover, desde el principio, cuestiones de éxito dudoso, suspendió la ejecucion de semejante pensamiento.

No tardó mucho Amelot en dar mayores pruebas de la verdad de tales observaciones. La invasion de Andalucía, por el ejército portugues y el temor de un alzamiento en Cataluña y Aragon, decidieron á Luis XIV á dictar medidas previsoras á fin de evitar posibles contratiempos, asegurándose de algunos puntos militares de España. Propuso, con este objeto, que recibiesen guarnicion francesa Santander, San Sebastian y San Lucar, así como las fortalezas de Guipúzcoa y Alava. Se encargó la reina de alcanzar el consentimiento del rey, y se dió órden á los ministros para que propusieran esta medida al consejo.

Hallábase presente el rey, cuando en su nombre, se

hizo esta peticion, la cual causó tanto asombro, que ni un solo individuo del consejo desplegó los lábios; pero pronto se levantó Montellano y combatió con energia semejante pensamiento, ponderando el deshonor que mancharia el nombre español, si se adoptaba una medida tan poco decorosa á la dignidad del monarca, como vergonzosa para los españoles. Aseguró que no podia esta proposicion dejar de aumentar la rivalidad que existia ya entre ambas naciones, y dejó entender que ya se desconfiaba sobrado del ejército francés que defendia las fronteras de Portugal. Los demas individuos del consejo, sin tener bastante energía para seguir el egemplo de Montellano, no ocultaron, empero, la repugnancia con que adoptarian esta proposicion. Faltó entonces Amelot á su circunspeccion ordinaria, y quejándose de la antipatía y malas disposiciones de los españoles, insistió enérgicamente en la necesidad que tenian estos de depender de Francia para conservar la monarquía.

En medio de este desacuerdo, mostró Felipe su descontento con una viveza desusada, declarando que no se haria distincion ninguna entre las tropas francesas y españolas, en tanto que ambos soberanos permanecieran unidos tan estrechamente como entonces. Aprobó la proposicion de Amelot, é insistió á fin de que se diesen al punto las órdenes necesarias para su ejecucion (92).

A pesar de esta decision de Felipe, se ofrecieron iguales dificultades con respecto al plan de hacienda de Orri, cuyo objeto era proporcionarse fondos con que seguir las operaciones militares. Disputas no menos vivas se suscitaron con motivo del aumento del ejército, y el restablecimiento de la disciplina militar. A todos estos contratiempos hubo que agregar uno mas, que fué el descubrimiento de una conspiracion, efectiva ó supuesta, cuyo objeto era apoderarse de las personas de los soberanos, el dia del Corpus, cuando se retirasen al Re-

tiro, con la acostumbrada solemnidad. Al frente de esta trama, parece que se hallaba el conde de Leganés, uno de los grandes de España de mas influjo y capacidad; era comandante general de la artillería, y al mismo tiempo, encargado de la custodia de palacio. Sospechábase de él tiempo hacia, que abrigaba inclinacion á la casa de Austria. Debia ejecutarse el plan con auxilio de los desertores y prisioneros de guerra ingleses, alemanes y holandeses reunidos en Madrid, á quienes visitaba y socorria Leganés. Como acontece por lo general, se exageraron las circunstancias y ramificaciones de la conspiracion, suponiendo que iban á estallar insurrecciones á un mismo tiempo en Madrid, Granada y Cádiz, en cuyos puntos tenian secretas relaciones los enemigos; debian los franceses y sus parciales ser degollados en un mismo dia; los reyes serian conducidos á Lisboa, y si esto no podia alcanzarse, habian de perecer de igual modo. Por último, seria la esplosion de la trama la señal para aclamar al archiduque, ejecucion que facilitarian los movimientos del ejército portugués, apoyado por la aparicion de las escuadras enemigas á la vista de las costas.

Amelot fué quien descubrió la trama; de órden suya, se prendió á Leganés, sin esperar siquiera la aprobacion del gabinete francés. Sin embargo, no se consiguió jamás presentar á este personage pruebas de su culpabilidad, ni siquiera de la existencia de la conspiracion; pero no estorbó esto para que se le encerrase en el castillo de Pamplona; mas tarde fué trasladado á Francia donde murió en 1711.

Ofendióse la grandeza sériamente de la prision de Leganés, verificada sin respeto á los derechos y privilegios de su clase, sin formalidades legales, por meras sospechas, sin suficientes pruebas y sin prévio sumario. Semejante violacion de todas las fórmulas en esta ocasion, aumentó el interés que inspiraba el conde, y decíase públicamente que no era este culpable. Un inci-

dente de esta naturaleza no pudo menos de causar tanto daño al nuevo embajador, objeto de crítica universal, que no bastó para grangearle el afecto público, ni la circunspeccion que lo distinguia, ni el favor con que lo honraban las dos familias reales (93).

---

cito se halla destruido. Así es que sigue esto como el alma de Garibay. Diéronme órden para que viniese á este campamento, en donde debia hallar veinte cañones nuevos, y trescientas mil libras de pólvora; los primeros están en Cádiz, y parece que no pueden salir de allí; la pólvora ha de venir de Tolon, y todavía no he recibido nueva ninguna de su salida. A todo esto, me dirá sin duda V. A.: las mejores locuras son las mas cortas; ¿por qué no levantais el sitio? Lo hiciera así sino hubiese una dificultad que me lo impide, cosa de poca monta, la cual es que por mar ha venido la artillería y por mar ha de volver, sin poder ser de otro modo. Esto es un pasadizo rodeado de montañas una legua á la redonda, en donde no hay camino ninguno practicable; y sea que continuemos el sitio, sea que se levante, es necesario una escuadra, la cual ó no quiere ó no puede venir. Puedo aseguraros, príncipe, que nuestro carnaval de aquí es distinto del de Marli, y que todas las medidas que toman en Madrid para darnos dinero, socorros, subsistencias, consejos y demas, se parece á cuanto sucede (94).»

Hallábanse las cosas en esta situacion, cuando por último, llegó la escuadra de Pontis; con lo cual, no se dudaba ya de un éxito completo y próximo. Pero en medio de tales y tan halagüeñas esperanzas, fué Pontis derrotado por una escuadra inglesa, perdiendo tres navíos de línea, y salvando lo restante no sin mucho trabajo. Este desastre obligó á levantar el sitio, que era ya imposible continuar, y aunque con harto pesar, consintió en ello Felipe.

El dia mismo en que se levantó el sitio (24 de abril), escribió Tessé á Luis XIV, quejándose como en todas las demas cartas de España.

Sevilla á 24 de abril de 1705.

«Señor, he recibido entre Jerez y Sevilla, la carta que V. M. me ha dispensado la honra de escribirme. Ad-

miro la constancia y bondad de V. M. porque si á todos, empezando por su nieto nos hubiera reñido sériamente, creo que no hubiera hecho mas que darnos lo que merecemos, y jamás ha habido como suele decirse, carro peor vencido que el de esta monarquía en donde todo se verifica sin órden, sin precauciones, sin decisiones, sin fondos, sin objeto y en una palabra, sin todo lo que sostiene los estados. Si se tratase de perder este, se me figura que no se podria obrar de otro modo.

«Emprendo, pues, mi jornada á Madrid puesto que me lo mandais y me lo manda tambien el rey vuestro nieto, y aseguro á V. M. que llegaré allá, Dios mediante, sin mal humor ni nada que se le parezca. Ya habreis visto por varias cartas de que el ministro de la guerra os habrá dado cuenta, la situacion estraña en que se halla todo lo que llaman guerra, tropas, dinero, almacenes y precauciones. Quiera Dios que con la llegada de Orri se pueda poner el necesario emplasto, y que haya alguien cerca del rey de España que contribuya á que haya movimiento y se resuelvan los negocios. Tres meses hace que nada, sea de la naturaleza que quiera, se ha despachado en la secretaría de Estado de la Guerra. El duque de Grammont ha perdido en ella los pulmones, y yo la paciencia.

«Hemos errado el golpe en Gibraltar por falta de órden y provision de recursos y de todo lo que V. M. mejor que yo y que nadie sabe que es indispensable. La desgracia de nuestra escuadra, no ha sucedido sino tan solo porque en Madrid no saben ni la importancia ni la posibilidad de lo mismo que mandan; deshaciendo en un dia lo que han hecho la víspera.

«El espíritu general de los españoles mas solícitos, es la falta total de prevision, creyendo disculparse sobrado, confesando que han cedido á la fuerza. El mismo rey de España parece que quiere á veces que dé la casualidad lo que solo puede esperarse de la precaucion mas atenta, y sus órdenes terminantes tienen á veces un

sello de terquedad que puede perjudicar á su servicio. Doy cuenta de todo esto, con mas estension al ministro de la Guerra. No puedo prometer conseguir que organice Madrid la milicia, ó que tome siquiera otras muchas determinaciones que tengo yo por útiles. Habia creido que deseaba la reina enterarse de los negocios públicos, como me lo habia ofrecido, y parece que es capaz; pero harto sabe V, M. lo que es una princesa jóven, por perfecta que sea.

«En cuanto á los fondos que me manda V. M. realizar para la subsistencia de las tropas, nada me dejan ver en este asunto sino la imposibilidad, y ni las tropas están pagadas, ni reclutadas siquiera; todo esto, señor, dá lástima. Daré cuenta á V. M. de lo que pueda hacer en Madrid, y seguiré con el rey católico, la conducta que me ha mandado observar, esto es, hablarle y escribirle con franqueza; porque no es posible que pase la vida diciendo cosas agradables, cuando no pienso semejante cosa.»

Al volver á tomar su mando en las fronteras de Portugal, no se halló Tessé menos apurado; como el ejército no era bastante numeroso ni tenia las municiones suficientes, se vió obligado á dividir sus tropas, manteniéndose en la defensiva. Tuvo el pesar de ser testigo de la toma de Salvatierra, Alburquerque y Valencia de Alcántara, y hasta se tuvo por muy dichoso, porque podia conservar Alcántara y Badajoz, protegiendo el territorio español contra las incursiones del enemigo.

En una de sus cartas al príncipe de Condé (17 de junio), traza un cuadro de su situacion con vivos colores. Despues de contar las circunstancias desgraciadas de la campaña, añade: «Estos son los detalles que me obligan á contar las bondades de V. A.; pero escribiria tanto como escribió San Agustin, sin acabar de decir con qué série de contratiempos han alcanzado desagradar á los mas fieles, desalentar á los mas confiados. Me he visto en la precision de dejar en Cádiz, esto es, á mas

de cien leguas de donde estoy, dos batallones franceses, un regimiento de dragones, porque es indispensable acudir á lo mas urgente, y la aletargada España nada hará por sí. Veremos lo que produce el nuevo reino y gobierno, aunque demasiado se vá prolongando la enfermedad ó pereza de la princesa de los Ursinos, porque cosas hay que no pueden caminar hasta que llegue esta señora á Madrid.»

Escribia el 4 de noviembre, á Amelot: «Si llego pocas horas mas tarde, Badajoz hubiera caido en poder del enemigo, y la guarnicion lo hubiese celebrado, porque no estaban ni pagadas las tropas enemigas y los oficiales se hallaban rabiosamente furiosos; las órdenes se daban de mal modo y se ejecutaban de peor, y un espíritu de queja se iba generalizando.» En seguida, insistia el general en la necesidad de emplear oficiales franceses en el mando de las plazas, porque no queria confiar á un español, por valiente que fuese, la defensa de una torre, pues, añadia, les agradaba batirse en duelo ó particularmente; pero reunidos formando un ejército, eso no entra en su cabeza ni entrará jamás.»

A consecuencia de los reveses del ejército y de los apuros del gobierno, se aumentó considerablemente la inquietud general. Los descontentos se agitaron, mostrándose mas emprendedores; circularon por todas partes, rumores de conjuraciones reales ó supuestas, contra el gobierno. El conde de Cifuentes á quien su elevado nacimiento y conocida habilidad para la intriga, no menos que su popularidad, hacian á propósito para gefe de partido, habia formado el año anterior, un partido austriaco en Andalucía donde tenia muchas relaciones. Descubriéronse sus tramas y fué preso en Madrid; pero logró fugarse y atravesó, con mucho sigilo, Aragon, Valencia y Estremadura, preparándolo todo para un alzamiento general (95).

Apenas se descubrieron las intrigas de Cifuentes, la

conspiracion que se atribuyó á Leganés llenó de consternacion todos los ánimos, inspirando sospechas y desconfianza á todos, altos y bajos.

En medio de semejante agitacion en España, la defeccion del duque de Saboya fué un golpe mortal que recibió la causa de los Borbones en Italia. Este príncipe cuyo objeto era mantener un exacto equilibrio entre dos grandes potencias rivales, apenas puso á cubierto sus intereses particulares, por medio del enlace de sus hijas con príncipes de la casa de Borbon, se ocupó de disminuir la prepotencia de esta familia real en Italia, á fin de asegurar mejor su propia independencia. Se puso de acuerdo, por lo tanto con los aliados, y cuando Vendome hacia que marchase un cuerpo considerable del lado de Trento á fin de favorecer las operaciones del elector de Baviera, se declaró repentinamente á favor de Austria y anunció su adhesion á la grande alianza. Pero sus intrigas aunque manejadas con mucha destreza, no se escaparon á la vigilancia y penetracion del monarca francés. Retiróse Vendome á toda prisa de Trento, arrestó á sus oficiales é incorporó á muchos soldados en las filas francesas, en tanto que un ejército á las órdenes de Tessé marchó á través la Saboya, y que Luis XIV, en una carta muy lacónica habló en el tono de un soberano ofendido. Viéronse precisadas las principales plazas del Piamonte á someterse; el mismo duque no hubiese podido evitar los desastres que merecia su perfidia, si el general imperial Staremberg, no levantase sus acantonamientos precipitadamente, en medio del invierno, dando así medios de sostener una lucha contra fuerzas superiores, en tanto que llegasen los socorros de las potencias aliadas (96).

Estos acontecimientos funestos para la córte de Madrid alentaron á los partidarios de Austria, y contribuyeron á precipitar las medidas tomadas en Portugal para la espedicion proyectada. Otros incidentes consolidaron la fuerza de este partido; el duque de Cadaval,

primer ministro de Portugal, perdió el poder y favor por haberse descubierto la correspondencia secreta que con Francia seguia, y como otro ataque de apoplegía privase al rey completamente del uso de sus facultades intelectuales, se encargó de la regencia la reina viuda. Las querellas y rivalidad del príncipe de Darmstadt y del almirante de Castilla; que tan funesta pudo ser á los aliados, tuvo término con la caida del almirante, por de pronto, y luego con su muerte que causaron el pesar de verse burlado en sus esperanzas (97). De resultas de este cambio, quedó confiado el gobierno á los partidarios de Inglaterra y Austria.

Alentados con el sesgo favorable que tomaban al parecer los negocios públicos, enviaron los aliados á Portugal un refuerzo de quince mil hombres, á las órdenes del general Peterborough, y se prepararon para una campaña vigorosa. En tanto que atacaban las fuerzas aliadas á la España por Beira y Alentejo, debia una escuadra inglesa conducir al archiduque con seis mil hombres, los que habian de desembarcar en las costas de Italia, á fin de prestar apoyo al duque de Saboya, empeñado en una lucha desigual con el ejército francés. En efecto, se dió á la vela esta division desde el puerto de Lisboa á las órdenes de Peterborough y al llegar á Gibraltar, se unió á ella el príncipe de Darmstadt en clase de voluntario. Habló allí del grande influjo que en Cataluña tenia, é insistió en las ventajas de desembarcar en España mas bien que en Italia. Peterborough, que conocia mas bien que el príncipe la escasez de sus fuerzas, fué de parecer que no se cambiase el plan de operaciones; pero Cárlos adoptó la proposicion del príncipe, y fué destinada Cataluña á ser teatro de aquella famosa guerra civil que conmovió el trono de Felipe, y que solo terminó con la paz firmada entre los dos pretensores á la corona de España.

No bien ancló la escuadra en la bahia de Altea cerca de Valencia, publicó Peterborough un manifiesto en

que declaraba que se presentaba á sostener los derechos que tenia la causa de Austria al trono de España, libertando al pais del yugo vergonzoso de la dominacion estrangera. Pronto circuló esta proclama, gracias al celo de los partidarios del Austria, particularmente de un oficial español llamado Basset, muy diestro, que iba en la espedicion. Los habitantes de Altea y de los alrededores, se levantaron en masa y se presentaron en tropel á saludar al archiduque como á libertador. Mientras esto acontecia ocurria en Denia un movimiento popular, y como se rindiese la guarnicion sin resistencia, fué reemplazada por cuatrocientos hombres de la espedicion, á las órdenes del general Romero, uno de los mas acérrimos partidarios del archiduque, de entre los españoles. Esta pequeña ciudad fué la primera que proclamó á Cárlos como rey de España, con la solemnidad de costumbre.

Envanecido con este triunfo, no hizo el nuevo soberano caso ninguno de la opinion de Peterborough, y despues de un descanso de pocos dias, levó ancla la escuadra, haciendo rumbo hácia Barcelona, y el 25 de agosto, desembarcó un cuerpo de tropas al este de la ciudad. Tales empero, fueron las dificultades que cercaban á este pequeño cuerpo de ejército, que durante tres semanas le fué imposible emprender cosa ninguna. La guarnicion constaba de una fuerza casi igual á la de los sitiadores, y la fuerte ciudadela de Monjui, que se tiene por inespugnable, á causa de su ventajosa posicion, dominaba todas las fortificaciones. El intrépido virey Velasco, que en otros tiempos salvó la ciudad, conservaba todavía el mando de la plaza, y en esta ocasion prestábale su apoyo el duque de Popoli, que tanto se distinguió en la defensa de Nápoles. La firmeza de estos oficiales, y el valor que inspiraban á la guarnicion, conservaron á los habitantes obedientes á Felipe. No se atrevieron los descontentos á mostrarse, y las promesas galanas del príncipe de Darmstadt, re-

lativas al levantamiento general de toda Cataluña, se vieron desmentidas por los resultados. No acudieron á alistarse en las filas austriacas mas que unos mil y quinientos miqueletes, contrabandistas ó ladrones los mas, enemigos declarados de toda subordinacion y disciplina.

A causa de este contratiempo, se convirtió el campo de los aliados en un foco de divisiones, de tumulto y desconfianza. Los generales, en vez de ocuparse en ostigar al enemigo, solo cuidaban de llenarse unos á otros de improperios y reconvenciones interminables. No tenian los consejos de guerra mas resultado que el de multiplicar y prolongar las disputas, calificóse publicamente de locura la continuacion del sitio, y mostró el general holandés su resolucion de desobedecer las órdenes del general en gefe, mas bien que sacrificar á sus soldados en una empresa tan temeraria.

En medio de estas disensiones, los repetidos ruegos del príncipe de Darmstadt decidieron á Cárlos á no embarcar de nuevo sus tropas. Como se dejase encerrar la guarnicion en la plaza, por efecto de un errado cálculo, los miqueletes que se habian reunido á los austriacos, aumentaron el número delos descontentos en la ciudad, interceptando la entrada de las provisiones, en tanto que los emisarios austriacos, recorriendo el interior de la provincia, ganaban sin cesar, aunque secretamente, nuevos partidarios para su causa.

El mismo astuto Peterborough, ofendido con las reconvenciones de Cárlos y del príncipe, puso en movimiento todos los medios posibles, á fin de que tuviese éxito feliz, la empresa que hasta entonces habia tenido por imposible. La fortaleza de Monjui, como queda dicho, dominaba las fortificaciones, por el lado mas endeble de la plaza; y la guarnicion descansando confiadamente en la fuerza de las obras, así como en la superioridad de la posicion, parecia que descuidaba tomar las precauciones necesarias para rechazar el ata-

que. Concibió el atrevido proyecto de sorprender este puesto importante, y para que no se adivinasen sus intenciones, convocó un consejo de guerra compuesto de oficiales de mar y tierra, conformándose del todo á la decision que estos tomaron, la cual era que si en un dia dado, todavía se creia era impracticable el sitio, se volverian á embarcar las tropas, tratando entonces de atacar la costa de Nápoles. Nada, empero, indicaba que pudiese continuarse el sitio, así es que en el dia señalado, dá órden Peterborough de mandar á bordo la artillería de sitío, tomó con mucha seriedad, todas las disposiciones necesarias para el embarque de las tropas, sin cuidarse de las vivas reconvenciones de Cárlos, ni de las quejas de cuantos veian burladas sus esperanzas. Convencido de que el éxito feliz de empresas de este género, depende especialmente del secreto, no dejó escapar una sola palabra, ni descubrió su plan á sus mas íntimos amigos, que eran Stanhope y Mehtuen, dispuso todo secretamente para ejecutar sus planes, preparó la artillería y acuarteló mil hombres en un convento, en la mitad del camino que separa la ciudadela de la ciudad.

Por la tarde cuando los habitantes de Barcelona se entregaban al placer, festejando su aparente triunfo, tomó el mando de un destacamento de mil y doscientos hombres y doscientos caballos; deteniéndose en seguida en los cuarteles del príncipe de Hessé Darmstadt, le declaró cuál era su proyecto, pidiéndole su apoyo para salir con bien. Muchas semanas hacia que estaban interrumpidas las relaciones y el trato entre ambos rivales; pero no por eso fué menos vivo el combate de generosidad que entablaron; entrambos generales tan opuestos de opinion, olvidaron al punto su rivalidad antigua y juraron que emplearian juntos sus conocimientos, pericia y denuedo en daño del enemigo comun.

Despues de dar un largo rodeo al pié de las alturas

circunvecinas llegaron muy de mañana a la falda de la colina en que está situada la fortaleza á un cuarto de legua poco mas ó menos, de las obras esteriores. El conde al ser de dia dividió parte de su destacamento en dos mitades cada una de treinta hombres, á los que seguian otros sesenta apoyados por doscientos. Iba detras un cuerpo de reserva de quinientos hombres. Ambos gefes se pusieron entonces al frente del destacamento destinado á una de las acciones mas arriesgadas, cual era el asalto de un baluarte, por el lado de tierra. En cuanto se dió la señal convenida, avanzaron las tropas por la esplanada con la mayor serenidad, aguantan el fuego del enemigo, entran en el camino cubierto, dispersando los soldados que lo defendian, escalan el baluarte fortificando sus inmediaciones con montones de piedras que allí por casualidad habia. Como fijase este pronto ataque principalmente la atencion de la guarnicion, avanzó el otro destacamento con menos riesgo, se apoderó de un medio baluarte al oeste de las fortificaciones, se atrincheró á toda prisa y volvió la artillería contra las obras interiores. Entonces diéronse órdenes para que avanzase la artillería que se habia preparado de antemano, así como los mil hombres de reserva que estaban en el convento.

En cuanto tuvo noticias del asalto, envió el gobernador un destacamento de dragones, y doscientos echando pié á tierra, logran entrar en la ciudadela. A la vista de este socorro, lanza la guarnicion un grito de alegría que interpreta mal el príncipe de Darmstadt, creyendo que los sitiados quieren capitular; impulsado por este error, se avanzó imprudentemente con trescientos hombres hácia las obras interiores; no les estorbó la guarnicion el paso; pero apenas los vieron ya cerca, se precipitaron sobre ellos como el rayo, haciendo prisioneros á doscientos y tirando con metralla á los que trataron salvarse huyendo. En medio de aquel tumulto el príncipe fué herido, si bien no mortalmente.

Los sitiadores empezaban á perder ánimo, al ver que un cuerpo considerable de tropas habia salido de la ciudad, y marchaba con direccion á la ciudadela. Peterborough acudió á reconocerlo, lo cual causó un terror pánico en los oficiales y soldados que abandonan sus filas, retirándose precipitadamente. Afortunadamente notó este movimiento, antes de que lo descubriese la guarnicion; por lo que volviendo con presteza contuvo á sus tropas que recobraron sus posiciones. Para colmo de fortuna, los doscientos hombres que llevaban prisioneros á la ciudad, se encontraron con las tropas que avanzaban para socorrer á Monjui. Los españoles supieron por boca de estos que Peterborough y el príncipe de Darmstadt mandaban en persona á los sitiadores. El gefe de este refuerzo suponiendo que no podria tener intencion de empeñar un combate tan sin esperanza de triunfo, piensa en su propia seguridad, retirándose precipitadamente á la ciudad, temeroso de que le cortasen la retirada.

Entonces llegó del convento el cuerpo de mil hombres; con cuyo ausilio se pusieron en estado de defensa los puestos ocupados anteriormente; restablecióse la comunicacion entre el campamento y el este de la ciudad, y desembarcóse la artillería de grueso calibre. Colocáronse dos morteros de modo que batiesen las fortificaciones interiores; y parecia que la fortuna se empeñaba en favorecer tan temeraria empresa, porque como cayesen por acaso algunas bombas en un almacen de pólvora, en la cara de un baluarte, perecieron al punto el gobernador y varios oficiales. Los miqueletes, tan vivos y activos, aprovechándose de aquel momento de confusion y terror, penetraron en la ciudadela de que se apoderaron con el apoyo de las tropas regulares; como se viese la guarnicion amenazada de ser pasada á cuchillo, se entregó prisionera.

No bien capituló Monjui, se pasaron á las filas austriacas catorce mil catalanes; pero á pesar de este au-

mento de fuerzas enemigas, de la pérdida de la ciudadela y de los daños causados en las fortificaciones por las baterías formidables de los sitiadores, no se acobardaba Velasco; antes por el contrario declaró que estaba resuelto á defenderse hasta que estuviese sepultado en las ruinas de la plaza. Cierto es que si los habitantes se hubiesen hallado animados del mismo ardor, se hubiesen podido defender hasta la llegada de los socorros. Pero el partido austriaco se aumentaba por momentos; así que no solo perdió alientos la guarnicion, sino que pidió el pueblo se capitulase, y desertó al enemigo una parte considerable de tropas, reuniéndose lo restante á los descontentos. El intrépido gobernador se vió obligado á rendirse el 9 de octubre. Concediéronse, así como á la guarnicion, todos los honores de la guerra, y se estipuló que irian escoltados á la fortaleza de Rosas. Al salir de la plaza se vió el gobernador en el mayor peligro, lo mismo que los demás partidarios de Felipe V; pero gracias á la generosa proteccion del vencedor pudieron libertarse del furor del populacho (98).

El 23 de octubre entró públicamente Cárlos en la capital de Cataluña en medio de las aclamaciones de júbilo de los habitantes que lo reconocieron por soberano de la monarquía española. Los catalanes, á quienes acababa Felipe de conceder nuevos privilegios quemaron el documento que los contenia, á fin de recibir otras concesiones que les parecian mas duraderas, como dadas por el monarca que habian ellos mismos elegido. Los soldados que componian la guarnicion que se dirigió á Rosas, escepto mil hombres, se incorporaron á las filas del archiduqne. Por todas partes veíanse deserciones, y como se generalizase el descontento, se propagó el fuego de la insurreccion con una rapidez pasmosa en todos los paises situados al este de España. Los sublevados que mandaba Cifuentes, se apoderaron casi sin esfuerzo ninguno de las plazas importantes de Tarragona, Tortosa, Lérida, Gerona y principales ciu-

dades de la provincia, esceptuando á Rosas; y en seguida invadieron el Aragon (99). Un regimiento de setecientos hombres que bloqueaba á Denia, se pasó á las filas del archiduque, y á las órdenes de Romero protegió el alzamiento general del reino de Valencia. Basset al frente de fuerzas respetables de sublevados catalanes y valencianos, marchó con propósito de atacar la capital en donde tenia el archiduque número crecido de partidarios; contando ya con el apoyo de estos, uno de los gefes se acercó á las puertas de la ciudad, con la espada en una mano y en la otra el retrato del archiduque. No pudo el pueblo disimular su entusiasmo; fraternizaron los paisanos con los soldados, y los partidarios del archiduque entraron en la ciudad sin la menor oposicion. Concedióse al virey, marqués de Villagarcía permiso para que se retirase; pero el arzobispo aparentando ceder tan solo á la fuerza y entregarse prisionero, abrazó la causa de Cárlos, y mas tarde llegó á ser uno de los ministros mas favorecidos con la confianza del archiduque. Por último, viéronse obligadas á rendirse las plazas principales, y solo permanecieron fieles á Felipe en los reinos de Valencia y Murcia las fortalezas de Alicante y Peñíscola.

Como estuviese la estacion demasiado adelantada, se retiró la escuadra; una division, á las órdenes de sir Cloudesly Shorel, regresó á Inglaterra; veinte y dos buques á las órdenes de sir Juan Lake, hicieron rumbo para Lisboa. Púsose la ciudad en estado de defensa regimentando á los habitantes, á quienes se instruia en el manejo de las armas. Hubo que levantar seis regimientos para reforzar el pequeño ejército de Cataluña; Peterborough y Cifuentes al frente de un cuerpo de ligeros, pusieron guarnicion en las plazas fronterizas y cortaron toda comunicacion con el interior de España. La conmocion se propagó con tal rapidez en Aragon, que apenas pudo el arzobispo de Zaragoza conservar la tranquilidad en la capital de su diócesis, cuyos habi-

tantes se levantaron contra las tropas francesas que llegaron con el encargo de defenderla. Como creciese mas y mas el descontento, no pareció prudente empeñar la menor accion, y se esperó la llegada de mas fuerzas francesas, para empezar las operaciones y contener el alzamiento general (100).

CAPITULO XIII.

1705.

Llegada y recepcion de la princesa de los Ursinos.—El gabinete cada vez mas agitado.—Descontento de los grandes y disputas por un punto de etiqueta.—Correspondencia de la princesa con Torcy.—Nuevos cambios en el gabinete.—Montellano separado de la presidencia de Castilla.—El descontento de los grandes aumenta sin cesar.—Valerosa determinacion de Felipe de ponerse al frente del ejército de Cataluña.—Organizacion de la regencia durante su ausencia.—Carta interesante de la reina á Luis XIV.

Al cabo de largas dilaciones salió por último la princesa de los Ursinos de Versalles en que dejó los recuerdos que pudiera una divinidad. Emprendió su viage á España, y entró en Madrid el 5 de agosto con la solemnidad de una soberana que regresa á sus estados. Los reyes salieron á esperarla á dos leguas de la capital, y despues de abrazarla con el afecto mayor la convidaron á que tomase asiento en la régia carroza (101); pero habia adquirido sobrada esperiencia y circunspeccion para tolerar que se violasen por ella las severas reglas de la etiqueta española, lo cual sucediera si hubiese aceptado honores reservados tan solo á la magestad soberana. Como hiciese renuncia la duquesa de Bejar de su destino de camarera mayor, volvió á desempeñar la princesa su antiguo empleo. No hallaba la reina espresiones bastante significativas para mostrarle su afecto ardiente y la gratitud que profesaba hácia el rey de Francia, porque le habia devuelto tan buena amiga

Ambas córtes miraban esta reposicion como remedio suficiente á los males que habia causado la separacion de la camarera, y el mismo Luis XIV con una humildad á que no estaba acostumbrado, confesó que habia obrado con ligereza, diciendo á la reina en sus cartas: «Persuadido estoy de que el buen juicio y sana razon de la princesa de los Ursinos y la confianza que en ella teneis depositada, pueden contribuir infinito en bien y provecho de los negocios. Dadle crédito, os lo ruego encarecidamente, cuando os diga que no es posible amaros con mas ternura que la que os profeso yo.»

Sin embargo, no bastó la presencia de la princesa de los Ursinos para ahogar todas las divisiones á que habian dado lugar las últimas crisis. Los grandes envanecidos con el papel que habian desempeñado, y contando con los miramientos que les tenia la córte, trataron de conservar su influjo, y quisieron aprovecharse de la flaqueza que reinaba para recobrar su ascendiente en palacio. Los mismos que fueron nombrados ministros en la creencia de que se dejarian guiar por la mano de los que los ensalzaron, dejaron burladas las esperanzas de sus protectores; lo cual causó su caida, sino prefirieron retirarse voluntariamente. Su egemplo y quejas sirvieron solo para que se aumentase el descontento público y apenas permanecia desempeñando destinos públicos, ninguno de cuantos habian trabajado con mas empeño en favor de la dinastía francesa.

En tales disposiciones eludíase ó combatíase cualquier proposicion cuyo objeto fuese proporcionarse los recursos indispensables para atender á las necesidades de la época. La tentativa que se hizo á fin de establecer un nuevo impuesto personal, imitando el sistema francés, estuvo á punto de costar una rebelion, y jamás pudo realizarse. Para atender á los gastos corrientes de la administracion se vió precisado el rey á la necesidad dura de aceptar un donativo de 2.000,000 de

libras, hecha por el gobierno francés. Las tropas no pagadas ni vestidas desertaban á bandadas, y el descontento se generalizó tanto que hasta los oficiales encargados de la defensa de las plazas solo buscaban un pretesto honroso para capitular.

El primer motivo de oposicion que halló la princesa de los Ursinos nació del asunto perenne de rivalidad, esto es, de la guardia real. Considerando la posicion de la corona de España como precaria, poco elevado el estado de la autoridad real y los alzamientos que por todas partes cundian, pensó el gabinete francés en reformar la antigua guardia, creando un cuerpo mas numeroso y adicto con el propósito de realzar por este medio el culto de la corona, y dar mas seguridad á la persona del monarca.

Esta innovacion en un pueblo acostumbrado á ver á su soberano, casi sin séquito ninguno, como un padre entre sus hijos, inspiró el mayor temor; de todas partes llegaron quejas, juzgando esta medida como el medio de acabar con la escasa libertad é independencia que quedaban. Nada podria calmar esta oposicion hasta tanto que se hallase perfectamente consolidado el nuevo gobierno, y que desapareciesen interior y esteriormente todos los peligros. El fecundo genio de Orri halló medios para atender á todos los gastos, y por su parte, la princesa de los Ursinos se valia de toda su destreza á fin de atender á los reparos de los que se oponian con mas empeño á la marcha del gobierno. A fin de atraerse á las clases elevadas, formáronse cuatro compañías de caballería, dos de españoles, una de italianos y otra de valones, compuesta cada una de doscientos jóvenes de las mejores familias. Los capitanes, que tenian el rango de coronel, fueron el conde de Lemos, los duques de Sessa y de Popoli, y el príncipe de Tilly. Ademas de estas compañías de ostentacion se crearon dos cuerpos de infantería, cada uno de dos regimientos de tres mil hombres, español el uno y el otro valon.

Pero las preocupaciones universales instigaban á todos á que por interés de España, se rechazase semejante innovacion. Así, pues, estalló al punto una oposicion vivísima, no solo por parte de los grandes, cuyas quejas y ayes no tenian límites ya, sino de los mismos que se mostraban mas celosos defensores del gobierno, y hasta el consejo, mas de una vez tuvo que declarar abiertamente que no convenia adoptar esta medida.

La llegada de la princesa de los Ursinos fué orígen de un incidente que probó á las claras el ódio que profesaba la grandeza á este cuerpo. El príncipe de Tilly, á quien habian dado como recompensa de sus servicios y conocimientos, el mando de la compañía valona, fué creado gran de de España, con la prerogativa de sentarse entre el rey y la grandeza, durante la celebracion de la misa. A pesar de que de este mismo privilegio gozaban los demas capitanes, elevaron los grandes á la princesa de los Ursinos sentidas quejas por esta infraccion de la etiqueta y de los privilegios de su clase, la cual debia ir inmediatamente detras del rey y la real familia. Anunciaron su firme resolucion de no volver á asistir á misa, en la capilla de palacio, ínterin no se revocase el privilegio concedido á Tilly. Hubo necesidad de consultar á Amelot, de resultas de lo cual, recibió encargo la princesa de los Ursinos, que el rey se enteraria de aquellas quejas, pero que ínterin no resolvia, se acatase su última determinacion. A fin de calmar á los descontentos grandes, declaró el rey que no era su ánimo violar los privilegios de esta clase elevada; á pesar de lo cual el mayor número insistió con tenacidad en su empeño. El rey asistió sin pompa al Te Deum que se cantó por la victoria de Cassano, á fin de evitar que se faltase públicamente al respeto debido á su persona. Tan solo se sometieron ocho grandes, y para esto fué preciso separar á los dos capitanes españoles, conde de Lemos y duque de Sessa y con-

ferir aquellos mandos al duque de Osuna y al conde de Aguilar que habian manifestado mas docilidad y amor á su soberano.

Estas disposiciones tan quisquillosas como tenaces acabaron con la paciencia de la princesa de los Ursinos que hasta entonces habia defendido siempre á los grandes. En una de sus cartas á Torcy escrita en 14 de octubre le decia lo siguiente: «Lo esencial hoy en el dia es contentar á los grandes lo cual no puede hacerse sin dejarles la autoridad que han usurpado; pero esto acarrearia tal vez la pérdida del reino y quizá la de S. M. Por lo tanto, se necesita trabajar como se está haciendo para tener tropas que estén bien pagadas y lo demas dejarlo correr (102).» Por entonces fué cuando trató de disipar las ilusiones del gabinete francés, hacia una descripcion esacta del estado de la nacion española y de las miras que se proponian los diversos partidos.

Carta de la princesa de los Ursinos al marqués de Torcy.

6 de noviembre 1705.

«Es una verdad incontestable que no se entregó esta nacion á un príncipe francés sino á causa del temor que tenia de que no la socorriese lo bastante el emperador. Por aquella época hallábase disuelta la liga; tenia Francia ejércitos poderosos en las fronteras de España, y parecia que abandonaban á la casa de Austria sus mismos aliados, quienes deseaban tan solo que se dividiese esta monarquía. Estas fueron las razones que dieron á Cárlos II los que le aconsejaban que hiciese testamento á favor del duque de Anjou. No admite esto duda, y Felipe V fué recibido con aplausos infinitos sin que se mostrase nadie descontento mientras duró esta situacion. Pero tan luego como la mayor parte de Europa se declaró por el archiduque, empezaron los

franceses á no gozar de seguridad en Madrid. Blecourt que residia en la capital puede decirlo, y conservo todavía muchas cartas que me escribió á Barcelona el cardenal Portocarrero que harto prueban lo que voy diciendo.

«La defeccion del duque de Saboya y la guerra con Portugal contribuyeron tambien á desanimar á muchos; pero lo que acabó de enagenar la voluntad de los mas, fué la desgraciada jornada de Hochstet que ha sido mirada en España como el golpe fatal destinado á causar la ruina de Francia. Entónces los grandes olvidando los beneficios y generosidad del rey nuestro señor, creyeron que no podian evitar la division de su monarquía sino alistándose en las filas de los aliados que les parecian mas pobladas. Por otra parte, cansados los pueblos de vivir sin comercio, acostumbrados á odiar á nuestra nacion y seducidos por un enjambre de emisarios que recorrian impunemente todas las provincias, se imaginaron que en el reinado del archiduque podrian vender sus lanas, en que consiste toda la riqueza de España, á los ingleses y holandeses, y que sus naos volverian á emprender viages á las Indias, de las cuales créese firmemente que sacan ahora los franceses todo el beneficio.

«Estas reflexiones, señor marqués, y la opinion que aquí se tiene de que la Francia se halla muy mal parada, son causas de que se hallen sumidos en un letargo aquellos que dan señales de mayor fidelidad; los demas pretestos son inventados tan solo para ocultar lo que os voy diciendo; y con el fin de cambiar mas facilmente de soberano sin que se les pueda acusar de infidelidad, destruyen los consejos el último año todas las tropas por medio de un trato tan bárbaro que ya casi no se encuentra á nadie que quiera servir en la infantería. Si de algo es posible quejarse hablando del duque de Grammont, es tan solo de que este personage no haya descubierto este misterio de iniquidad,

trabajando por lo tanto como los demas en poner los negocios públicos en el lastimoso estado que tenian al llegar el embajador Amelot.

«Entro ahora, señor marqués, en los cambios acaecidos desde la llegada de este caballero; se han hecho los mas mientras estaba yo en camino; así es que como debeis creerlo ningun interés tengo en aprobarlos. Sin embargo, debo deciros sin entrar en pormenores, para lo cual me falta tiempo, que casi todos han contribuido á evitar la pérdida de esta monarquía. Con unos se restablecia hasta cierto punto la autoridad del rey que se hallaba completamente destruida; con los otros se han adquirido medios para reunir algunas tropas, y ninguno hay que tenga la mayor relacion con la sublevacion de los catalanes y con la mala voluntad de los pueblos de Valencia y Aragon. Solo estas provincias por casualidad, son las que reciben mejor trato en España, porque no pagan casi nada al rey, ni ha llegado tampoco á mis oidos que se hayan menoscabado en lo mas mínimo sus fueros (103).»

Inútil fuera proponer planes por evidente que pareciera su utilidad, en tanto que no se tuviese la direccion total de los negocios del gabinete. Montellano por lo tanto que habia alcanzado suma popularidad á causa de su tenaz resistencia á las últimas innovaciones, fué separado del destino de gobernador del consejo de Castilla para el que se nombró á Ronquillo, antiguo corregidor de Madrid, que al mismo tiempo que el duque de Veraguas habia tomado asiento en el consejo del gabinete. Fueron elegidos estos dos ministros á causa de su amor á Francia, y como no pudiese la princesa de los Ursinos por razon de su sexo tener entrada en el consejo, toda la odiosidad de los españoles fué dirigida contra el embajador, órgano visible de ambas córtes.

Por su parte los grandes no se desanimaron, antes bien por el contrario reunieron todas sus fuerzas á fin de alcanzar que se crease una administracion españo-

la. Al principio no se dió oidos á esta proposicion, pero la pérdida de Barcelona, el levantamiento de toda Cataluña esceptuando á Rosas, y los movimientos de insurreccion que empezaban ya en Valencia y Aragon decidieron á la camarera y al embajador á reparar los males que la lentitud y la oposicion de los consejos españoles habian ocasionado. Verificóse una entrevista con el duque de Medinaceli y el conde de Frigiliana, gefes de la oposicion, en la cual manifestaron ellos las quejas de la nacion. Se les dió palabra de que se formaria otro consejo y que se restableceria la costumbre antigua de despachar con el secretario de Estado espapañol; pero parecióles que esta concesion era una prueba de flaqueza y no se contentaron ya con tan poco; insistieron en que el embajador francés no asistiese al consejo ínterin el embajador español no asistiese al de Versalles. Parecian estos dos personages ademas del duque de Veraguas, los únicos capaces de dirigir el timon del estado; pero Medinaceli se negó á admitir el título de individuo del gabinete á causa de sus enfermedades. Los demas grandes no escucharon tampoco ninguna proposicion, tal vez por no creerse capaces de influir en los negocios públicos por falta de esperiencia ó de consideracion.

Quedó por lo tanto, otra vez rota la negociacion, y los agentes franceses decidieron á Felipe á que siguiese el único partido que le quedaba, confiándose completamente á la proteccion de su abuelo. El rey, siguiendo este consejo, escribió á Luis XIV, y despues de esponerle el estado lastimoso del reino, el descontento de sus súbditos, la lentitud é indolencia de los mas adictos á su casa, y la escasez que tenia de tropas y dinero, le decia: «Despues de Dios, á V. M. es á quien debo la corona; y así es que no consentireis que arrebaten el cetro de las manos á que lo habeis vos confiado, ni permitireis qúe me vuelva á Francia como soberano destronado, deshonrando á mi fami-

lia y gravando á vuestros pueblos.» Al concluir, declaraba que estaba resuelto á ponerse al frente del ejército de Cataluña, con propósito de aniquilar el partido de su competidor, antes de que recibiese refuerzos. El conde de Aguilar fué el encargado de llevar esta carta á París.

Luís XIV, amante en todas ocasiones de su familia, no necesitaba empero, en esta ocasion de que se esforzase mucho su nieto, porque hasta lo empeñaba su amor propio á sostener á su nieto. Aunque acosado, por todas partes de enemigos, y que se hallase espuesta su frontera á las invasiones del enemigo, hizo Luis los esfuerzos mayores á favor de Felipe, ofreciéndole enviar un refuerzo considerable de tropas que se unirian á las que combatian á las puertas de Barcelona.

Tan luego como se decidió la ida de Felipe al ejército, no se trató de otra cosa mas que de organizar un gobierno, durante su ausencia. Segun la costumbre seguida en ocasiones anteriores, debian acompañar al rey parte de los individuos del consejo y el embajador de Francia, y en tanto quedar la reina al frente del gobierno con el título de regente. Pero la esperiencia de lo pasado, era causa de que mirase la reina este arreglo con repugnancia efectiva ó aparente. La princesa de los Ursinos propuso, pues, que acompañase al rey el conde de Frigiliana, en clase de mayordomo mayor, á fin de contentar a los españoles, pero que seguiria en un todo los consejos de Felipe, quedando en Madrid Amelot, para prestar su apoyo en los negocios de la regencia. La reina dió parte á Luis XIV de sus apuros, por medio de una carta en que decia: «Nunca he amado el gobierno, cuyas penas he conocido harto, y en que nada he hallado que me agrade. El tiempo malhadado en que vivimos me lo da á conocer mas y mas, y os aseguro que miraria este encargo como cosa insoportable, si vuestro ministro, en quien deposito entera confianza, no me prestase su apoyo, y no fuera testigo de mi

conducta, para daros luego cuenta de ella. Sin duda, os dirá que no me han juzgado con justicia, cuando han dicho que soy amiga de mezclarme de los asuntos públicos. ¡Quiera el cielo que no me viese obligada jamás á mezclarme demas asuntos que los propios de mi sexo, esto es, fruslerias que me distrajeran, y me hiciesen pasar una vida menos agitada que la que tengo» (104).

CAPITULO XIV.

1706

Espedicion contra Barcelona.—Llegada de Felipe al ejército mandado por el mariscal Tessé.—Cerco de Barcelona.—Es socorrida la plaza.—Retírase el ejército galo-español hácia los Pirineos.—Insurreccion de Aragon y Valencia.—Es proclamado Cárlos en Zaragoza.—Regreso de Felipe á Madrid.—Trasládase la córte á Burgos.—Conducta animosa de Felipe y la reina.—Energía y lealtad de los castellanos.—Entran en Madrid los aliados.—Declárase Toledo por el archiduque, á instancias de Portocarrero y de la reina.—Bella campaña del mariscal Berwick.—Obliga á los aliados á retirarse á Valencia.—Vuelve á Madrid Felipe y toma las riendas del gobierno.—Operaciones militares en los Paises Bajos é Italia.—Sitio y batallas de Turin.—Pérdida de los estados españoles en Lombardia.

No quedó por hacer clase ninguna de esfuerzos y sacrificios para la espedicion contra Cataluña, de la que parecia depender la suerte de España. Todas las tropas francesas, esceptuando cuatro escuadrones, se pasaron del ejército del norte, y quedó confiada la defensa de esta frontera á la milicia y á los soldados reclutas todavía. Para suplir en lo posible á la falta de fuerzas efectivas; en aquella parte de España, por medio de la capacidad de los gefes, se confió este mando difícil al duque de Berwick, muy amado de los españoles, que gozaba de mucha reputacion y de ser hábil en la guerra defensiva.

La espedicion que proyectaba Felipe contra Cataluña, tropezó con los mismos obstáculos que otros muchos proyectos de igual naturaleza. No era Felipe hom-

bre que convenia para tan delicada empresa; sin que le faltase estremada capacidad y valor á toda prueba, era tímido, indeciso, y en sus planes de campaña, atendia siempre mas á la seguridad del ejército, que á su triunfo, ni conocia nada que igualase á la regularidad y recursos de un gobierno despótico. Acostumbrado como estaba, á la pronta obediencia de un ejército perfectamente disciplinado, estaba entonces confuso, sin saber qué partido tomar, en medio de las intrigas de córte, de los enredos de los grandes, del descontento del pueblo, y de la insubordinacion de las tropas. No contenian sus cartas a Versalles mas que alarmas, presagios funestos, quejas y desconfianzas; á sus ojos, los planes formados en Madrid eran sueños; y los españoles segun él, lo único que deseaban era cambiar de soberano; declaraba al mismo tiempo, que apenas bastaria un ejército por provincia para conservar la autoridad real, insistiendo en la dificultad de cruzar sesenta leguas de un pais lleno de desfiladeros, herizado de montes, cortado por numerosos rios y en el que ni suficientes provisiones se hallaban. Se lamentaba de que las comunicaciones por mar eran muy inciertas, á causa de la escuadra enemiga, muy numerosa y siempre á la vista, y se condolia de antemano de las consecuencias que debian seguirse al éxito malhadado é inevitable; disponiendo tan solo de un ejército harto débil para atacar, y que tenia á su espalda plazas fuertes, tales como Lérida y Tortosa. Ni vacilaba tampoco en decir que hallándose sin tropas la frontera de Portugal, habria indefectiblemente una invasion en Portugal, por aquel lado, y que en su consecuencia entrarian los aliados en Madrid.

Como no se diese oido á estas manifestaciones, hizo el mariscal los preparativos precisos para someter á Lérida, Tortosa, Valencia y Gerona, cuya posesion quitaria muchos estorbos y facilitaria la toma de Barcelona, tanto mas, cuanto que esta conquista aseguraba

la retirada del ejército, en caso de éxito infeliz. (104) Pero Felipe V que no pensaba mas que en apagar, de cualquier modo que fuese, el foco de insurreccion, y que sobre todo queria echar de España á su competidor, no hizo caso ninguno de los inconvenientes y obstáculos previstos por el prudente mariscal; é incitado por los generales españoles, dió órden de que se marchase sobre Barcelona.

Tuvo lugar durante esta marcha, un fatal acontecimiento, que aunque sobrado natural, por desgracia en aquellas aciagas circunstancias, no dejó de aumentar los conflictos y perplegidad del mariscal. Un teniente fué asesinado de noche en su lecho en Guerra, aldea poco importante distante nueve leguas de Zaragoza. Al saber este atentado, las tropas de la division á que pertenecia el oficial, volvieron atrás, derribaron la casa en que se cometió el crímen, y saquearon todas las del lugar; el tumulto, los gritos atrajeron á los labradores de los distritos circunvecinos, que corrieron en tropel con propósito de socorrer á sus compatriotas, y no se calmó el desórden, sino despues de que perecieron no pocas personas. Este acontecimiento dió á conocer á las claras lo hostiles que eran las disposiciones del pais, y la universal aversion que profesaban los habitantes al gobierno de los Borbones.

Por último púsose en marcha el ejército; Tessé, al frente de veinte mil hombres, bajó por las orillas del Ebro, desde Zaragoza, y Felipe se reunió á él en Alcañiz. Desde allí, dirigió su marcha (23 de marzo) á Lérida, que segun parecia, deseaba someter; pero una órden que recibió de Versalles lo decidió á continuar su jornada hácia Barcelona. Al mismo tiempo, Noailles, con el socorro ofrecido, habia cruzado los Pirineos orientales, y dejando una division para bloquear á Gerona, siguió la costa, con el fin de reunirse á las puertas de Barcelona, al cuerpo principal del ejército (8 de abril). A fin de interceptar los socorros y provisiones

que podia recibir por mar la ciudad, una escuadra de veinte velas, á las órdenes del conde de Tolosa, anclaba en el puerto de Barcelona. La masa de la poblacion huia por todas partes, al acercarse el ejército real, asolando el pais, arrojando veneno en los pozos, estorbando por todos los medios posibles, su marcha.

El estado en que se hallaba Barcelona hacia esperar completo éxito, como resultado de aquellos movimientos combinados. Las fuerzas que habian dado la señal primera de insurreccion ocupaban las plazas que se habian declarado, á favor del príncipe austriaco. Apenas dejó este en Barcelona tres mil hombres de tropas regularizadas para que la defendiesen, siendo así que esta defensa exijia por lo menos, una guarnicion de quince mil hombres. Los habitantes fascinados con el primer triunfo de los aliados, y creyéndose á cubierto de todo ataque, entregábanse á una confianza ciega, y descuidaban los preparativos necesarios para rechazar al enemigo. La córte de Cárlos hallábase ocupada con las interminables disputas entre españoles y alemanes; Peterborough, que guardaba los desfiladeros, con un cuerpo de ejército volante, avisaba sin cesar al archiduque que por todas partes amenazaban sérios peligros, aconsejándole que emprendiese la retirada, parecer que apoyaban algunos de los que cercaban al príncipe austriaco.

Pero sea á causa de la firmeza natural de su carácter, sea por temor de perder su causa en España, si abandonaba á sus partidarios en este apuro, se decidió Cárlos á esponerse á todo, antes que decidirse á retirarse. Habia tenido la destreza de escitar, á favor suyo, aquel entusiasmo religioso, inherente al carácter de los españoles de aquella época. Aprovechó una ocasion oportuna para entrar en una de las iglesias principales, prosternarse ante una imágen de la vírgen María, y despues de orar largo rato, se ofreció á las miradas del público, con aire en estremo contento y go-

zoso, declarando que se le habia aparecido la vírgen, acompañada de dos ángeles, añadiendo: «Ya que no me ha de faltar el ausilio del cielo, no saldré de Barcelona, ni separaré mi suerte de la de mis valientes catalanes (105)» Túvose esta revelacion por milagrosa, y los clérigos, valiéndose de ella, exaltaron la imaginacion ardiente de las mugeres, propagando así por todos los medios posibles, el entusiasmo del pueblo á favor del Austria.

Producía un contraste singular la actividad y los prodigiosos esfuerzos de todas las clases, con la apatía que reinaba poco antes. Cuantos se hallaban en estado de tomar las armas, se prestaron á servir en defensa de aquella causa, y el egemplo de Cárlos y de sus cortesanos trabajando en la reparacion de las brechas, y aumentando las obras de las fortificaciones, electrizó á los barceloneses todos. Hasta los clérigos y frailes tomaron las armas, y los capuchinos se presentaron en las formaciones, con cintas del color de la casa de Austria (106). Las mugeres y muchachos, organizados en compañías, guardaban las posiciones menos espuestas, ó bien trabajaban en las fortificaciones.

A fin de proteger los esfuerzos de los sitiados, Peterborough, con su ejército volante, apoyado por Cifuentes, no perdia de vista la ciudad, y por medio de reiterados ataques, tenia sin cesar en la espectativa al ejército sitiador. Además, recibia la guarnicion refuerzos contínuos, que llegaban en bageles de poco fondo que se aprovechaban de las mareas, ó que lograban burlar la vigilancia de la escuadra bloqueadora.

A pesar de todos estos esfuerzos, una ciudad de tan vasta estension, y que contaba tan solo con una guarnicion escasa, no hubiera podido resistir los ataques bien dirigidos del ejército que la sitiaba. Lo que retrasó la rendicion, fué la tenaz resistencia de la ciudadela de Monjui, durante un sitio de veinte y dos dias, que dirigió Felipe personalmente á fin de alentar á los sol-

dados. El general Donnegal, que mandaba en el fuerte, pereció á manos del enemigo; por lo que se retiró la guarnicion á la ciudad, y los sitiadores, dueños de las fortificaciones que coronan aquella eminencia, dirigieron todas sus fuerzas contra la plaza. La artillería de sitio maniobró desde mas cerca, y pronto fueron las brechas practicables; todo en suma, estaba listo ya para el asalto, á pesar de las dilaciones inesplicables que causaba la circunspeccion intempestiva de Tessé. Prometíase Felipe ver, dentro de pocas horas á su rival á sus pies y apagada la última chispa de una sublevacion que habia hecho vacilar su trono (107).

En el terrible momento que iba á decidir de la suerte de la ciudad, se divisó á la vista del puerto una escuadra inglesa y holandesa; que llevaba á bordo un refuerzo considerable. Cambió por lo tanto en un momento la escena; levó anclas la escuadra francesa, buscando abrigo en Tolon, y acercándose á tierra las escuadras combinadas, desembarcaron tropas que permanecieron toda la noche sobre las armas á fin de rechazar los ataques de los sitiadores. Desconcertó á Tessé la llegada de estas tropas, viendo interrumpidas ya las comunicaciones; sin ceder á la valerosa resolucion de Felipe que insistia en continuar el cerco, se retiró precipitamente en medio de la noche, abandonando la artillería de sitio y las municiones, y recomendando los enfermos y heridos á la humanidad del enemigo. Al siguiente dia hubo un eclipse total de sol, y las gentes supersticiosas y agoreras, presagiaron que el sol de la casa de Borbon, (108) se eclipsaba para siempre (109).

Otros contratiempos, mucho mas formidables que el siniestro espectáculo del sol eclipsado, esperaban al ejército que emprendia su retirada. Hostigado constantemente en su marcha al través de un pais montuoso, empobrecido por las exacciones reiteradas de Peterborough y Cifuentes, veíase separado de las provincias centrales de España, y en la necesidad de abrirse paso

con riesgo sumo y cansancio no menor, cruzando las provincias orientales, á fin de llegar al Rosellon. Por último, llegó Felipe á Perpignan, el 19 de mayo.

Una retirada precipitada en circunstancias tan malhadadas, el peligro inevitable de una agresion en las fronteras del oeste, el mal efecto que produciria el regreso de Felipe á Madrid, vencido, desgraciado, sin ejército, además de los desastres sufridós en la campaña de Flandes; todas estas consideraciones reunidas, decidieron á Tessé á proponer al rey que se retirase á París. Luis XIV que tampoco aprobaba el regreso á Madrid, dió órden á su nieto de que fuese á Pamplona con algunos regimientos, y permaneciese allí hasta que llegasen nuevos refuerzos, á fin de que se pudiese presentar honrosamente en su capital.

Pero Felipe, cuyo valor crecia con la adversidad, no escuchó los pareceres de sus tímidos consejeros, declarando que estaba decidido á sostener los derechos que tenia al trono de España, en el suelo español. Sin esperar la respuesta de su abuelo, tomó el camino de Pamplona, sin escolta, y asombró al mismo tiempo que encantó á sus súbditos, presentándose á la vista de Madrid un mes despues de su mísera retirada.

Al llegar á su capital el 6 de junio, tuvo que sufrir mas mortificaciones todavía; porque á pesar de su noble conducta y de sus instancias con los grandes, apenas logró la reina obtener una contribucion que se parecia mas bien á una limosna que á un subsidio. Los grandes se encerraban en sus palacios, y se mostraban indiferentes al resultado de los esfuerzos de Felipe, ó mas bien dispuestos á saludar al nuevo soberano. En una asamblea que fué convocada de órden de Luis XIV en la que declaró el embajador francés, tan solo para penetrar las disposiciones de los grandes, que su amo no apoyaria á Felipe para que conservase el trono de España, si la nacion no lo deseaba, el duque de Medinaceli se quejó con amargura de los consejos de Fran-

cia y de las malversaciones de la princesa de los Ursinos, á quien llamó traficanta de gobiernos y destinos. (110) Quedó todo reducido á vanas protestas y á algunos vivas á Felipe V.

En las fronteras del oeste, el duque de Berwick, al frente de un ejército que era demasiado débil hasta para sostener una guerra meramente defensiva, se vió precisado á retirarse ante cuarenta mil hombres que desembocaban de Portugal. La pérdida de Alcántara, Ciudad-Rodrigo y Salamanca (12 de mayo y 17 de junio), abrió al enemigo el camino de la capital. Así es que no esperaba para proseguir sus triunfos, mas que la noticia de la situacion próspera de Cárlos en Cataluña. El peligro era el mismo en el este de la península, en donde se dió el primer golpe. Don Luis de Córdoba, conde de Santa Cruz, se pasó al archiduque, con una suma de 40,000 pesos, que tenia órden de llevar á Oran, contribuyendo con su influjo y conocimientos, á la toma de Cartagena, en donde se hallaban las pocas fuerzas marítimas que conservaban los españoles. Estendíase la insurreccion hasta Aragon, en tanto que el ejército que defendió á Barcelona, aumentado con un número considerable de partidarios de las provincias vecinas se disponia á marchar hácia el centro de la península, á fin de reunirse en Madrid al ejército de Portugal.

En estas tristes circunstancias, se vió el rey obligado á salir de la capital, tomando por lo tanto el camino de Guadalajara, con intento de unirse al ejército de Berwick, el cual aunque solo compuesto de unos ocho mil hombres, era la única fuerza que le quedaba para sostener el trono y proteger su persona. El terror mas pánico se apoderó de los cortesanos todos de Felipe, y muchos grandes aconsejaron al rey que aumentase el ejército con las guarniciones de Fuenterrabía, San Sebastian y Pamplona. Otros eran de parecer que se trasladase la córte á Pamplona, como el medio único de

asegurar la retirada de Felipe á Francia. Pero esta proposicion imprudente, hecha por espíritus tímidos, fué rechazada por Berwick y Amelot, los cuales manifestaron que una retirada á Navarra fortaleceria la sospecha sobrado generalizada de que trataba la familia real de abandonar el pais. Persuadieron; pues, al rey que trasladase la córte y los tribunales á Burgos, antigua capital de Castilla (111). De resultas de esto, se publicó un decreto el 27 de junio, anunciando esta traslacion, y permitiendo á todas las personas que se hallasen empleadas, que permaneciesen en Madrid.

No bien se publicó este decreto, salió Felipe de Madrid, acompañado de un número considerable de grandes. Los duques de Medinasidonia y Montellano, el conde de Frigiliana y Ronquillo, gobernador del consejo de Castilla, lo acompañaron como individuos del consejo de gabinete; los duques de Pópoli y Osuna, el conde de Aguilar y el príncipe de Tilly, capitan de guardias, y el marqués de Aitona, comandante de la guardia de infantería, tambien siguieron á su soberano; los gentiles hombres de cámara, el conde de Benavente caballerizo mayor, el marqués de Quintana y la Jamaica, los condes de San Esteban de Gormaz, y de Baños, don Alonso Manrique, condestable de Castilla y mayordomo mayor, así como todos los demás que componian la servidumbre formaron parte de la régia comitiva.

Ni una sola persona de la servidumbre de la reina, abandonó á esta princesa. Acompañábala su mayordomo mayor, el conde de San Esteban del Puerto, y el marqués de Almonacid, su primer caballerizo. Los presidentes de los consejos y grandes, á quienes la edad avanzada y las enfermedades no permitian seguir el ejército, se presentaron en Burgos, entre ellos el marqués del Fresno, y de Mancera, los duques de Montalto, Jovenazzo y Veraguas, y casi todos los de los consejos de Castilla y Aragon, de Indias é Italia; cuya lis-

ta fuera demasiado larga. Se notó, que en esta crítica situacion, en medio de los incesantes contratiempos que á cada paso sobrevenian, no se mostró la jóven soberana tan animosa, ni poseida de aquel valor de que en otras circunstancias habia dado pruebas.

«Despues de diez y ocho dias de viage, escribia á la Maintenon, he llegado anoche, muy cansada, habiéndome levantado todos los dias antes de amanecer, habiendo sufrido un calor y polvo inaguantables, y sin haber hallado mas que albergues infames, á tal punto, que me alojé una vez en una casa en que las paredes se fueron al suelo estando allí, y quedando mi cuarto al aire franco. Formáos una idea de lo demás; al llegar aquí, esperamos al menos, estar con un poco mas de comodidad y limpieza; pero ninguna de ambas cosas hemos hallado: á pesar de esto, si logra el rey vencer á sus enemigos, no nos faltará alegría. Lo peor de todo es que casi no pasa dia sin que recibamos alguna mala noticia; Zaragoza se ha sublevado sin tener siquiera el pretesto de que la amenazáran tropas enemigas; Cartagena se perdió, y los portugueses se van estableciendo como pueden en Madrid (112).»

Antes de que dejase Felipe su capital, las avanzadas del enemigo se hallaban en las eminencias vecinas. Poco despues, una columna de caballería, que formaba la vanguardia del ejército portugués á las órdenes del marqués de Villaverde, tomó posesion de Madrid, (29 de junio) y proclamó á Cárlos III. Dos dias despues el conde de Galloway y el marqués de las Minas, entraron en triunfo en Madrid, al frente del ejército compuesto de treinta mil portugueses, ingleses y holandeses.

Con gran sorpresa de los aliados, no fueron recibidos con aclamaciones de entusiasmo. Los grandes que habian escrito á los gefes de la liga para que apresurasen su marcha, en vez de salir á esperarlos, ni se presentaron siquiera á los vencedores. Eran hombres de carácter versátil, que en las tormentas políticas, cui-

dan solo de su seguridad personal, ó descontentos que habian sufrido desaires. Entre estos últimos citaremos al conde de Lemos, al patriarca de las Indias y á don Baltasar de Mendoza, obispo de Segovia (113). El conde de Oropesa sin abrazar abiertamente la causa del archiduque, se dejó sorprender por las tropas aliadas en Guadalajara, con su yerno, el conde de Haro. Así es que apenas tenian los aliados personas de algun viso á quienes confiar los cargos mas importantes de su efímero gobierno. En Madrid obedecíanse sus órdenes; pero no sucedia lo mismo en los puntos que no cubrian sus fuerzas militares. Es bastante notable que el marqués de Rivas, Ubilla, fué uno de los que permanecieron en Madrid, y prestaron juramento de fidelidad á Cárlos; sin embargo, á pesar de muchos pasos y ruegos no se alcanzó de él que declarase que era supuesto el testamento de Cárlos II.

Toledo fué la única ciudad de alguna importancia que se declaró abiertamente por el príncipe austriaco; lo cual es forzoso atribuir á un fervor pasagero, causado por las intrigas y egemplo de la reina viuda y Portocarrero. Esta princesa mostró un júbilo que rayaba en delirio, al recibir la noticia del triunfo de su sobrino; se despojó de las martas de luto que suelen usar las reinas de España, durante su viudez; mandó á su servidumbre que se vistiese de gala, y escribió á Cárlos, para felicitarlo, una carta con que remitió varios regalos. Mucho tiempo hacia que Portocarrero mostraba desvío hácia el soberano que contribuyó á elevar al trono; detestaba además á los franceses á quienes llamaba tiranos; se quejaba amargamente de la ingratitud de Felipe; y por último, dió rienda suelta á sus sentimientos cuando entraron los aliados en Toledo, bendiciendo los estandartes vencedores, cantando un Te-Deum solemne en la catedral, y dando fin á tan fausto dia, con un espléndido banquete é iluminacion en el palacio arzobispal (114).

Sin embargo, no perdonaba la córte esfuerzo ninguno para valerse de la inesperiencia del enemigo y del valor del pueblo. Felipe salió de su natural apatía, desplegando tanta actividad y una energía tal, que cuesta trabajo reconocerlo en el retrato que de él trazó Tessé: «Su carácter frio y taciturno le impide ganar los corazones y escitar el entusiasmo de los que lo rodean. Jamás habla, que uno haga bien ó mal, lo mismo le da; piensa, pero es como si no pensara; y concluida esta campaña, creedme, su presencia al frente de los ejércitos es mas perjudicial á sus servicios que su permanencia en Madrid (115).»

Los obstáculos que sin cesar renacian, encendieron su corazon tan resguardado. Con el doble intento de desmentir los rumores que habian cundido acerca de la intencion que se le suponia de abandonar á España, é impedir la desercion en su ejército, que era su único recurso, recorrió todas las filas, hablando á los soldados del modo mas afable y tierno. Les encargó que cumpliesen con su deber, á fin de defender á su soberano, quien antes regaria con su sangre esta tierra querida, que abandonar la Castilla. Les declaró que solo esperaba la llegada de los refuerzos que se hallaban ya sin duda muy cerca y en marcha para conducirlos á la gloria, ó hallar una muerte gloriosa. Un discurso que manifestaba tanto valor y tanto afecto á la vez, no podia menos de producir una viva impresion en un pueblo apasionado á todo lo que es grande y noble. Las tropas mostraron hácia un príncipe que les confiaba su vida, su corona y esperanzas, todo el ardor que caracteriza á los españoles. Orri, mas espuesto al ódio público, como ministro de hacienda, permaneció en Francia, á donde habia ido á pedir socorros; de este modo se mostró el pueblo mas favorable á la nueva dinastía.

Pronto participaron las provincias del entusiasmo que inspiraron el discurso y valor de Felipe. La idea

de apoyar á un soberano elegido libremente que se comprometia á conservar la integridad de la monarquía, y la repugnancia de reconocer á un príncipe considerado como defensor de rebeldes, de enemigos y hereges, fueron poco á poco ganando todos los ánimos. Todos ofrecieron al rey sus bienes y su vida; abasteciendo el ejército y presentándose en tropel para alistarse en las filas. En Castilla casi quedó hombre que no fuese soldado; Estremadura, provincia bastante distante, levantó y pagó un ejército de doce mil hombres; y Salamanca se sublevó contra los aliados en cuanto salieron de sus puertas, proclamando á Felipe y creando un cuerpo de tropas que cortaron á los aliados todas las comunicaciones con Portugal (116).

Dos cartas escritas por la princesa de los Ursinos durante estas peligrosas circunstancias, dan una idea elevada del carácter español, y muestran que la fortuna empezaba ya á sonreir á los partidarios de la casa de Borbon.

Carta de la princesa de los Ursinos à la señora de Maintenon.

Burgos, 15 de julio de 1706.

«Las tropas españolas muestran tan buena voluntad, que empezamos á temer que abandone el enemigo á Madrid, antes de que nos hallemos en estado de atacarle. Si tuviese este bastante ardimiento para arriesgar una batalla, pronto acabaria en Castilla el reinado del archiduque; pocos portugueses volverian á su tierra, y no duraria mucho la sublevacion en Zaragoza. Andalucía y las demás provincias vecinas hacen esfuerzos tan considerables, que no parece que debamos temer cosa ninguna por aquella parte. Valladolid que parecia vacilar tal vez á causa de la infidelidad de algunos ministros, dió el 7 de este mes una señal muy

visible de su honor, porque todos los habitantes salieron de sus casas, hombres, mugeres y niños con las armas en la mano gritando con tal furor, *viva Felipe V y mueran los traidores*, que tenemos á gran fortuna que no haya causado esta calificacion la vida á cuantos se sospechaba que eran parciales de la casa de Austria. Estas provincias, aunque muy pobres, no perdonan medio de reunir dinero que entregar al rey; y estamos seguros de 8,000 doblones, y aunque todavía no los tenemos, envié hace dias una buena parte de esta cantidad al señor embajador, habiendo hallado medio de que me la adelantasen aquí bajo mi palabra. Nos ocupamos de otro negocio que podrá tal vez producir 15,000, lo cual seria un socorro considerable en estos tiempos de desórden en que el comercio se halla paralizado. Nos escriben de Aragon, que muchas poblaciones grandes se han asociado para defenderse mútuamente y hasta para atacar á Zaragoza. El mal está, en que no podemos enviarlos ningun dinero, y aquellos pueblos lo necesitan.»

La segunda carta, fué escrita despues de la retirada del enemigo, y cuando el egemplo de la capital dió nuevo impulso al entusiasmo nacional.

Burgos 12 de agosto.

«Tan luego como el pueblo de Madrid pudo dar pruebas de fidelidad á su nuevo soberano, no se ha visto jamás júbilo parecido, ni quizá un egemplo tan evidente de amor y adhesion para la persona del príncipe.

«Continúan las provincias levantando tropas para su defensa, y los pueblos mas pobres contribuyen con lo que pueden y tal vez con mas. Antes de ayer trajo un cura 120 doblones á la reina para el rey, y su aldea no tiene mas que ciento veinte vecinos muy pobres. Dijo á S. M., que sus feligreses se avergonzaban de enviar tan poco; pero que le rogaban que con-

siderase que en aquel pueblo habia ciento veinte corazones que le serian fieles hasta la muerte, y el bendito varon lloraba en tanto que hablaba á la reina, arrancando tambien lágrimas de nuestros ojos. Otro lugarejo que no tiene mas que veinte casas, envió ayer cincuenta doblones, con protestas parecidas (117).»

Durante esta lucha peligrosa, Berwick condujo con mucha habilidad el ejército, que era toda la esperanza y apoyo de la monarquía española. Su prudencia era igual á la importancia de la causa que tenia encargo de defender. Al llegar á Badajoz, hácia el fin de marzo, tomó el mando; pero los agentes del gobierno, á tal punto habian descuidado las disposiciones y arreglos necesarios, que el enemigo se adelantó y abrió la campaña antes que él. Se vió, pues, obligado á ser testigo de la rendicion de Alcántara, en donde habia podido introducir la mayor parte de su infantería. Reducido á un ejército que casi no se componia mas que de caballería, no le fué posible hacer otra cosa mas que retirarse ante el enemigo en la direccion de Plasencia, á medida que los enemigos marchaban sobre Madrid.

Afortunadamente, para este pequeño cuerpo de ejército y para la causa que defendia, no tuvieron estos conocimiento ninguno de los acontecimientos que tenian lugar en el este de España, y no se atrevieron á marchar sobre la capital, temerosos de que la rendicion de Barcelona permitiese á Felipe volver con su ejército, y derrotar las fuerzas contrarias. Despues de mucha incertidumbre y vacilaciones, se apartaron del camino de Madrid, tomaron á Ciudad-Rodrigo, dirigieron su marcha hácia Salamanca; en donde se propusieron esperar el resultado del ataque de Barcelona. En cuanto supieron el triunfo de esta ciudad, y la retirada del ejército francés por el Pirineo, se pusieron en movimiento hácia la capital. Pero Berwick, evitando todo compromiso, dejó algunos destacamentos á las órdenes del marqués de Bay, á fin de conservar el pais, al me-

diodia del Tajo, observó la marcha de los aliados, continuó retirándose por la línea que separa la frontera de Castilla la Vieja, y cuando llegaron á Madrid los aliados, ocupaba ya una posicion ventajosa entre Sopetran y Jadraque cerca del Henares. De este modo, aseguró el paso de las montañas vecinas, cubrió Castilla la Vieja, conservó comunicaciones con Francia, y se halló en estado de estorbar por algun tiempo la reunion del ejército que iba de Barcelona, con el que mandaba el archiduque.

Su pequeño ejército no escedia de nueve mil hombres, y si los aliados hubiesen continuado con vigor sus triunfos primeros, se hubiese visto obligado á abandonar la Castilla y quizas la España, antes de que llegasen los refuerzos que esperaba. Por fortuna suya, favorecieron las faltas de los enemigos su plan de defensa. Los generales que ocupaban la capital, se contentaron con destacar á Toledo un cuerpo, y permitieron que sus tropas en momentos decisivos, se entregasen al libertinage y á toda clase de escesos. No tardaron mucho en entrar en los hospitales seis mil enfermos. Parte de las fuerzas de Peterborough, fué enviada por mar á Valencia, á fin de penetrar por aquel pais en lo interior de España, y á consecuencia de la insurreccion de Aragon, Cárlos, despues de pasar algunas semanas en Cataluña, se decidió á presentarse en Zaragoza, á fin de tomar posesion de aquel reino.

Como diestro, se aprovechó el general francés de estas dilaciones; las tropas que se habian retirado de Barcelona, y que despues de una marcha rápida en las provincias del mediodia de Francia entraron en España por Pamplona, se unieron con él á orillas del Henares. En esta posicion, y con este aumento de fuerzas, impidió á los aliados que hiciesen ningun movimiento para restablecer su comunicacion con Portugal, que se hallaba interceptada á la vez por los destacamentos dejados al sur del Tajo, y por los partidarios de las provincias

del Norte, llamando toda su atencion por el lado de Zaragoza, y amenazando detener la marcha de Cárlos.

Al mismo tiempo, llegaban nuevas tropas cada dia á su cuartel general, y cuando se juntó el archiduque con los aliados en Guadalajara, se asombraron todos de verse enfrente de un ejército, ya que no superior, por lo menos igual al suyo. La posicion que ocupaban no debia tranquilizarlos, y se alarmaron de un modo terrible al ver cortadas sus comunicaciones, tanto al este como al oeste, por el pueblo que de todos lados corria á las armas. Sus soldados padecian mucho causa del clima y de los escesos á que se habian entregado, y la guerra activa que les hacian los campesinos se agregaba á los destrozos de las enfermedades, de los padecimientos y el cansancio. Entonces fué cuando tomó Berwick la ofensiva, haciendo avanzar un destacamento para libertar á Madrid, en tanto que ocupaba las posiciones que todavía conservaban los aliados en Estremadura.

Cerrándoles así la entrada de Portugal, los obligó á retirarse del lado de Valencia, única retirada que les quedaba, y por medio de una persecucion activa y vigorosa les hizo sufrir tantas pérdidas que equivalian á una derrota completa. Por último, logró arrojarlos del otro lado de los montes que separan á Valencia de Aragon, y terminó la campaña recuperando á Orihuela, Cuenca y Cartagena (118),

«Tal fué, dice en sus memorias el mariscal de Berwick, el resultado de esta campaña, una de las mas singulares á causa de la variedad de los sucesos. Al principio nos amenazaba una ruina general, pero el medio y el fin fueron no menos provechosos que gloriosos para las armas de ambas coronas. Los enemigos dueños de Madrid; ningun ejército parecia atajarlos; el rey obligado á levantar el sitio de Barcelona y á retirarse á Francia; todo parece que conspiraba contra nosotros y decidia la suerte de España. Ciertamente, si hu-

biera sabido el enemigo aprovecharse de sus primeras ventajas y seguir avanzando, habria el archiduque sido rey, sin esperanza ninguna de que pudiera Felipe V regresar á Madrid; pero las faltas de los generales aliados y la fidelidad incomparable del pueblo castellano, nos dieron tiempo para desquitarnos y echarlos de Castilla.

«Los dos ejércitos han dado la vuelta á España, porque empezó la campaña cerca de Badajoz, y despues de cruzar ambas Castillas, terminó en los reinos de Valencia, y Murcia, á mas de ciento y cincuenta leguas del punto de salida. Hicieron ochenta y cinco campamentos, y aunque no hubo batalla alguna general, alcanzamos nosotros tantas ventajas como si hubiésemos alcanzado una victoria, porque si nos atenemos á los guarismos, el número de prisioneros fué de diez mil (119).»

Se separó Felipe del ejército en la frontera de Murcia, para regresar á la capital (4 de octubre). El valor de que dió señales y pruebas en la adversidad, le ganó mas y mas el afecto de sus súbditos, que lo recibieron con las aclamaciones de un enagenamiento universal, mucho mas afectuoso que cuando, por primera vez, se presentó en Madrid. El consejo de Castilla procedió entonces á castigar á cuantos se habian adherido abiertamente ó favorecido la causa del archiduque. Quedaron destituidos los empleados que se negaron á seguir al gobierno cuando se trasladó á Burgos; algunos de los mas hostiles fueron desterrados ó se les prendió, ó se confiscaron sus bienes; y los mas subalternos huyeron, buscando asilo en Cataluña. Se alabó entonces, mas de lo que debiera, la moderacion de Felipe en esta ocasion, porque ni fué completa ni general su generosidad. A la reina viuda se le insinuó que saliese de un pais agitado todavía; en que podia correr peligro, y se la acompañó hasta Bayona. A pesar de su infidelidad, no fué molestado en lo mas mínimo Portocarrero, á

causa de su edad avanzada y sus pasados servicios, dióse órden al marqués de Rivas para que permaneciese como desterrado en sus estados, si bien se le dió permiso para ir á Madrid cuando nació el príncipe de Asturias. El conde de Lemos (120), el patriarca de las Indias, Mendoza y otrros varios de quienes se habian apoderado las tropas del rey; fueron puestos en libertad (121).

Luis XIV no tuvo reparo entonces en hacer á los castellanos toda la justicia que se merecian, por el valor y fidelidad que habian mostrado en defensa de la causa de su soberano. «Ya no deben vuestros enemigos, decia en la carta que escribió á Felipe, á 5 de agosto, esperar triunfar, puesto que sus adelantos solo han servido para dar á conocer el valor y fidelidad de una nacion siempre de igual modo valiente, y amante de sus reyes. No se distinguen vuestros pueblos de las tropas regimentadas, y fácilmente concibo que tantas pruebas de amor que os dan, aumentan la particular ternura que les habeis profesado siempre. La merecen bien, y os encargara que les dieseis muestra de ella, sino supiera que vuestros sentimientos, en este punto, son totalmente conformes á los mios (122).»

Los mismos enemigos admiraron esta lealtad de los castellanos. Peterborough que era muy valiente y estimaba por lo mismo el valor, donde quiera que lo hallaba, declaró que no bastarian todas las fuerzas de Europa para conquistar la Castilla.

Pero en tanto que sostenia con bravura Felipe la lucha en la península, iba perdiendo una á una sus apartadas posesiones. En los Paises Bajos, Marlborough batió en Ramilliers á los franceses, á las órdenes de Villeroi (123). perdiendo estos trece mil hombres, entre muertos y heridos, cincuenta piezas de cañon y ciento veinte banderas. El ejército vencido pudo rehacerse, protegido por las plazas que cubrian las fronteras, pero la consecuencia inmediata de esta derrota, fué la

pérdida casi total de todos los Paises Bajos españoles. El mismo dia de la batalla, entró en Lobaina el ejército vencedor; Bruselas lo recibió en su seno; Mechliz, Amberes, Brujas, Gante y Eldenarda, se rindieron á discrecion. Ostende capituló despuesde un sitio de diez dias, hasta Menin, llave de Flandes, y obra maestra de Vauban, no contuvo el ejército mas que veinte dias ápesar de una guarnicion de veinte mil hombres, y terminó la campaña con la sumision de Dendermunda y Aeth. Así, no solo perdia España las provincias mas ricas de Europa, sino que los franceses fueron arrojados de aquella línea de fortificaciones, que habia formado su profunda y activa política en los límites de su vasta monarquía, y los aliados tomaron posesion de un pais que amenazaba siempre la seguridad de Holanda, y que daba antes á Francia una superioridad incontestable en todas sus empresas militares contra Alemania.

A fin de contrarrestar las desgracias sufridas en Flandes, redobló Luis XIV sus esfuerzos, á fin de restablecer su superioridad en Italia. Como era Turin el único punto importante que quedase al duque de Saboya, de todos sus estados, tenian empeño los franceses ensometer esta plaza, que era el único obstáculo que se oponia á la consolidacion de su dominacion del otro lado de los Alpes. Se trató por lo tanto de ganar las plazas que dominaban las principales avenidas de la Lombardía. Fueron sometidas Niza y Villafranca; la toma de Mommeliano, despues de un bloqueo de diez y ocho meses, abrió paso al través de Saboya, en lo interior del Piamonte. Por el lado de Mántua, reunió Vendome tropas á toda prisa, sorprendió á los imperiales en sus cantones, los batió con pérdida considerable de estos, echándolos al otro lado del Adige, y tomó medidas para cerrar los desfiladeros que desembocan en Alemania. Arrojando así al enemigo, y estableciendo poco á poco las comunicaciones, enviáronse refuerzos á los Alpes, hiciéronse preparativos, propor-

cionado á la importancia del sitio que se meditaba, y embistieron la plaza cincuenta mil hombres, á las órdenes del duque de La Leuillade. Antes de terminar la circunvalacion, dejando el duque de Saboya al conde Daun con una guarnicion de diez mil hombres de tropas regulares y un cuerpo de milicias, para defensa de la ciudad, se puso al frente de la caballeria, y trató de refugiarse en el valle de Lucerna y en los sitios retirados de los montes. Apoderáronse los franceses de Mandovi y Ceva; fué sitiado Asti por la milicia del Milanesado, y la duquesa de Saboya con sus hijos, se vió obligada á buscar un refugio en el territorio de Génova.

En los primeros dias de junio empezó el memorable sitio de Turin; abriendo trincheras contra la ciudadela y varias fortificaciones que se prolongaban hácia el Doria. Hiciéronse los ataques en la forma acostumbrada, y las obras esteriores, fueron tomadas una tras otra; atacóse hasta el cuerpo de la plaza, y la denodada guarnicion, despues de agotar todos los medios de defensa, se hallaba ya á punto de ceder ante el número y las sábias combinaciones del enemigo. Pero cuando iba el triunfo á coronar los esfuerzos de los franceses, se les escapó la presa de las manos, y sufrieron un revés casi tan decisivo como el que habia perdido su causa en los Paises Bajos y Alemania.

Llegaba Eugenio á las fronteras de Italia cuando Vendome batia y dispersaba á los imperiales; protegió la retirada de diez mil hombres, que formaban casi todo lo que quedaba del ejército. No bien llegaron de Alemania los socorros; penetró por las bocas del Brenta, en el pais de Verona, dejó un cuerpo en San Marino, para conservar las comunicaciones y se estableció al sur del Pó. Con la llegada de los refuerzos, se halló en estado de desbaratar las medidas defensivas de los franceses, que trataban de concentrarlo en el Adige y Parmegiana. Despues de una marcha forzada, asombrosa por la distancia y rapidez, así como por los obs-

táculos que ofrecia, logró llegar al territorio del Piamonte, y á reunirse con el duque de Saboya en Villastellone.

Mientras esto aconteció, Vendome encargado de reparar los desastres de los Paises Bajos, fué reemplazado por Marsin, quien dejando un cuerpo de observacion en el Milanesado, se dió priesa á reunirse al ejército que trataba de alcanzar la rendicion de Turin, que se hallaba en el mayor apuro. Como no tuviesen mas objeto que este, permitieron los generales franceses á las fuerzas aliadas que atacasen sus atrincheramientos, en que tuvieron una derrota completa. Perecieron seis mil hombres, y diez mil cayeron prisioneros, perdiendo además los franceses la artillería y municiones. No solo quedó la plaza libre de enemigos, sino que se vieron los franceses obligados á cruzar de nuevo los Alpes, en el desórden mayor, y el cuerpo que dejaron en el Milanesado fué batido, refugiándose en las plazas fuertes. Proclamóse á Cárlos soberano del Milanesado, como dependencia que era de la corona de España, y Eugenio fué nombrado gobernador, á nombre suyo. Se recompensó al duque de Saboya por su adhesion, cediéndole Valenza, Alejandría, la Lumellina y el valle de la Seria (124).

CAPITULO XV.

1707—1708.

Proposiciones de paz hechas por Francia.—Desacuerdo entre los aliados.—Neutralidad acordada en lo de Italia y conquista de Nápoles por el emperador.—Espedicion fallida contra Tolon.—Batalla de Almansa, y demas operaciones prósperas en España.—Sumision de Valencia y Aragon, y abolicion de sus privilegios.—Toma de Lérida por el duque de Orleans.—Nacimiento del infante don Luis.—Campaña de 1708.—Somete á Tortosa el duque de Orleans.—Sus disputas con la princesa de los Ursinos y Amelot, y sus miras respecto al trono de España.

Durante todo este año, habiase acallado la guerra en los Paises Bajos y Alemania, en tanto que las operaciones militares fueron mas activas en el mediodia de Francia, en Italia y España.

Como acontece, casi siempre, el triunfo promovió la division entre los aliados; un partido poderoso pedia, on grandes gritos, paz en Inglaterra, ó á lo menos que se diese un golpe decisivo que destruyese completamente la marina francesa; los mercaderes de Holanda empezaban á echar de menos la pérdida de su superioridad comercial; el emperador, temiendo que lo abandonasen las potencias marítimas, trataba de apoderarse de las provincias distántes de la monarquía española, y el duque de Saboya no tenia mas pensamiento que el de agregar de nuevo á sus estados, la parte del Milanesado, que habia sido desmembrada.

No tardó mucho Luis XIV en notar este cambio; por lo que trató de dividir á los que no habia podido

vencer ni engañar, en tanto que andaban unidos. Poco despues de la batalla de Ramillies, hizo proposiciones secretas á las potencias marítimas, ofreciendo á Cárlos la España y las Indias, ó las provincias de Italia, segun mejor le acomodase, á Inglaterra el reconocimiento de la sucesion protestante, á los holandeses una barrera en los Paises Bajos, y ventajas comerciales á estas dos potencias. Como no tuviese éxito feliz esta tentativa, trató de entablar una negociacion con el emperador, por medio del papa, halagándolo con la cesion de las provincias italianas, con la condicion de que conservaria Felipe España y las Indias (125).

Si, en efecto, fué la paz el objeto de sus negociaciones no pudo alcanzarla Luis, pero logró sin embargo alguna ventaja, porque se apoderaron los celos de los aliados, y contribuyó harto la discordia á paralizar sus operaciones en la campaña siguiente. El emperador, con el consentimiento del duque de Saboya, se dió prisa á formar un tratado de neutralidad, por lo respectivo á Italia, concedió el paso á Francia de veinte mil hombres encerrados en las plazas fuertes del Milanesado, y destinó una parte considerable de sus fuerzas para conquistar el reino de Nápoles. No encontró esta empresa obstáculo ninguno para su ejecucion. Como se hubiese retirado la flor del ejército español para reforzar el ejército de España, y como para contentar al pueblo se retirasen las tropas francesas, quedó el pais casi sin defensa. Por lo tanto, el general Daux, el mismo que se habia distinguido en el sitio de Turin, salió de Lombardía, con nueve mil hombres, cruzó los estados del papa, penetró en lo interior del reino, y fué acogido en todas partes, con aclamaciones populares. El duque de Escalona, virey de España, evitó no sin trabajo caer en manos del pueblo enfurecido, y con unos cuantos nobles que le permanecieron fieles, se refugió en Gaeta. Los magistrados de la capital salieron á esperar al general austriaco, hasta Aversa, y al entregarle las

llaves de la ciudad, juraron obediencia á Cárlos, y no tardó mucho en ser reconocido por todas partes, el gobierno austriaco. Despues de un largo bloqueo, se tomó por asalto á Gaeta, y además de esta plaza, cayeron en manos de los generales de Cárlos, otras fortalezas no menos importantes de Calabria (126).

Debióse al marqués de los Balbases, virey de Sicilia, por Felipe V, que no siguiera esta isla el egemplo de Nápoles; porque los naturales del pais no detestaban menos que los napolitanos el gobierno de los Borbones. Por medio de una severidad mezclada de dulzura, calmó á los descontentos, y por su parte el general austriaco se vió en la imposibilidad de emprender, por falta de medios de trasporte, una conquista tan fácil. La Sicilia permaneció fiel á Felipe, hasta la conclusion de la guerra (127).

Sin embargo, movidos á ello por las instancias reiteradas del gabinete inglés, reuniéronse el emperador y el duque de Saboya para intentar una espedicion contra Tolon. Hiciéronse grandes preparativos para esta operacion importante; pero la divergencia de los intereses de ambas partes, los celos de sus generales, y la disminucion de las fuerzas aliadas, á causa de la espedicion de Nápoles, no menos que las medidas prontas y enérgicas de Francia hicieron fracasar esta tentativa. Los aliados, es verdad, cruzaron la Provenza y atacaron á Tolon; pero el solo fruto de su desdichada empresa fué la ocupacion de algunas obras esteriores. No sin mucho trabajo, al fin de la campaña, pudieron retirarse á Italia, despues de sacrificar catorce mil hombres diezmados por las enfermedades y el cansancio. La toma de Suza y Orbitello, fortalezas que cerraban el paso de los Alpes, fué una ventaja harto mezquina que no podia igualarse á los efectos de tan gran contratiempo.

La neutralidad de Italia permitió á Luis XIV enviar fuerzas considerables á España, y el duque de Orleans fué nombrado para el mando del ejército principal. Por

parte de los aliados, una espedicion de doce mil hombres, formada al principio con intento de efectuar un desembarque en la embocadura del Garona, lo que no tuvo lugar á causa de los vientos contrarios, se dividió en dos cuerpos, de los que reforzó uno el ejército de Portugal, y otro tomó cuarteles de invierno en las fronteras de Valencia y Murcia. De ambas partes, como se ve tomábanse medidas para sostener una lucha vigorosa, y sin embargo, el resultada de una sola batalla no solo decidió de la suerte de una campaña, sino que restableció la autoridad vacilante de Felipe.

Habíanse propuesto y discutido, tanto en Madrid, como en Versalles, diferentes planes de campaña. El propuesto por Berwik mereció la aprobacion; debia segun él llamar la atencion el duque Noailles, al este de los Pirineos, como se habia hecho anteriormente; pero los refuerzos que llegaban de Francia, tendrian que reunirse en Navarra. De ellos se apartaria una parte para reconquistar el Aragon, en tanto que debia lo restante unirse al ejército de Berwick, que se opondria á los aliados en todas partes por donde quisieran todavía penetrar en Castilla ó tentar un esfuerzo para invadir el reino de Murcia, y recobrar la superioridad en el mediodia. A fin de evitar toda invasion por la frontera de Portugal, se destinó una fuerza suficiente, á las órdenes del marqués de Bay, para defender la frontera del oeste.

Apenas se concluyeron estos arreglos, empezó la campaña; tanto mas, que los generales aliados Galloway y las Minas, ardian en impaciencia de adelantarse á la llegada de los refuerzos de Francia. Con la esperanza de batir, uno á uno los cuerpos diversos del ejército, reunieron á toda prisa sus tropas, que ascendian á treinta mil hombres, y trataron de atacarlos en sus cantones (6 de abril de 1707), pero los contuvo el general francés guareciendo las guarniciones en Villena y Chinchilla, hasta tanto que reuniese su ejército, y tomase posesion de la

llanura de Almansa, en que se le incorporaron muy á tiempo los refuerzos que esperaba. Los aliados que ignoraban esta circunstancia, aceptaron la batalla, aunque muy inferiores en caballería, y ocupando un terreno en que podia maniobrar con ventajas la del enemigo.

Puso Berwick su ejército en batalla en el órden acostumbrado (23 de abril), mientras que por parte de los aliados, la caballería é infantería se hallaban mezcladas para equilibrar la superioridad de la caballería enemiga. Empezó la refriega con un ataque que hizo sobre la izquierda el ejército aliado, pasando un ribazo que tenia delante, se apoderó de la eminencia aunque fortificada con una bateria francesa formidable, y disponíase ya á volver su derecha, cuando atacó con inaudito vigor la caballería española para recobrar la eminencia; pero contúvola á su vez el fuego de la infantería. Probó dar otra carga, la cual tuvo el mismo resultado que la primera. Empeñóse al mismo tiempo la batalla en el centro y á la izquierda; entró el desórden en la primera línea de los españoles y dos batallones ingleses penetraron á pesar de la segunda hasta los mismos muros de Almansa.

Empero, la habilidad y denuedo de Berwick remediaron este desórden y restablecieron la suerte de la jornada. La infantería dispersa hasta entonces, se rehizo y cargó al enemigo. Una brigada á las órdenes del intrépido y hábil Asfeld, sostuvo otra carga á la derecha, y el movimiento se hizo a tiempo, la infantería y caballería reunidas, arrollaron á los aliados, y volvieron su flanco, en tanto que el centro y la izquierda hicieron un esfuerzo para atacar su frente; al mismo tiempo fueron heridos de peligro Galloway y las Minas, y se vieron precisados á retirarse del campo de batalla (128). La confusion fué estremada; privados de sus gefes, combatian los aliados sin órden ni fin determinado; así es que por todas partes fueron atacados y rotos, siendo horrorosa la matanza y completa la derrota. El conde

Dohna con trece batallones holandeses, ingleses y portugueses, alcanzó abrirse paso á través de las filas enemigas, y tomó posicion en los bosques inmediatos á Caudete; pero obligó el hambre á estos valientes á entregarse á discrecion el siguiente dia (129).

Los bagages y artillería de los aliados cayeron en poder del vencedor, y de los trofeos de esta victoria, se remitieron á Madrid ciento y veinte estandartes con las armas de casi todas las potencias aliadas contra Felipe, ademas de las de los reinos sublevados de Cataluña, Aragon y Valencia. La victoria fué decisiva; perdieron los españoles apenas dos mil hombres, en tanto que de los aliados quedaron en el campo de batalla cinco mil, cayendo prisioneros doce mil (130).

No disminuyó el ardor de Galloway la gravedad de su herida, á pesar de haber perdido un brazo en la anterior campaña. Rehizo los restos del ejército, puso guarniciones en Játiva, Alcira, Denia y Alicante, y de acuerdo con su cólega las Minas, llegó gracias á una retirada rápida, á las orillas del Ebro en donde esperaban poderse mantener hasta la llegada de los refuerzos. En Tortosa pasaron revista á sus tropas que no pasaban de cinco mil hombres, de los cuales solo ochocientos eran de infantería.

Para recompensar á Berwick de esta victoria, que fué, puede decirse con razon, la salvacion de España, le concedió Felipe el título y rango de grande de España, con el nombre del duque de Liria y de Gérica. A la ciudad de Almansa se le otorgaron tambien privilegios especiales, y mas tarde se erigió en el campo de batalla, una columna con una inscripcion, á fin de perpetuar el recuerdo de acontecimiento tan glorioso (131).

Pocas victorias tuvieron resultados tan rápidos; al siguiente dia (26 de abril) se reunia al ejército el duque de Orleans, en el mismo sitio del triunfo con el vivísimo pesar de haber llegado demasiado tarde para disfrutar del honor de tan gloriosa jornada. Rindió homenages so-

lemnes de admiracion á la bravura de las tropas y al general hábil que las mandaba, en seguida tomando el mando en gefe, quiso no perder un momento, antes bien cuidó de aprovecharse de la victoria. Destacó á Affeld con ocho mil hombres á fin de someter al pais del otro lado del Júcar, y con el ejército principal se avanzó hácia Valencia. Como no hiciese la ciudad preparativo ninguno de defensa, el conde de Corzana, gobernador en nombre de Cárlos, se retiró por el camino de Murviedro (8 de mayo). Enviáronse diputados á recibir el ejército real, que llevasen las llaves de la ciudad é implorasen la generosidad del vencedor, á favor de los habitantes que confesaban su error y se arrepentian de él, del modo mas público y solemne.

El duque, sin perder un momento, dejó á Berwick, con encargo de que acabase la reduccion de la provincia, y con una fuerte escolta tomó el camino de Madrid. En vez de detenerse allí tomando parte en el júbilo general y recibir los obsequios de la familia real, partió al instante con direccion á Navarra, y en Tudela se incorporó á las tropas que acababan de llegar de Francia. Con la presteza de un correo, se presentó á la vista de Zaragoza, tan poco preparada como Valencia é incapaz de resistir. Al acercarse él, la guarnicion austriaca se replegó sobre Lérida, y dejó la ciudad abandonada á su suerte.

«He marchado sobre Zaragoza con la caballería, escribia á Luis XIV el 25 de mayo, tanto con objeto de reconocer la plaza como de esparcir el terror en todas partes. Tuvo un éxito feliz esta tentativa; se retiró un cuerpo de tropas enemigas, y la ciudad propuso capitular. En vez de escuchar á los diputados, hice avanzar mi artillería, que ni pólvora ni balas tenia, y entonces los magistrados se sometieron á nombre de Zaragoza y de Aragon (132).»

Berwick, con motivo de este incidente cuenta una anécdota que por su singularidad necesita la autoridad

de tan verídico testimonio para ser creida. «El conde de la Puebla, dice, á fin de contener al pueblo lo mas que le fuera posible, y de este modo dilatar la entrada del duque de Orleans, hizo creer á los habitantes de Zaragoza que los rumores que corrian acerca de ver un ejército que llegaba de Navarra, carecian de fundamento, y que el campamento que se divisaba no era cosa real y efectiva sino una fantasma creada por arte de magia, en vista de lo cual fué en procesion el clero á la muralla, y desde allí con todas las ritualidades de costumbre, conjuró á los supuestos espectros que se veian. Lo raro es que tuvo el pueblo bastante credulidad para creer en semejantes sueños, de los que salió al siguiente dia cuando los húsares del ejército que mandaba el duque de Orleans rechazando una vanguardia hasta las puertas de la ciudad desenvainaron sus relucientes sables y cortaron no pocas cabezas, entonces se apoderó de ellos el miedo, y diéronse priesa los magistrados á someterse á S. A. R. No hubiera creido lo que acabo de contar sino me hubiese cerciorado de ello en el mismo Zaragoza oyéndolo contar á los principales de la ciudad (133).»

Como la conquista de Aragon fuese ya un hecho cierto se apresuró el gabinete de Madrid á preparar un decreto con el fin de cambiar la constitucion; objeto hacia muchos siglos de la antipatía de la corona. Despues de largos debates en los que hubo ministros que defendieron con calor la causa de sus compatriotas estraviados, se decretó que quedasen abolidos los fueros de Aragon y Valencia; primero, en virtud de la plenitud del poder que concedia la corona, y segundo por derecho de conquista alcanzado con la última victoria. Por estos motivos no menos que por la necesidad de efectuar variaciones que exigian los tiempos y las circunstancias, así como á fin de establecer un sistema uniforme de gobierno en toda la monarquía, quedaron en lo sucesivo sometidos Aragon y Valencia á las mismas le-

yes y costumbres que regian en Castilla, y los naturales de aquellos reinos podrian sin distincion ninguna ser nombrados para todos los empleos. Las audiencias y tribunales tendrian la misma forma y principios que las chancillerías de Valladolid y Granada, escepto en materias eclesiásticas, porque con respecto á esto se establecieron reglas segun los concordatos que habian de celebrarse con la Santa Sede (134).

En seguida, se dió otro decreto á 29 de junio, mediante el cual quedaban confiados los privilegios especiales de las personas ó comunidades que habian permanecido fieles á la corona (135).

En tanto que se verificaban en Aragon estos acontecimientos volvió Valencia á la sumision, gracias á las operaciones diestramente combinadas de Berwick y Asfeld. Este último al ser destacado del cuerpo principal del ejército, empezó sometiendo á Alcira (136) echó un puente sobre el Júcar y atacó á Játiva, en donde habia una guarnicion de seiscientos ingleses, sostenidos por los habitantes que se habian adherido á la causa de Cárlos (26 de mayo). La suerte de esta pequeña poblacion es un egemplo mas y memorable de ese valor heróico que ha mostrado el pueblo español en mas de una ocasion.

«Los habitantes, dice Berwick, sostenidos por seiscientos ingleses, se defendieron con increible obstinacion sin que pudiera jamás decidírselos á que se rindiesen; de modo que despues de hacer una brecha, la que asaltaron nuestras tropas, fué preciso destruir á cañonazos los atrincheramientos que por todas partes habian hecho. Hasta fué preciso atacar calle á calle y casa á casa, porque estos desesperados se defendian en todas partes con un valor y firmeza de que hay pocos egemplos. Por último, despues de quince dias de sitio, y ocho de permanecer nuestras tropas en la ciudad, fueron estas dueñas completamente de ella, pero sin soltar la espada. Murieron infinitos habitantes y

especialmente frailes; y los que pudieron salvarse se retiraron detrás de una cortina de la fortaleza que iba á destruir Asfeld á cañonazos, cuando pidió el comandante inglés capitular á nombre de los habitantes. Pero como no se quisiese admitir mas condiciones que la de someterse á discrecion de S. M. C., se retiró el inglés con su guarnicion al interior del fuerte y soltaron las armas los habitantes.

«A fin de inspirar un terror necesario y evitar por medio de una severidad egemplar, otra resistencia tan tenaz, mandé destruir completamente la ciudad, no dejando en pié mas que la iglesia principal y envié á Castilla á todos los habitantes, prohibiéndoles que volviesen jamás á su pais (137).»

El fuerte de Játiva, célebre en la edad media por su fuerza, no abrió sus puertas sino despues de un cerco de mucha duracion. En tanto que Asfeld se hallaba ocupado en el sur de Valencia y Murcia, recibió Berwick socorros que le permitieron continuar sus triunfos. Dejando guarnicion en Valencia, se dirigió al norte, ocupó los otros puntos de aquel reino (23 de mayo) arrojó á los aliados del lado de allá del Ebro, y penetrando en los arrabales de Tortosa, los obligó á volar el puente que servia para la comunicacion. Despues de barrer así la parte septentrional de Valencia, dejó Berwick á Asfeld con doce mil hombres para que conservase el pais conquistado, volvió á subir por las orillas del Ebro, (26 de mayo) forzó el paso de Cherta, sometió todas las plazas fronterizas de Aragon, y pasando el Ebro por Caspe se reunió al duque de Orleans en Candasnos (11 de julio).

Segun esto no habia trascurrido todavía un mes desde la victoria de Almansa y ya el ejército real habia recuperado el Aragon con Valencia y Murcia, esceptuando dos plazas fuertes, Denia y Alicante. Alentado con triunfos tan rápidos y fuerte con la debilidad de los aliados, ardia el duque de Orleans en deseos de

someter á Cataluña antes de que llegasen refuerzos para sostener el partido vacilante de la casa de Austria. Con este objeto meditaba sitiar á Lérida y Tortosa que defendian á Cataluña por parte de Aragon y Valencia. El ataque proyectado contra Lérida se difirió empero á causa de los obstáculos innumerables que en un pais montuoso y estéril hacen con frecuencia fracasar los mejores planes y las operaciones mejor concebidas. Los rios habian crecido de un modo espantoso con las recientes inundaciones; carecia de vituales el ejército, y ni siquiera habia llegado aun una bateria de campaña que se estaba esperando. En tanto que luchaba el duque con obstáculos que hubieran desanimado un ánimo menos firme que el suyo, mandaron á Berwick que fuese á Provenza con doce mil hombres á fin de libertar á Tolon; por lo cual no regresó á España si no cuando la estacion estaba ya demasiado adelantada y la incesante miseria del ejército parecia imposibilitar la continuacion de las operaciones. Verdad es que el gobierno en Madrid á fin de no comprometer al ejército en un cerco de otoño ó mas bien de invierno, dió repetidas órdenes para que se desistiese de esta empresa, quejándose amargamente con respecto á esto á la córte de Versalles. Berwick cuya circunspeccion era grande desaprobaba de igual modo una empresa que aun cuando tuviera éxito feliz no podia menos de ser funesto al concluir una campaña tan penosa. Pero nada pudo cambiar la resolucion que habia tomado el duque de Orleans y en la que persistia tenazmente; habíanse hecho aunque con lentitud, los preparativos para el sitio; por lo tanto pasó el Cinca y la Segre por la parte superior de Balaguer é inferior de Lérida, y á pesar de los esfuerzos del enemigo se situó en la fértil llanura de Urgel. No era ya posible vacilar, por lo que abrióse la trinchera y empezó el sitio con un vigor sin egemplo. En vano quisieron los aliados interrumpirlo; esta plaza ante la que sucumbieron en otro tiempo las ar-

mas de Francia se rindió el dia mismo en que se recibió de Versalles la órden para no acometer por entonces tamaña empresa.

Bien hubiera deseado el duque de Orleans sitiar tambien á Tortosa, á fin de poder abrir la campaña inmediata atacando á la vez á Cataluña por el sur y el oeste: pero las pérdidas considerables quehabia sufrido el ejército en la campaña y cerco que acababa de terminar, así como la perspectiva de nuevas dificultatades mas graves todavía en medio de estacion tan avanzada, determinaba al gobierno á conformarse con el precedente consejo de Berwick, y el duque se vió obligado á suspender sus preparativos distribuyendo sus tropas en cantones acomodados de modo que protegiesen las conquistas que acababa de hacer en Aragon y Valencia.

Por el lado de Portugal recobraron los españoles á Ciudad—Rodrigo (4 de octubre) y la espedicion del Rosellon á las órdenes del duque de Noailles, no tuvo mas resultado que el de ocupar á cuatro mil aliados en el norte de Cataluña, tomando al mismo tiempo algunos fuertes de escasa importancia.

Los triunfos de este año fueron por decirlo así santificados por el nacimiento de un infante (25 de agosto) á quien se puso el nombre de Luis Fernando por haber nacido el dia de San Luis rey de Francia. Como hubiesen esparcido de intento los aliados y sus parciales el rumor de que la preñez de la reina era supuesta, las principales dignidades de la iglesia y del estado, los embajadores y ministros estrangeros asistieron como testigos al alumbramiento de la reina. El nacimiento de este infante, esperanza de la monarquía, redobló el amor y lealtad de todas las personas adictas á Felipe, y calmó el descontento de las que no soñaban mas que la independencia é integridad de la nacion. Este próspero acontecimiento se celebró con fiestas públicas, y abundante reparto de gracias y favores. Dióse libertad

á los prisioneros de estado, y permitióse á los desterrados que regresasen á sus hogares; entre los primeros hallábanse el duque del Infantado y conde de Lemos (138).

Despues de contribuir de un modo tan eficaz á salvar á España, esperimentó Berwick la inconstancia del favor en las córtes, y á fin de contentar á la princesa de los Ursinos y al duque de Orleans, tuvo que llevar á otros puntos los recursos de su habilidad, dejando el mando del ejército de España al mariscal Bezons.

La funesta jornada de Almansa y la série de desastres que de ella se siguieron, hicieron profunda mella en el ánimo de los aliados; pero lejos de desanimarse, se redobiaron de actividad y energía á fin de continuar la guerra. Hasta entonces la causa de Cárlos hallábase sostenida por las potencias marítimas y por los portugueses con el apoyo de los catalanes; pero las instancias reiteradas de los gobiernos inglés y holandés, decidieron á José á enviar un cuerpo de ejército á España, á las órdenes de Staremberg, el mas hábil de sus generales despues de Eugenio. Inglaterra envió tambien algunos refuerzos y un cuerpo de tropas de Hesse que pagaba recibieron órden de salir de Italia é incorporarse al ejército de Cataluña. De igual modo debia esperarse que el gobierno de Portugal desplegaria suma energía despues de la muerte de Pedro, y del jóven soberano Juan, que acababa de aliarse con la casa de Austria por su enlace con la hermana de Cárlos.

Los dos generales Galloway y las Minas, a quienes se atribuia la derrota de Almansa, y á quienes se motejaba, con injusticia tal vez, de ignorantes y tenaces, recibieron órden de regresar á Lisboa con las tropas portuguesas que se retiraron de Cataluña, á fin de evitar una invasion en Portugal. Las Minas, ya de edad de sesenta y siete años, quedó sin mando; y Galloway fué á mandar las tropas inglesas en Estremadura, en donde mostró la misma intrepidez recompensada con

los mismos reveses. El mando de las tropas inglesas en Cataluña se confirió al general Stanhope, que recibió al mismo tiempo el título y los poderes de enviado cerca de Cárlos, rey imaginario de España.

Esperábase que con estos cambios y este aumento de fuerzas, se veria pronto Cárlos en estado de remediar sus últimos desastres; pero sea á causa de la dificultad que acompaña á toda operacion marítima, ó por la flaqueza de las potencias empeñadas en la lucha, la reunion de estas fuerzas que llegaban de paises distantes, no se verificó sino con lentitud estremada, sin contar que gran parte de estas tropas se presentaban en el teatro de la guerra en un estado poco á propósito para entrar al punto en campaña. Resultó de aquí que en el momento de empezar las hostilidades, apenas bastaban refuerzos para completar los cuadros que las pérdidas ordinarias habian dejado en el ejército. Despues de reforzar las guarniciones de Tortosa, Denia y Alicante y destacado un cuerpo de tropas hácia las fronteras del norte, los generales aliados no pudieron reunir mas de diez mil hombres, sin contar los catalanes ni las tropas irregulares de los miqueletes; y era esto todo cuanto se podia presentar ante el ejército vencedor de Felipe, cuya energía y denuedo habian aumentado los triunfos.

Los gobiernos de Versalles y Madrid no perdieron momento ninguno para utilizar su superioridad. El duque de Orleans vivo y emprendedor en todas ocasiones, concibió los planes mas vastos para conseguir la espulsion total de los austriacos del territorio español. El ejército principal, compuesto de veinte y cinco mil hombres debia juntarse á orillas del Ebro, a fin de apoderarse de Tortosa, que es llave de Cataluña, por la parte del sur; las tropas que se hallaban en Valencia á las órdenes de Asfeld, debian cooperar á esta empresa; siete mil hombres que mandaba Noailles en el Rosellon despues de llamar la atencion de una parte de las fuer-

zas aliadas hácia el Norte debian por medio de una marcha rápida atravesar la Cerdaña, á fin de unirse con el ejército en el valle de Urgel, despues de la toma de Tortosa. Todas estas fuerzas, reunidas de este modo, debian dirigirse en seguia contra Barcelona.

La miseria de la nacion era empero un grande obstáculo para que pudieran ejecutarse tan bellos proyectos. A pesar de las tan celebradas mejoras de Orri, no se podia casi contar con el ingreso periódico y regular de los impuestos en un pais arruinado por la guerra. Las rentas del estado con que se podia contar, apenas llegaban á 69.000,000 de reales, y solo la última campaña habia costado una cantidad doble de esta. A fin de cubrir una parte del déficit, hubo necesidad de acudir al clero, á quien se pidió un subsidio de 20.000,000 de reales. Pero como diese esta medida lugar á séria oposicion por parte del clero, y en especial del papa se imaginó pedir de nuevo aquel año el subsidio con el nombre de «donativo voluntario,» á lo que se conformaron los clérigos de buen talante, considerando que obligaba tambien á los legos; no se les impuso no obstante la obligacion de pagar una cuota fija, sino que se dejó á cada uno la libertad de socorrer al estado segun su deseo ó conforme á sus recursos (139).

Este proyecto, aunque modificado, se consideró por el papa como una violacion de los derechos de la iglesia, y por conducto del nuncio prohibió al clero que diese al rey ningun socorro pecuniario sin espresa licencia de Roma; ofreciendo empero conceder un subsidio de los bienes del clero si habia lugar á ello.

No vió Felipe en esta conducta de la córte de Roma mas que un abuso de poder, y despues de una viva discusion prefirió privarse de este recurso que acceder á la proposicion que se le hacia como contraria á la independencia real.

No se hallaba menos exhausto el tesoro de Francia á causa de los gastos que habia causado lucha tan pro-

longada; apenas si podia prestar algun ausilio al de España. En esta situacion, la única esperanza descansaba en los tesoros de América que se esperaban de dia en dia; pero en el momento mismo en que era mayor la necesidad de este recurso, se recibió noticia de que la flota que se componia de diez y siete navíos con tesoros considerables, habia sido atacada cerca de Cartagena por sir Cárlos Wager, y que tres de los mayores buques cargados de plata cayeron en manos del enemigo y los otros se dispersaron (140).

A pesar de estos contratiempos, no perdió aliento el duque de Orleans, y buscó en su actividad medios para cubrir las necesidades del estado, hizo cuanto le fué dable para preparar un armamento y equipo de sitio, y poder abastecer el ejército para que entrase en campaña. «Direis, escribia á Chamillart en 8 de mayo, que estoy haciendo aquí el oficio de intendente de ejército; pero en este pais es indispensable que el general lo sea todo. Es necesario que sea abastecedor, artillero y á menudo tesorero, oficios de que no entiendo yo ni poco ni mucho. Sin embargo, los desempeño á las mil maravillas, y de este modo aprovecho la ocasion que se ofrece de asegurar la corona de España en las sienes del rey católico (141).

Es justo decir que no existió jamás un general mas entendido que el duque de Orleans, y capaz de salir de posicion tan embarazosa, á causa de su estraordinaria actividad, su denuedo, su generosidad, su franqueza, sus modales finos, su amabilidad, y especialmente la tenacidad admirable con que ejecutaba los proyectos que habia concebido y formado. A toda prisa salió de París, llegó á Madrid, inspeccionó las guarniciones y cantones de Aragon y Valencia, regresó á Zaragoza en donde debian reunirse las tropas, y publicó una amnistía general á favor de los miqueletes de Aragon que dejasen las armas. El 13 de abril de 1708 puso en movimiento su ejército, dejando tres mil hombres en Balaguer, para

que conservasen espeditas las comunicaciones, y pasó la Segre y la Noguera por Fraga y Lérida. Despues de una marcha larga y penosa, bajó por las orillas del Ebro, y tomando las alturas de Miraval, atacó por fin á Tortosa por el norte. Al mismo instante se apoderó Asfeld por sorpresa de los desfiladeros que conducen desde Valencia á Cataluña; y por medio de una marcha bien combinada por la orilla derecha, se vió atacada la plaza de igual modo por la parte del sur.

A pesar de las dilaciones causadas por la estacion atrasada y por la pérdida de un convoy interceptado por la escuadra inglesa; á pesar de la lentitud y dificultad de las comunicaciones con los almacenes, se abrió la trinchera el 22 de junio, y el 27 hizo la guarnicion una salida vigorosa que fué rechazada. Ocupóse el camino cubierto, en la noche del 10 de julio por don Antonio Villardel (142), con un destacamento de soldados españoles. Acercóse Staremberg con todas las fuerzas que pudo reunir; pero era demasiado débil para hacer que se levantase el sitio. Al siguiente dia capituló la guarnicion, á la que se concedió los honores de la guerra. No quedaban ya á los sitiadores mas víveres que para dos dias. De tres mil hombres que capitularon en Tortosa, mil y ochocientos entraron en las filas de Felipe.

La sola ventaja de esta campaña fué la toma de Tortosa, en donde dejó el duque de Orleans guarnicion; despues de lo cual, regresó á Lérida con objeto de reunirse con Noailles segun se habia convenido; pero no pudo ejecutarse este plan, porque una irrupcion del duque de Saboya en el Delfinado, obligó á Noailles á cambiar su marcha, en tanto que Staremberg por otra parte reforzado con tropas de refresco, ocupó la fortificada posicion de Cervera, y puso al ejército de los Borbones en la imposibilidad de obrar. El duque de Orleans, despues de continuar la campaña cuanto le permitió la estacion á la entrada del invierno, acantonó sus tropas y regresó á Francia.

Despues de la reduccion de Tortosa, volvió Asfeld á Valencia con el fin de recobrar á Denia y Alicante que estaban todavía en mano de los aliados. Cercó á Denia el 17 de noviembre, y cinco dias mas tarde ya la brecha era practicable, la ciudad fué tomada por asalto, y la guarnicion que se componia de novecientos hombres, se retiró á la ciudadela. No tuvo éxito feliz una tentativa para introducir socorros por mar, y los sitiados se vieron precisados á rendirse como prisioneros de guerra.

El general francés atacó poco despues á Alicante; tomando las fortificaciones esteriores con la misma facilidad que en Denia, encerró la guarnicion en la ciudadela, que estaba construida encima de una roca que se creia inespugnable. Como bastasen los medios comunes para tomarla, se abrió en la misma roca una mina de una longitud y anchura considerables. Cuando todo estuvo listo para ponerle fuego, rogó Asfeld al gobernador, que era el general Richard, que enviase dos ingenieros que reconociesen los trabajos; él mismo los acompañó en el reconocimiento que hicieron de la mina, y ofreció á la guarnicion paso libre para Barcelona; porque decia, no podia menos de lamentar el sacrificio de tantos valientes, lo cual seria el resultado inevitable de una defensa inútil. Les concedió generosamente veinte y cuatro horas para que se decidieran; pero el intrépido gobernador en la conviccion de que resistiria la roca á la esplosion, insistió en defenderse, y á fin de mostrar cuán lejos de él estaba el temor en esta ocasion, se sentó á la mesa con sus oficiales en el cuarto mismo que se hallaba encima de la mina. En cuanto se dió la señal se presentó con los suyos en el sitio en que habia mas riesgo; apenas se prendió fuego á la mina, el gobernador, su teniente, el coronel Syburg con su compañía y muchos soldados quedaron sepultados en las ruinas.

Esta terrible catástrofe no causó terror ninguno ni desaliento al coronel Albon que tomó el mando, el cual

trató de salvar por mar los restos de aquella guarnicion intrépida; pero las medidas que tomaron los sitiadores, inutilizaron esta tentativa. Por último, se vieron obligadas á capitular las tropas sitiadas, las cuales salieron con todos los honores de la guerra despues de una brillante defensa de cincuenta y siete dias (7 de abril de 1709) y fueron llevadas en triunfo hasta Barcelona (143). Con la ocupacion de Denia se completó la entera sumision del reino de Valencia.

Por el lado de Portugal fué esta campaña de ambas partes una lucha de matanza y saqueo.

Los triunfos conseguidos en la Península perdieron parte de su valor á causa de los reveses sufridos en otras partes de Europa. A causa del influjo de varios nobles catalanes se formó un partido austriaco en las islas Baleares, cuyas costumbres y afectos son análogos á los de Cataluña. El general Esteno se apoderó de Menorca despues de sitiar la ciudad de ella, y Mallorca no tardó en seguir el mismo egemplo, sometiéndose á las armas aliadas. Por la misma época se rindió Cerdeña á una pequeña division que mandaba el marqués de Monchelí, mas conocido por el nombre de conde de Cifuentes (julio) (144).

Durante esta campaña y especialmente hácia el fin de ella, agitaron igualmente á la córte y al ejército las disputas que tuvieron lugar entre el duque de Orleans y la princesa de los Ursinos. Este príncipe á pesar de su vida licenciosa, conservaba todo el ardor y elevacion de las grandes almas. Sobrado independiente para acostumbrarse al despotismo y á la monotonía de la córte de Versalles; sobrado altanero, sobretodo para inclinarse ante la Maintenon, vivia lejos de la córte, y pasaba el tiempo entre los placeres y el estudio de las artes y ciencias. Conocia empero que estas ocupaciones sedentarias, no bastaban á su ánimo inquieto y audaz. Por último, sus ruegos y el deseo de apartar lo mas que pudiera de su lado á un personage de carácter tan poco

flexible, decidieron á Luis XIV á confiarle el mando del ejército de Italia bajo la direccion de Marsin, con lo cual quedó satisfecha la actividad del duque. Distinguióse en aquella campaña por su valor é intrepidez, y ciertamente hubiera desarrollado los estraordinarios conocimientos militares de que habia dado muestras, si no hubiese tropezado con los estorbos que le ponian los generales que tenia por compañeros. Al regresar de la malhadada campaña de Italia, los conocimientos que en ella mostró, y el mismo deseo que tenia el rey de apartarlo de sí, fueron causa de que se le nombrase general en gefe del ejército de España. Esperábase con fundamento que sus modales finos y la franqueza de su carácter, convendrian á la princesa de los Ursinos, en tanto que por otra parte su elevado nacimiento y pericia, le grangearian respeto y consideracion entre los españoles.

De tan poca libertad gozó en este mando como en el de Italia. Diósele la órden de salir de Francia, que viviese en buena armonía con la princesa de los Ursinos, y especialmente que no se mezclase de los negocios de estado, á menos que no tuviesen estos una relacion directa con su mando militar. En cuanto llegó á Madrid, su figura y modales finos le grangearon el favor de la córte, y principalmente el de la camarera mayor; pero un príncipe tan orgulloso como pagado de sí mismo, no podia ser mas complaciente que lo habian sido un cardenal y un abate. Así es que apenas tomó el mando del ejército se estableció al punto una lucha con motivo del poder. Exigia la princesa de los Ursinos una comunicacion oficial de los planes y operaciones del príncipe, el cual se negó rotundamente á someterse á la inspeccion de una muger. Ademas á ella le achacó la miseria y privaciones del ejército, y hasta las dilaciones en la llegada de las vituallas; lo cual sin embargo era solamente muchas veces efecto de la casualidad ó de la penuria. Felipe por su parte, y la

camarera tenian envidia del respeto con que lo amaban sus soldados, y veian con pesar hasta que punto llegaba su habilidad para ganarse el afecto de los descontentos. Esta oposicion se convirtió pronto en una animosidad tan viva, que despues de varios escándalos y punzantes sátiras, fué imposible toda reconciliacion (145). Creyó por lo tanto la princesa de los Ursinos que no le quedaba mas camino que el de valerse del favor que tenia con la Maintenon, á quien habia ofendido tambien el duque, á fin de que se le quitase el mando, y en efecto no tardó mucho el duque de Orleans en recibir órden para regresar á Francia.

En cuanto se concluyó la campaña se dió priesa á volver á Madrid en donde pasó dos meses haciendo los preparativos necesarios para la campaña siguiente. Hecho lo cual no anduvo nada sóbrio en los casos en que acusaba la lentitud del gobierno en la campaña anterior, y en la correspondencia que seguia con el gobierno de Versalles, se quejaba de que la princesa de los Ursinos y Amelot ponian obstáculos incesantes á sus operaciones llegando hasta el estremo de pedir la separacion de ambos.

Los desastres que sufrieron los ejércitos franceses en los Paises Bajos, y el apoyo de un partido español que deseaba un cambio de gobierno, movieron al duque de Orleans á dar vuelo á su ambicion, aspirando á la corona de España, ó en caso que Felipe, como se temia, se viese en la necesidad de retirarse. Así, pues, á su salida para París dejó á Regnaut, secretario suyo, encargado de que viese con atencion el curso de los sucesos y que llevase una correspondencia activa con sus parciales, entre los que citaremos los respetables nombres de Montallo, Montellano, Mancera, Monterey y Viliaruela (146),

CAPITULO XVI.

1709.

Pérdidas sufridas por España.—Penuria de Francia.—Memorias de Amelot relativas á la córte y reino de España.—Conferencias en el Haya.—Ofrecimientos y peticiones recíprocos.—Efectos de esta negociacion en España.—Estado de la córte y del pais.—Separacion supuesta de las córtes de Versalles y Madrid.—Confíase Felipe á la lealtad de sus súbditos.—Separacion de Amelot y formacion de un ministerio español bajo la inspiracion de la princesa de los Ursinos.—Energía y lealtad de los castellanos.—Rechaza Luis los preliminares y apela á sus súbditos.—Sigue Felipe este egemplo —Division del gabinete é inaccion del ejército.—Viage inútil de Felipe al ejército.—Indolencia é imprevision del gobierno español.

A pesar de las ventajas alcanzadas por Felipe en la campaña anterior, la desgracia que perseguia á la casa de Borbon, pesaba como siempre en los negocios de España, y augurios siniestros anunciaban mayores desastres. Habíanse apoderado los moros de la plaza de Oran, cuya conquista hecha por Cárlos V acordaba España con orgullo; habíanse rendido la Cerdeña y las Islas Baleares: las posesiones españoles de Italia, esceptuando la Sicilia, hallábanse en poder de los aliados, y en los Paises Bajos, no quedaban ya mas que cuatro plazas. El cuerpo de la monarquía parecia que iba deshaciéndose á pedazos; los reinos de Aragon, Valencia y Murcia, aunque sometidos, favorecian secretamente al archiduque, que todas las fuerzas españolas no habian bastado para arrojar de Cataluña, y ni la fidelidad ni el

heroismo efectivo de los castellanos, hubieran podido sostener á Felipe en el trono de España sin el apoyo de Francia.

Pero esta monarquía poderosa que habia puesto en peligro la independencia de los estados de Europa, habia agotado casi todas sus fuerzas en una lucha no menos larga que encarnizada. No tenia Luis XIV mas que reveses desde la funesta campaña de 1706 que destruyó el poder de la Francia en los Paises Bajos. Tentó, es verdad, en 1707, el abandonar aquel estado de guerra defensiva. Pero solamente en el año siguiente fué cuando circunscribiendo sus operaciones militares en los paises apartados, reunió en aquella frontera importante un ejército de cien mil hombres, cuyo mando dió al duque de Borgoña, heredero presunto de la corona, bajo la direccion del no menos intrépido que hábil duque de Vendome. Sin embargo, no le perdonó la desgracia á pesar de su pasada gloria, y este ejército poderoso sufrió una derrota en Udenarda, en donde hubiera sido totalmente aniquilado, sin la pronta llegada de Berwick, que corrió desde el Rhin á toda prisa, con otro ejército.

A esta derrota, siguió de cerca la toma de Lila, principal de las conquistas de Francia en Flandes, y llave de los paises que baña la Lys y el Escalda, pérdida que descubrió completamente la frontera. Notó entonces Luis con pesar, que las operaciones que debian emprenderse en aquel pais, en donde habia alcanzado en otros tiempos señaladas ventajas, debian en lo sucesivo no tener mas objeto que proteger sus propias provincias contra el azote de la guerra, porque aun cuando habian perecido sus tropas veteranas en malhadadas batallas, y no estaban sus fortalezas en estado de atajar la marcha de los vencedores, ni la miseria de Francia, en lo interior, ni sus desgracias en lo esterior, hubieran tal vez producido mucho efecto en el alma de un monarca cuyo noble valor en la adversidad no pue-

de verse sin admiracion; pero en su misma córte se formaron intrigas y poderosas pandillas que llamaron toda su atencion. El Delfin, padre de Felipe, sin miramientos hácia el interés de una corona de que era heredero, fortaleció á Luis XIV en su determinacion de apoyar á su hijo en el trono de España. Esta opinion del monarca y de su sucesor, no carecia de apoyo; pero el duque de Borgoña, menos interesado personalmente en el engrandecimiento de su hermano, se dolia de las desgracias de la Francia, cuyo cetro debia empuñar un dia. Defendieron con celo su opinion los ministros y los mas notables personages, sobre todo el duque de Beaubilliers presidente del consejo de Hacienda, y el canciller Pontchartrain. Luis XIV se vió obligado por sus ruegos que apoyaba la opinion pública, á presentar proposiciones para el restablecimiento de la paz; antes de que emprendiesen los ejércitos la campaña próxima.

Despues de algunos pasos indirectos, se valió por último del conde de Bergueitre, ministro plenipotenciario de Felipe en los Paises Bajos, y de Rouille presidente del parlamento de París, enviado de Francia cerca del elector de Baviera, á fin de entablar una negociacion secreta con algunas personas influyentes de Holanda. Se hizo esperar á estas que la separacion de la república, tendria por recompensa el monopolio del comercio de España; y una línea de fronteras conveniente por parte de Francia, y si conservaba Felipe la posesion del reino de España, se cederian al archiduque algunas provincias esteriores. Se dió conocimiento de esta negociacion secreta á Felipe, que firmó los plenos poderes, autorizando á su enviado á dar toda clase de pruebas de amistad y confianza á los holandeses. Estos halagueños ofrecimientos no tuvieron el resultado que se esperaba; porque si bien un partido bastante fuerte en las Provincias Unidas, deseaba la paz, contestó el gobierno que no se prestaria oidos á ninguna pro-

posicion, á menos que Bergueik recibiese la autorizacion necesaria para ceder la España é Indias, como base preliminar del tratado.

No desanimó, empero, esta negativa al rey de Francia, el cual quiso continuar la negociacion, aun cuando no fuese mas que abogasen, á favor de su buena fé, los partidarios de la paz en Inglaterra y Holanda. Consintió, pues, en tratar, bajo la propuesta base; y pidió pasaportes para los plenipotenciarios franceses y españoles. Enviáronse al punto los de Rouille, como ministro francés; pero no los de Bergueik, porque tendrian que encerrar implícitamente el reconocimiento de los derechos de Felipe al trono de España, lo cual era el objeto principal de la disputa.

A fin de trazarse un plan definitivo de conducta, importaba á Luis XIV conocer bien los sentimientos de Felipe, así como la situacion real de España. Dió, pues, encargo á Amelot para que pusiese en conocimiento de este monarca que temia mucho que los conflictos de sus propios negocios lo pusiesen en la precision de aceptar los preliminares propuestos por los aliados. Esta mera situacion escitó el ánimo del jóven soberano, hasta un grado que parecia poco compatible con la blandura de su carácter; declaró, por lo mismo, su propósito de perecer antes que abandonar el trono. Hé aquí el traslado de la carta que escribió á su abuelo:

Felipe V á Luis XIV.

12 de noviembre.

«Ya tenia yo noticia de lo que escribís á Amelot, esto es, de las pretensiones quiméricas é insolentes de los ingleses y holandeses, relativas á los preliminares de paz. Jamás se han visto otras iguales, y me niego á creer que podiais escucharlas, vos que, con vuestras acciones, habeis llegado á ser el rey mas lleno de gloria

del mundo, pero me indigna el que haya quien se imagine que podrán obligarme á salir de España. Mientras corra por mis venas una sola gota de sangre, no sucederá esto por cierto, porque mi sangre no podria soportar tamaño borron, y haré cuantos esfuerzos sea preciso para sostenerme en un trono que debo á Dios en primer lugar, y despues de él á vos, sin que nada me arranque de él ni me mueva á cederlo sino la muerte. No dudo que aprobeis estos sentimientos, y que os hallais completamente dispuesto á sostenerlos, tanto por gloria vuestra, como por la amistad que me profesais. Pero dejadme rogaros con empeño, que escucheis vuestro corazon, el amor que teneis á la gloria, y hasta el que abrigais hácia Francia, que os hablan á favor mio, y pensad que los que os aconsejan lo contrario, no conocen los intereses verdaderos de vuestra nacion, pues no puede haber desgracia mayor para ella que perder la union de España.»

Así que, de este modo tuvo seguridad el monarca francés de la firmeza de su nieto, solo le faltó profundizar la verdad de los rumores esparcidos por los partidarios de la casa de Austria, quienes decian que hasta los pueblos de Castilla y Andalucía, apoyo principal de Felipe, deseaban un cambio de gobierno; le importaba tambien conocer con exactitud los recursos que podia prestar España para la continuacion de la lucha. La respuesta de Amelot encierra un cuadro interesante del estado en que se hallaba España y de las disposiciones del pueblo. Segun este personage, nada habia que temer de las provincias de España, ni razon ninguna para sospechar de los pueblos en general. La guerra, las contribuciones, las escaseces hacian padecer mucho á ciertos distritos pobres ya por sí, y empobrecidos aun mas á causa de la holgazanería de los habitantes; pero no se escuchaban quejas demasiado amargas, ni se notaba señal ninguna de desobediencia. Además, ¿qué se podia temer? El rey tenia un ejército considerable; com-

puesto tanto de tropas suyas, como de soldados franceses.

El orígen de estos tristes rumores era el descontento de algunos magnates indignados porque no mandaban á su albedrío, acostumbrados á quejarse sin cesar con dureza, lamentándose de que no se tenia miramiento con la grandeza, que se faltaba á las leyes, que se invadia la autoridad de los tribunales, y que todo iba á perecer si no se tomaban otras medidas. Al emprender el duque de Orleans cada uno de sus viages, se le habian repetido estas quejas, que transmitia él al embajador, sin darles mayor importancia.

Aun cuando habia muchas cosas que corregir en el gobierno, era fácil contestar á las quejas de los que lo censuraban. El rey, equitativo hasta la nimiedad, resolvia todo contra sí mismo en los casos dudosos; aliviaba á los pueblos cuanto le permitian las circunstancias, y disminuia los impuestos en todos los lugares que habian padecido de resultas de las invasiones del enemigo, ayudaba y recompensaba á todos sus súbditos de Aragon, Valencia y Cataluña que permanecian fieles en medio de los alzamientos; concedia profusamente y todos los dias gracias, y no tenia favoritos que se enriqueciesen á espensas del estado, ó que arrancasen para sí ó sus deudos las recompensas que hubiesen otros merecido mejor.

La reina, afable y benéfica, jamás quiso recibir obsequio ninguno, ni siquiera de su marido, ni compraba joyas ningunàs; no gastaban ambos, al cabo del año, quinientos duros mas de lo meramente indispensable. La princesa de los Ursinos tan distante se hallaba de ser interesada, que, con frecuencia, ni le pagaban sueldos y pensiones, porque ni el pedirlos pensaba; era generosa hasta con los mismos que eran conocidamente sus enemigos.

«Si tienen poca autoridad los grandes, dice Amelot, si no tiene el rey confianza en nadie, si no disponen los

tribunales, como antes, de muchas cosas que les pertenecian, es porque no puede Felipe sostenerse de otro modo, y harto lo sabe hace tiempo la córte de Francia. No tenia este príncipe hace cuatro años, ni tropas, ni armas, ni artillería; sus criados no se hallaban pagados; sus guardias de corps, por no morir de hambre, manteníanse de la bazofia de los conventos; los ministros del gabinete gobernaban ya, y los consejos disponian de todo. No era, pues, posible que se aconsejase al rey el que tomase las costumbre antiguas, poniéndose á disposicion de gentes que en tiempos de paz no dejaban á Cárlos II ni con que irse á solazar á Aranjuez ó el Escorial.

«No hay clase ninguna de relaciones, de tentativas y artificios que no se empleen para obligar al rey á cambiar de medidas, é intimidar al embajador de V. M., pero cuando se obra con intenciones puras, sin mas interés ni regla que el deber, cuando puede envanecerse uno de haber adquirido algun conocimiento con la esperiencia, y sigue las órdenes del amo á quien se obedece ciegamente, no logra nada imponer temor, ni se aspira á la vana esperanza de contentar á todo el mundo, sino que se va caminando al fin propuesto con ánimo, á pesar de cuantos obstáculos se ofrecen. Así es, señor, como á lo que entiendo quiere V. M. que le sirvan.»

Los gefes de la pandilla de oposicion al gobierno eran los duques de Montalto y Montellano, el viejo conde de Aguilar, Frigiliana y el conde de Monterey, quienes sobre todo atacaban la supresion de las leyes y privilegios de Aragon, y se quejaban de las pocas consideraciones que con los pueblos se tenia. Amelot, en una conferencia que tuvo con Montellano, que se decia muy suyo, le mostró su sorpresa de que, habiendo sido colmado de gracias y honores, criticase el gobierno de un rey de que era ministro; á lo que contestó el duque, que su único motivo era un esceso de celo; que deseaba que sus observaciones llegasen á oidos del rey,

á fin de que siguiese distintas máximas; pero que, satisfecho en esta parte, guardaria el mas profundo silencio, ya que se creia que era conveniente al bien público. Esto decia un ministro que asistia todos los dias al despacho, pero por lo menos veiase una sencillez que no podia encubrir disimulo.

Amelot tomaba parte en todos los negocios, cuyo peso soportaba porque se creia obligado á ello y á escuchar siempre las quejas y observaciones; así es que jamás se detenia para ejecutar sus planes, á no ser que variase, creyendo mejorarlos. Pero no podian tolerar los magnates que gobernase un francés, y solo sirviesen los españoles para obedecer. Habian intrigado con el duque de Orleans á fin de alcanzar la separacion del embajador, y la de la princesa de los Ursinos, con quien estaba aquel perfectamente de acuerdo; y semejantes intrigas debian durar mientras durasen los descontentos.

Confesaba Amelot que estas habladurias habian aumentado desde la malhadada campaña de Flandes, que producian efectos peligrosos los razonamientos melancólicos que habian dominado; sin embargo, estaba persuadido que las disposiciones del pueblo y de la nobleza de segunda clase eran favorables, que no se debia temer sublevacion ninguna, sobre todo ínterin tuviese el rey de España un ejército respetable. Tan solo juzgaba que *si retiraba sus tropas Luis XIV creerian los españoles mas fieles que se abandonaba á su rey, y podrian apartarse de su fortuna viendo que no le habia de ser posible conservarse.*

Las riquezas de Méjico y el Perú, fuente inagotable en apariencia, eran bienes como perdidos para España, y nada perjudicaba mas á esta nacion. No tan solo las quejas contra los mercaderes franceses, á quienes se atribuia la ruina del comercio de Sevilla y Cádiz, renacian sin cesar, á pesar de las órdenes terminantes del gobierno francés contra los infractores de las reglas

establecidas, sino que como subsistiesen los enormes abusos de los vireyes, como egerciese la avaricia rapiñas que quedaban impunes, y estuviesen descuidadas las plazas y guarniciones, anunciaba todo al parecer, una inevitable revolucion. Se resolvió destituir á los dos vireyes, concediendo á sus sucesores sueldos crecidos, de modo que tuvieron seguridad de enriquecerse sin faltar á su deber. Harto conocia Amelot que no era este un medio seguro de contener la sed de oro en sus justos límites; sin embargo, no adivinaba otro recurso, sobre todo escogiendo á las personas que pareciesen mas virtuosas, tan imposible le parecia de hallar, entre los grandes, una alma tan bien templada que resistiese á la seduccion del egemplo y el interés (147).

Estos pormenores, si bien escritos con precaucion y presentados con colores favorables, daban una idea bastante clara del estado precario del poder de los Borbones en España, de lo poco que se podia esperar de los esfuerzos de Felipe, y de la necesidad de grangearse el afecto de los grandes, por medio de un arreglo sino se podia ó queria someterlos á la fuerza.

Se decidió, pues, Luis XIV á entablar la negociacion propuesta con los aliados, sin aceptar ni rechazar de un modo definitivo sus condiciones, á fin de utilizar el tiempo y las circunstancias, á fin de dividir á sus enemigos, tratando de escitar la lealtad adormecida de los españoles y la energía de su pueblo, y queriendo por lo menos, hacer la paz á espensas de Felipe, y prolongar la lucha indefinidamente halagando los pensamientos del duque de Orleans, que pensaba en el trono español. Segun parece, el conjunto de este plan no fué comunicado á ninguna de las personas interesadas; pero se trasmitieron separadamente instrucciones á Felipe, á la reina, á la princesa de los Ursinos y á Amelot, á fin de que cada uno desempeñase con mas acierto la parte que le estaba confiada.

Despues de dar algunos pasos inútiles para conse-

guir de los holandeses una negociacion separada no quedó á Arullille mas remedio que someter sus proposiciones á los aliados. Hubo diferentes conferencias en el Haya, al principio por medio de dos plenipotenciarios holandeses Buys y Varderdussen, personages difíciles de engañar con artificios diplomáticos é instruidos perfectamente en los principios de la grande alianza, y en seguida continuaron estas conferencias con los demas plenipotenciarios de los aliados.

La cuestion de paz ó guerra quedó reducida á una mera proposicion. Como fué Luis XIV quien contraviniendo á los tratados y renuncias anteriores elevó á su nieto al trono de España dando así ocasion á la guerra, se le pidió que persuadiese ú obligase á Felipe á descender de aquel trono en un término dado, ofreciendo garantías por lo que respecta á la ejecucion fiel de esta cláusula. Luis XIV recurrió á varios subterfugios á fin de eludir ó suavizar el rigor de esta peticion. Al principio ofreció en nombre de Felipe ceder el Milanesado, Nápoles y Sicilia; añadió en seguida los Paises Bajos, ó por lo menos una barrera en los Paises Bajos; y mas tarde consintió en abandonar á España y las provincias que dependian de esta esceptuando á Nápoles y Sicilia. Insistieron los aliados en la restitucion completa de la monarquía española á la casa real de Austria, esceptuando los territorios ofrecidos al rey de Portugal y al duque de Saboya. Declaró á esto Luis que por lo que á él tocaba aceptaba esta condicion, pero confesó al mismo tiempo que la seria imposible obtener ni siquiera arrancar el consentimiento de Felipe, aunque ofreciese como prenda de buena fé que retiraria sus tropas de la Península dejándola espuesta á la invasion de los aliados.

Conocieron estos que semejante ofrecimiento era tan solo un lazo para apartar la guerra de los Paises Bajos, en donde ellos habian tenido siempre marcada superioridad, á fin de empeñarlos en una lucha apartada y

costosa hasta tanto que pudiera Francia rehacerse de sus desastres; por otra parte, mas caso hacian los aliados de garantías efectivas que de los mas sagrados compromisos. En tanto continuaba la guerra en España y continuaba con bastante vigor; Felipe en los momentos de estos debates trataba de que las córtes reconociesen á su hijo como príncipe de Asturias, y presunto heredero de la corona. Por lo tanto, exigieron los aliados que fuese el mismo Luis responsable de su compromiso, y pidieron como garantía las plazas que ocupaban las tropas francesas en España, así como la entrega temporal de ciertas heredades de los Paises Bajos hasta la evacuacion de España. Se le ofreció á si mismo una suspension de armas por dos meses á fin de darle tiempo para cumplir con esta condicion.

«O Felipe, decian, seguirá como creemos el parecer de su abuelo, ó querrá sostenerse por sí mismo en el trono: en el primer caso nada puede arriesgar el rey entregando lasplazas pedidas como garantía puesto que le seran de vueltas inmediatamente despues de la ejecucion del tratado. En el segundo caso será notorioá todos inclusos los españoles, que obra el rey de buena fé, y que no prestará ayuda de modo alguno á su nieto una vez que entrega sus plazas como garantía de la ejecucion de su compromiso (148).»

Despues de varias discusiones que no tuvieron resultado ninguno, rechazó Luis XIV estas condiciones atendiendo, decia, á que sus tropas no tenian guarnicion en las plazas fuertes de España, que por otra parte la peticion de garantías lastimaba su delicadeza y encerraba la sospecha injuriosa de queobraba de male fé, en tanto que los aliados exigian para sí que se confiasen en su lealtad.

Una negociacion de esta naturaleza, era cosa que no podia menos de alarmar á Felipe y á sus partidarios, quienes importunaron á Luis XIV á fin de que disipase los temores que abrigaban de que pudiese quedar abando-

nado el rey de España. Su respuesta (15 de abril), lejos de acallar estos temores, sirvió solo para aumentarlos; porque en medio de las espresiones mas afectuosas de ternura y amor á su nieto, insinuaba que no se hallaba Francia en estado de soportar las cargas de la guerra, á causa de las calamidades con que la tenia agoviada la miseria interior. A tanto llegó, que recibió órden el embajador de Francia de preparar á Felipe para que cediese la España. «Es necesario llevar á cabo la conclusion de la paz á cualquier precio que sea, escribia Luis XIV; cuanto mas dilatemos este término, tanto mas precaria será la condicion de Felipe, y solamente para sostener su dignidad se veria este príncipe obligado á hacer sacrificios considerables.

«Ocasiones hay, añadia, (29 de abril) en que debe ser mayor la prudencia que el valor, y como los pueblos amantes ahora, pudiera ser que no pensasen siempre lo mismo, ni fuesen de su parecer, vale mas reinar en alguna parte, que perder todos sus estados á un mismo tiempo. Harto sabe que estoy pronto á darle pruebas de mi amistad, sosteniendo su dignidad y haciendo por él sacrificios importantes si es preciso (149).»

Estos consejos no podian dejar de hacer una impresion profunda en el ánimo de los españoles, quienes vieron claramente en los ofrecimientos de Luis XIV una prueba de la imposibilidad en que se hallaba el rey de Francia de continuar la lucha, y que queria este alcanzar una paz ventajosa sacrificando á España. Los mas fieles empezaron á desmayar, no sabiendo cual seria el mejor partido que se deberia tomar para salvar la monarquía. Algunos volvian la vista á la casa de Austria; otros concibieron el pensamiento de elevar al trono al príncipe de Orleans, con la aprobacion del rey de los franceses, en caso de que Felipe, por falta de conocimientos y de valor, ó á causa de las desgracias de Francia, se viese obligado á abdicar la corona. Este plan, era una dificultad mas, que era forzoso añadir á

las muchas que afligian al gobierno español en aquellos momentos de incertidumbre y agonía. La princesa de los Ursinos, cuya perspicacia en política recibia nuevo impulso de sus celos personales contra el duque de Orleans, no podia presenciar las intrigas de los parciales de este príncipe sin un fundado y vivísimo temor. Insinuó é hizo tanto que lo creyó el rey, que no solo Regnault tenia encargo de conservar las relaciones que el duque trataba de estrechar con sus parciales, sino que el objeto esclusivo de sus intrigas, era la destruccion total del gobierno de Felipe. Como consecuencia de estas revelaciones, se creyó el rey obligado á denunciar los planes del duque á la córte de Versalles (13 de abril), y de pedir con empeño que le quitasen de delante á un rival tan peligroso. A lo cual contestó Luis, en 29 de abril.

«He hablado á mi sobrino, quien me ha jurado que durante su permanencia en España, en nada se mezcló de cuanto tiene relacion con el gobierno; á mí mismo me ha puesto por testigo, recordándome el asunto de mi embajador, de quien ni pensó siquiera en pedir la separacion. Por lo que respecta á ese tal Regnault, díceme que lo empleó tan solo á causa del conocimiento que tiene del idioma español, y que, pues su conducta os desagrada, le escribirá al punto que regrese, sin pérdida de tiempo, á Francia. Creo, que esto es cuanto de él podeis exigir vos, y por lo que á mí toca, tengo afortunadamente pretestos para no enviar este año á España á mi sobrino, y vivid persuadido de que en todas circunstancias, recibireis de mí pruebas del deseo que tengo de complaceros (150).»

Los ruegos reiterados y quejas de Felipe, obligaron al monarca francés a entrar en nuevas esplicaciones con el duque de Orleans, quien confesó francamente que aspiraba al trono de España, en el caso tan solo de que se viese Felipe precisado á abdicar. Luis, que conocia la debilidad de su nieto, y que con razon, temia

los resultados funestos que podia tener otra campaña en que sucumbiera, lejos estuvo de desaprobar la conducta de su sobrino, por el contario, echó mano con empeño de este medio que se le ofrecia de prolongar la lucha de un modo indirecto, si lo obligaba la fuerza de las armas á abandonar á su nieto; y al mismo tiempo que se negaba á devolver al duque su mando, le aconsejó que enviase otro agente con pretesto de que remitiese á Francia sus bagajes de campaña, pero con el fin real de que estendiese sus relaciones en España. El agente de quien se trata, era La Rotte, cuya habilidad, carácter y conocimientos, hacian de él una persona muy cumplida y á propósito para llenar este encargo.

San Simon, que era el amigo y confidente del duque de Orleans, recogió de los propios labios de este, el sentido de sus conversaciones con Luis XIV, y conservó ciertas particularidades que no se hallan en la correspondencia real. En una de estas conferencias, preguntó el rey á su sobrino, en qué términos se hallaba con la princesa de los Ursinos, y á la respuesta del duque, diciéndole que creia estar bien con ella, pues no le habia hecho mal ninguno, le repuso Luis: «Sin embargo, teme ella vuestro regreso á España, y desea que no os envie, quejándose de que despues de hacer cuanto pudo por agradaros, os habeis unido á sus enemigos, con quienes sostiene correspondencia secreta vuestro secretario Regnault; añade, que se ha visto precisada á pedir que se mandase á este regresar á Francia, á fin de que no la ofendiese en nombre vuestro.»

A esto dijo el duque al soberano; que él tambien podria quejarse de la princesa de los Ursinos, y no obstante, siempre se habia conducido con ella de un modo atento, y hasta agasajador. Luis, despues de meditar un poco, añadió: «En el estado presente de los negocios públicos, no conviene que volvais á España. Nos hallamos ya en un caso que ni sabemos á quien to-

cará la corona si mi nieto se ve precisado á retirarse, no habria para que examinar la conducta de la princesa de los Ursinos, y si conserva su trono, tiempo tendremos para ocuparnos de nuestras quejas con ella, y celebraré mucho vuestro parecer.

Por otra parte, la camarera no cesó un momento de vigilar la conducta del duque de Orleans, así como la de los agentes de este; mandó prender á Regnault, con tan profundo sigilo, que nadie sospechó ni la causa, ni el momento de semejante hecho. Descubrió en seguida, que el otro agente La Rotte, que salió para el ejército, tenia secretas entrevistas á media noche con varias personas, y hasta que lo habian visto en Lérida donde se hallaban acantonadas las tropas del general Stanhope (151). Como existiesen los mismos motivos de desconfianza, consiguió tambien una órden para que fuese detenido en el punto de regresar á Francia, protegido por una escolta francesa. Halláronse en su equipage, varios papeles y documentos de letra desconocida, así como una parte de la correspondencia entre el duque de Orleans y Stanhope.

En vista de este descubrimiento, acusó al duque de que seguia una correspondencia secreta y criminal con el enemigo, ofreciendo comprometer al ejército, á fin de abandonar la España a los aliados, con la condicion de que se cediesen los reinos de Murcia, Valencia y Navarra, renunciando á sus demás pretensiones á favor del archiduque. A fin de dar mayor fuerza á esta acusacion, se esparció el rumor de que trataba de repudiar á su muger, casándose despues de alcanzar la dispensa del papa, con la reina viuda de España, con el objeto de conservar su poder con el apoyo de las alianzas alemanas.

Estas acusaciones por absurdas que fuesen, hicieron viva impresion en el ánimo de Felipe, quien reiteró una y mil veces sus quejas á Luis XIV, rogándole que no permitiese en ningun tiempo que volviese el duque

a España á tomar el mando del ejército, porque el momento de su llegada seria la señal de la esplosion, de la conspiracion, y quizá de la ruina del trono. Entonces conoció Luis los peligros que encerraba su condescendencia á los proyectos del duque, temiendo que volviesen los mismos contratiempos, causados al principio, por la oposicion de la princesa de los Ursinos. Tomó por lo tanto el único partido que le quedaba de salvar su honor, que era constituirse en mediador entre su nieto y su sobrino, ofreciendo á Felipe que obraria como él deseara. Le comunicó aquella parte de sus conversaciones con el duque que á sus fines convenia, y terminaba encargándole el olvido de este altercardo (152).

En esta crítica situacion sostenia á Felipe la reina y la princesa de los Ursinos, no menos deseosas una que otra de mandar y de vivir rodeadas del brillo de una córte y alentábalo tambien su padre, el Delfin, quien le aseguraba de que jamás lo abandonaria Francia.

Carta de Felipe V á Luis XIV.

17 de abril.

«Tiempo hace que estoy resuelto, y nada en el mundo hay que pueda hacerme variar. Ya que Dios ciñó mis sienes con la corona de España, la conservaré y defenderé mientras me quede en las venas una gota de sangre; es un deber que me imponen mi conciencia, mi honor y el amor que á mis súbditos profeso. Cierto estoy de que no me abandonará mi pueblo, suceda lo que quiera, y que si al frente de él espongo mi vida, como tengo resuelto antes que abandonarlo, mis súbditos derramarán tambien de buen grado su sangre por no perderme. Si fuera yo capaz de tamaña cobardía de abandonar ó ceder mi reino, cierto estoy de que os

avergonzariais de ser mi abuelo. Ardo en deseos de merecer serlo por mis obras, como por la sangre lo soy; así es que jamás me espondré á consentir en un tratado indigno de mí.... Con la vida tan solo me separaré de España, y sin comparacion, deseo mas bien perecer disputando el terreno palmo á palmo, al frente de mis tropas, que tomar un partido que empañe el lustre de nuestra casa, que nunca deshonraré si puedo, con el consuelo de que trabajando para bien de mis intereses, trabajaré al mismo tiempo en obsequio de los vuestros y de los de Francia, para quien es una necesidad la conservacion de la corona de España (153).»

A fin de dar una prenda segura de la resolucion que habia tomado de no abandonar jamás el trono de España, convocó Felipe las córtes de Castilla y Aragon, en las que hizo que fuese reconocido su hijo, el infante don Luis como príncipe de Asturias y heredero del trono de España, cuyo solemne acto se verificó el 7 de abril, en la iglesia de San Geronimo del Prado de Madrid, á presencia de los reyes y de un gentio inmenso.

En una carta que por entonces escribió la reina á su hermana la duquesa de Borgoña, se halla una relacion estensa de aquella ceremonia, mezclada de rasgos amorosos de ternura materna.

8 de abril.

«Ayer fué reconocido mi hijo como heredero presunto de la monarquía española por las córtes del reino, y como parte de ellas, el clero, la grandeza, las dignidades del estado, la nobleza y los diputados de las ciudades con voto en córtes, le juraron fidelidad, rindiéndole homenage y besándole la mano. El patriarca de las Indias, limosnero mayor, confirmó á mi hijo, porque es costumbre que se confirmen aquel dia los príncipes que no han recibido todavía este sacramento. Sirvióle

de padrino el cardenal Portocarrero, y recibió el homenage el duque de Medinaceli. Duró esta funcion tres horas, y la concurrencia era numerosísima; sin embargo, hubo mucho órden y un respeto tan profundo, que no me sorprendieron menos que agradaron las espresiones vivas y tiernas con que espresaba cada individuo su gozo y el de todo el reino al besarnos la mano.

«A eso de las diez, nos apeamos, el rey, mi hijo y yo, en la iglesia de San Gerónimo, que hallamos soberbiamente adornada y llena de cuantos tienen derecho de entrar en ella por sus destinos ó por pertenecer á las córtes. Acompañaban al rey los principales funcionarios del estado y de su servidumbre; conmigo iban catorce damas, grandes, todas ó casadas con primogénitos de grandes que habia elegido yo entre las casas primeras de España, y llevaba en brazos á mi hijo la princesa de los Ursinos. Ella debia por ser camarera mayor llevar la cola de mi trage; pero como hacia de aya del príncipe, tomó su puesto el conde de Aguilar, capitan de guardias, porque si hubiese nombrado yo otra dama para este objeto, todas las demas se hubieran quejado amargamente de esta preferencia. En cuanto nos colocamos debajo del dosel, empezó la ceremonia cantando el *Veni Creator*. Durante toda la misa, mi hijo tuvo un juicio y alegria tal, que todo el mundo lo miraba con asombro y contento; besó el evangelio y la paz como una persona mayor: pero cuando lo llevaron al altar despues de la misa, para confirmarlo, empezó á sentir que lo apartasen de mí, y la diadema que le pusieron acabó de ponerlo de mal humor, lo cual duró poco, porque en cuanto lo volvieron á mi lado cesaron sus lloros. En seguida todos cada uno segun su rango, se acercó á prestar el juramento y homenage de costumbre; mas de doscientas personas besaron á mi hijo la mano que daba él de muy buena gana, con mucha mas paciencia de la que era de esperar de un niño que no tiene sino veinte meses. A lo último empero fué preciso

llamar á su ama de cria; pero al mismo tiempo que mamaba daba su mano á besar como antes, de un modo no obstante, que indicaba, que iba ya cansándose. Despues del *Te Deum*, nos retiramos á nuestra cámara por el mismo órden y con el mismo acompañamiento. No han podido los pueblos dar mayores señales de celo y amor á nosotros que en esta ocasion han dado, y el séquito era magnífico por lo que creo que jamás se vió funcion mejor dispuesta, ni que terminase mas á gusto de todos (154).»

La conducta de la Santa Sede dió á Felipe otra ocasion mas de manifestar que estaba decidido á no abandonar nunca su corona. Clemente XI, aunque amante de la casa de Borbon, habia observado una conducta tal que no comprometiese su autoridad con ninguna de las partes contrincantes, hasta tanto que la ocupacion de Nápoles y el Milanesado por los austriacos lo obligó á abandonar su neutralidad. Se negó, es verdad, á reconocer al archiduque como rey de España; pero imaginóse que podria asegurar su propia tranquilidad, sin hacer concesion ninguna, dándole el título equívoco de *rey católico*.

No se mostraron los austriacos como era de presumir, satisfechos de este reconocimiento á medias, que revelaba la repugnancia que tenia el papa de declararse contra la casa de Borbon. Por su parte, Felipe no vió en esto mas que un insulto á su persona y dignidad, así es que sometió á la discusion de sus ministros y de una junta de teólogos presidida por su confesor Robinet esta pregunta: *¿Debo mandar salir de España al nuncio*? Fué resuelta esta duda de un modo afirmativo; pero no sa atrevió el rey á ejecutar este fallo hasta tanto que recibiese la sancion de su abuelo. Dió el monarca francés una aprobacion tácita, aunque se negó por su parte, á romper con el gefe de la iglesia. Esta aparente irresolucion hizo vacilar á los mas tímidos del consejo, quienes fueron de parecer que se suspendiese ó modifi-

case el decreto: pero Felipe mas firme que ellos, ó mejor informado de los sentimientos verdaderos del rey de Francia, insistió en su resolucion. Se mandó que no se pagasen á Roma las gabelas de costumbre, se dieron pasaportes al nuncio, se cerró el tribunal de la nunciatura, y se mandó al duque de Uceda que se retirase de Roma, en donde era embajador de España. Como erigiese el nuncio su tribunal en Avignon, se dió por ofendido Felipe, y prohibió que se diese curso á ningun breve de Roma. Al propio tiempo, con el fin de conservar en la apariencia, respeto y consideracion á la Santa Sede, así como para calmar los escrúpulos de las almas timoratas, se declaró que la conducta del papa, era solo resultado de una fuerza mayor, é hiciéronse rogativas para alcanzar del cielo que libertase al pontífice de la opresion de sus enemigos (155). Pero por convenientes que fuesen estos recursos para inspirar confianza á la nacion, no por eso dejaba de ser el gabinete del consejo un teatro de disputas y confusion. Nada podia decidir á los ministros españoles á que se sometiesen a la intervencion de los agentes franceses; por otra parte irritado Amelot al ver esta contínua oposicion, que carecia en general de fundamento, perdió aquel comedimiento, aquel espíritu conciliador que le habian valido el ser escogido para este encargo. Se hizo arisco, violento; trató á los grandes descontentos con desden, é insistió en la necesidad de adoptar medidas severas á fin de someter el carácter rebelde de estos magnates. En vista de esto, hizo cambios contínuos en el personal del gabinete, y separó de los varios consejos á que pertenecian á Montellano, el duque de San Juan y otros que se habian declarado abiertamente contrarios á sus planes, no conservando en sus puestos mas que á los amantes del gobierno francés, ó á los que á causa de su nulidad, no podian crear estorbos á la marcha del gobierno. Estas medidas vigorosas no eran á propósito para calmar las disensiones que agitaban la córte: y la es-

clusion de Montellano sobre todo, dió á este personage popularidad mayor, haciendo que se le mirase como un hombre digno de aprecio por su carácter independiente, y como el único dique que se podia oponer á las usurpaciones y ambicion del gabinete francés.

No se oian, por todas partes mas que vivas quejas y manifestaciones enérgicas de descontento; los grandes, inclusos los mas adictos á la causa de los Borbones, se quejaban con amargura de Francia y de los agentes de esta, indicando á Amelot y á la princesa de los Ursinos como autores de las calamidades que afligian á la nacion. El palacio del duque de Montellano, quien llevado de su aficion á las letras, solia tener reuniones literarias, imitando costumbres estrangeras ó de tiempos pasados, se convirtió en centro de todos los descontentos. Irritado por los desaires que le habian hecho, y alentado con la popularidad de que gozaba, tomó su oposicion un carácter mas vivo de animosidad y vehemencia. Con frecuencia llevado de su fatuidad, llegaba al estremo de olvidar el respeto que debia á su soberano; tanto, que un dia respondió á Amelot que tenia encargo del rey de manifestarle el desagrado real:—Es una prueba de celo y afecto criticar lo que es perjudicial al bien de la monarquía; derecho tenemos de hablar con libertad los que navegamos con el rey á bordo del mismo buque, cuando se halla este á punto de ser sumergido, sobre todo cuando los que manejan el timon trabajan solamente para hacerlo zozobrar (156).—No carecia de imitadores entre los grandes el egemplo de Montellano; Medinaceli no vaciló en proponer unirse con los aliados contra los franceses que habian ofendido la lealtad y honor de los españoles, tratando de arrebatarles á su rey, objeto de amor y veneracion para la nacion con la cual se hallaba identificado en intereses y sentimientos. Desde la córte pasaron al ejército estas discusiones políticas, y las tropas españolas mas dispuestas se hallaban á batirse con los franceses, que con los

enemigos mútuos, llegando á tanto que se temió que los franceses residentes en Madrid fuesen inmolados por el populacho (157).

Fácil era de juzgar á qué estremos podria dar lugar aquel descontento; pero durante la negociacion descubriéronse las condiciones con que el archiduque compró la proteccion de los aliados; notaron los españoles patriotas que aun cuando aceptasen por rey á un príncipe austriaco, no podrian evitar la desmembracion de la monarquía.

Porque además de la probable cesion que haria tal vèz á Felipe el nuevo soberano, de las posesiones de Italia, habia ofrecido al rey de Portugal una parte de Galicia y Estremadura, y á los holandeses una barrera en los Paises Bajos. Por lo tocante á los proyectos que se atribuian al duque de Orleans, produjeron estos el mismo efecto en el ánimo de cuantos creyeron ver en ellos á un defensor y apoyo de la independencia española. Así es que todas las esperanzas de la nacion se limitaron á Felipe como última y única áncora de salvacion, por lo que recobró este soberano todo el favor popular que habia empezado á perder.

Preparóse la princesa de los Ursinos á desempeñar su papel en este drama político (158). Si bien hasta aquel momento prestó apoyo á todas las medidas de Amelot ayudándolo recientemente á vencer la resistencia de los reyes para que consintiesen en la separacion de Montellano, inmoló en esta ocasion al embajador, creyendo favorecer los intereses de ambos gobiernos y satisfacer los deseos de la nacion; así es que echó sobre él todo el peso de las medidas impopulares, y pidió su destitucion, Fingió mostrarse indignada al saber las proposiciones humillantes que habian hecho los aliados á Luis XIV, ofreciendo ella con aparente generosidad, que si preciso era dejaria su destino. Al mismo tiempo se valió de todo el influjo que con la reina tenia, á fin de alcanzar de Felipe que se consagrase completamente

este monarca á la defensa de sus súbditos. Movido por estos consejos, convocó el rey á los ministros y á los principales grandes, á fin de pedirles apoyo y consejos; ante ellos espuso la inquietud y zozobra que le habian causado los rumores que corrian relativos al abandono de la Francia, manifestando la incertidumbre en que se hallaba acerca de las intenciones reales del gabinete francés. Anunció al mismo tiempo su firme resolucion de morir antes que ceder la corona, y apelando al patriotismo y amor de sus súbditos, concluyó su discurso declarando que estaba decidido á guiarse por los consejos de los que tantas pruebas le habian dado de adhesion.

Conmovió profundamente á toda la asamblea el discurso del rey, al cual contestó siendo la espresion del afecto general el cardenal Portocarrero. A pesar de su edad avanzada de setenta y cuatro años, y de sus enfermedades, habia dejado este prelado su retiro para tomar parte en las deliberaciones importantes de esta asamblea en la cual se espresó con un lenguage que inspiraban en él el honor y el patriotismo. El egemplo y exhortaciones de un hombre que borraba asi la mancha de su reciente infidelidad, produjeron la unánime esplosion del mayor entusiasmo, (159) declarando á la asamblea que todo incitaba á los españoles á que sostuviesen en el trono á su soberano, el amor, el deber y la fidelidad.—Fuera vergonzoso, decia, y un borron para la dignidad nacional el sufrir que Inglaterra y Holanda cercenasen la monarquía, y si el rey de Francia no puede en lo sucesivo, añadia, dará España los socorros necesarios, toda la poblacion sin distincion de rango, de profesion ó clase, correrá á las armas sacrificándose todos los españoles por su rey y su patria como lo está reclamando su dignidad. En seguida propuso la asamblea al rey que despidiese inmediatamente á todos los franceses empleados en la administracion, y crease un gobierno meramente español.

No tuvo Felipe dificultad en acceder á una proposicion que de antemano tenia propósito de aceptar. La princesa de los Ursinos fué la primera que anunció á Amelot la noticia de su destitucion; y al mismo tiempo que se declaraba á favor de estas medidas populares, trató de conseguir para sí por medio de la reina, una escepcion en el decreto general. El duque de Medinaceli tomó la direccion de la administracion como ministro de Estado; el marqués de Bedmar se encargó del ministerio de la Guerra; los demas individuos del ministerio por ser españoles, permanecieron en sus destinos; los dos secretarios del gabinete, Mejorada y Grimaldo continuaron en el egercicio de sus importantes funciones y conservaron el favor del monarca. Amelot fué reemplazado en su embajada por Blecourt, que habia sido en otro tiempo ministro en España, y que por lo mismo podia gozar con tanta razon como sus antecesores, del privilegio de tomar parte en las deliberaciones del consejo.

Con el ánimo de dar mas pruebas todavía de la resolucion que habia tomado de no abandonar el trono, nombró Felipe al duque de Alba y al conde de Bergueik, como plenipotenciarios en las conferencias del Haya, aun cuando temian estos personages que no serian admitidos, por haberse dado á conocer como declarados enemigos de la desmembracion de la monarquía española. Publicáronse sus instrucciones, y vamos á ver en qué términos estaban estas redactadas. Decíase en ellas que «El templo de la Paz debe ser adornado con muebles de ambas monarquías, que no debe cortarse el vestido de una sola pieza de brocado, que es contrario á la equidad que sola España sea desmembrada á causa de la paz, y que por último cueste lo que quiera á Francia, y por muchos sacrificios que haga, jamás se despojará del territorio que forma la antigua Galia.»

Despues de tan redundante exordio, decíase: «Decidido está el rey á no ceder parte ninguna de Espa-

ña, de las Indias, ó del ducado de Milan, y en vista de esta resolucion, protesta contra la desmembracion del Milanesado, hecha por el emperador á favor del duque de Saboya, á quien se podrá indemnizar con la isla de Cerdeña. En el último caso, y á fin de conseguir la paz, consentia S. M. en ceder Nápoles al archiduque, y la Jamaica á los ingleses, con la condicion de que devolviesen estos á Mallorca y Menorca. Revoca al mismo tiempo la promesa relativa á ventajas mercantiles hecha á los holandeses, y tan solo dejará abierto el comercio de América á todas las naciones, por medio de un depósito establecido en Cádiz. Se encarga a los plenipotenciarios que comuniquen sus instrucciones al rey de Francia, y de observar escrupulosamente su espíritu y letra; pero si á pesar de estas concesiones, no se puede aun alcanzar la paz, preciso es que traten de decidir al rey de Francia á que ceda algunas de sus conquistas, y que procuren verificar el restablecimiento de los electores de Baviera y Colonia, dejando al primero de estos dos el gobierno de los Paises Bajos, hasta que vuelvan estos estados á la soberanía del rey de España (160).»

No olvidaron ni la grandeza ni la nacion la palabra solemne que habian dado á su soberano; alistáronse y regimentáronse tropas de refresco, y fueron muchos los donativos que se hicieron en dinero y plata labrada. El clero se unió al entusiasmo de la nobleza, y los obispos é iglesias catedrales no tan solo ofrecieron sus tesoros, sino que emplearon su influjo en daño de un príncipe sostenido por rebeldes y hereges, en tanto que el pueblo movido á ello por exhortaciones de sus gefes y pastores de almas, acudia en tropel á alistarse en las filas de Felipe V. Por vez primera, desde el principio de la guerra, se confió el mando del ejército á un español que fué el conde de Aguilar, famoso entre sus paisanos por sus conocimientos militares y en estremo adicto á la causa de los Borbones.

En cuanto vió Luis XIV que la lealtad de los españoles recobraba su energía antigua, y que conoció la imposibilidad de que los aliados accedieran á condiciones fáciles de eludir, se decidió á romper una negociacion de que no podia ya esperar que alcanzaria ventaja ninguna. A fin de que pareciesen mas razonables sus proposiciones y hacer creer á los aliados que deseaba la paz, nombró para esta importante mision al marqués de Torcy ministro de Estado, que gozaba de toda su confianza, y que tardó poco en acudir al sitio en que se celebraban las conferencias (6 de mayo). El nuevo plenipotenciario debia hacer las mismas proposiciones que su antecesor, las cuales diferian tan solo en la forma. Despues de una larga discusion, en la que tuvo ocasion de desplegar su habilidad y conocimientos diplomáticos, presentando las proposiciones de su soberano como pruebas de moderacion y buena fé, terminó su discurso pidiendo á los aliados una declaracion terminante y clara de las condiciones que proponian estos.

Como resultado de esto, establecióronse los preliminares que debian servir de base á la paz propuesta, los cuales fueron aprobados y firmados por todos los plenipotenciarios de los aliados. Los artículos cuatro y treinta y siete que decian relacion con la sucesion española, encerraban el reconocimiento del archiduque como soberano de toda esta monarquía, conviniendo en la suspension de las hostilidades, durante dos meses, á fin de que este príncipe tomase posesion del trono, pero si al espirar este término, no se habia realizado esta condicion por los medios que se dejaban á la eleccion del rey de Francia, debian volver á empezar las hostilidades, y en caso de que se negase Felipe á consentir, debia el rey de Francia, no solo retirar sus tropas y no darle socorro ninguno, sino que se pondria de acuerdo con los aliados acerca de las medidas que deberian tomarse para alcanzar este consentimiento.

Por último perteneceria toda la monarquía española á la casa de Austria, y ningun príncipe de la familia de los Borbones podria jamás ser soberano de parte ninguna del reino. La corona de Francia no podria tampoco adquirir ningun territorio de las Indias Occidentales, ni sus súbditos participarian del comercio del Nuevo Mundo (161). Fijáronse ademas otras condiciones, con respecto al emperador y al imperio, asi como relativas á Inglaterra y Holanda, reservándose presentar nuevas peticiones concernientes á los individuos inferiores de la grande alianza. Dió Torcy su aprobacion personal á estos preliminares, no decidiéndose, empero á dar un consentimiento oficial hasta saber la voluntad de su soberano. En cuanto emprendió su viage á París, se creyó por un momento que por fin iba á terminar la lucha y que á vuelta de correo, se recibiria la ratificacion del rey de Francia; pero Luis XIV no estaba tan abatido que aceptase proposiciones que destruyeran trabajos de cincuenta años, y así es que no solo negó su aprobacion, sino que al leer el artículo ignominioso que le imponia la obligacion de unirse á los aliados para declarar la guerra á su nieto, declaró rotundamente que viéndose en alternativa tan dura, preferia luchar con sus enemigos mas bien que con sus hijos. Se aprovechó de la ocasion de esta peticion injusta y cruel para acallar los ruegos importunos del duque de Borgoña y alentar el valor de su pueblo, publicando una declaracion solemne de sus miras pacíficas, en la que despues de insistir en la barbárie é insolencia de sus enemigos, manifestaba que vivia confiado en que no tolerarian semejante humillacion la lealtad y honradez de sus súbditos.—No hablaré, decia, de la proposicion que me han hecho de unir mis tropas á las de los aliados, para arrojar á mi nieto de su trono, sino consiente voluntariamente á descender de él; es repugnante á los ojos de la humanidad tan solo el suponer que podrian todas las fuerzas humanas hacerme consentir en cláu-

sula tan monstruosa. Aunque no sea menos viva la ternura que me inspiran mis pueblos, que la que profeso á mis propios hijos, aunque yo sufra todos los males que la guerra causa á súbditos tan fieles, y que haya mostrado á toda Europa que deseo darles los bienes de la paz, persuadido estoy que ellos mismos se opondrian á recibir esta paz con unas condiciones tan contrarias á la justicia y al lustre del nombre francés.

Produjo este llamamiento un efecto universal, pronto y eléctrico; el duque de Borgoña y sus parciales se reunieron á sus adversarios á fin de que continuase la guerra, y la nacion que, con la desgracia se hallaba sumida en el desaliento se alzó al escuchar la voz de su venerable monarca, cercando el trono á fin de libertarlo de la humillacion y deshonra.

Siguió Felipe el egemplo de Luis, haciendo un llamamiento á la lealtad y honor de su pueblo, en el que despues de reasumir las circunstancias de la negociacion, decia: «No contentos los aliados con hacer alarde de sus exigencias desmedidas, se atrevieron á proponer, como artículo fundamental, que hubiese el rey mi abuelo de unir sus fuerzas á las de ellos á fin de obligarme por fuerza á salir de España, si en el término de dos meses no lo verificaba yo voluntariamente; exigencia escandalosa y temeraria, y sin embargo la única en que mostraron hasta cierto punto, que conocian y estimaban mi constancia, toda vez que ni, con el auxilio de tan vasto poder, se prometian un triunfo seguro.»

En seguida se lamentaba del riesgo con que amenazaba á la iglesia católica aquella confederacion de hereges, y la propagacion de las funestas doctrinas que profesaban estos, añadiendo; «Si tales son mis pecados que hayan de privarnos del amparo divino, por lo menos lucharé al lado de mis españoles amados hasta derramar la última gota de mi sangre, con que quiero dejar teñido este suelo de España, para mí tan queri-

da. ¡Felíz si calmándose la cólera del cielo con el sacrificio de mi vida, los príncipes mis hijos, nacidos en los brazos de mis fieles súbditos, se sientan un dia en el trono, en medio de la paz y pública felicidad, y si, al exalar el último suspiro, puedo envanecerme de haber embotado los filos de la fortuna contraria, de modo que mis hijos, con quienes ha querido Dios consolidar mi monarquía, logren por último coger los sazonados frutos de la paz!

«Para alcanzar este resultado, es necesario que me ayuden mis súbditos, con su fidelidad de que tantas pruebas me tienen dado y con sus esfuerzos generosos; que se unan entre sí, por medio de los lazos de la caridad cristiana, síncera y recíproca, y recurriendo á Dios, á la Santísima Vírgen María, mi abogada especial, y de estos reinos, con invocaciones fervorosas y contínuas, cuidemos de desarraigar de nuestras almas todos los vicios que embotan el efecto de su misericordia divina, y de este modo, unidos todos lucharemos por nuestro honor y patria, sometidos á los eternos decretos de la divina Providencia, contra el orgullo impío de los temerarios que se apropian el derecho de dividir los imperios, disponiendo de ellos y haciéndolos pasar de una á otra nacion.»

Esta declaracion atrevida y sentida de Felipe no causó menos impresion, en el ánimo de los españoles, que la de Luis en el de los franceses; pero hallábase entonces España harto estenuada para que pudiese, con sus recursos tan solo, sostener el choque que la amenazaba. Así es que, apenas dió conocimiento Luis XIV de la triste necesidad en que se hallaba de retirar sus tropas, á fin de cuidar de la defensa de su propio reino, pidió Felipe, ya directamente, ya por medio de sus agentes, con la mayor instancia y empeño, que se le continuasen prestando los socorros precisos para conservar la corona. Como no tuviesen estos ruegos el resultado que de ellos se esperaba, imploró la reina, de un

modo patético, la humanidad y ternura de Luis anunciándole que segun todas las apariencias, no tardarian los enemigos en llegar hasta Madrid, si se negaba á prestar el rey de Francia un apoyo de veinte batallones por lo que de la campaña faltaba. Hallábase embarazada y en vísperas de parir, y con este motivo, escribia á Luis XIV: «¿Qué sería de mis hijos y de mí? ¿no me causará esto la muerte? ¿y podríais abandonarme en tal peligro, cuando de vos depende el sacarme de él? No podré creer jamás que vuestra humanidad y la ternura que en todos tiempos, me habeis mostrado, os puedan permitir que me abandoneis en semejante ocasion (162).»

La ternura de Luis XIV impuso silencio á todas las consideraciones políticas; así es que dejó aquel soberano en España treinta y cinco batallones; pero no concedió este auxilio sino por unas cuantas semanas, en tanto que tuviese tiempo Felipe para reunir y organizar un ejército nacional, cuidando de su propia seguridad. Convencido por lo tantó, de los esfuerzos estraordinarios que hacian los aliados para tener entretenidas todas las fuerzas de España y Francia, durante esta campaña, estimuló el ánimo de Felipe y el celo de sus súbditos, haciéndoles entender de nuevo, que si no se defendia España, por sí misma, seria preciso abandonar completamente la esperanza de conservar en el trono á su familia.

Por fortuna de Felipe, dejaron los aliados casi paralizada la guerra de España, á fin de concentrar todas sus fuerzas en los Paises Bajos. Los españoles, á las órdenes del marqués de Bay, habian batido á los ingleses y portugueses en el Caya, á los alrededores de Campo-Mayor, y con este triunfo, pusieron su frontera occidental á cubierto de toda invasion. En Cataluña, los ejércitos francés y español eran superiores en fuerza material, á los de los aliados, pero esta superioridad era casi nula por el ódio mútuo que se tenian los de

ambas naciones, y especialmente á causa de las disputas incesantes entre ambos generales, Aguilar y Bezons. Como habian recibido los franceses órden de defenderse tan solo, el activo Staremberg no vaciló en pasar el Segre, á presencia del ejército enemigo, atacando á Balaguer. Querian los españoles comprometer una accion; pero como fuesen contrarias á esto las órdenes que tenia Bezons, y temiese al mismo tiempo, que en el ardor de la refriega, volviesen los españoles sus armas contra los franceses que aborrecian, mas bien que contra el enemigo de entrambos, se retiró en el momento de la accion, y tuvo el ejército el dolor de presenciar la rendicion de esta fortaleza, y la pérdida de tres batallones que se rindieron como prisioneros de guerra.

Al saber Felipe este revés se mostró vivísimamente indignado, por lo tanto, salió precipitadamente de Madrid, y corrió á tomar el mando del ejército, esperando que pondria término su presencia á las disensiones entre sus generales, y contendria las disputas entre los soldados de ambas naciones. Dió conocimiento de esta resolucion por medio de una carta, en que se leen espresiones de vivo descontento, y que dirigió al mariscal Bezons.

« Primo, os confieso que me ha maravillado vuestro modo de obrar, y la conducta que habeis observado á vista del enemigo el 27 del último mes. Me parece todo eso contrario al honor de ambas naciones y á los intereses de mi corona. Al recibir semejante noticia, he salido esta mañana de Madrid, á fin de tomar el mando de mi ejército, al que me incorporaré cuanto antes posible sea. Ante todas cosas, os encargo que tengais listos, para cuando llegue yo, cuarenta batallones y sesenta escuadrones; sé muy bien que podeis verificarlo. Se trata de sostener el honor de Francia y España, y harto conocereis que si voy al ejército, es con ánimo de hacer algo que sea digno de mi persona, Persuadi-

do estoy de que no quereis perder mi amistad, antes por el contrario que buscareis todas las ocasiones de hacer cuanto posible sea para grangeárosla, etc. etc. de Guadalajara á 2 de setiembre de 1720.»

Halló Felipe el ejército no solo dividido á causa de la rivalidad nacional, sino en el estado mas lastimoso, careciendo de víveres y subsistencias y ocupando el enemigo una posicion demasiado fuerte para que se le pudiese arrojar de ella. Despues de disimular su impaciencia durante tres semanas sin mas resultado que el de presenciar las miserias del soldado y las incesantes disputas de los oficiales, dió el mando de los españoles á Tilly, y en compañía de Aguilar abandonó aquel teatro molesto en que no habia tenido mas que pesares y disgustos.

En medio de esta malhadada inaccion, conservó Noailles la gloria de las armas francesas con sus operaciones en los Pirineos orientales. Sometió á Figueras, y en una inesperada sorpresa que hizo en el campamento enemigo, á las puertas de Gerona, cayó en sus manos prisionero el general que mandaba aquellas fuerzas, como así mismo la artillería y los bagages. Fácil le fué en seguida matar ó dispersar ó hacer prisioneras aquellas tropas; pero fué de escasos resultados tan brillante hecho de armas, y no dió superioridad ninguna para el resto de la campaña, antes bien la estacion obligó á Noailles á retirarse al Rosellon, en donde tomé cuarteles de invierno.

Ni la promesa de cambiar de sistema, ni la formacion de un ministerio español, lograron restablecer la tranquilidad en palacio y en el consejo. Podian las apariencias fascinar, durante algun tiempo, los ojos del pueblo y de cuantos vivian apartados de los negocios públicos; pero no era difícil notar que la separacion con Francia habia sido ni mas ni menos que un medio astuto de reanimar el celo de la nacion, y dar cierta verosimilitud á las protestas que hacia Luis XIV acerca

de la imposibilidad en que se veia de obligar á su nieto á que abandonase la corona. Las sospechas quedaron justificadas, no solo por el influjo que crecia sin cesar del gabinete francés en España, exactamente cuando parecia que no quedaba de él rastro, sino tambien á causa de la docilidad y respeto con que daba cumplimiento Felipe á las órdenes secretas de Versalles. En efecto, aun cuando confesaba la intencion que tenia de echarse en brazos de sus súbditos, jamás depositó su confianza en el duque de Medinaceli, ni en las personas á quienes en el nombre estaba encomendada la direccion de los negocios públicos, sino tan solo al favorito Grimaldo, dotado de carácter bastante flexible y conciliador para no luchar en nombre del voto nacional con la voluntad del monarca.

Al mismo tiempo mandó á Amelot que permaneciese á su lado con cualquier pretesto, hasta tanto que saliese para el ejército, admitiéndolo en el consejo y escuchando su parecer con las mismas consideraciones que en los tiempos de la pasada embajada (163).

En estas difíciles circunstancias consideró Medinaceli que solo se le habia puesto al frente de la administracion para que fuera instrumento de la ruina de su pais. Por su parte Ronquillo y Bedmar no disimulaban ya aversion que les inspiraba un sistema de gobierno en el cual pesaba sobre ellos gran responsabilidad sin que tuviesen empero medios ni autoridad para obrar; con cuyo motivo se quejaron sériamente de que se violase la palabra solemne dada por el rey á la nacion de que se conferiria el gobierno solamente á los españoles.

La princesa de los Ursinos con ánimo de acallar estos clamores juzgó conveniente dar nuevas pruebas de su resignacion, pidiendo ser separada con pretesto de que su presencia en España iba siendo perjudicial á la corona. Pero su delicadeza fingida ó real se plegó ante los ruegos de la reina, y cuantos se habian quejado con mas ó menos fuerza del influjo francés, se contentaron

con una declaracion solemne en la que se ofrecia que en lo sucesivo no se volveria á mezclar la princesa en negocios de estado. Creyó esta necesario al mismo tiempo abrebiar la salida de Amelot y de sus demas compatriotas. No sin grandes riesgos y escapando milagrosamente al furor popular, salió de Madrid el ministro francés, al mismo tiempo que Felipe para el ejército (164).

Al regresar el rey á la capital se vió acosado de conflictos no menores que los que habia hallado en el ejército. El sistema de administracion trazado por Orri y mejorado por Amelot, y cuyas ventajas se debian al cuidado y enérgicas medidas de estos personages, careció de utilidad, ó mejor dicho fué funesto en manos de ministros sin actividad, enemigos de un plan en que no habian tenido parte y desconocedores de los rudimentos de la economía política. El mismo espíritu de indolencia é inaccion paralizaba los ramos todos de la administracion pública, y la nacion española, gracias á su gobierno letárgico é inepto, volvió á caer en su debilidad primera y en su antigua penuria. Felipe careciendo de poder que no sabia recobrar, privado de consejeros hábiles que le sirvieron de guia, se dejó dominar por la melancolía que le era peculiar, sin pensar mas que en buscar medios de disipar su tedio y pesar entregándose al placer de cazar ó á la monotonía de la vida cortesana. En tal estado, y á no ser por la reina y la princesa de los Ursinos de cuya intervencion secreta se valia diestramente Grimaldo, hubiéranse detenido las ruedas de la máquina política, produciendo una disolucion completa del estado (165).

FIN DEL TOMO PRIMERO.

NOTAS Y OBSERVACIONES.

NOTAS Y OBSERVACIONES.

(1) San Simon.

(2) Se dá por seguro que los embajadores de Austria en las córtes de Madrid y Versalles no tenian noticias exactas respecto al testamento, como parecia natural que las tuviesen. Sin embargo, es posible que afectasen no estar al corriente de lo que pasaba, y prefiriesen aparentar que lo ignoraban á verse en el duro trance de confesarse en derrota. En las *Memorias secretas del marqués de Louville* se cuenta la siguiente anécdota respecto á la ignorancia en que se encontraba el embajador de Austria en Versalles cuando llegó á aquella córte el correo portador del nombramiento del duque de Anjou, como sucesor al trono de España.

«Una carta de la junta española dirigida al rey de Francia, contenia las cláusulas del acta, exigiendo una respuesta pronta. Esta noticia no sorprendió á nadie, á escepcion del enviado del emperador, Zinzindorf, que, en esta ocasion *no dejó airosos á sus espías*. El pobre hombre habiendo encontrado el dia 10 á mediodia en la galería de los Reformados al marqués de Torcy á quien llevaba á su casa el de Louville para hablarle de este asunto, se acercó á él con aire distraido preguntándole si era verdad que hubiese testamento, y respondiéndole el ministro afirmativamente:—Sin duda continuó con presteza, ¿está interesado en él el archiduque?—Si se-

ñor, replicó el marqués de Torcy, y mas aun el nieto del rey de Francia; al oir lo cual Zinzindorf se puso pálido como una hoja de papel.

(3) Memorias de Colé.

(4) Ortiz, Compendio de la Historia de España, tomo IV—Lamberty, tomo I.

(5) Memorias históricas relativas al testamento y muerte de Cárlos II, tomo I.—Memorias de San Simon, tomo III.

(6) Está copiada esta carta literalmente del Diario de Ubilla.

(7) Memorias del marqués de San Felipe, tomo I.

(8) San Simon.

(9) Memorias de Torcy, tomo I.—San Simon, tomo III.

(10) Este hecho no es exacto. La junta habia hecho entregar al rey 100,000 doblones para los gastos de su viage; pero él no hizo uso de ellos mas que en favor de los españoles, y mandó al duque de Harcourt, que remitiese de esta suma 600,000 libras tornesas al gobernador de Milan, con objeto de que pagase lo que se debia á las tropas que estaban de guarnicion en el Milanesado. Targe, Historia del advenimiento de la casa de Borbon, tomo I, pág. 310.

(11) Ortiz, Memorias de San Felipe, vol. I.—Larrey, Historia de Luis XIV, vol. VII.—Targe, Historia del advenimiento de la casa de Borbon al trono de España, tomo II.—Désormeaux, Historia de España, tomo V.

(13) Estas instrucciones han parecido al autor de esta obra que encerraban miras secretas de dominacion, cuyo objeto era mantener á Felipe V y á España bajo la tutela de Luis XIV y de la Francia. Nosotros no vemos en ellas nada que nos haga participar de la misma conviccion.

Sin duda el monarca francés pensaba gobernar á España que regia un rey de 18 años, su nieto, educado

en su córte y á quien habia inspirado hácia su persona tanta adhesion como veneracion respetuosa. Sin duda esperaba que los mismos españoles despues de haber favorecido la elevacion del duque de Anjou al trono, vendrian á rogarle que lo sostuviese con toda la fuerza de su poderío y toda la sabiduría de sus consejos. Añadamos á esto que el advenimiento de la casa de Borbon no podia menos de escitar los celos de las demás potencias de Europa, y que era necesaria la mas íntima union y la mas eficaz cooperacion mútua para dar estabilidad á esta transacion, á que estaban ligados los intereses mas caros de entrambas monarquías. Pronto se verá que ni Luis XIV ni Portocarrero y demás ministros españoles ocultaban la necesidad de este acuerdo mútuo, antes por el contrario hacian alarde de la intimidad de familia, la que tuvo lugar en efecto en el sentido mas lato de esta palabra.

Pero Luis XIV que conocia muy bien la altivez del carácter español, así como la aversion de este pueblo á toda dominacion estrangera, y que debia esperar tambien ver pronto á su nieto hacerse español por conviccion y deber; Luis XIV, decimos, sabia que el solo objeto que se podia desear, como único posible, era la union de los dos pueblos bajo la base de su independencia mútua. El monarca francés era demasiado sensato y previsor para cimentar su sistema político en el vasallage de los españoles; así es que no hay una sola palabra en todas sus instrucciones que dé lugar á la menor sospecha. Todas las máximas políticas que escuchaba el jóven soberano, segun las órdenes de su abuelo, llevaban el sello de la mayor prudencia; pues Luis XIV no contentándose con los consejos que habia dado él mismo al príncipe que iba á reinar en España, hacia llegar á sus oidos por todas partes las instrucciones y máximas mas saludables. Pueden leerse en las *Memorias del marqués de Louville* las instrucciones que se dieron á este personage antes de salir de París para

dirigir la conducta del jóven monarca, las cuales habian sido redactadas por el duque de Beauvilliers. Fenelon escribia á Louville algunos meses despues una carta desde Cambray, el 10 de octubre de 1701, digna, bajo todos aspectos, del autor del *Telémaco*, y en la cual los consejos mas graves y las máximas mas profundas toman trazadas por su pluma un encanto irresistible. Esta carta se encuentra en las *Memorias precitadas*, pág. 55 del tomo I.

(14) Como es muy esencial para tomar idea debidamente de los obstáculos que el gobierno de Felipe V y de sus sucesores han tenido que vencer, conocer bien el estado de abatimiento en que la nacion española habia caido en el reinado de Cárlos II, creemos deber intercalar aquí el animado cuadro que trazó del mismo el autor de las Memorias secretas del marqués de Louville, publicadas en París algunos años despues de haber visto la luz pública en Inglaterra las de Coxe.

«Ni armas, dice, ni dinero, ni justicia, ni policía, ni libertad, ni freno; en las colonias vireyes, en las metrópolis capitanes relevados contínuamente, nunca bien buscados ni contenidos; en el centro una inmensidad de senados que bajo los títulos pomposos de consejos de Castilla ó de Justicia, de Aragon, de Italia, de Flandes, de Indias, de las Ordenes, de Hacienda y de Guerra, no ofrecian ninguna otra garantía mas que la voluntad real, y podian sobre cualquier asunto responder al pueblo, *el rey lo quiere así*; cuando autorizados por un largo abuso, solian decir al rey, *se obedece la órden, y no se cumple*; verdadera oligárquia compuesta de personas que unia el orgullo, dividia la ambicion y adormecia la pereza; esto en cuanto al gobierno. Un palacio silencioso, esclavizado á nombre de etiqueta por los palaciegos y la reina, que lo llenaba de sus intrigas, formaba la córte. En fin, obispos demasiado ricos independientes de Roma; una inquisicion formidable, y millares de frailes, algunos de ellos dotados de

talento y de mérito, pero la mayor parte opuestos entre sí por la diferencia de órden y aun á veces de convento; tal era, en pocas palabras, el conjunto de España á fines del reinado de Cárlos II.

¿Quiere el lector considerar los efectos de este órden de cosas? Algunos rasgos aislados dirán mas sobre este particular que pudieran las grandes historias. Por egemplo, España, á pesar de los ejércitos que contaba en aquella época, no tenia en su seno seis mil hombres de guerra (1) en buen estado; y el rey no tenia por guardias en palacio mas que unos zapateros y otros artesanos de Madrid consagrados á sus oficios siempre que no estaban empleados y sobre las armas. Habian sido divididos entre compañías, á saber: flamenca, española y alemana, como para halagar con el recuerdo glorioso de la posesion de España, de los Paises Bajos y del Imperio. Hubo un momento en que no habia para la seguridad de la capital mas que un solo regimiento de caballería, fuerte de seiscientos hombres, que mandaba el príncipe Darmstadt, el que fué despues tan enemigo de la casa de Borbon: este regimiento fué relevado de Madrid por el influjo del cardenal Portocarrero, arzobispo de Toledo, primado del reino, por temor de que don Enrique de Cabrera, almirante de Castilla y grande escudero del rey, que entonces tenia alto prestigio con la reina, no se valiese de él para asegurar su dominio, pues este príncipe era primo hermano de María Neuburgo, segunda muger de Cárlos II. La Francia ganó en ello; pero no existia ya ningun medio de represion contra el populacho; de modo, que cuando la sublevacion en Madrid á causa de haber subido el precio del pan el 29 de abril de 1699, se concedió á los amotinados todo cuanto quisieron pedir. Semejantes es-

(1) El marqués de San Felipe hace ascender todas las fuerzas de tierra de la monarquía española en 1700, á veinte mil hombres, y la marina á trece galeras.

cenas no eran raras durante este reinado. Además de la gran sedicion de que acabamos de hablar, y la que tuvo lugar en tiempo de la primera reina, María de Orleans, cuando fueron asesinados todos los franceses que habitaban en Madrid, ¿cuánto no se intentó contra la reina madre, y despues contra don Juan de Austria su enemigo siendo este ministro del rey? Segun la confesion de todo el mundo, dice Louville, *no se daba una corrida de toros, no se representaba una comedia sin que se desenvainasen las espadas*. La autoridad real, aunque se la consideraba sagrada era menospreciada con frecuencia por la falta de medios en que estaba para hacerse respetar, y las leyes parecian abolidas para favorecer la impunidad. Las iglesias y las casas de los grandes servian de asilo á todos los criminales.

A la menor alza en el pan, ya no habia seguridad para los ministros ni para nadie. Todo el mundo estaba armado en Madrid, escepto el rey: no habia nadie algun tanto rico que no tuviese al menos cien matones á su sueldo: y de los ciento cincuenta mil habitantes de la capital, sesenta mil hombres se dedicaban á este oficio infame (1). En vista de esto, ¿nos admiraremos que Cárlos II saliese de su palacio lo menos posible? Con todo, desde su segundo matrimonio, cuando salia á dar un paseo, la plebe (si se dá crédito á los mismos gentiles-hombres de cámara), las lavanderas del Manzanares y los muchachos de la calle corrian detrás de él llamándole *maricon*, y colmando á la reina de los epítetos mas injuriosos, sin que hubiese un solo guardia cérca del coche para reprimir estos desmanes.

Los pocos soldados que se resistian á la desercion, estaban vestidos de harapos, sin sueldo, sin pan, (pues no habia ya provision especial para la tropa); mientras los oficiales venian á Madrid á malgastar en los burdeles el sueldo que habian negociado en las oficinas.

(1) Esto es indudablemente una exageracion.

En cuanto á los generales, no habia ya entre ellos mas de noble que el nacimiento ó acaso el rango solamente. Avidos de empleos, tan pronto como habian obtenido alguno importante, no pedian ya mas que una cosa, y era no desempeñarlo, pues juzgaban que no era posible vivir fuera de Madrid: á ellos es á quienes se aplicaba el refran castellano: *hijo de sus padres, no hijo de sus obras.* Una persona de distincion, cuyo hijo acababa de recibir órdenes para que fuese á tomar el mando de su regimiento, hacia estremecer la córte con sus gritos, porque decia, querian matar á su hijo. Así, en medio de una nobleza valiente, numerosa y fiel, el pendon de los Gonzalos, de los Cides y de los Corteses, no reunia ya en torno suyo mas que mendigos.

Las plazas fuertes de la monarquía presentaban el cuadro de la mas completa degradacion, así como de una desnudéz absoluta, y no hablo solo de las de Nápoles abandonadas á un virey, ni de las del Milanesado en donde mandaba el príncipe de Vandemot, sospechoso entonces á los españoles como lo fué despues á los franceses, ni de las fronteras de los Paises Bajos, que el duque de Baviera, su gobernador, confiaba con tanta imprudencia á los holandeses, lo que estuvo á pique de ser muy funesto al principio de la guerra de 1701, hablo de las mismas plazas fuertes que con el mar y los Pirineos defendian á España.

¿Estaba mejor la hacienda? El dinero debia llegar al tesoro de dos modos: primero por las concesiones votadas en las provincias que habian conservado sus córtes, ó la sombra de ellas, y segundo por los impuestos establecidos y cobrados con prudencia. En vez de esto; figúrese el lector, córtes pagando en secreto á ministros y favoritos de quienes dependian, para conseguir de ellos el favor de dar al rey lo menos posible, mientras al mismo tiempo recibian regalos del rey para que le votasen mucho, ademas cada uno de los consejos, recaudando y gastando por su parte sin ponerse de

acuerdo con nadie, hacia que los ingresos que se cruzaban se obstruyesen los unos á los otros, y se perdiesen en los mismos conductos que debian facilitar su curso, al paso que una muchedumbre de vasallos oprimidos por los recaudadores subalternos abandonaban los trabajos productivos y corrian á refugiarse á las grandes ciudades, no para enternecer á una autoridad que á nadie oia; puesto que no se oia á sí misma, sino para dividirse con ella los despojos del pueblo, bajo el nombre de supernumerarios, escribientes, porteros ú oficiales, destinos que conseguian á fuerza de importunar á los ministros, de sitiar á las chancillerías y de hacer la córte á los servidores de la reina y á las hijas de los médicos.

Estas gentes consumian en gratificaciones secretas ó de reglamento, una parte de las rentas del estado, otra parte distribuida á nombre del monarca; y á veces sin que él mismo lo supiese, enriquecia abiertamente á las personas que gozaban de influjo. Lo restante llegaba hasta el rey, y de ello tomaba quien podia, sin contar con el servicio público el cual no se hacia nunca sino por casualidad.

Este mal produjo un remedio peor aun, que fué la venta de los títulos de Castilla, de las grandezas de España y de las dignidades mas venerables, hasta el empleo de virey de Indias. Tal escándalo tan sensible á los españoles, porque afectaba las costumbres de su monarquía, habia empezado bajo la direccion de Valenzuela; habia crecido bajo la de don Juan de Austria, y llegado á su colmo en tiempo del almirante, cuando este sojuzgó á la reina, época en que se abrieron las subastas públicas para este nuevo comercio. Entonces fué cuando el truhan del secretario del marqués de Santillana, y el hijo del maestro de obras José del Olmo, y Juan Prieto, empresario en Madrid, y Castromonte, se hicieron los unos títulos de Castilla, los otros grandes de España. Entonces fué cuando la Berlips, dama de

honor de la reina y su favorita, sostenida por una pandilla de alemanes como ella, con los cuales habia llenado los ministerios, hizo vender casi todos los capitales de las rentas españolas, una cantidad considerable de los de Nápoles (y lo que fué mas penoso para los hombres de bien) un capital de seis mil ducados de renta sobre los trescientos mil procedentes de gabelas, con las que habia compuesto en otro tiempo el conde de Oñate una especie de caja militar para el sosten de las tropas. Esta señora le hizo dar en recompensa de tantas operaciones, 10,000 ducados de renta sobre los fondos devueltos á la corona á falta de herederos, y compró con ellos cerca de Colonia, un magnífico feudo de cien mil onzas. Y habria ido mucho mas lejos, á no ser por la Francia que la incomodaba y la hizo dejar el puesto.

Don Antonio Ubilla, secretario del consejo, que en 1703 fué hecho marqués de Rivas y escribió unas memorias harto insignificantes de los hechos y acciones de Felipe V, contribuia á estas dilapidaciones lo mismo que el P. Carpani, fraile carmelita y enviado del elector de Tréveris, que se jactaba que habia hecho pasar por sus manos en poco tiempo al pié de 2.000,000 de ducados, por razon de lo que ellos llamaban *merced de córte*; con esto puede contestarse á los que acusan á la casa de Borbon de la decadencia de España.

No seremos largos al hablar de la justicia secular, esta no podia menos de estar abatida en un pais en que se distinguia *la via de justicia*, de la *via de gobierno*. Por otra parte, el poder judicial, amovible en España, dependia principalmente de la presidencia de Castilla, y como esta elevada magistratura se habia dado constantemente por intriga cuya esencia es el cambio, se habia visto sucesivamente á la cabeza de los tribunales en el espacio de algunos meses al conde de Oropesa, despues á don Antonio Arguelles, confidente del almirante, luego á don Manuel Arias, y mas tarde al conde de Oropesa otra vez, y otra vez á Arias, y cada una de es-

tas mudanzas que eran efecto de una lucha entre los partidos, llevaba al poder una multitud de partidarios del vencedor que no lo eran de las leyes.

La justicia eclesiástica no presentaba un aspecto mas consolador. Sin embargo, se caeria en un error gravísimo si se adoptasen las preocupaciones que tienen muchos contra el clero de España. La verdad impone el deber de decir que de todas las clases de la sociedad en este reino y en aquella época, el clero era el mas fecundo en personas de talento y de probidad. Lo mismo diré de los confesores. Muchos se encontraron honradísimos en este puesto donde era tan difícil serlo, porque el poder mas absoluto en materia de administracion estaba afecto á él. Por esta parte, con todo, se tuvieron que sufrir grandes males; pero, ¿por qué hacer del confesonario un ministerio político?

(15) Obras de Luis XIV, tomo VI.

(16) Véasen las cartas interesantes que contiene la coleccion de papeles de estado de lord Hardiviche, tomo II, especialmente la que se halla en la página 293, escrita en cuanto se aceptó el testamento.

(17) Historia de la casa de Austria, vol. I.

(18) Memorias de Noailles, tomo II.

(19) Noailles, tomo II. San Felipe, tomo I.

(20) Noailles, tomo II.

(21) Noailles, tomo II.

(22) El duque de Arcos dirigió al rey una respetuosa representacion sobre este asunto, en la cual le decia: V. M. se dignará considerar que no hay en España ni puede existir siquiera dignidad alguna, grado ni rango intermedio entre el rey y los grandes, si no es el heredero presuntivo y los infantes; mientras que entre el rey cristianísimo y sus duques y pares, hay cuatro clases intermedias, á saber; los herederos presuntivos, los príncipes de la sangre, los príncipes ilegítimos y los príncipes estrangeros. Resulta de aquí que los pares de Francia no pueden menos

de ganar si se les dá el primer rango en España, y los grandes de España no pueden ser indemnizados teniendo en Francia el cuarto rango. Añadía que los grandes habian estado siempre reputados como iguales á los príncipes de las casas soberanas, cuando estas no eran reales; que cuando las córtes de Francia y de España nombraban representantes, y la eleccion en Francia recaia en príncipes de la sangre, en España se elegian siempre grandes, sin que hubiese por eso la menor diferencia de una y otra parte en tratamiento. Felipe V por toda respuesta á esta representacion, dió órden al duque de ir á demostrar su celo al ejército de Flandes.

Mas tarde, cuando el cangeo de la infanta, destinada á ser muger de Luis XV, y de la hija del duque de Orleans, que debia casarse con el príncipe de Asturias, hubo algunas dificultades, segun dice Duclos en sus *Memorias sobre la Regencia*, respecto al acta del cangeo entre el príncipe de Rohan y el marqués de Santa Cruz. El primero se habia dado título de alteza en el acta francesa: Santa Cruz, mayordomo mayor de la reina de España, encargado de conducir á la infanta, declaró que pasaria cuanto se quisiere en el acta francesa, porque España no tenia derecho á arreglar los títulos y cualidades de los franceses; pero que en el acta española no se daria á uno y á otro mas que *escelencia*. El príncipe de Rohan viendo que en esta acta Santa Cruz no ponia siquiera el título de *grande*, no se puso él tampoco el de *Duque y par*, y se contentó con firmar el cangeo de las princesas sin adicion de cualidades.

(23) Noailles, tomo II.

(24) Con todo es preciso convenir que entre las innovaciones introducidas por los franceses y que repugnaban á la gravedad castellana, no todas tuvieron el sello de la superficialidad, y que hubo algunas que honraron á los que tuvieron valor para atacar de frente las preocupaciones nacionales y algunas costumbres

verdaderamente bárbaras. Pongamos un egemplo: se habia introducido la costumbre, al advenimiento de los últimos monarcas españoles de la dinastía austriaca, de presentarles el cruel espectáculo de un auto de fé. Toda la familia real asistia á esta horrible solemnidad. Cuando Cárlos II se casó en 1680 con María Luisa de Borbon hija del duque de Orleans y nieta de Luis XIV, la inflexibilidad de los inquisidores era tan grande, dice Llorente en su *Historia de la Inquisicion de España*, y el gusto de la nacion tan depravado, que creyeron obsequiar á la nueva reina, y rendirle un homenage digno de ella, asociando á las funciones que se hicieron para celebrar su matrimonio el espectáculo de un gran auto de fé, compuesto de *ciento diez y ocho víctimas*, una parte de las cuales debia perecer en las llamas y alumbrar los últimos momentos de la fiesta.

No se dejó tampoco de celebrar del mismo modo el advenimiento de Felipe V. Un auto de fé tuvo lugar en efecto en 1701; pero el rey se negó á presentarse en medio de esta escena bárbara. La honra de esta negativa del rey pertenece á Louville, que disuadió al monarca de asistir ella. Preguntó aquel á Mr. de Torcy si el rey asistiria al pequeño auto de fé que querian viese ejecutar con algunos judíos; á lo cual el ministro contestó de su propio puño: «Es preciso acomodarse al genio de los pueblos; el rey podrá no obstante retirarse en el momento del fuego.» Felizmente para la dignidad real no se juzgó conveniente en Madrid seguir este consejo, y el rey no se presentó. Debe reputarse como un gran mérito no hacer entonces la córte á la Inquisicion; pues era muy poderosa todavía en aquella época.

«Se anunció al rey, dicen las *Memorias de Noailles*, un auto de fé para el dia de su entrada solemne, en el cual la inquisicion debia hacer quemar tres judíos. Se le habló de esto como de una fiesta y diversion real, y no faltó un personage que se atrevió á jactarse de no haber faltado jamás á tan piadoso acto de religion.

Louville tuvo valor para manifestar que los soberanos no veian nunca á los reos sino para perdonarlos, y que no permitiendo las leyes del reino que se les conceda perdon en semejantes circunstancias, era mejor que el rey se divirtiese en cualquier otra cosa, de cuyo parecer fué tambien Felipe V.

(25) Ortiz, tomo VII.—San Felipe.—Noailles—San Simon, tomo II.

Aunque hacia dos siglos que el gobierno español habia sucesivamente debilitado la influencia de las córtes, hasta el punto de poder dejar de convocarlas enteramente para los negocios de la administracion, se habian reunido con todo, constantemente para prestar el juramento de fidelidad al advenimiento de los nuevos monarcas. Esta solemne ceremonia habia tenido ya lugar en Madrid el 8 de abril de 1701 para reconocer a Felipe como soberano de España. De esta reunion de córtes es de la que dice el señor Marina en su *Teoría de las córtes*, « que no podria calificarse de congreso nacional, segun la costumbre de Castilla, porque el despotismo que aborrece hasta el nombre de córtes, evitó convocarlas segun las formalidades requeridas, bajo el pretesto de que ocasionarian muchos gastos y graves inconvenientes. » Esta sentencia del señor Marina nos parece demasiado severa. Hé aquí lo que pasó.

Felipe V llegó á su capital en medio del entusiasmo y la alegria de toda España. A las incertidumbres, á los temores suscitados por el tratado de particion, sucedieron la calma y la confianza. Todas las ciudades y los cabildos eclesiásticos de Castilla, Leon, Cataluña, Valencia, Aragon y Navarra, así como las chancillerías, las audiencias y las universidades del reino, solicitaron con empeño permiso de enviar á Madrid diputados encargados de cumplimentar al monarca por su feliz llegada y su advenimiento al trono, y el rey se le concedió. No era seguramente en este momento de exaltacion y regocijo general cuando el gobierno podia po-

ner en duda la docilidad de las córtes: parece que debia contar no solo con su obediencia, sino tambien con una completa adhesion de parte de este congreso, cualquiera que fuese la forma que se siguiese para la eleccion de sus miembros; pero se consideró (estas son las propias espresiones del decreto del rey, en el diario del marqués de Rivas, Ubilla) que las provincias gemian bajo el peso de los impuestos, á causa de los esfuerzos que habian hecho en otro tiempo para proveer á su defensa, y que se verian obligadas á meterse en nuevos gastos si se convocaban las córtes con el solo objeto de prestar el juramento de fidelidad y obediencia. El rey mandó por lo tanto que las ciudades que tenian voto en córtes diesen sus poderes á los diputados que se encontraban yá en Madrid. Es de creer que el gobierno era síncero en los motivos que esponia, cuando se considera que la eleccion de las personas y el modo de la eleccion debian serle enteramente indiferentes, puesto que solo se trataba de unas córtes cuyas funciones se limitaban al acto solemne del reconocimiento del soberano, sin que tuviesen que intervenir en ningun asunto de gobierno.

Por lo demas, en esta asamblea se hizo todo segun las reglas acostumbradas como puede verse en la relacion circunstanciada de sus actos que se encuentra en el diario del ya citado Ubilla; todo está allí consignado hasta los mas pequeños pormenores de esta importante ceremonia; los nombres, el órden, los títulos de las personas, los puestos que ocupaban, todo está allí descrito con la mayor exactitud posible. El rey juró entre otras cosas conservar á las ciudades, villas y lugares, á todos en general y á cada uno de ellos en particular, sus libertades, franquías, escepciones y privilegios, etc. Los diputados á córtes por su parte, se obligaron por juramento, en su nombre y en el de sus comitentes, á obedecer á Felipe reconociéndolo como monarca legítimo de España.

Así, pues, el pacto entre el rey y los reinos que asistian á las córtes por sus diputados, estaba ya autorizado cuando Orrí alarmó á los grandes con sus reformas en la hacienda, y estos solicitaron que aquellas se convocasen de nuevo. No es estraño que esta peticion inquietase á la córte; no se trataba ya de una simple ceremonia de costumbre, como el reconocimiento del soberano, ahora se queria que se reuniesen las córtes para que se mezclasen de asuntos de gobierno. Aunque su composicion, desde el tiempo de Cárlos V, fué mucho menos temible para la corona, dicen las memorias de aquella época, los abusos eran infinitos y mucha la destreza, y siendo la voz de las córtes la sola que pudiese hacer llegar hasta el monarca una reclamacion que llevase en sí algun peso, era muy natural creer que los pueblos consultados despues de tan largo intérvalo, no dejarian de defender vivamente sus intereses, y que los diputados mismos de quienes parecia haber menos que temer, sabrian aprovechar esta coyuntura para hacerse necesarios.

El marqués de Villena, mas conocido por el nombre de duque de Escalona, fué quien despertó en el consejo la idea de convocar las córtes. Este hombre recto, celoso, instruido y que pertenecia á una de las familias mas ilustres, pensaba que era preciso corregir varios abusos y hacer nuevas leyes conformes á las necesidades de los tiempos; que estas leyes publicadas con el consentimiento de los pueblos, fuesen ejecutadas inviolablemente; que entre otras ventajas se conseguiria establecer un método mejor para la recaudacion de los impuestos; que era justo que el rey conservase á la nacion la plenitud de sus derechos y que un nuevo juramento al efecto le daria á esta mas seguridad; que los castellanos estaban contentos con sus fueros, aunque pocos, y que no tratarian de solicitar mas, ni de tener tantos como los pueblos de la corona de Aragon; que por lo tanto el rey podia sin peligro reunir las cór-

tes, porque estas no harian mas que confirmar al pueblo en la fidelidad, amor y obediencia que debian á su soberano.

Se dió parte de esta proposicion á Luis XIV, á quien habia entregado el gobierno interior de España la ambicion de Portocarrero; solo cuando este monarca se negó á decidir en negocio tan delicado fué cuando el consejo tuvo que volver á ocuparse de ella, y en él prevaleció la opinion contraria á la del marqués de Villena. No cansaremos al lector con los muchos motivos, la mayor parte muy poco fundados, con que se trató de apoyarla y que pueden leerse en la cuenta que dá el marqués de San Felipe de esta sesion. El consejo basó su política, en esta ocasion, en la antigua antipatía contra las córtes, legada al gobierno de Felipe por los monarcas españoles de la dinastía austriaca, y sobre todo en la conviccion en que se estaba de que el afecto de los pueblos de Castilla por sus antiguas córtes, no era bastante vivo y entusiasta para sustraerse á la obediencia en caso de que no se quisiesen convocar. Pronto veremos que el gobierno siguió una marcha enteramente opuesta, respecto á Cataluña y Aragon, y que no tuvo á menos negociar con sus turbulentas asambleas que se apresuró á convocar: esto era porque se sabia que el Austria tenia en estas provincias gran número de partidarios. Pero semejantes atenciones y tratos no fueron con todo suficientes para impedir la insurreccion en aquellas provincias en favor del Austria, y cuando despues se las sometió por fuerza, perdieron gran parte de sus fueros.

(26) Noailles.

(27) Cuenta Louville con su ingenio y su malicia ordinarios, rasgos originales respecto á Portocarrero y al presidente, de los cuales contaremos uno acerca de este último. «El rey y los franceses que Luis XIV habia colocado cerca de su persona, se habian pronunciado en favor de un tratado con Portugal, que tuvo lu-

gar en efecto; pero mientras se discutia este asunto en el consejo, el presidente manifestó mucha oposicion á esta medida. Un dia se llegó al jóven monarca con los ojos centelleando, y le dijo: (es el mismo rey quien lo ha contado).—Señor, puesto que V. M. quiere saber porque soy tan opuesto al tratado, voy á revelarle una cosa que no estoy obligado á decir ni al consejo de estado, ni al enviado de Francia; y en seguida, poniendo la mano sobre su corazon, y despues de haber invocado fervorosamente la cruz de San Juan, añadió:—Señor, es porque Portugal es de V. M. como es mio mi solideo.» Y para dar mas vida á su idea, se lo quitó. Despues que se marchó, continua Louville, he estado yo á ver al rey, y no teniendo solideo que quitarme, lo he reemplazado con vuestras razones. (Escribia al marqués de Torcy).»

(28) San Felipe, tomo I.—Noailles, tomo II.

(29) Una carta de la reina á Luis XIV, presenta una prueba bastante curiosa de esta fastidiosa intimidad. «Ruego humildemente á V. M., dice, que emplee la autoridad que tiene, por tan poderosos motivos, sobre el rey su nieto, para que se acostumbre á decir con tono firme: *quiero* ó *no quiero*; en una palabra, para que imite á V. M. Entonces seria un príncipe completo; podria suceder que entonces le amase yo demasiado, y V. M. sabe que en todo, hasta en las cosas mas loables es preciso moderacion.»

(30) El consejo de Estado no debe confundirse con el de gabinete ó ministerio: á este cuerpo supremo era al que se dirigian en casos estraordinarios; era una especie de consejo privado.

(31) Don Rodrigo Manuel Manrique de Lara, ya nombrado por el título de conde de Frigiliana, que tomó despues el de *Aguilar* á consecuencia de su enlace con doña Antonia Ramirez de Arellano, condesa de Aguilar. Nosotros le llamaremos siempre conde de Frigiliana, para distinguirlo de su hijo que los historiadores espa-

ñoles designan bajo el nombre de conde de Aguilar.

(32) Noailles, tomo II.

(33) Ortiz, tomo VII.

(34) Noailles, tomo II.

(35) No se habrán leido sin estrañeza en el curso de este capítulo las estrañas máximas del presidente de Castilla, Arias, acerca del poder de los reyes de España, que llamaba *absoluto* y *despótico*. Digno es de lástima en efecto, el pais en que el gefe de la magistratura dirige al rey, por ignorancia ó lisonja semejante lenguage. Los mismos principios se encuentran tambien consignados en las instrucciones dadas á Marsin por el gobierno de Luis XIV. Parécennos, pues, necesarias algunas observaciones sobre este particular.

El abate Millot, que es el verdadero autor de las *Memorias* de Noailles, dice, hablando de estas palabras de las *instrucciones*, «el poder de los reyes há sido siempre absoluto en España,» que el redactor de las instrucciones dadas á Marsin no habia leido la historia de este pais. Esta sentencia podrá parecer severa, pero es, con todo, justa.

No solo el poder de los reyes no ha sido absoluto en España, sino que por el contrario no ha habido ningun pueblo en Europa que haya tomado parte de una manera tan positiva como el español en los negocios administrativos por medio de sus diputados á córtes; y esto sin interrupcion y durante una época larga y desgraciada en que casi todas las naciones estaban avasalladas, cuando las tinieblas de la edad media se esparcian por toda la sobrehaz del antiguo imperio romano, y el régimen feudal tenia á los pueblos sujetos á la dominacion mas dura é imperiosa. Sin hablar de Cataluña y Aragon, que fueron en otro tiempo demasiado ricas en libertades, sin hablar de Navarra y Vizcaya, que han conservado hasta nuestros dias fueros importantísimos, Castilla misma ha visto constantemente el poder de sus reyes templado durante un gran número de siglos por

la intervencion de las córtes en todos los negocios graves de gobierno. Un moderno publicista inglés, Halgan, en su *Historia de la edad media*, ha notado con justicia que ha existido una grande analogía entre las leyes que rigieron en Castilla en otro tiempo, y las de Inglaterra en la misma época. Si se esceptua el enjuiciamiento por jurados, que es el baluarte y la gloria de la constitucion inglesa, todas las demas libertades políticas y civiles se encontraban en las leyes castellanas. Ni aun en la época en que la corona concibió el designio de arrebatar al pueblo sus fueros, el que siguió con obstinacion valiéndose de todos los medios posibles para envilecer y corromper las córtes, se atrevió á faltar de una vez á la costumbre de convocarlas, puesto que continuó reuniéndolas para que votasen los impuestos y para los negocios graves de la administracion, rindiendo así homenage á los derechos sagrados del pueblo. En el reinado de Cártos II fué solo cuando se dejaron de convocar enteramente estas asambleas.

Si el presidente Arias y el redactor de las *Instrucciones* dadas á Marsin hubiesen dicho que el poder de la corona habia sido siempre demasiado estenso y hasta preponderante, habrian podido suministrar, en caso necesario, un gran número de pruebas y testimonios en apoyo de este aserto, pues los reyes han egercido siempre una gran autoridad en España; pero es desconocer enteramente la verdad histórica, el afirmar que esta autoridad ha sido siempre *absoluta* en un pais célebre por sus córtes y arrogante por la intervencion que egercian estas en los negocios de la administracion pública.

Que esta representacion política haya sido entonces imperfecta comparativamente á la de los gobiernos representativos de nuestros dias, esto no debe sorprendernos, pues no debemos perder de vista que la ciencia del derecho público, es moderna, y que solo de poco tiempo á esta parte y por medio de combinaciones

fortuitas, es como se han llegado á comprender bien las garantías mútuas que pueden afirmar y mantener las relaciones entre los gobernantes y gobernados. El equilibrio de los poderes es una teoría tan reciente, segun Hume en su *Historia de Inglaterra*, que solo cuando el proceso de la desgraciada María Estuardo, reina de Escocia, fué cuando se oyó hablar por primera vez de los poderes *monàrquico*, *aristocrático y democràtico*, como de tres elementos de que estaba compuesta la constitucion inglesa. «Es ridículo, dice en su vida escrita por él mismo, mirar la constitucion inglesa antes de su época, como un plan ordenado de libertad.»

Por último solo se trata de saber, si desde el tiempo mismo de los godos hasta Cárlos II, es decir, durante el espacio de doce siglos, los reyes de Castilla han convocado ó no las córtes para todos los negocios graves y ordinarios del reino; pues la mayor ó menor perfeccion en una forma de gobierno, no cambia su naturaleza : y la historia está ahí para responder de un modo positivo y favorable á los derechos del pueblo español.

(36) No se sabe con exactitud la edad de esta muger estraordinaria. Considerando la época del matrimonio de su padre, y comparando el nacimiento de sus dos hermanos, en 1642 y 1652, así como su propio matrimonio, nos inclinariamos á creer que tenia al pié de cincuenta y tres años cuando fué nombrada camarera mayor. Duclos está equivocado sin duda cuando afirma que murió de edad de mas de ochenta años.

(37) Los franceses han alterado este nombre, reemplazándolo por *des Ursins*; los historiadores franceses y las memorias de aquella época la llaman así constantemente. Los españoles, traduciendo del francés este nombre, han dicho *de los Ursinos*.

(38) Noailles, tomo. II.

(39) San Simon, tomo III.

(40) Noailles, tomo II.

(41) Noailles, tomo II.

(42) Noailles, tomo II.
(43) Noailles, tomo II.
(44) San Felipe, tomo I, año de 1702.—Noailles, tomo II.—Ortiz, tomo VII.

Las córtes de Cataluña no habian tenido una legislatura completa hacia un gran numero de años. Felipe IV las habia convocado en Barcelona, en 1626, pero los disturbios que sobrevinieron le obligaron á suspenderlas hasta 1632: vino entonces él en persona á Cataluña para abrirlas y dejó á su hermano el cardenal infante para presidirlas; pero las pretensiones del conde duque de Olivares, que queria pesase su despotismo por todas partes de una manera uniforme, irritó contra su gobierno los ánimos de los catalanes, y el rey no pudo cerrarlas segun costumbre.

El discurso con que Felipe V abrió la legislatura de las córtes de Cataluña no revela los motivos especiales para que fueron convocadas: *el mayor servicio de Dios, la autoridad y la administracion de justicia, el bien general de este principado, el alivio de sus pueblos; y todo lo que respecta á mi servicio.* Estas son sus propias espresiones. La ceremonia de la apertura de córtes está designada en el diario de Ubilla por estas palabras: *abrir el solio.*

Las córtes se componian de tres brazos ó estamentos, á saber; el *eclesiástico*, el *militar* y el *real*. Este último á pesar de su nombre, era la representacion de las ciudades y ayuntamientos de Cataluña. Se le llamó así á causa de las franquicias que las ciudades habian obtenido por la proteccion de la corona, y para espresar la idea opuesta á la de las ciudades que dependian de sus señores particulares.

Las córtes de Cataluña votaron inmediatamente un donativo de *millon y medio de libras de la moneda de aquel pais*, que ofrecieron al rey.

Existia una costumbre muy antigua y no menos justa en las córtes de Cataluña, con la cual los diputado

no dejaron de conformarse esta vez, y era el nombramiento de *grenges*, palabra que significa una comision compuesta de ministros del rey y de diputados á córtes, ante la cual se pedia la reparacion de los daños y perjuicios que hubiesen podido resultar á los ciudadanos por la inobservancia de las leyes y el abuso del poder. Cuando el perjuicio se habia probado debidamente, se abonaba la suma á que el agraviado tenia derecho. Para este objeto se apartaba de los donativos hechos al rey para su servicio, cierta cantidad destinada principalmente á hacer estos pagos. Felipe consagró á este objeto 100,000 ducados.

Se lisongeaban muchos de que en las primeras sesiones de aquellas córtes renaceria la confianza entre ellas y el gobierno, despues de tantos años como se habian pasado desde la sublevacion contra el despotismo del conde-duque de Olivares. Pero sucedió todo al contrario. « Las gracias y recompensas que se les prodigaron, dice el marqués de San Felipe, no sirvieron mas que para enorgullecer mas aquellos ánimos naturalmente mudables. La bondad que el rey les manifestó comprometió su autoridad, pues miraron esta bondad como una prueba de que se les temia. Exigieron cosas que no esperaban obtener, con objeto de que su negacion sirviese de pretesto á sus quejas y de velo á la traicion que meditaban... No se hizo en esta asamblea popular ningun reglamento útil al bien público ni á la forma de gobierno. Todo se limitó á confirmar las antiguas franquicias, á las que se añadieron otras nuevas, lo que hizo á los catalanes mas insolentes; *pues* estos pueblos no se figuran estar bien gobernados sino cuando gozan muchos privilegios. »

Ubilla, que estaba en mejor posicion que ningun otro, como secretario del despacho, de saber lo que pasó en las córtes, no ha referido en su diario sus acuerdos, bajo el pretesto de que yá se habian impreso todos y se habian convertido, dice, en leyes

municipales. Se contentó solamente con tener, como buen cortesano, un registro exacto de todas las *solemnidades* y *ceremonias* á que la córte asistió durante la reunion de las córtes.

(45) Noailles, tomo II.

(46) Noailles, tomo II.

(47) El negocio de la cesion á la Francia de los Paises Bajos españoles, no ha sido olvidado por el redactor de las *Memorias secretas* del marqués de Louville: esto es lo que puede inferirse de una carta de Louville á Torcy, del 24 de abril de 1702, de otra carta de madama de Beauvilliers, y por fin de otra de Torcy á Louville fecha del 6 de junio del mismo año.

«En cuanto á los Paises Bajos, dicen las *Memorias secretas* de Louville, parece por fin que lo mas difícil está hecho. Aun cuando los ministros españoles no diesen mas valor á la posesion de estas hermosas provincias que á la de la isla de Juan Fernandez sin embargo, la palabra *ceder* les costaria mucho para pronunciarla. Pero habiéndoles Louville hecho presente por una parte la necesidad de asegurar á España todos los recursos de la Francia en el momento de entrar en guerra, y por otra la imposibilidad en que se encontraba esta potencia de continuar sus esfuerzos sin obtener alguna compensacion, se dejaron arrancar un sí definitivo. El ministerio encargó en un principio al negociador que propusiese una parte de las provincias flamencas. El marqués de Villena, que fué consultado sobre este grave asunto, convino en seguida en que una reparticion seria onerosa á las dos potencias, sin ser de ningun peso en la balanza europea. Su opinion prevaleció, y todos los ministros á escepcion de Ubilla solamente, estuvieron de acuerdo de que España hiciese el sacrificio íntegro. Louville dió en el instante parte de esta resolucion á Mr. de Torcy, y su carta fué seguida poco despues de una patente de vicario general de los Paises Bajos en favor del señor duque de Borgoña. Este era el rodeo

que se habia tomado, tanto para acostumbrar á los flamencos á la dominacion de la Francia como para sondear las disposiciones de la Europa sobre este asunto; pero una vez acabada la negociacion, naufragó el proyecto. En cuanto se esparció la voz de haberse dado al duque de Borgoña la vicaría general, no solo redoblaron su rabia los enemigos, sino que el mismo elector de Baviera se resintió por ello en tanto grado, que Mr. de Torcy, no atreviéndose á descontentar á un aliado en un tiempo en que Francia tenia tantos enemigos, abandonó su proyecto, y los Paises Bajos se destinaron desde entonces á la Baviera; las desgracias de 1709 hicieron despues menos sensible este abandono. El gabinete francés, que habia pagado la joya sin poseerla, se consoló pensando que habia sido preciso devolverlo todo á la paz de Utrecht.

(48) Noailles, tomo II.

(49) Noailles, tomo II.

(50) Noailles, tomo II.

(51) Noailles, vol. II.—Ortiz, vol. II.

(52) Ubilla inserta textualmente en su diario, el acta de Felipe en que nombra á la reina lugar-teniente general del reino durante su ausencia. Esta princesa se presentó á las córtes de Aragon con el título que la autorizaba para presidirlas que está escrito en latin. El mismo historiógrafo conserva el discurso pronunciado por la reina en el momento de abrir las córtes (abrir el sólio). Despues de esponer en él la necesidad en que se habia encontrado el rey de pasar á Italia para restablecer la tranquilidad en sus estados de Nápoles, lo que le habia privado de la satisfaccion de asistir en persona á la apertura de las córtes de Aragon, decia que ella habia sido autorizada por el rey para abrir las córtes, así como lo habian hecho las reinas de Aragon, doña Juana, doña Germana y doña María, muger esta última del rey don Alfonso: que habia reunido las córtes para recibir su juramento de fidelidad y con objeto de que

pudiesen, segun les aconsejase su prudencia y el bien público, «confirmar, moderar y corregir los fueros y leyes existentes;» como así mismo formular lo que no estuviese éstablecido y lo que los adelantos del tiempo reclamasen.

Las córtes de Aragon se componian de cuatro brazos á saber: de ricos-hombres, y barones, de hidalgos, de diputados de los pueblos que tenian el privilegio de nombrar procuradores á córtes, y de eclesiásticos. Segun el historiador aragonés Blancas, el clero no tuvo derecho de enviar diputados á córtes mas que desde el año 1300; hasta entonces las córtes aragonesas se habian compuesto solamente de tres brazos ó estamentos.

La reina nombró *tratadores de las córtes* (comision del gobierno en las córtes) á varias personas de su servidumbre ó que tenian destinos importantes en la administracion. Habia alguna analogía entre esta comision y los *greuges* de Cataluña.

Ubilla cuenta del modo siguiente la disolucion de las córtes de Aragon. «Habiendo la reina recibido el decreto del rey en que le mandaba pasar á Madrid, se hizo indispensable suspender las córtes, aplazándolas hasta el mes de agosto de 1704; y las córtes juzgando que era fundado el motivo de su suspension, no habiendo tenido tiempo suficiente para determinar los servicios que se debian dar al rey, y muy lisongeadas por otra parte con el honor de haber sido presididas por la reina, quisieron los cuatro brazos del reino unánimemente demostrar su amor y su fidelidad á esta princesa ofreciéndole por *joya* un donativo voluntario de 100,000 reales de á ocho. Rogaron á la reina que se dignase aceptar esta oferta, que no habian podido por el momento hacer mas considerable. La reina dió gracias á las córtes por este servicio y manifestó quedar muy satisfecha de que las córtes habian hecho cuanto les habia sido posible en las circunstancias en que se encontraba el reino.

(53) Noailles, vol. II.
(54) Noailles, vol. II. Targe.—Ortiz, libro XXII.
(55) Noailles, vol. II.—Targe, tomo II.
(56) Busching, vol. I.
(57) Aunque el cardenal Janson trabajó cuanto pudo en la córte de Roma para arrancar este famoso reconocimiento y se prometió conseguir pronto un resultado feliz, el ministerio creyó no deber atenerse á las seguridades que le daba sobre este particular, como tampoco á las del duque de Uceda, sino enviar un embajador estraordinario para juzgar del estado de tan bellas esperanzas que no acababan de realizarse. Se tomó por pretesto la exaltacion del nuevo pontífice, y Louville fué el encargado de llevar á Roma las felicitaciones del rey católico. Salió de Nápoles en los primeros dias del mes de abril resuelto á hablar á su santidad de todo menos de la investidura, persuadido de que en el estado á que habian llegado las cosas, el silencio era para España el modo mas delicado de pedir, y en caso de negativa el mas honroso de recibir un desaire. Se prometió despertar la severidad de la silla apostólica hácia los jansenistas de Flandes y abogar por la causa de los pobres jesuitas en el asunto del arzobispo de Malinas, segun las miras de Mr. Branvilliers y del P. Daubeuton.

En cuanto llegó fué recibido en una audiencia solemne con toda la atencion imaginable. A través de recepcion tan halagadora, nuestro embajador no tardó en descubrir que el cardenal Janson y el duque de Uceda se habian engañado mucho al lisongearse de que podrian manejar á su antojo al soberano pontífice. En primer lugar, Clemente XI le pareció uno de estos hombres inmanejables: una disimulacion profunda, una dulzura y una afabilidad en sus maneras contra la que era imposible resistir y que nada era capaz de alterar, sin mas pasion que el orgullo, ni mas interés íntimo que mejorar la fortuna de los suyos, como el difunto

Ottoboni (Alejandro VIII): he aquí lo que la fama reconocia en él nuevo papa, y todo esto componia un hombre poco fácil de manejar. Por otra parte, tampoco lo habria sido nunca por la mano pesada del cardenal Janson, ni aun por la del duque de Uceda, aunque era hábil en el consejo. Habian adoptado el uno y el otro un método singular de insinuarse en aquella córte; y consistia en repetir por todas partes y muy á menudo en la mesa delante de sus criados, que el papa era un bribon y unos tunantes los cardenales, que sus soberanos debian sacudir ya de una vez el yugo de Roma y otras espresiones diplomáticas por este estilo. El duque de Uceda sobre todo aunque con mas agudeza que el cardenal Janson, se entregaba á rienda suelta á estas baladronadas. Se dá por cierto que un dia le habia dicho al soberano pontífice delante de testigos, *que quisiera que hubiese en España un parlamento de Parsí, para que pusiese remedio á sus injusticias*. Ahora bien, debe advertirse que Clemente XI no se agraviaba por ninguna de estas necedades. Semejante flema demostró á Louville que la investidura se daria ó negaria segun las operaciones del ejército de Lombardía, y no se cuidó ya mas que de obtener en nombre de Luis XIV y de Felipe V una marca esterior de la benevolencia del gefe de la cristiandad hácia dos coronas tan caras á la iglesia. Clemente XI, que se sentia con inclinacion hácia los franceses, creyendo sin duda que el ejército franco-español ofrecia seguridades, se prestó de muy buena gana á estas aberturas y hasta prometió un legado ad-latere, lo que en aquella ocasion era mas de lo que se podia esperar de la política pontificia.

Tal fué el resultado de la mision de Louville, que duró solamente diez dias, y con motivo de la cual le escribia Mr. de Torcy: «El papa se ha portado á pedir de boca para con nosotros: no hablemos ya de investidura; podemos pasarnos sin ella, pues la tendremos en cuanto hayamos batido en regla una vez siquiera á los tudescos.

(58) Ortiz, libro XXII.—San Felipe, vol. I.

(59) San Felipe, vol. I.—San Simon, vol. III.—Targe, vol. II.

(60) Historia de Europa, 1702, pág. 286.

(61) Varias relaciones relativas al estado de Europa en 1702; San Felipe, tomo I.—Memorias de Tessé, tomo I.—Memorias de Jonquieres, tomo III.

(62) San Simon, tomo III.—Fragmentos de cartas originales de la duquesa de Orleans.

(63) Noailles, tomo II.

(64) Historia de Europa, de 1701, pág. 2.

(65) Lamberti, tomo I, pág. 415.—Cartas de los Estados generales al rey de Inglaterra del 13 de abril de 1701.

(66) San Felipe, tomo I, pág. 184.

(67) San Felipe, vol. I.—Historia de Europa de 1702, pág. 340 á 348.

(68) Habia dejado en Madrid, dice el marqués de San Felipe, un correo encargado de llevarle sus credenciales. La llegada de este correo le suministró un pretesto de abandonar el camino de Francia.—Se me encarga, dijo á las personas que lo acompañaban, que pase á Portugal. La córte necesita asegurarse de las disposiciones de aquel gobierno.—Entre las personas de su comitiva, se encontraban el P. Casneri y el P. Alvaro, jesuitas.

(69) San Felipe, tomo I, pág. 72 á 200. Desormeaux, tomo V, pág. 224. Ortiz, libro XXII. Targe, Historia de Europa, 1702, pág. 396.

La llegada del almirante á Lisboa fué mirada como un acontecimiento de la mayor importancia para los aliados, que siguieron casi al pié de la letra los consejos y proyectos de este personage: por ello fué por lo que Leopoldo transfirió al archiduque, por medio de una acta pública, sus derechos á la corona de España. El almirante habia dicho positivamente que España no queria *ser una provincia ni del Imperio ni de Francia.*

La salida del archiduque para España fué tambien preparada y activada por sus consejos.

El mismo gobierno británico hizo tambien mucho caso de ellos. En el tratado que el emperador habia hecho con el último rey de Inglaterra y los Estados Generales, dice Burnet en su *Historia del reinado de la reina Ana*, habia un artículo en virtud del cual podian los ingleses apoderarse de las posesiones que la corona de España tenia en las Indias occidentales, y estaban autorizados á quedarse con lo que pudiesen conquistar. En consecuencia de esto, el rey tuvo intencion de enviar allí una escuadra considerable, con tropas á bordo para apoderarse de algunas plazas de importancia, con objeto de cederlas mas tarde á España en compensacion de otras ventajas sobre el comercio libre, tan pronto como los españoles tuviesen en el trono un monarca de la casa de Austria. Este proyecto se abandonó por entonces: los ministros dieron por razon que el almirante les habia asegurado que por la sola idea de que los ingleses podrian apoderarse de las posesiones españolas, toda la nacion se haria francesa en el instante, que no debian fiarse de las promesas de que se les volverian, y que no teniendo recursos marítimos para reconquistarlas, los españoles se entregarian voluntariamente en brazos de los franceses para impelirlos á que los ayudasen al efecto. A los razonamientos del almirante se les dió entera confianza.

El solo proyecto del almirante que los aliados no aprobaron fué el de atacar á Andalucía con preferencia á Cataluña. En Lisboa se tuvo un consejo de guerra á que asistieron, ademas de los gefes de la escuadra y los ministros de Portugal, el príncipe Jorge de Darmstadt, el almirante de Castilla, el conde de Corzana, el rey y la reina de Portugal, el archiduque Cárlos, el príncipe del Brasil y la reina Catalina, asi como el príncipe Antonio de Listhtenstein. En este consejo Galloway fué de parecer que se socorriese á los calvinis-

tas de Francia; el príncipe de Darmstadt que se llevase la guerra á Cataluña; el almirante, que habló despues de estos dos generales, manifestó opinion contraria, pues creia mas conveniente atacar á Andalucía y fijar la córte en Sevilla: pero se siguió el parecer del príncipe de Darmstadt, y el archiduque Cárlos desembarcó en Cataluña.

Al almirante se le formó causa en Madrid por haber faltado á sus juramentos pasándose al bando del archiduque, y con este motivo se suscitó una discusion muy importante. «Os lo repito, escribia Louville á Beauvilliers el 1.º de abril de 1703, aunque os haya escandalizado mucho, si el almirante es condenado á muerte, es preciso que muera, aunque sea en las calles de Lisboa, si dudais de mi lógica, dad crédito á la del padre Daubeuton que piensa como yo.»

Beauvilliers, dicen las *Memorias secretas* del marqués de Louville, sostenia lo contrario, y se fundaba; 1.º en estas palabras de la escritura, *vindicta mihi*, que prohiben al hombre la venganza; 2.º en el egemplo del asesinato del duque de Guisa, dispuesto por Enrique III, accion que se juzgó inícua en la forma, aunque justa en el fondo; y 3.º en que la ejecucion de un reo por medio de muerte privada, mancha con un crímen al ejecutor, y que una accion justa no debe jamás implicar injusticia.

En esta controversia tenia razon Beauvilliers; pero cosa singular, no la tenia por ninguno de los motivos que alegaba, y Mr. de Louville no la tenia, aun cuando fuesen válidos los suyos.

En efecto, este último tenia razon en decir que el *vindicta mihi* no podia proponerse en favor del almirante, supuesto que este fué culpable una vez, sin que lo fuese igualmente en favor de todos los reos condenados por los tribunales legítimamente constituidos; que por otra parte nada tenia de comun este asunto con el asesinato del duque de Guisa, que no fué juzgado; y que

por último, el matador del sentenciado almirante, no tenia mas de asesino que todo ejecutor de justicias encargado por la ley. Pero no debia deducirse de aquí, que el almirante pudiese legalmente ser muerto en suelo estrangero, en virtud de una sentencia recaida en él por contumaz, antes de demostrar, 1.° que en el estado de la legislacion criminal de España, las sentencias por contumaces eran soberanas; y 2.° que la estradicion del contumaz habia sido concedida por el rey de Portugal, sin lo cual habia en el primer caso violacion del derecho comun, y en el segundo del derecho de gentes, aunque el rey don Pedro fuese entonces un aliado pérfido, puesto que la perfidia no autoriza la violencia.

Mientras se trataba de esta cuestion, se resolvió la causa del almirante y la sentencia que se habia hecho esperar tanto tiempo, no lo condenaba mas que á destierro y secuestro de bienes.

(70) Noailles, tomo II.

(71) Noailles, tomo II.

(72) Noailles, tomo II.

(73) Noailles, tomo III, pág. 51.

(74) Noailles, tomo III, pág. 65.

(75) La adhesion á la antigua organizacion del ejército, los gastos que debia ocasionar la nueva guardia ú otras consideraciones semejantes, habian sido causa sin duda de la resistencia, ó por mejor decir, de la indolencia de Felipe sobre este particular. En cuanto al temor de perder las pocas libertades que quedaban á los españoles, apenas podia caber tal sentimiento en un pueblo que se habia dejado arrebatar pacientemente sus derechos políticos, y que doctrinas perversas en materias civiles y religiosas, habian acostumbrado á la obediencia mas ilimitada. La nacion habia visto trasladar la corona por un simple testamento á una nueva dinastía, sin que pensase en manera alguna en egercer sus sagrados derechos en una situacion tan importante y solemne.

Por otra parte la resistencia venia de Portocarrero, Arias y otros miembros del consejo; y en verdad, estos árbitros supremos del poder se habian mostrado constantemente opuestos, por ignorancia á la par que por interés, á todo lo que pudiese favorecer las libertades públicas.

(76) Entre una infinidad de pasages de este curioso comentario, dicen las *Memorias de Berwick*, refiere San Simon el relativo á la imputacion de su matrimonio secreto con D' Aubigny. Ella puso al margen de su puño y letra: «Para casada, *no*.»

(77) Noailles, tomo III.—San Simon, libro VI, caps. 18, 19 y 40.—San Felipe.—Ortiz, tomo VII.

(78) Es bastante curioso ver con que vehemencia se ataca allí el poder *absoluto* de Luis XIV, y que deducciones se pretenden sacar en favor de los príncipes de la casa de Austria.

«El interés, decia, así como la inclinacion de un rey Borbon, y de los franceses, será hacerse *absoluto* para poder egercer un gobierno *despótico*: sabido es que esta forma de gobierno, está establecida en Francia y ensalzada por los aduladores; un nieto del rey de Francia no dejará de estar imbuido en estas máximas. Allí se han reducido las libertades de los grandes y de los pueblos; el capricho del rey sustituye á todo. Los príncipes mismos de la sangre real, no tienen allí autoridad alguna: los grandes no son mas que titulares.»

No debe buscarse justicia ni imparcialidad en un manifiesto, especie de documentos redactados casi siempre con pasion; pero seguramente sentaba mal á los partidos de la casa de Austria, hablar del *despotismo* de los Borbones, puesto que los monarcas españoles de la dinastía austriaca, desde Cárlos V, habian seguido constantemente máximas políticas enteramente opuestas á la libertad civil, habian destruido poco á poco todas las instituciones saludables de que habia gozado Castilla en tiempo de sus reyes. La servidumbre del

pueblo habia sido ya consumada y era obra suya.

Todo lo que los sucesores de estos príncipes tenian que hacer si querian gobernar á España sin intervencion, era seguir sus huellas. Sobre este particular los monarcas austriacos podian vanagloriarse de haber agotado todas los recursos, y desgraciadamente para España, estos habian sido coronados con el éxito mas completo.

(79) San Simon consagra un capítulo entero á lo que llaman *Pilladas de Orri* (*Friponneries d Orri*), en el cual apoyándose en la autoridad del general Puységur, lo acusa de rapacidad y corrupcion; pero el testimonio de Berwick hace justicia al mérito y á los servicios de Orri. Esto, así como otros muchos egemplos de esta naturaleza, prueba la necesidad de leer con desconfianza los asertos del cáustico San Simon.

(80) Memorias de Berwick, tomo I, págs. 227 á 270. San Simon, tomo I, págs, 225 á 290.

(81) Ortiz, tomo VII, pág. 50. Historia de Europa, 1701.—San Felipe, tomo I.

(82) Historia de Europa, 1704.

(83) Margrave es palabra alemana, compuesta de *mark*, frontera y *graff*, conde. Tienen este título algunos pequeños príncipes y magnates de Alemania.

(84) Historia de Europa, 1704, págs. 314 á 407. Tindal, tomo XVI, pág. 27. Casa de Austria, tomo I, cap, 70.

(85) Noailles, tomo III, pág. 209.

(86) Cuando Tessé preguntó á la reina porqué deseaba que volviese á llamarse á Berwick, ella respondió: «Es un diablo de inglés alto y seco, que va siempre recto al objeto que se propone.»

(87) Noailles, tomo III, pág. 259.

(88) San Felipe. Noailles, tomo III.—Berwick, tomo I.—Tessé, tomo I y II.—Ortiz, Desormeaux y Targe.

(89) El resultado no justificó este aserto del mariscal de Tessé. Despues se verá que cuando el archidu-

que entró en Madrid, se llevó un gran chasco en la fria acogida que le dispensó el público.

(90) Tessé, tomo II, pág. 154.

(91) Noailles, tomo III, pág. 271.

(92) El marqués de Mancera, dice San Felipe, fué quien se espresó en el consejo con mas energía en contra del parecer de Amelot. El rey, para calmar al gabinete de Versalles, le mandó que no asistiese mas á las sesiones. El conde de Monterey y el duque de Montalto presentaron igualmente su dimision, y se quitó á este la presidencia del consejo de Aragon para dársela al conde de Frigiliana; el duque de Veragua y don Francisco Ronquillo fueron nombrados miembros del consejo de gabinete. Amelot queria que se despidiese tambien á Montellano, pero el rey se opuso á ello. La reina le favorecia todavía, aunque menos abiertamente en verdad, porque la princesa de los Ursinos, enemiga jurada del duque desde su caida, trataba de proteger los intereses de la Francia, alejando del consejo á los españoles que no obedecian ciegamente sus caprichos.

(93) Noailles, tomo II.—San Felipe, tomo I.—Tessé, tomo II.

«El marqués de Leganés, dicen las *Memorias de Tessé*, habia sido objeto de sospechas muy graves desde el año de 1702, y hasta habia sido enviado á Francia como medida de precaucion. Cuando llegó allí, no se le ocultaron los cargos acumulados contra él, ni las pruebas que se creian tener de su inteligencia con los enemigos de Felipe V: se le recordó que se habia negado á prestar juramento de fidelidad al nuevo soberano, y que habia manifestado indiferencia cuando se le hizo ver la impresion desagradable que produciria su negativa.—Es una cosa terrible, dijo con este motivo, querer esponerme á que desenvaine la espada contra la casa de Austria, á la que la mia debe tantos beneficios.—Supo con todo justificarse tambien de estos car-

gos, y respondió á todo con tanta fuerza, que se suspendió algun tanto el juicio que se habia formado de él, y hasta se intentó que se quedase como embajador, medida que la reflexion representó despues como peligrosa. Se le dió permiso por fin de volver á Madrid, porque su destierro irritaba á los españoles.

En cuanto á la conspiracion de que luego se le acusó haber sido uno de los principales gefes, las memorias de aquella época convienen en que no existian pruebas de su culpabilidad. Sin embargo, preciso es que haya habido indicios muy graves, que se aproximasen á la evidencia; pues ademas de que Luis XIV en sus *Cartas á Felipe* aprueba su arresto, la princesa de los Ursinos, iniciada en todos los secretos de la córte de Madrid, escribia desde Burgos el 12 de agosto de 1706 á madama de Maintenon: «Mr. de Torcy me escribe que el marqués de Leganés ha obtenido permiso para ir á vivir á Vincennes. ¡Por amor de Dios! que no se mire á este hombre como inocente, yo lo tengo por muy criminal: si no se han encontrado pruebas de ello en sus papeles, es porque han sido inventariados por partidarios acérrimos de nuestros enemigos». Culpable ó no, el marqués de Leganés, continuó en Francia, en donde murió en 1711.

(94) Tessé, tomo II, página 147.

(95) San Felipe, tomo I, pág. 323.

(96) Historia de la casa de Austria, tomo I, capítulo LXIX.

(97) El almirante fué enviádo á Extremoz, en la frontera de Portugal, para tomar allí algunas disposiciones; pero poco despues de su llegada le acometió un ataque de apoplegía que acabó con su existencia. Habia dejado por heredero al archiduque Cárlos: el rey de Portugal hizo depositar su cadáver con magnificencia en la iglesia de Betlen, cerca del Panteon, ínterin se edificaba el sepulcro que habia ordenado en su testamento.

(98) La relacion mejor y mas detallada del sitio de Barcelona, y de los motivos que decidieron al conde de Peterborough, se encuentra en las *Memorias del capitan Carletton*, que acompañó al general y tomó parte en esta espedicion. Prueba este hasta la evidencia que fué solo el conde quien concibió la idea del ataque, y que el príncipe de Darmstadt no se reunió á él mas que en el momento mismo de ponerse en camino. Una autoridad tan irrecusable nos dispensa de entrar en discusion sobre la condūcta de Peterborough, cuestion que ha sido en otro tiempo debatida con mucho calor en Inglaterra, y respecto á la cual puede uno fijar su opinion leyendo á Rafind.

(99) Antes de la rendicion de Barcelona fué cuando Figueras, en donde se encontraban de guarnicion setenta soldados, abrió sus puertas á quinientos caballos y mil soldados de infantería inglesa. Lérida se rindió á trescientos hombres mal armados del pais; el obispo, que permaneció fiel á Felipe V, y manifestó la firme resolucion de defender la ciudad, se vió obligado á huir á pié á través de los campos. Tortosa siguió el egemplo de Lérida; toda Cataluña estaba amotinada. El conde de Cifuentes se habia internado en el interior del pais y sublevaba los pueblos con proclamas incendiarias. Tarragona no se rindió hasta despues que lo hubo hecho Barcelona.

El marqués de San Felipe, del que tomamos estos pormenores, dice que la ciudad de Barcelona fué vivamente atacada y bombardeada, aun antes de la sorpresa de Monjuí. Este escritor no entra, sin embargo, en los pormenores que se acaban de leer acerca del ataque de la ciudadela. Segun él, una bala de cañon atravesó el muslo del príncipe de Darmstadt, y mientras el cirujano trataba de detener la sangre, que corria en abundancia, un vizcaino hirió al príncipe por la espalda y lo mató.

El marqués de San Felipe cuenta tambien que al

gobernador Velasco debió solo su salvacion á la generosidad del conde de Peterborough, que lo hizo salir de la ciudadela por la puerta que da al mar, en donde se embarcó á bordo de una fragata inglesa. El general inglés salvó igualmente en su tienda á varios partidarios del rey católico, entre otros al duque de Popoli con su familia, al marqués de Aytona, al de Risbourgh, al conde de la Rosa, á don Manuel de Toledo y á la compañía entera de guardias que habia venido de Nápoles, compuesta de individuos pertenecientes á las familias mas ilustres del reino que permanecieron fieles á Felipe V.

(100) San Felipe, tomo I.—Ortiz, libro XXII.—Targe, tomo IV.—Désormeaux, defensa del conde de Peterborough.—Memorias de Carletton.—Historia de Europa.—Tindal.—Cunningham.

(101) El rey y la reina, dice el marqués de San Felipe, la recibieron con tales demostraciones de júbilo de que no hay egemplo de soberano á súbdito.

(102) San Simon, tomo III, pág. 228.

(103) San Simon, tomo III. pág. 233.

(104) Noailles, tomo III, pág. 326.

(104 bis.) Tessé, tomo II, pág. 211.

(105) Tessé, tomo II.—Noailles, tomo II.

(106) Los jesuitas de Cataluña no participaron del entusiasmo que las demás órdenes religiosas de Barcelona mostraron por la casa de Austria. El marqués de San Felipe, que hace esta observacion, cree hallar la prueba de su frialdad y de la poca confianza que el gobierno de Cárlos habia inspirado á la Compañía de Jesus, en el celo ardiente de aquellos padres por la religion católica, apostólica romana. Se indignaron, dice este historiador, al ver que el nuevo monarca estaba sostenido por hereges, y que se habia establecido en Barcelona una cátedra pública para enseñar las doctrinas de Lutero y Calvino. Felipe repite en diversos capítulos de sus *Comentarios*, que los jesuitas demostraron

en toda España un celo ardiente por los intereses de la casa de Borbon.

Sin poner en duda la adhesion de esta órden á la religion católica, apostólica, romana, creemos, sin embargo, que no debe atribuirse á esta sola causa el que los jesuitas se hiciesen partidarios de Felipe V otros motivos tales como la consideracion y el influjo que esperaban disfrutar en tiempo de este monarca, pueden esplicarlo bastante. La marquesa de Maintenon en Versalles, y el padre Daubenton en Madrid, protegian con celo sus intereses; no ha habido en la historia, al menos no ha dicho que hubiese cerca del archiduque personas tan interesadas por esta órden.

En cuanto á la cátedra pública establecida en Barcelona para enseñar las doctrinas protestantes, puede ponerse en duda su existencia, y ciertamente habria sido muy impolítico de parte del archiduque herir así los sentimientos religiosos de una nacion que le interesaba tener contenta, puesto que queria reinar en ella. Mas natural es creer, que los ingleses y holandeses tenian á veces conferencias sobre materias religiosas, y que se las haya desnaturalizado hasta el punto de trasformar su instruccion religiosa privada, en cátedra de pública enseñanza. No podia entrar el proselitismo religioso en las miras políticas del archiduque, ni en las de sus aliados.

En un manuscrito de la Biblioteca del rey, en París, se lee un estracto del escrito que el arzobispo de Zaragoza publicó por aquel tiempo bajo el titulo de *Demostracion legal y política* con el objeto de desengañar al pueblo y dirigir las conferencias de su diócesis. El prelado espone allí toda clase de consideraciones, tanto políticas como religiosas, para inducir á sus leyentes á la obediencia y fidelidad á Felipe V. Habla del peligro que las relaciones con los hereges pudiera ocasionar á la religion católica: les recuerda que en Barcelona habian sido espulsados los inquisidores y hasta se

habian apoderado del Santo Oficio para alojar allí á los hereges, y los conventos y lugares sagrados para hacer de ellos cuadras para los caballos, con otras profanaciones semejantes; pero no hace mencion alguna de la cátedra para enseñar la religion reformada. Esta enseñanza pública de la religion protestante en presencia de un pueblo tan delicado, por mejor decir, tan intolerante en materias religiosas, era con todo un argumento en estremo poderoso para atacar la política antireligiosa de los aliados.

(107) Historia de Europa, 1706.—Tessé, tomo II. Noailles, tomo III, San Felipe.

(108) El sol era la divisa de Luis XIV.

(109) Algunos dias antes de la llegada de la escuadra anglo-holandesa, se tuvo un consejo de guerra en el campamento de Felipe. El parecer de Tessé fué que el rey debia retirarse á Perpiñan, en atencion á que sino habia tenido lugar la rendicion de la plaza, el ejército, que no constaba mas que de quince mil hombres, perderia sus comunicaciones, pues todos los desfiladeros estaban ocupados por los partidarios del archiduque, y que no teniendo ni plazas fuertes en donde refugiarse, ni sitio alguno donde tomar seguro, corria S. M. el mayor peligro, que el ejército sitiador era demasiado débil para someter una provincia tal como Cataluña, y que á su vez se veria sitiado; que aun cuando fuese tomada la ciudad, no debia el rey encerrarse en ella, porque pronto seria bloqueada por la inmensa poblacion de la provincia; que se careceria allí de víveres, pues la escuadra del conde de Tolosa estaba dispuesta á entrar en algun puerto de Francia tan pronto como se presentasen los ingleses, lo que debia suceder de un momento á otro, segun los avisos que se recibian de la costa; y que por lo tanto el rey debia retirarse á Francia y darse el asalto inmediatamente despues.

Felipe y los generales españoles eran de opinion en un todo contraria.—Es preciso vencer, decian, cuando

se presente la ocasion; despues se verá lo que se ha de hacer. Si tomamos la ciudad, el pretendido rey Cárlos será nuestro prisionero, si no lo matan durante el asalto. En cualquiera de estas hipótesis, debe de aquí seguirse la paz, ó á lo menos, un gran desaliento entre los aliados. Los insurgentes de la provincia no podrán socorrer la ciudad, pues no están formados en tropas regulares y carecen de los pertrechos necesarios para un sitio; ademas, añadian, seria preciso preveer estos inconvenientes antes de emprender el sitio, hoy no es ya tiempo de retroceder.

El marqués de San Felipe, de quien tomamos estos pormenores, pretende que el mariscal de Tessé se condujo con alguna frialdad delante de Barcelona, porque estaba en los intereses del duque de Borgoña, que era de opinion de que se hiciese la paz á cualqnier precio, y creia que para esto era preciso dejar subsistir la rebelion de Cataluña, pues entonces Felipe estaria pronto, para reinar en España, á hacer todos los sacrificios que se le exigiesen. Va mas adelante aun, dice que el rey católico tenia noticia de este conducto pérfido de su hermano; pero que disimulaba por no dar pábulo á que se aumentasen las disensiones que existian ya. Estos asertos de San Felipe parecen un poco problemáticos.

El marqués de Santa Cruz, en el tomo VIII de sus *Reflexiones militares*, pág. 25 de la edicion francesa, parecia adherirse á la opinion de los generales que creian que Felipe se veria muy apurado si consiguiese hacerse dueño de la plaza.

(110) Noailles, tomo III.—Larrey, Historia de Luis XIV, tomo IX, pág. 25.

(111) Berwick, tomo I.—Ortiz, tomo VII.

(112) Noailles, tomo III, pág. 361.

(113) Gran inquisidor en tiempo de Cárlos II y Felipe V. Persiguió con encarnizamiento al confesor de Cárlos, Fr. Froilan Diaz, como sospechoso en la fé, á

causa de las consultas que habia hecho con motivo de la enfermedad del monarca á las hechiceras de Cangas y Madrid. El confesor habia conseguido refugiarse en Roma, y el inquisidor obtuvo su estradicion y lo hizo conducir á las cárceles de la inquisicion de Murcia. En esto podia ya descubrirse un celo muy exaltado ó acaso un sentimiento muy apasionado de ódio personal contra Diaz.

Pero lo que debe parecer sorprendente, y seria apenas creible, si los hechos no estuviesen probados de una manera auténtica, es que habiendo declarado inocente el tribunal de la inquisicion al P. Froilan Diaz, el gran inquisidor lo condenó, en virtud de los poderes supremos que creia tener del gefe de la iglesia por el destino que ocupaba. En vano se le demostró que el Santo Oficio habia sido establecido en España con intencion de impedir que esta clase de causas fuesen juzgadas fuera del reino; que la jurisdiccion de este tribunal emanaba del rey; que el gran inquisidor no era un juez supremo que tuviese la facultad de revocar las sentencias pronunciadas por el tribunal, y que seria desnaturalizar enteramente esta institucion, el hacer de ella un cuerpo puramente consultivo, etc. Mendoza sostenido por el nuncio del papa, no hizo el menor caso de estas observaciones fundadas en nociones tan sencillas de legislacion. Por fin el consejo de Castilla, por órden del rey, llamó ante sí esta causa el año de 1704, declaró que el arresto de Diaz habia sido ordenado contra el derecho y la costumbre, contra la constitucion y los derechos del Santo Oficio, por el abuso despótico de un poder, del cual juzgaba el consejo conveniente que *S. M. reprimiese la violencia etc*; el consejo añadia, «que se debia requerir al inquisidor general bajo las penas mas severas, que entregase todas las piezas del proceso.» El rey siguió el parecer de su consejo, y el P. Froilan Diaz fué puesto en libertad.

(114) San Felipe, tomo II, pág. 66.

(115) Tessé hablaba así de Felipe, cuando el sitio de Barcelona.

(116) El rey mandó á los caballeros del hábito de Santiago de toda España, dice Santa Cruz en sus *Reflexiones militares*, que pasasen al ejército ó enviasen á él suplentes, y á los hidalgos de Castilla la Vieja que cediesen sus armas y sus caballos. De la parte de hidalgos y suplentes que permanecieron en el ejército, S. M. C. formó el regimiento de caballería de las *Ordenes*, para el cual se tomaron las armas y los caballos de aquellos de los suplentes que no podian ser de un gran socorro ó que fueron despedidos.

(117) San Simon, tomo III, págs. 237 á 239.

(118) El marqués de Santa Cruz dice, que el parecer de Felipe y del mariscal Berwick fué enviar toda su caballería en perseguimiento del marqués de las Minas, lo que habria ocasionado infaliblemente su derrota: pero por desgracia no se siguió este parecer.

(119) Berwick.

(120) San Felipe, tomo II.—Ortiz, tomo VII.

(121) En las Memorias del marqués de Louville se lee que á la entrada de las tropas reales, el pueblo saqueó las casas de los partidarios del archiduque, y quemó los efectos saqueados para demostrar que el interés no tenia parte en los escesos que se cometian invocando el nombre del rey. Este es un rasgo de delicadeza, añaden, desconocido en la historia: el autor de las *Memorias secretas* está en un error; estos rasgos son frecuentes en la historia de España.

En cuanto á la reina viuda, nada es en verdad mas escusable que su conducta, viendo que la fortuna favorecia la causa de su familia. Parece por otra parte que el conde de la Atalaya, comandante de la caballería portuguesa, le habia hecho concebir esperanzas de que seria nombrada regenta del reino cuando el rey Cárlos se viese obligado á consagrarse á los asuntos de la guerra. A la vuelta de Felipe, el duque de Osuna fué

enviado con doscientos guardias de á caballo para escoltar á la reina hasta Bayona. El conde de Alba de Liste, mayordomo mayor de su casa, instruyó á Felipe de todo lo que pasaba en el cuarto de esta princesa, con intencion, dice San Felipe, de probar con ello que no participaba de sus opiniones. El conde habria manifestado mejor su adhesion á Felipe separándose del servicio de la reina, y esto habria sido mas honroso para su memoria; pues en vano se trata de paliar las miras de un interés privado con protestaciones de fidelidad hácia aquellos que la fortuna protege. Felipe mandó que se conservase toda la casa de la reina. Esta princesa no pareció quedar muy satisfecha de la manera poco cortés, por no decir brusca, con que el duque de Osuna desempeñó su comision de acompañarla á Bayona.

El cardenal Portocarrero, que se habia declarado en Toledo tan abiertamente en favor del archiduque, trató de borrar la mala impresion que habia causado su conducta, ofreciendo una suma bastante considerable para reparar los estragos que el enemigo habia ocasionado en la ciudad, que eran grandes.

(122) Noailles, tomo III.

(123) Este presuntuoso y desgraciado general habia permanecido algun tiempo prisionero, y acababa de volver á Francia. Luis XIV, por una parcialidad inescusable le dió el mando del ejército de los Paises Bajos.

(124) Muratori, Anales de Italia, 1706.—Historia de la casa de Austria, vol. I.

(125) Hare, cartas á For.—Lamberti, tomo V.—Respuesta de Walpole á Bolingbroke.

(126) Muratori, Anales, 1707.—Ortiz, tomo VII. San Felipe.—Historia. de la casa de Austria.

(127) Muratori. San Felipe.

(128) En la batalla de Almansa, dice el marqués de Santa Cruz, los enemigos empezaron por poner en desórden una de las alas de nuestra primera línea; las

tropas de la segunda línea de esta misma ala querian entonces avanzar fuera de tiempo ; pero el señor de Asfeld, que las mandaba, les dijo que este movimiento de las tropas de la primera línea se habia hecho por órden espresa, porque así convenia; y de este modo contuvo á los suyos para entrar luego con ellos á la carga en mejor ocasion. Los oficiales mas instruidos del ejército fueron de parecer que esta sábia conducta de Asfeld, contribuyó mucho á la victoria.

(129) Esta division, dice el marqués de Santa Cruz, compuesta de seis mil hombres de infantería , se retiró sobre una montaña. La caballería española que la perseguia, se apoderó de sus desfiladeros para esperar al mariscal de Berwick, que llegó con un número mucho mayor de tropas; y esta infantería se rindió entonces sin tirar un tiro. Así se evitó la pérdida que la caballería española habria sufrido infaliblemente , si hubiese querido atacar á la infanteria enemiga en un terreno tan desventajoso.

(130) Berwick; tomo I.—San Simon, tomo I.—Historia de Europa, 107.—Historia de la casa de Austria. —Ortiz, libro XXII.

(131) Berwick, tomo I.—San Felipe, tomo I.—Ortiz.

(132) Noailles, tomo III.

(133) Berwick, tomo I.

Si esto fuese cierto, preciso seria confesar que durante el último siglo ha tenido lugar un gran cambio en los ánimos de los habitantes de Zaragoza; pues es con acciones heróicas y no con exorcismos como han hecho frente en nuestros dias al mayor poder militar que haya existido en Europa.

(134) Se acordó, dicen lós *Comentarios de la guerra de España*, que no habria mas que una sola ley para toda la monarquía, esto parecia á los naturales de Valencia y Aragon mas insoportable que la muerte misma, se sometio á la deliberacion del consejo del rey Católico la cuestion de saber si seria conveniente abolir por

un decreto estos privilegios, ó si seria mas prudente dejarlos que cayesen en desuso para no irritar los ánimos de los catalanes, que perecerian mil veces antes que consentir en la pérdida de sus fueros. El duque de Medina Sidonia, el duque de Montellano, y el conde de Frigiliana eran de este último parecer; pero prevaleció la opinion contraria, con la que estaban de acuerdo Amelot, don Francisco Ronquillo, el duque de Veraguas y el duque de San Juan. En su consecuencia, se redactó y publicó el decreto en términos que quitaban toda esperanza de perdon. Varios políticos miraron esta medida como intempestiva y perjudicial al rey Felipe, pues suministraba un motivo mas para la resistencia.

Felipe, sin embargo, declaró mas tarde que queria conservar la legislacion civil de Aragon, por medio de un real decreto firmado en Zaragoza el 3 de abril de 1711. Quedó establecido que la audiencia de Zaragoza juzgaria las causas civiles segun las leyes municipales del reino de Aragon;—«Pues quiero, dice el rey, que se conserven, y en todas las causas entre particulares, se ejecuten las dichas leyes municipales, invalidándolas solamente por contratos y otros incidentes que puedan tener lugar entre mis súbditos y Yo; en estos solos casos la audiencia juzgará segun las leyes de Castilla.»

Si se esceptúa, pues, el código civil, todo lo demás fué arreglado segun las leyes de Castilla: la legislacion criminal, la recaudacion de los impuestos, la administracion municipal, las quintas, todo debia hacerse con arreglo á los códigos castellanos. Se determinó tambien la forma y las atribuciones de la audiencia de Aragon, á imitacion de la de Sevilla. En Valencia los tribunales conservaron la organizacion que recibieron en aquella época (1707) hasta el año de 1716 en que la audiencia de aquella ciudad dejó de ser chancillería como la de Valladolid y Granada.

(135) Ortiz, tomo VII.—San Felipe, tomo II.

(136 El marqués de Santa Cruz en el tomo I de sus Reflexiones militares, sienta como principio, que es permitido en algunas ocasiones usar retardos ó rodeos en la ejecucion de un tratado, y cita en apoyo de esta máxima la conducta de los generales españoles despues de la rendicion del castillo de Alcira. Se convino en que ochocientos ingleses, de que constaba la guarnícion, serian escoltados hasta Lérida, mas sin espresar que harian el viage por el camino mas corto; cláusula que no se omite nunca, dice el táctico español, por el que sabe capitular. Sucedió, pues, que se los escoltó en efecto hasta Lérida; pero se les hizo hacer tantos rodeos que un viage que no debia haber durado mas de quince dias duró tres meses. En el entretanto el ejército español tuvo tiempo de atacar á Lérida que carecia de infantería.

(137) Berwick, tomo I.—San Felipe, tomo II.

(138) San Felipe, tomo II.—Ortiz, tomo VII.

Entre los desterrados estaban los condes de Palma, de Puñonrostro y de Monterey. A Palma y Puñonrostro se les acusaba de haber tratado con los enemigos cuando estaban en Madrid, y al conde de Monterey de haber pedido al marqués de las Minas un salvo conducto para él y la villa de Alcovendas. Otros varios títulos tuvieron permiso de salir de sus destierros, pero sin poder volver á Madrid; la misma prohibicion se le hizo al duque del Infantado.

Veamos lo que dice el marqués de San Felipe acerca de este personage. El rey Cárlos habia llegado á Pastrana y se detuvo durante algunas horas esperando ver llegar al duque del Infantado para prestarle el juramento de fidelidad. El duque no se presentó; el conde de Corzana era quien habia hecho creer á Cárlos que el duque saldria á recibirlo, fundado en que el conde de Galvez, padre del duque habia abrazado la causa austriaca, lo que era cierto; pero el motivo de ello habia sido el no haber conseguido un destino que solicitó del

rey Felipe. Dícese que al rey Cárlos causó bastante disgusto haber esperado tanto tiempo y tan inútilmente al duque del Infantado.

Esto no impidió que mas tarde encerrasen al duque de órden de Felipe en el castillo de Segovia, para el que se dieron diversos motivos. El principal fué haber escrito una carta al presidente Ronquillo defendiéndose, en la cual se espresaba en términos poco comedidos; esta carta se leyó en el consejo del rey. El presidente Ronquillo, encargado de las causas de infidencia, le formó un proceso acusándolo de haber tenido una entrevista en Madrid, en el convento de Copacavana con el marqués de las Minas y el conde de la Corzana, y que habia propuesto en ella medios para fomentar la guerra. Tambien se le acusaba de haber tenido conferencias secretas con Peterborough; pero nada de esto fué probado, por el contrario estos mismos cargos demostraron la inocencia del duque.

Cuando Felipe se vió obligado á abandonar su capital por segunda vez en 1710 y trasladar la corte á Valladolid, dejó á los grandes la libertad de seguirle ó permanecer en sus casas segun mejor les pareciese; el duque del Infantado le dirigió una carta pidiéndole permiso para seguirle, y el rey conmovido con esta muestra de fidelidad le concedió el permiso pedido en términos altamente lisongeros. El duque siguió en efecto al rey á Valladolid.

(139) Noailles, tomo III, pág. 400.

(140) Campbell, Vidas de los almirantes, vol. III.

(141) Noailles, tomo III.

(142) Este oficial se pasó mas tarde al bando del archiduque, contribuyó mucho á salvar el ejército aliado en Villaviciosa, y defendió á Barcelona hasta la última estremidad.

(143) San Felipe, tomo II.—Historia de Europa, 1708.—Campbell, Vidas, vol. III.

(144) Con este motivo se grabó una medalla con la

siguiente inscripcion: *Sardinia et Balearia minor captæ* MDCCVIII.

(145) San Simon, tomo IV, pág. 6.

(146) San Felipe, tomo II.—San Simon, tomo IV. Ortiz.

(147) Noailles, tomo IV.

(148) Memorias de Torcy, tomo II, pág. 165.

(149) Noailles, tomo IV.

(150) Noailles, tomo IV.

(151) Habiendo sido el general Stanhope, dice San Simon, compañero del abate Dubois y del duque de Orleans en sus galanteos y calaveradas, parece que mediaron entre el duque y él varias cartas y cumplimientos.»

Esta acusacion estaba justificada en parte, al menos por lo que toca á la correspondencia con el general Stanhope respecto á la particion de la monarquía española. Este general dió parte al gobierno inglés de algunas proposiciones que se le habian hecho sobre este particular, y encontramos en los papeles de Marlborough instrucciones especiales enviadas por lord Sunderland, secretario de estado, en una carta del 10 de diciembre de 1708, en que autoriza al general á entrar en negociaciones y ceder al duque la Navarra y el Langüedoc, si Cárlos consiente en ello. Apesar de esta correspondencia misteriosa nos inclinamos á creer que las proposiciones del duque de Orleans fueron hechas con el conocimiento de Luis XIV, y que probablemente no fueron mas que un lazo que se tendia al enemigo.

(152) Noailles, tomo IV.—San Felipe, tomo I.—San Simon, tomo V: y en particular la *Historia de los proyectos del duque de Orleans sobre España*, tomo V.

(153) Noailles, tomo IV.

(154) Lamberti, tomo V.

Esta era la primera vez que los reinos de Castilla y Aragon se encontraban reunidos en unas mismas cór-

tes. Suscitáronse dudas acerca del ceremonial que debia observarse. Se alegaba, en favor de la primacía de Aragon, que este pais habia sido erigido en reino cuando don Garcia Jimenez poseia estos estados, y que en aquella época, Castilla no era ni siquiera condado; pero la estension y la riqueza de esta, á la cual tantos reinos se han reunido despues, así como su fidelidad inalterable, decidieron la disputa en su favor. Los diputados de Zaragoza se colocaron inmediatamente despues de los de Burgos, porque no habiéndose decidido todavía la antigua disputa entre Burgos y Toledo, los diputados de esta última ciudad se colocaron frente al trono; y despues de los diputados de Zaragoza se pusieron los de Valencia. Los diputados de las demas ciudades dejaron que decidiese la suerte los lugares que debian ocupar.

El procurador del rey solicitó en seguida que se diese al príncipe de Asturias la posesion absoluta de sus estados, con plena soberanía é independencia, como se habia hecho con el príncipe don Enrique, hijo de Juan I, cuando se casó en 1388 con Catalina, hija del rey de Inglaterra, el cual cuando á su vez fué rey mandó tambien á su hijo Juan II, que lo hiciese así respecto á su primogénito Enrique IV. Solicitó igualmente que se devolviesen al príncipe de Asturias las posesiones que le habian sido usurpadas por Pedro y Suero de Quiñones, y que Enrique IV prometió á Avila, bajo juramento, haria volviesen á entrar en el principado.

El consejo de Castilla fué el encargado de dar su dictámen sobre estas peticiones, y con loable franqueza dijo al rey: «Que no se debia conceder al heredero de la corona mas que el solo título de *Príncipe de Asturias*, pues era peligroso reconocer otro soberano en los estados de la monarquía, y que la insurreccion del mismo Enrique IV contra su padre era un egemplo bastante vivo de los inconvenientes que debian temerse;

que por lo que hacia á las usurpaciones, era justo reclamar los bienes enagenados, y que, reuniéndolos á la corona, se debia formar un patrimonio decente para el príncipe, segun su edad y posicion social.

El rey se conformó con este dictámen, y siguió el egemplo de Fernando el Católico y de los cuatro reyes austriacos desde Cárlos V hasta Felipe IV. «Habia cortesanos, dice San Felipe, que querian hubiese dos soberanos en palacio; pero se obró con prudencia evitando las discordias.»

(155) San Felipe, tomo II.—Noailles, Tessé, Ortiz.

El nuncio habia dado cuenta á Felipe, de órden del papa, de la necesidad en que se encontraba este de acceder á las peticiones de los austriacos. «El rey conocia bien esta opresion, dice San Felipe, pero debia por su propia dignidad tomar medidas que pareciesen justas á los teólogos.

Clemente XI, en un principio, no dió en efecto al archiduque mas que el título de rey Católico; pero apremiado por el marqués de Prie, consejero del emperador y su ministro plenipotenciario, se vió obligado á hacer un reconocimiento esplícito de los derechos de Cárlos. El marqués declaró que el emperador no queria que se le engañase, y que, en el caso de que el papa no lo reconociese positivamente, el conde de Daun tenia órden de entrar en los estados de la iglesia con diez y seis mil hombres. El papa reflexionó acerca de esta declaracion tan séria y precisa, y á ella se siguió un convenio en que se estipulaba que Cárlos seria reconocido como rey católico *de España* con todos los derechos, prerogativas y preeminencias que le son anejas; que este reconocimiento tendria lugar al dia siguiente en un consistorio público; que se espediria en seguida un correo estraordinario para Barcelona, el cual seria portador del acta del reconocimiento y de un breve del pontífice redactado en el sentido espresado y dirigido á Cárlos, que en cuanto S. M. C. lo hubiese recibido ha-

ria levantar el secuestro de todas las rentas eclesiásticas, tanto en el Milanesado como en el reino de Nápoles.

El papa tuvo el 14 de octubre el consistorio estipulado en este convenio. Los cardenales del partido de Francia, aunque habian sído invitados, no asistíeron á él, sino que se retiraron al campo. Despues de algunas declaraciones, se preconizó al obispo de Solsona en Cataluña, añadiendo que se hacia *ad presentationen Caroli III regis catholici Hispaniarum, sine prejudicio tamen alterius possidentis Philippi V pariter regis catholici Hispaniarum.*

Clemente escribió al rey Cárlos:

«Caro hijo nuestro en Jesucristo, salud y bendicion apostólica. V. M. sigue las huellas de sus predecesores queriendo dar pruebas de su adhesion á la Santa Sede, y de su fiel obediencia á la iglesia, lo que nos obliga á darle muestras particulares de nuestro reconocimiento en virtud de nuestro ministerio, del cual somos indigno. Este paso le atraerá, así como á su muy augusta casa, las bendiciones del cielo, nos no cesamos de pedírselas á Dios, autor de todo bien.

«Dado en Roma, en Santa María Mayor, bajo el anillo del pescador, el 10 de octubre de 1709, y el noveno de nuestro pontificado.»

Despues de este paso, que el papa no dió sin duda sin gran sentimiento suyo, envió á su sobrino el abate Albini á la córte de Viena.

En las medidas qué Felipe V se vió en el caso de tomar en consecuencia de este reconocimiento del archiduque por el papa, como rey de España, su firmeza no escluyó los miramientos y consideracion debidas al pontífice. Al dar la órden al arzobispo de Damasco, Zondadari, nuncio del papa, para salir del reino, encargó á su camarero mayor don Gaspar Giron, que le escoltase hasta la frontera con cincuenta caballos, recomendando que fuese alójado en todas partes á espensas del tesoro público.

Los teólogos á quien consultó Felipe (entre los cuales el marqués de San Felipe, cita al P. Blanco, dominico y al P. Ramirez, jesuita, como sugetos distinguidos por su saber), fueron de opinion que habiendo sido creado el tribunal de la Nunciatura á instancias de los reyes sus predecesores; se podia lo mismo que se habia hecho anteriormente, dejar la entera administracion de las diócesis á los obispos, sin que se faltase en esto en manera alguna á la obediencia debida á la Santa Sede. Don Francisco Solís, que fué obispo de Córdoba, y virey de Aragon, hizo ver en un escrito que se insertó en el *Semanario erudito*, tomo IX, la firmeza con que los reyes de España habian sostenido siempre los derechos de la corona, en las disputas originadas en Roma relativamente á materias de jurisdiccion y poder, y concluia esponiendo la necesidad de restablecer á los obispos españoles sus derechos, de arreglar los asuntos de la disciplina eclesiástica nacional, y de tratar de la reforma de varios abusos perjudiciales á la prosperidad pública, que ocasionaban el empobrecimiento de los pueblos, y hacian salir de España un rio de oro que iba á fecundar y enriquecer una tierra estrangera. A consecuencia de este dictámen fué suprimido el tribunal de la Nunciatura, y los oidores recibieron órden de salir del reino. Segun el señor de Villanueva, en su *Vida literaria*, impresa en Lóndres en 1825, se trató tambien de reunir un concilio nacional, á instancias del cardenal Belluga, obispo de Cartagena, que demostró á Felipe la necesidad de convocarlo, pero aun cuando se espidieron las órdenes al efecto; no llegó á reunirse el concilio.

El papa, por su parte, se negó á proclamar arzobispo de Toledo á don Antonio Ibañez, que siendo arzobispo de Zaragoza, habia sido elevado á la primera dignidad de la iglesia española por muerte del cardenal Portocarrero.

«Tan pronto como el rey Cárlos, añade San Felipe,

fué reconocido por Roma, envió aquella córte como embajador al príncipe de Avellino, napolitano que empezó por querer ocupar el palacio de los embajadores de España en aquella capital. Don Jose Molinés, que aun permanecia en aquella como oidor del tribunal de la Rota, hombre de una fidelidad inalterable y muy partidario de Felipe, creyó de su deber defenderlo por la fuerza, y á este efecto se le enviaron doscientos oficiales españoles de Porto-Longono.

(156) San Felipe, tomo I.

(157) San Felipe.

(158) Está demostrado por la correspondencia que se conserva en las Memorias de Noailles, que la princesa de los Ursinos era el principal agente de esta revolucion política, y que hacia á su antojo mover á Felipe por medio de su augusta protectora.

(159) Este acto terminó la carrera política del cardenal. Murió en Toledo el 14 de setiembre.

(160) Lamberti, tomo V.—Noailles, tomo IV.

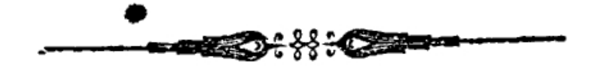
(161) La naturaleza de esta obra no permite dar mas que una ligera idea acerca de esta parte de la negociacion del Haya que se refiere á España; por lo que especta al emperador, el imperio y las demas potencias, pueden verse todos los pormenores en la *Historia de la casa de Austria*, tomo IV, cap. LXXVI (edicion inglesa).

(162) Noailles, tomo IV.

(163) Noailles, tomo IV.

(164) San Felipe, tomo III.—Noailles, tomo IV.

(165) Noailles, tomo IV, pág. 12.



INDICE ANALITICO.

SECCION SEGUNDA.—1665.—1697.

SECCION TERCERA.—1692.—1700.

CAPITULO PRIMERO.—1700.—1701.

CAPITULO SEGUNDO.—1700.—1701.

CAPITULO TERCERO.—1701.

CAPITULO CUARTO.—1701.

CAPITULO QUINTO.—1701.—1702.

CAPITULO SESTO.—1702.

CAPITULO SEPTIMO.—1701.—1702.

CAPITULO OCTAVO.—1703.

CAPITULO NOVENO.—1704.

CAPITULO DECIMO.—1704.—1705.

CAPITULO UNDECIMO.—1705.

CAPITULO DUODECIMO.—1705.

CAPITULO DECIMO TERCERO.—1705.

CAPITULO DECIMO CUARTO.—1706.

CAPITULO DECIMO QUINTO.—1707.—1708.

CAPITULO DECIMO SESTO.—1709.